

La Mujer y la Profesión de Asistente Social

El Control
de la
Vida Cotidiana

ESTELA GRASSI



eh

HUMANITAS

ESTELA GRASSI.

**LA MUJER Y LA PROFESIÓN DE ASISTENTE
SOCIAL. EL CONTROL DE LA VIDA COTIDIANA**

© Editorial HVMANITAS, Buenos Aires, 1989.

Dedico este libro

A mi esposo, por su invaluable generosidad
y estímulo constante

A mi hijo, por su paciencia y frescura

A mis padres, por serlo

Agradecimientos

Agradezco, en primer lugar, a Carlos Herrán, que dirigió la investigación, por su confianza y eficiencia. A mis compañeros del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras, con quienes compartimos, durante estos años, dudas, ansiedades y — fundamentalmente— un ambiente de trabajo solidario.

Finalmente, expreso mi agradecimiento a quienes generosamente brindaron su tiempo y buena parte de la información con que conté.

INTRODUCCIÓN

Este texto es el producto de una investigación llevada a cabo con una beca del Instituto Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), en el Instituto Nacional de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, entre marzo de 1984 y marzo de 1986.

El proyecto inicial surgió de la preocupación por explicar por qué el Estado —y algunas instituciones no gubernamentales— realizan importantes inversiones para contar con un personal (asistentes sociales) mayoritariamente femenino, cuya labor se juzga secundaria, ineficiente e intrascendente.

Presuponiendo la no correspondencia entre esta apreciación y la realidad, la investigación fue dirigida a cubrir diversos objetivos, ligados tanto a la problemática de la mujer, como a la profesión de trabajo social, buscando un nuevo perfil para el análisis de la larga crisis de identidad de esta disciplina.

Desde el momento en que culminó la redacción final de este trabajo, hasta su publicación, algunos hechos se han modificado. Sin embargo; ello no modifica el contenido del mismo, en la medida en que tales cambios se refieren a factores circunstanciales.

Guiada por el planteo inicial de algunas hipótesis que tendían a ligar ambas problemáticas y a acercarse a explicar por qué las mujeres eligen una

profesión de estas características, la información fue obtenida a través de diversas alternativas y técnicas.

En primer lugar, es necesario destacar mi propia pertenencia al campo del trabajo social y mi desempeño como tal en años anteriores. Ello supone algunos riesgos, como el de dar por obvios hechos y fenómenos que por familiares, dejan de percibirse como específicos del campo en cuestión. Pero tiene importantes ventajas. En principio, la posibilidad de acceder al interior de la profesión por “derecho propio”, lo que facilita la observación, la comprensión de lo observado y la selección de la información. Además, resulta invaluable contar con un cúmulo de conocimientos previos acerca de ese interior, pues ello permite una más fácil orientación en la búsqueda de los datos.

Gran parte de ese material, existente como “notas de campo”, fue utilizado, y otro tanto, reconstruido de la propia experiencia.

La probable subjetividad que vaya a derivarse de esta circunstancia, no es mayor que la que pueda proyectarse en cualquier investigación, donde las técnicas de la participación y de la observación sean empleadas.

Por lo demás, mi propia condición de mujer es, en última instancia, el mayor compromiso que me llevara a querer entender algunas de las conductas de mi género y el entorno social en el cual tienen sentido.

En segundo lugar, procedí a la revisión de documentación y a entrevistas con personas ligadas por su experiencia vital a los acontecimientos analizados, de donde resulta la primera parte de este trabajo.

La segunda sección, es producto de parte de la información recogida en entrevistas a profesionales, estudiantes y funcionarios de instituciones empleadoras de asistentes sociales, más la información proveniente de mi experiencia de campo, a la que aludí antes. Además, colegas profesionales brindaron generosamente sus propias experiencias y observaciones, que resultaron de gran utilidad. No toda ella fue utilizada aquí. En realidad, hay suficiente para extender el análisis pero fue necesario establecer límites para ajustarse a lo pautado.

Finalmente, cabe una observación de orden metodológico: la principal preocupación que guió el trabajo en este aspecto, estaba dada por imbricar lo estructural con lo específico, tanto para evitar generalidades, como para no quedar dentro de los límites estrechos de las conductas subjetivas. En esa preocupación se explica el espacio dedicado a la revisión histórica; y las limitaciones de tiempo explican a su vez, que haya quedado información que hubiera profundizado la segunda parte.

Por último, me parece necesario hacer algunas puntualizaciones a modo de “paraguas abierto” preventivamente. Con seguridad, muchas de las conclusiones y observaciones que expongo resultarán irritativas, por razones diversas, incluyendo las

expresiones, a veces apasionadas, con que son presentadas. Esto no es más que una manifestación del compromiso con el tema y la consiguiente imposibilidad de mantener distancia. No obstante, desde la perspectiva teórica y metodológica aquí explicitada, procedí con la mayor rigurosidad de que fui capaz, precisamente, por considerar que valía la pena el desafío.

En el caso particular del último capítulo, mi participación en la Carrera de Trabajo Social de la UBA es pública, de manera que el anonimato que por razones éticas se requiere, se hace muy difícil en este caso. No obstante, el objetivo práctico que me propongo a lo largo de este trabajo, puede librarme, en parte, de la falta a tal compromiso.

Al considerar a las asistentes sociales actuales como profesionales del campo intelectual, espero de ellas la comprensión de que los resultados de esta investigación tienen por objeto aportar al análisis de la larga “crisis profesional” y del desprestigio de que en este campo es objeto. Con mayor énfasis apelo en este sentido a los alumnos, quienes tienen las mayores posibilidades de construir modelos alternativos de acción profesional, a partir de asumir con la mayor criticidad (que no es descalificación, sino punto de partida hacia un porvenir más optimista) las estructuras actuales de la profesión, tanto en lo que hace a su ejercicio, como a la propia formación.

En cuanto a las mujeres, poniendo ahora el énfasis en su condición de género y no de profesionales, en tanto son consideradas sujetos

activos y con voluntad, y no “pobres víctimas” de una sociedad machista, no encontrarán acá justificaciones, sino un análisis lo más descarnado posible de nuestro propio papel en el mantenimiento y reproducción de relaciones y estructuras injustas, así como también la “resistencia silenciosa” a la discriminación.

Es función del intelectual no hacer —y no hacemos— concesiones en la búsqueda de la verdad. Puedo equivocarme, pero en ese caso, no será producto de la deshonestidad ni de la indulgencia, sino del seguro interés por contribuir a explicar por qué las mujeres, a pesar de años de militancia feminista y de los grandes espacios ganados, seguimos siendo “el otro” distinto, en una sociedad que se presenta como “igualitaria y democrática”.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

TRABAJO SOCIAL, VIDA COTIDIANA Y CONTROL SOCIAL

A- EL TRABAJO SOCIAL

En el contexto de esta investigación me refiero al trabajo social (o servicio social) actual, como a la disciplina que ejerce de polea de transmisión entre las clases, a nivel del aparato estatal, en cuyo interior los conflictos entre éstas se reproducen y procesan. Sus profesionales son, por lo tanto, asalariados contratados por instituciones del Estado — mayormente— aunque también por organizaciones de la sociedad civil, o eventualmente, de manera directa por las clases dominantes (empresas) cuyos servicios se dirigen a las clases subalternas; y más específicamente, a la vida cotidiana de estas clases. Estas dos condiciones (de asalariado y de dirigir sus servicios a los pobres) hacen que dentro del campo profesional adquieran particular relevancia las contradicciones de clase, de una coyuntura y de una formación social determinada.

Entiendo también que, tanto el trabajo social actual como las diversas formas asistenciales que lo precedieron (caridad, filantropía) se corresponde “con un determinado nivel de desarrollo de las

contradicciones sociales”¹ en cuyo contexto adquieren racionalidad.

Formas asistenciales precedentes: la caridad y la filantropía

La revolución francesa del siglo XVIII y la revolución industrial en Inglaterra, constituyeron dos grandes sucesos históricos a partir de los cuales es posible encuadrar la comprensión de la “pre-historia” de la asistencia social.

En cuanto a la revolución francesa, puede ser reconocida como la revolución ideológica de más amplio y profundo alcance. Ninguna de las instituciones sociales dejó de ser conmovida por ella: el papel del Estado, la estructura familiar y la significación de la iglesia sufrieron profundas variaciones.² Individuo y razón fueron las ideas motoras del pensamiento de la época, que articularon un nuevo discurso mediante el cual, un nuevo orden natural (racional) de las cosas, venía a disputar el espacio al “orden divino” del antiguo Régimen. En él, la irrestricta libertad de los individuos no admitía otra entidad reguladora que no fuera el Estado, encargado, por lo demás, de garantizar tal libertad.

¹ MAGUIÑA LARCO, Alejandrino: *Desarrollo capitalista y trabajo social*. Ediciones CELATS. 1979. Pág. 23.

² NISBET, Robert: *La formación del pensamiento sociológico*. Amorrortu. Buenos Aires. 1969. Ver volumen 1.

Siendo el individuo la nueva unidad de medida de la sociedad, su libertad se hacía incompatible con el régimen patriarcal dentro de la familia: los derechos individuales precedieron, entonces, a los familiares. La esposa y los hijos adquirieron nuevos derechos y la modificación en el régimen de la propiedad debilitó aún más los lazos de solidaridad de la familia.

En este contexto, la Iglesia Católica, protagonista principal durante el régimen feudal, vio subvertido su poder y pasó también ella a ser, controlada por el nuevo Estado y a convertirse en una herramienta de éste.

Medios fundamentales de reproducción y control ideológicos, la educación y la asistencia a los miserables, hasta entonces en manos exclusivas de la iglesia, pasaron a ser controladas por el Estado. El pragmatismo y la racionalidad, caracterizaron, entonces, a estas dos actividades.

Por la educación se esperaba formar “ciudadanos provechosos”.³ Para eso debía ser obligatoria y gratuita.

En cuanto a la asistencia a los pobres, los viejos principios de la caridad cristiana se tomaron inadecuados. Se inició, en cambio, un largo período de transición, durante el cual se fueron ensayando distintas formas de acción filantrópica.

Por su parte, la revolución industrial, producto de las nuevas relaciones de producción establecidas,

³ *Ibid.*

al mismo tiempo que permitió el afianzamiento y la expansión definitiva del capitalismo, planteó a los países europeos, nuevos y diversos órdenes de problemas:

a) en lo político, la pauperización de amplias masas de campesinos sin tierra, que se agolpaban en las ciudades, provocaron la reacción de conservadores y radicales. Aquellos acusaban a la industria de generar tal miseria y de haber separado a los hombres de la tierra. Los radicales, si bien veían en el capitalismo el origen de los males sociales, ante los cuales alzaban sus voces indignadas, consideraban a éste como un paso necesario hacia la socialización de la riqueza.

b) en el orden social, la novedad la constituyó el crecimiento inédito de las ciudades, con su secuela de miserables, vagabundos, prostitutas, desamparados.

c) en el orden privado, la familia de las clases altas se vio afectada por la nueva legislación en cuanto al régimen de la herencia. Pero en las clases populares, la industria incorporó mujeres y niños al trabajo asalariado, lo que también vino a modificar las relaciones en el interior de la familia.

En este contexto, en el que tanto las ideas como las relaciones de producción se vieron sustancialmente transformadas, es que se generó la posibilidad de operar sobre la realidad y de controlar los procesos sociales. Paulatinamente, el positivismo fue brindando el marco teórico-ideológico adecuado.

En resumen, la institucionalización de la filantropía y la asunción por parte del Estado, de la dirección de estos procesos de intervención y control sobre los “problemas sociales”, que finalmente —y en procesos particulares, según los países— culminó en la profesionalización de agentes asalariados, especializados en la atención de tal problemática, requirió de por lo menos tres condiciones básicas, dos de las cuáles son de carácter socio-político y la tercera constituye la condición teórica. A saber:

1) la existencia de mano de obra libre.

2) la emergencia de lo social reemplazando al orden divino y el Estado tomando a su cargo las funciones que otrora desempeñara la Iglesia.

3) la existencia de ciencias sociales y humanas.⁴

1) La existencia de mano de obra libre: Antes de la instauración de las relaciones de producción capitalistas, el siervo de la gleba era parte de las tierras propiedad de los señores feudales, y por lo tanto su vida dependía de éstos, quienes disponían de ella a voluntad. El siervo y su familia no eran dueños de sus vidas, sino que dependían de la protección del señor. Con el advenimiento del capitalismo, se convirtieron en hombres libres, ya no pertenecían a nadie y su sobrevivencia y la de su familia dependía ahora, enteramente, de su posibilidad o no de vender su fuerza de trabajo en el

⁴ KARSZ, Saül: Seminario sobre “Trabajo Social”. CONICET. 1985.

mercado. La explotación económica de la fuerza de trabajo no sólo cambió de carácter, sino que trajo aparejados una serie de problemas sociales (migración masiva, fuerte crecimiento de las ciudades, hacinamiento, falta de servicios, vagabundeo, etc.) que ponían en cuestión, por su sola existencia, el nuevo orden; y que además, ocasionaban el desperdicio de fuerzas y brazos.

2) La emergencia de lo social: Paralelamente, el orden divino fue dejando de reinar en la tierra y lo social emergió como objeto histórico. El Estado pasó a ocupar el lugar dejado por la Iglesia y se convirtió en regulador y vigía de las nuevas relaciones sociales. Este nuevo Estado fue el encargado, desde entonces, de arbitrar las medidas para paliar la miseria de los trabajadores, restableciendo el consenso y garantizando la producción.

3) La posibilidad de operar sobre la realidad social implicaba la existencia de explicaciones terrenas a lo que antes se explicaba por fatalismo. El racionalismo científico dio pie a la insistencia en la búsqueda de las causas de los problemas y al desarrollo de una metodología de investigación y una tecnología de acción.

En el proceso histórico se pasó, entonces, de la caridad —inspirada, ejercida y controlada por el clero— a la filantropía —asumida, programada y ejecutada por las nuevas clases dominantes, de manera directa—. Paulatinamente, el Estado fue asumiendo también estas funciones y los gastos respectivos, al tener que crear y mantener las

condiciones básicas de paz social que garantizaran la reproducción del capital. En este proceso, finalmente, la asistencia social se tecnificó y profesionalizó.

Se anteriormente, isto é, nos inícios do capitalismo, o pensamento liberal insistia para que nao houvesse intervenção do Estado na ordem privada, em realidade já havia um controle da ordem social por parte do poder público. Mas como o desenvolvimento das forças productivas, exigindo un comando mais complexo, sobretudo para prevenir crises econômicas e sociais, a intervenção do Estado se fez cada vez mais constante, em simbiose com as formas privadas.⁵

En conclusión, si este es el punto de partida de la actividad filantrópica y constituye los requisitos básicos de la asistencia, la disciplina como tal (el trabajo social) ha asumido, en cada país, un desenvolvimiento particular, ligado a los propios procesos históricos y sociales.

Siendo el trabajo social el producto de un largo proceso de búsqueda de respuesta del sistema hacia sus miembros menos favorecidos, se ubica en el conflictivo espacio de las contradicciones de clase, y es al mismo tiempo, un mecanismo de control social y un paliativo de la miseria originada en la explotación del trabajo.

Pero este encuadre general, indispensable para entender la naturaleza social de esta disciplina que ocupa a tantas mujeres, no da cuenta, sin embargo, de su especificidad. Esta es posible desentrañar a

⁵ FALEIROS, Vicente de Paula: *Saber profissional e poder institucional*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 1985. Pág. 41.

partir de dos conceptos: el de “control social” y el de “vida cotidiana”, ya que ambos explican la “función objetiva” y específica del trabajo social y la mayoritaria intervención de mujeres en el mismo. A la vez, puede desentrañarse la no secundariedad de su papel y la potencialidad que ofrece de plantear una práctica alternativa a la dominante.

B- EL CONTROL SOCIAL

Tomando en cuenta lo señalado en el punto anterior, recorro al concepto de “control social” utilizado por Jacques Donzelot en su libro *La policía de las familias*, pero tratando de anclar este fenómeno en el tipo de relaciones sociales dominantes, por una lado; y por otro, en la propia dialéctica de tales relaciones y de la lucha de clases. Esto por dos razones: 1) porque entiendo que la elaboración de políticas en este sentido no son el producto del maquiavelismo de las clases hegemónicas ni del ejercicio de su poder omnímodo y sin fisuras, sino que se corresponden con proyectos políticos globales; y 2) porque tales proyectos tienen que ver con que los sectores y clases sociales a quienes van dirigidas, no son bloques pasivos e inermes, sino que —a través de una diversidad de mecanismos que van desde la lucha política organizada hasta las llamadas “conductas desviadas”— presionan sobre el poder y, por lo menos, cuestionan el statu quo de las relaciones sociales y su hegemonía a las clases dominantes, en una lucha constante por mayor participación en la

riqueza social.⁶ Cómo luego se implemente, con miras a evitar situaciones de conflicto, a legitimar determinadas relaciones sociales y a reproducir éstas, o a lograr el necesario consenso para su mantenimiento, tiene que ver con las posibilidades de maniobra de los sectores dominantes y con la posibilidad de sus intelectuales, técnicos y políticos, de accionar en ese sentido.⁷ Al mismo tiempo tiene que ver con la necesaria negociación, donde se gana y se pierde simultáneamente.

Cuando hablo de control social, en el contexto de esta investigación, entiendo entonces, a “todas las formas de dirección de la vida de los pobres, con vistas a disminuir el costo social de su reproducción”⁸ y a evitar los conflictos sociales derivados de la explotación económica, tendientes a garantizar las relaciones sociales de producción.

El control social asume formas de vigilancia directa sobre la vida de los pobres y las actividades de asistencia y beneficencia son recursos

⁶ *Ibid.*

⁷ Al respecto, Faleiros (*op. cit.*) señala que el saber profesional y el poder institucional son formas históricas de relación entre clases y formas sociales de relación entre el Estado y la sociedad. Agrega que en la lucha de las clases por el poder se elaboran visiones de mundo — distintas, según la clase de que se trate — y se movilizan conocimientos administrativos, políticos y técnicos. La lucha por el poder exige información, datos, análisis, propuestas, planes, controles, técnicas, experimentos, que corren a cargo de los profesionales y técnicos.

⁸ DONZELOT: *op. cit.*

privilegiados en ese sentido. Presentados bajo el ropaje del desinterés propio y del interés por el bien del otro, se legitima su derecho a intervenir, corregir, convalidar, aconsejar, normar, la vida familiar y cotidiana de los pobres. Al mismo tiempo son inmejorables medios de obtener información acerca de sus conductas, tendientes a afianzarlas o reorganizarlas en función de las necesidades coyunturales que plantea el sistema de dominación.⁹

Sin embargo, tales políticas de control se implementan por dos circunstancias: por la necesidad de crear y/o afianzar una “disciplina” que se corresponda con las necesidades que el capital plantea al trabajo; y en segundo lugar, por el eventual “descontrol” que a partir de una práctica contra-hegemónica puede originarse entre los pobres. Pero además, tales prácticas se asientan y deben dar

⁹ Un ejemplo, entre tantos, lo constituye el tema de la leche materna, cuyas ventajas en la crianza del bebé se ha enfatizado o no de acuerdo a diversas necesidades del sistema (manipulación de los hábitos de consumo y mercado para la industria alimenticia; necesidad de mano de obra femenina, etc.).

El rol de la figura materna en la socialización del niño y la secundariedad del papel del padre, es otro ejemplo. La edad hasta la cual el bebé o el niño necesitan imperiosamente la presencia de la madre, ha fluctuado al ritmo de las necesidades extra familiares.

Cada una de estas políticas se apuntalan desde los organismos del Estado y también con campañas no oficiales (de revistas femeninas, programas dirigidos a la mujer en TV, etc.).

respuestas a demandas materiales de estos sectores, sin lo cual no podrían aparecer como legítimas.

Finalmente, siendo que todo hecho social comporta dos dimensiones que no son aislables (lo material y lo simbólico) y que, al mismo tiempo, la significación del mismo es variable según el lugar de los actores que participan de él, es necesario enfatizar en la necesidad de tomar en cuenta tanto el espacio de producción de tales políticas de control — el Estado— como el de “circulación” y el propio contexto de recepción y consumo de las mismas.¹⁰

Tanto los agentes encargados de la implementación, como los propios sectores destinatarios de ellas, no son receptores pasivos, sino también actores sociales que, en tanto tales, establecen su propia relación con cada una de las políticas en cuestión.

La finalidad objetiva de las políticas de asistencia son la legitimación y el control social. Su implementación, sin embargo, no es gratuita, sino que responde a la propia presión de las luchas de los sectores subalternos en el Estado y su significación depende, no sólo de quien la produce, sino también de quien la implementa de manera directa y de las transacciones que se operan con los destinatarios.¹¹

¹⁰ De IPOLA, Emilio: *Ideología y discurso populista*. Folios Ediciones. Buenos Aires. 1983.

¹¹ Pero cuando el nivel alcanzado por los avances políticos de los sectores populares, pone en cuestión la hegemonía de las clases dominantes, estas políticas se toman insuficientes y entran en juego negociaciones

Por otra parte, la política social —y dentro de ella el trabajo social— al aparecer como respuesta a la miseria, resulta también legitimadora de ésta, en la medida en que lo que es estructural es reinterpretado y mostrado como consecuencia de conductas individuales o grupales, a las que el Estado busca solucionar.

Para concluir, entonces, utilizo el concepto de control social haciendo alusión, por un lado, al “disciplinamiento” social, en vistas a abaratar el costo de la reproducción social de los sectores populares, normativizando su vida cotidiana, y a legitimar las relaciones de poder dominantes. Pero, por otro lado, se ubica este concepto en el contexto de la lucha de clases, donde la ideología permite la constante resignificación de los hechos sociales por las distintas clases.

Con estas advertencias, que no son de segundo orden, espero poder dar cuenta del lugar llamado a ocupar por el trabajo social y de los niveles sobre los cuales opera, como así también de las contradicciones que se procesan a nivel de la acción cotidiana de las asistentes sociales.

C- VIDA COTIDIANA

Como señalé antes, ubicar el trabajo social en el contexto de las funciones del Estado, no da cuenta todavía de su especificidad, sino que ésta hay que

definidamente políticas y —en última instancia— la represión.

buscarla en el ámbito específico que constituye su objeto de intervención: la vida cotidiana. Es importante, entonces, definir ésta, relevar su importancia política y destacar el valor estratégico que cobran las disciplinas que actúan a este nivel.

Si bien varios autores —desde diversas perspectivas— se han consagrado a estudiar, analizar y describir lo cotidiano,¹² es Agnes Heller¹³ quien, al encarar el análisis de la vida cotidiana desde la perspectiva de la reproducción social, permite superar la noción de secundariedad y dependencia supuesta de éste ámbito, la oposición cotidiano/no cotidiano y revalorizar aquél en un plano estratégico que da lugar, en última instancia, a entender por qué la cotidianidad no es un ámbito descuidado, librado a la espontaneidad de los sujetos, sino permanentemente normado, reglado, controlado. Heller (y también en buena medida Lefebvre)¹⁴ dan los elementos para llegar a comprender por qué lo cotidiano constituye una constante preocupación de la política y por qué el poder (en tanto la posibilidad de imponer determinados intereses) atraviesa, anida y se

¹² Ver: WOLF, Mauro: *Sociologías de la vida cotidiana*. Cátedra. Madrid. 1982. GOFFMAN, Erving: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu. Buenos Aires. 1981. *Ritual de la Interacción*. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires. 1970. LEFEBVRE, Henri: *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Alianza. Madrid. 1984.

¹³ HELLER, Agnes: *Sociología de la vida cotidiana*. Ed. Península. Barcelona, 1977.

¹⁴ LEFEBVRE: *op. cit.*

ejerce también —y muy particularmente— en las relaciones cotidianas.

Por lo tanto, estoy siguiendo básicamente a Heller en esta conceptualización de la vida cotidiana. Para ella, es el “conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social” y entiende al hombre particular como al “hombre concreto, que en una sociedad dada ocupa un lugar determinado en la división social del trabajo”.¹⁵

De esta manera, lo cotidiano no es solamente aquello que, tal como lo pensamos desde el sentido común, ocurre todos los días, reiteradamente, sino básicamente la forma en que cada hombre organiza su entorno, vive y concretiza lo social (los acontecimientos políticos, económicos, sociales en general) de una manera particular. Es decir que esta definición incluye lo más anodino y reiterativo, pero también las formas singulares de los hechos sociales comunes (la salud, la muerte, el trabajo, la economía, la democracia...) los que tienen una forma de ser vividos y transmitidos por los sujetos particulares.

Particularidad que no debe ser entendida como absoluta, sino como producto de lo individual y lo grupal (la clase social) al mismo tiempo. Esto es, en términos más concretos, que si Juan y Pedro, en tantos individuos particulares, tienen formas distintas de vivir cada día la crisis económica, la falta de

¹⁵ HELLER: *op. cit.* Pág. 19.

trabajo, la escasez de servicios, etc. en la villa tal o cual, la condición común de habitantes de una villa, su lugar común en la división social del trabajo, les impondrá a ambos una cotidianidad necesariamente diferente a la de Manuel o José, habitantes de una zona residencial y empleados jerarquizados.

Sin embargo, esta necesaria acotación para no escamotear la división en clases de la sociedad, no debe, a su vez, ocultar el hecho de lo cotidiano como una dimensión de los acontecimientos sociales, con una especificidad y en valor propios y no un mero reflejo de la estructura social.

Pero, ¿en dónde radica su especificidad y valor propio? Hay dos aspectos a considerar: lo cotidiano y la construcción de lo “normal”,¹⁶ por un lado; y lo cotidiano como “ámbito de reproducción de un hombre histórico”,¹⁷ por otro.

En lo que hace al primer aspecto, lo cotidiano refiere a lo normal, a lo no extraordinario, parámetros, a su vez, desde los cuales se construye la idea de “anormal” y de “extraordinario”. Pero estas no son alternativas invariables, sino que están en permanente construcción y en dinámica relación con los hechos sociales. Así, un hecho extraordinario puede tornarse cotidiano; una “anormalidad” puede devenir en “normal” y viceversa. Ello dependerá de los procesos sociales particulares en cada coyuntura

¹⁶ URRUTIA, Carlos: Notas sobre la democracia y lo cotidiano. En: *Revista Acción Crítica*, N° 18. CELATS. Diciembre 1985. Pág. 40.

¹⁷ HELLER: *op. cit.* Págs. 24-25.

histórica y de las condiciones de la lucha de clases, a partir de los cuáles, determinados acontecimientos pueden finalmente imponerse como “normales” y otros dejar de serlo.

Una crisis económica coyuntural, que obligue a determinadas prácticas individuales para hacerle frente, puede ser, en principio, asumida como hecho extraordinario. Sin embargo, la reiteración de tal situación puede conllevar la asunción de tales prácticas como hechos “normales”, parte de la cotidianidad de la gente y no como formas que permiten “estirar un salario” o vivir sin él.

La violencia y la represión política de los años del proceso militar en la Argentina (1976-1983), se impusieron como práctica política dominante, no mientras activaban el miedo solamente, sino básicamente cuando ese miedo dejó de ser una reacción consciente frente a acontecimientos extraordinarios (la muerte violenta de ciudadanos) para tomar la forma de prácticas que nos llevaban a “no ver” los muertos, ni los presos, ni los exiliados, sino como subversivos, o por menos, culpables o cómplices de “algo”; a hacer de los documentos de identidad, recibos de sueldo, etc. casi parte de nuestro propio cuerpo, a “olvidarnos” de lo que habíamos aprendido, a leer libros inocuos, a “creer” que no había pobres o desnutridos porque no se los veía o no se los nombraba.

Desde estas negaciones construimos nuestro entorno, nos relacionamos o dejamos de hacerlo, normamos y normalizamos nuestra existencia. En

síntesis, la represión, la violencia, el autoritarismo y el oscurantismo, constituyeron, durante ese período, los parámetros de normalidad de la sociedad argentina.

Desde esta perspectiva, lo cotidiano tiene que ver con lo ideológico, porque lo normal o lo anormal refieren, en última instancia, a la relación entre los hechos y nuestra conciencia de tales hechos. Interrelación desde la cual trascendemos lo cotidiano para percibir y reflexionar acerca de lo social.¹⁸

El segundo aspecto a considerar, tiene particular trascendencia pensando desde el control de lo cotidiano y la función de este “saber-poder” sobre ella (el servicio social).

Parafraseando a Heller, lo cotidiano es el ámbito de “reproducción de un hombre histórico”, esto es, de “un particular en un mundo concreto”.¹⁹ Esto implica que es en este ámbito donde cada individuo aprehende su medio y se apropia de los recursos y herramientas necesarias para desenvolverse como un sujeto de su sociedad.

Allí, cada individuo aprende los recursos, hábitos, usos, lenguajes, sabores, etc. para sobrevivir en un mundo concreto. A cuántos de éstos recursos puede acceder, de la calidad de éstos, de la forma de acceso, del control que sobre ellos tenga, serán determinantes de las posibilidades de trascender de lo cotidiano hacia el control de otras dimensiones de lo social: la ciencia, la política, etc. Cuanto más activa

¹⁸ URRUTIA: *op. cit.*

¹⁹ HELLER: *op. cit.* Pág. 19.

sea esta apropiación, cuanto menos alienada la vida cotidiana, mayores serán las posibilidades de acceder a apropiarse de aquellos otros niveles no cotidianos. Ella es la mediadora hacia lo no cotidiano.

Pero, por otra parte, este no es sólo un ámbito de “apropiación” sino simultáneamente de “transmisión”. Cada hombre “comunica su mundo” a nuevos hombres, y con las reglas, usos, etc. está también comunicando sus experiencias vitales respecto a su ambiente. Medios a través de los cuáles estos nuevos hombres devendrán, a su vez, hombres históricos, con un bagaje mínimo a partir del cuál llegar a apropiarse del mundo.

Estos dos aspectos que definen el concepto de vida cotidiana (como conformante de ideología y como mediación hacia el mundo) marcan, a su vez, la trascendencia de este ámbito en la construcción y reconstrucción de sujetos históricos y como consecuencia, la importancia política de su control en la perspectiva de la reproducción de las relaciones sociales dominantes.

La disciplina particular a la que refiere este trabajo, opera específicamente en esta dimensión de lo social, y más particularmente, en el entorno inmediato de las clases populares. Los asistentes sociales tienen que ver en cómo los particulares de las clases pobres se relacionan con la vida y con la muerte, con la salud o con la enfermedad, con el trabajo, con la vivienda, con los recursos escasos... habitualmente, normalmente...

Incidir en la percepción de los hechos sociales, limitar o facilitar el acceso a recursos, códigos, usos, etc. con los cuáles manejarse en el mundo, son formas de control social. Son formas de expropiación y de extrañamiento que impiden, a los miembros de las clases subordinadas, el dominio de los recursos necesarios para trascender hacia la dimensión no cotidiana de la vida social. La asistencia social es, en este sentido, una disciplina estratégica, ya que media entre la concreción de los hechos sociales (definidos como “problemas sociales”) y las formas socialmente estructuradas para encararlos. Cómo atender la salud, cómo acceder a la vivienda, agua o luz, cómo mitigar el hambre, cómo disponer la tenencia de un chico, pasan muchas veces por manos de asistentes sociales, quienes así se constituyen en “gestores” de la vida cotidiana de los pobres y en vehículos de normas, valores y significados.

D- EL CONTROL DE LA VIDA COTIDIANA

Cuando Goffman se refiere a las instituciones totales²⁰ señala que el paciente, al ingresar a la misma, es despojado de lo que él llana su “cultura de presentación”, que no es más que el bagaje cultural con el cual cada individuo se maneja en el mundo de afuera, hace frente a los conflictos y se relaciona con los demás. Al mismo tiempo, señala, ese bagaje no le es reemplazado por otro, no hay un proceso de “aculturación” para conducirse en el nuevo medio, sino que no se da más que un proceso de desentrenamiento, sin la adquisición de los nuevos usos y normas para afrontar ahora los conflictos y problemas del adentro. Lo cual, dice, es un elemento estratégico de manejo de los hombres.

La comparación me parece, por lo menos, ilustrativa para entrar al tema del control de la vida cotidiana de los pobres.

Cuando se trata de la “cultura de presentación” de éstos frente al sistema hegemónico de dominación, ésta también es rechazada; sus normas, sus valores, no sirven para conducirse en ella, y

²⁰ GOFFMAN, Erving: *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu. Buenos Aires. 1981. Trazo este paralelo sólo como ilustrativo y para remarcar ciertos rasgos del análisis, pero no significa asimilar a la estructura social con las instituciones totales. Ya señalé antes que los sectores populares no son una suma de individuos inermes y que el contenido simbólico de todo hecho social debe ser visto tanto desde su producción, como de su recepción.

además, sus portadores son descalificados, excluidos. Pero al mismo tiempo no hay un proceso de asimilación cabal de estos sectores a la cultura dominante. Eso significaría reemplazar las herramientas de la cultura de origen por las de la hegemónica. Sin embargo, estas últimas no están al alcance de los pobres.

En una formación social determinada, el TP (trabajo pedagógico) por el que se realiza la AP (acción pedagógica) dominante tiene siempre la función de mantener el orden, o sea, de reproducir la estructura de las relaciones de fuerza entre los grupos o las clases, en tanto que tiende, ya sea por la inculcación o por la exclusión, a imponer a los miembros de los grupos o las clases dominadas el reconocimiento de la legitimidad de la cultura dominante y a hacerles interiorizar, disciplinas y censuras que cuando adquieren la forma de autodisciplina y autocensura sirven mejor que nunca a los intereses, materiales y simbólicos, de los grupos o clases dominantes.

...tiende a imponerles, al mismo tiempo, por inculcación o exclusión, el reconocimiento de la ilegitimidad de su arbitrariedad cultural.

...una acción pedagógica dominante tiende menos a inculcar la información constitutiva de la cultura dominante (...) que a inculcar el hecho consumado de la legitimidad de la cultura dominante, por ejemplo, haciendo interiorizar a los que están excluidos del conjunto de destinatarios legítimos (...) la legitimidad de su exclusión...²¹

Si se combate, por un lado, la medicina popular, tildándola de brujería, de cosa de campesinos o de

²¹ BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean-Claude: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Ed. LAIA. Barcelona. 1981. Págs. 81-82.

primitivos, eso no implica que estos individuos tengan acceso, en la sociedad hegemónica, a otros recursos médicos. O más precisamente, su acceso está condicionado al conocimiento, que poseen otros, de ciertos manejos más o menos burocráticos, o más o menos informales, de los que dependen. Es decir que su acceso está mediado por una serie de funcionarios, requisitos o circunstancias que convierten al individuo en “dependiente de...” para enfrentar su propia problemática. Eso da lugar al establecimiento de una serie de relaciones personales con estos funcionarios que, aunque estén fuera de las esferas de decisión, el conocimiento de esos recursos les permite, sin embargo, el manipuleo de un espacio de poder importante. Faleiros dice, refiriéndose a los asistentes sociales:

Sin poder tener decisión a nivel global, se utiliza la manipulación de pequeños recursos para reforzar su propio poder personal. Así, las relaciones personales con la clientela esconde una relación de poder mucho más amplia, en que el asistente social se inserta frente a una población dividida y carente de poder sobre su vida. La obtención de beneficios, de leche, de un par de anteojos o de un préstamo, puede significar la sobrevivencia emergencial de personas en situaciones específicas.²²

²² FALEIROS: *op. cit.* Págs. 19-20.

Un asistido solía decirme “Usted es mi ángel de la guarda”. Si bien no comparto la idea de que la falta de poder de éstos sea absoluta, sin embargo, las situaciones de emergencia crítica agudizan la falta de organización y capacidad de acción positiva, conduciéndolos a la dependencia personal. Son habituales actitudes desesperadas, que con frecuencia empeoran su situación,

Si acudir a la curandera es reprimido o combatido, esto no significa que de allí en más pueda, el individuo, acceder al médico cuando él lo decida, ni al que él quiera, sino que ello dependerá de muchas circunstancias: la recepcionista del hospital, que determinará a qué médico deriva, las posibilidades de turnos, el dinero de que disponga para trasladarse al hospital, etc. Y ya habiendo llegado al médico, estará en poder de esa “ciencia absoluta” que es la medicina, que lo despojará del control y el conocimiento de su propio cuerpo.

Esto es válido para muchas otras circunstancias en que los recursos propios de las clases o sectores subalternos, son invalidados, trasladándose entonces el control desde el propio sujeto a fuera de éste.

Goffman también se refiere a las “degradaciones, humillaciones y profanaciones” a las que se somete al individuo en las instituciones que él estudia. Esta observación es generalizable a la gran mayoría de instituciones a las que debe recurrir un individuo en nuestra sociedad. Y cuanto menos maneje los códigos hegemónicos, mayor será esa degradación.

Desde la sociedad dominante se violan permanentemente los límites personales; se mete en la casa, se investiga, se averigua, se observa, se piden datos. El individuo que requiere de asistencia o atención debe estar dispuesto a ventilar sus

pero igualmente logran conmovier el supuesto poder omnímmodo de las instituciones.

intimidades, a permitir que se conozcan sus rencillas o conflictos familiares, de pareja, etc., a probar que usará “responsablemente” lo que recibe. Datos que quedarán en innumerables fichas, informes y expedientes.

E- LA MUJER Y EL CONTROL DE LA VIDA COTIDIANA

En esta acción, las mujeres han tenido —y tienen— una acción preponderante, tanto desde sus papeles femeninos en el hogar (y como objetos de intervención), como desde la función pública (como agentes de control), hechos fundados en supuestas condiciones naturales.

1. Género y biología

Los estudios avanzados sobre este tema, ya no dejan dudas de que los llamados “atributos femeninos” se definen culturalmente. Buxó Rey dice que

la potencialidad biológica fue ratificada socialmente por medio de la asignación de roles específicos para cada sexo.²³

Del mismo modo, Ann Oakley concluye que lo biológico es un mito en la sociedad moderna, en tanto que la diversidad de formas en que las sociedades humanas han resuelto y resuelven sus problemas prueba la predominancia de lo social.

²³ BUXÓ REY, María Jesús: *Antropología de la Mujer*. Ed. Promoción Cultural, S.A. Barcelona. 1978. Pág. 47.

Tanto las semejanzas como las diferencias en las formas en que las distintas sociedades asignan tareas a los hombres y las mujeres pueden ser convenientemente explicadas en términos del sistema de creencias imperante en cada sociedad.

.....

.....

La cultura constituye el factor fundamental a la hora de decidir a qué lado de la línea divisoria deben ser colocadas las distintas actividades. Los hombres y las mujeres van siendo moldeados de distinta manera por nuestra sociedad a través de la forma en que son criados, de la educación y de sus ocupaciones de adultos. No resulta, pues, sorprendente que al final de este proceso lleguen a considerar sus distintas ocupaciones como algo predeterminado por alguna ley general a pesar de que las diferencias biológicas entre los sexos no son ni tan grandes ni tan inmovibles como la mayoría de la gente suponemos, y a pesar de que en otras culturas los papeles sexuales se han desarrollado de manera bastante diferente, lo que a los pertenecientes a estas culturas les parece tan natural e inmovible como a nosotros la nuestra.²⁴

Se diferencian dos conceptos, el de sexo y el de género. El primero se define por lo biológico. Es decir, se es macho o hembra de acuerdo al aparato reproductor y a los órganos genitales. En tanto el segundo, se define socialmente, es decir, que se es hombre o mujer según determinados atributos y formas de ser que la sociedad estipula para cada uno y que van desde la vestimenta hasta la forma de relacionarse con sus semejantes. La educación juega

²⁴ OAKLEY, Ann: *La mujer discriminada: biología y sociedad*. Ed. Debates. Madrid. Págs. 173 y 184.

el papel fundamental en el aprendizaje del género. Así, desde la más tierna infancia —Oakley la lleva ya al tipo de conducta que la madre asume con el bebé— la niña aprende a cómo es una mujer y el varón a ser varón. Entre ese aprendizaje está el de ser más o menos sensible y el de poder o no expresar libremente los sentimientos.²⁵

El aprendizaje del género es una larga carrera que debe culminar en el caso del varón, en un trabajo para mantener a la familia; y en el caso de la mujer, en el matrimonio.

Esa formación no tiene horario ni espacio preestablecido. Se la hace en la escuela, pero también en el hogar, en los juegos, a través de la televisión, con la abuela o las tías, etc. Es decir que es la única carrera que, a pesar de parecer asistemática (no está específicamente ligada a ninguna institución educativa) es, sin embargo, la que se lleva a cabo de manera más coherente e integral. Esto no significa que, no obstante, haya alumnos aplicados, en tanto que otros presenten “problemas de aprendizaje”. El objetivo fundamental de este temprano y prolongado “trabajo pedagógico”, es lograr que los “hombres sean hombres y las mujeres, mujeres”.

La AP (acción pedagógica) implica el “trabajo pedagógico” (TP) como trabajo de inculcación con una duración suficiente para producir una formación duradera,

²⁵ Por ejemplo, al niño que llora, entre nosotros, se lo suele motejar de “mariquita” o se lo reprende diciendo que “los hombres no lloran”.

o sea, un “*habitus*”, como producto de la interiorización de los principios de una arbitrariedad cultural capaz de perpetuarse...

.....
.....

La productividad específica del TP, o sea el grado en que logra inculcar a los destinatarios legítimos la arbitrariedad cultural que tiene la misión de reproducir, se mide por el grado en que el *habitus* que produce es “transferible”, o sea, capaz de engendrar prácticas conformes a los principios de la arbitrariedad inculcada en el mayor número posible de campos distintos.²⁶

El tema de la sensibilidad asociado a la maternidad, es uno de los mitos más populares acerca de las mujeres. Sensibilidad que se agota en lo cotidiano y doméstico, que no incluye la “sensibilidad social”, que puede implicar la política y un proyecto de poder con miras a modificar condiciones de injusticia. Así reflexionaba una asistente social preocupada por este tema: “La sensibilidad social es atribuida a los hombres, pero desde otra óptica, porque nosotras parece que estamos solamente para acariciarle la cabeza al moribundo o tomarle la mano en el último minuto”.

Las antropólogas Martin y Voorhies,²⁷ en una amplia y exhaustiva investigación, encontraron también que la emotividad, la tendencia al cuidado y la comprensión, son rasgos atribuidos a la personalidad femenina. Pero al mismo tiempo, ellas

²⁶ BOURDIEU y PASSERON: *op. cit.* Págs. 72-74.

²⁷ MARTIN, Kay M. y VOORHIES, Barbara: *La mujer: Un enfoque antropológico*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1978.

muestran que “no hay correlaciones absolutamente fijas entre la personalidad y el sexo”, y que sí es el aprendizaje el factor principal que explica su presencia entre las mujeres.

Se puede concluir entonces que el género es un modelo de conducta que se construye socialmente y que varía de una sociedad y de un tiempo a otro. Una vez establecido, cada uno se comporta con arreglo a las características que le son atribuidas, en tanto su aprendizaje es temprano y abarcativo. Al mismo tiempo, se crean expectativas en los miembros externos al grupo, que encuentran “anormal” cualquier desviación del modelo establecido.

Esta es una de las razones que justifican que tantas mujeres vuelquen sus expectativas profesionales hacia aquellas disciplinas afines con características tales como la protección, el afecto, etc. Si para ser asistente social se requiere básicamente poder establecer comunicación afectiva con los demás y ser sensible a sus problemas cotidianos, y son mayormente mujeres las entrenadas en tales lides, es lógico que esta profesión sea ejercida mayormente por ellas.

A modo de reafirmación de esta conclusión, Bourdieu y Passeron ofrecen el ejemplo de las estudiantes francesas:

Si las estudiantes manifiestan en menor medida que los estudiantes, la aptitud para el manejo de la lengua de ideas (que se exige en grados muy desiguales en las diferentes asignaturas), es sobre todo porque los mecanismos objetivos que orientan preferentemente a las chicas hacia las facultades de letras, y en el interior de

estas, hacia determinadas especialidades (como lenguas vivas, historia del arte o letras), deben una parte de su eficacia a una definición social de las cualidades “femeninas” que contribuyen a forjar o, dicho de otra forma, a la interiorización de la necesidad externa que impone esta definición de los estudios femeninos: para que un *destino*, que es el *producto objetivo* de las *relaciones sociales* que definen la condición femenina en un momento dado del tiempo, se transforme en *vocación*, es *necesario y suficiente* que las chicas (y todo su entorno, empezando por la familia) se guíen *inconscientemente* por el *prejuicio* [...] de que existe una afinidad electiva entre las cualidades llamadas femeninas y las cualidades “literarias” tales como la sensibilidad para los matices imponderables del sentimiento o el gusto por los virtuosismos imprecisos del estilo. De esta forma, las “elecciones” en apariencia más deliberadas o más inspiradas, tienen en cuenta (aunque indirectamente) el sistema de posibilidades objetivas que condena a las mujeres a las profesiones que reclaman una disposición “femenina” (por ejemplo los oficios “sociales”) o que las predispone a aceptar, sino a reivindicar inconscientemente, las funciones o los aspectos de la función que reclaman una relación “femenina” en la profesión (las cursivas son mías).²⁸

2. La mujer como objeto de intervención

Faleiros²⁹ señala que hay dos tipos de problemáticas de las que se hace cargo el Estado: a) las que afectan a la productividad de la mano de obra (salud, educación, edad avanzada), y b) la que se refiere a la “inadaptación social” o lo que se da en llamar d “desvío de la conducta” (drogadicción,

²⁸ BOURDIEU y PASSERON: *op. cit.* Págs. 122-123.

²⁹ FALEIROS: *op. cit.*

delincuencia, prostitución, etc.). A esto podemos agregar aquellas situaciones que convierten a grupos sociales en “cargas”, sin que medien problemáticas de la naturaleza descrita por Faleiros, tales como madres solteras, niños huérfanos, abandonados, etcétera.

Todos estos son fenómenos que de una manera u otra presionan y demandan la atención del Estado, el que se hace cargo a fin de paliar y contener sus efectos sobre el sistema de relaciones sociales de producción. Sin embargo, no se trata sólo de una intervención tendiente a paliar las consecuencias, sino fundamentalmente de disminuir su costo social y evitar que el Estado sea interpelado en su responsabilidad. Este busca descargar la mayor parte del costo de la reproducción (material e ideológica) de la fuerza de trabajo a los propios protagonistas, apelando fundamentalmente al nivel simbólico-ideológico y accionando sobre éste. Se trata básicamente, de reproducir las condiciones de la producción.

Es en esa dirección que sus políticas apuntan especialmente a la familia, y dentro de ella, a la mujer, pues el objetivo es “evitar” que las “potenciales cargas sociales” (viejos, enfermos, niños abandonados, impedidos en general) se constituyan realmente en tales.

Así se explica, por ejemplo, la preocupación pública por la regularización matrimonial de las parejas —que tanto desvela a jueces y funcionarios—, el énfasis, desde hace ya varios años, en los

procesos de ayuda mutua y en los lazos de solidaridad de los sectores populares, etc. La vida familiar aparece como la estrategia “más económica” de la supervivencia de estos sectores. Al respecto, los estudios sobre la familia popular y el papel de las mujeres³⁰ llevados a cabo en los últimos años, son suficientemente esclarecedores. Ella, y las relaciones de parentesco, sirven de organizadores de las representaciones que dan sentido a las diversas prácticas de ayuda mutua en los sectores populares.³¹ El matrimonio y la legitimidad de los hijos no representan lo mismo para las clases dominantes que para los pobres. Para aquellas, es la garantía de la transmisión “legítima” de la herencia (material y de poder); en éstos, la legalidad dominante no tiene significado alguno y los lazos de solidaridad se legitiman por otros significantes y se constituyen en el reaseguro de protección de cada uno de sus miembros, frente a la falta de recursos y acceso a la seguridad social. Por su parte, al Estado le preocupa hacer depositaria a la familia de la mayor parte de la responsabilidad de la reproducción de los trabajadores, restringiendo al mínimo su costo y la participación social en la misma.

³⁰ Ver: JELIN, Elizabeth: *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Estudios CEDES. Buenos Aires. 1984. JELIN, Elizabeth y FEIJOO, María del Carmen: *Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los sectores populares de Buenos Aires*. Estudios CEDES. Volumen 8/9. Buenos Aires. 1980.

³¹ RAMOS, Silvina: *Las relaciones de parentesco y ayuda mutua en los sectores populares urbanos*. Estudios CEDES. Vol. 4, N° 1. Buenos Aires. 1981.

Tradicionalmente, varón y mujer han internalizado roles diferentes: en tanto ésta se acepta como eje de la vida familiar (aunque no sin conflictos), aquel asume la responsabilidad de mantenerla, aunque cada vez más la realidad le imponga limitaciones.³² No obstante, como recuerda Jelin,

Su experiencia vital [la de las mujeres] está marcada y mediatizada por su rol familiar. [...] Lo “natural” para una mujer de clase obrera es luchar, sufrir, acomodar las necesidades de los demás miembros de su hogar, subordinar sus deseos privados y su estrategia para el mantenimiento de su familia al ingreso y otras condiciones que pone el marido y, a través de él, el contexto en el que viven. A veces como protesta, y con conflicto; otras, como el dicho victoriano, respetando su deber de “sufrir y callar”.³³

Pero esta división de roles que constituye la base ideológica de un modelo ideal de familia, definida desde el discurso público dominante y a partir del cual se articula el ordenamiento y el disciplinamiento social, requiere de una permanente apelación moral, según la cual “la abnegación de la madre, la responsabilidad del padre, la obediencia del hijo”,³⁴ constituyen valores sociales emanados de la naturaleza misma del hombre.³⁵

³² Ver: JELIN: *op. cit.*

³³ *Ibid*: Pág. 77.

³⁴ *Ibid*: Pág. 32.

³⁵ Si bien esta división de roles ha prevalecido durante largo tiempo, existe la hipótesis de que la situación de crisis económica y la falta de empleo, están alterando las relaciones en el interior de la familia, ya que aparentemente la mujer se incorpora más rápidamente al

Esta circunstancia ha convertido a la mujer en el foco de las estrategias estatales sobre la familia de los sectores populares, aunque como tal, este fenómeno no aparezca explicitado.³⁶

3. La mujer como sujeto de la intervención

Este punto refiere al hecho de que en la mayoría de los casos son mujeres quienes ejecutan políticas dirigidas a la vida doméstica y cotidiana de los pobres. Aquí juegan un papel fundamental las asistentes sociales, quienes, al decir de Karsz³⁷ “están pagadas para saber, desde lo público, qué pasa en el espacio privado”.³⁸ Estos agentes operan

mercado informal de trabajo (empleo doméstico, trabajos a destajo en el hogar, etc.). Esta circunstancia, y las correspondientes estrategias políticas dirigidas a la familia, merecen ser objeto de investigación.

³⁶ De la mayoría de las entrevistas realizadas, cuando se indaga acerca de si hay planes de trabajo dirigidos exclusivamente a la mujer, surge que, si bien éstos no existen, (salvo un caso) la participación de las mujeres en planes que involucran a problemas de salud, domésticos o de la comunidad, etc. es mayoritaria. Es que en última instancia, la mujer aparece como la responsable de los problemas cotidianos y de los niños, los enfermos y los ancianos. Sin embargo, la respuesta más espontánea a “por qué esto es así”, hace referencia a que “los hombres están trabajando”.

³⁷ KARSZ: *op. cit.*

³⁸ Quizá el ejemplo más paradigmático lo constituyen los tribunales de menores, cuyo objetivo explícito es velar porque éstos estén amparados. Esto, sin embargo, da pie a una serie de hechos que lindan con lo grotesco y que

revelan la disonancia entre los objetivos explícitos y funciones objetivas. Entre las obligaciones del servicio social figuran hacer informes ambientales y controles periódicos de los casos que llegan al Tribunal. Paralelamente es obvio que no existen condiciones ni medios que permitan, una vez diagnosticado y comprobado el desamparo, paliar esa situación. Sin embargo, el Tribunal dispone de dos recursos coercitivos: la internación en instituciones de menores y la suspensión de la patria potestad paloma, para ser entregados —los menores— a familias tutelares.

Estos son recursos que penden siempre como “espada de Damocles” sobre aquellos que, por diversas circunstancias —a veces fortuita— se convirtieron en un “expediente” del Tribunal. Ello obliga también a la observancia de una Serie de normas, entre las que siempre figura la formalización del matrimonio. Es revelador el caso de mujeres menores de 21 años que, habiendo constituido pareja, sin formalizar el casamiento, dan a luz en un hospital. Si no cuentan con la cercanía de los padres, no pueden ser dadas de alta en el hospital sin intervención del juez. Sucede a veces que no se trata, Siquiera, de su primer hijo. Algo similar ocurre con los menores que quieren casarse y sus padres viven en el interior. Es usual que se trate de parejas constituidas hace tiempo y con más de un hijo, no obstante lo cual deben contar con la venia del juez. Una vez llevado a cabo el casamiento, cualquiera sea la situación en que la familia vivirá (generalmente en la pobreza) el juez se desentiende del caso y la causa se cierra.

Dos circunstancias conviene ser resaltadas: 1) ni en este ni en ningún caso se dice que la asistente social comparta estos procedimientos. Es más, es probable que con su intervención sea, en algunos casos, contraventora de estas normas. 2) que muchos casos llegan a los tribunales por propia decisión de estas familias. Todo esto está indicando

como correa transmisora de normas y valores dirigidos a mantener la cohesión de la familia popular bajando un modelo elaborado desde los sectores hegemónicos.

Se ve, pues, que la mujer aparece como la responsable última de los problemas cotidianos (que no por eso dejan de ser sociales, sino por el contrario, en tanto son sociales se constituyen en preocupación del Estado) y de la moralidad de la familia. Esto la involucra también en cualquier desviación en la conducta de sus miembros. De manera directa, en el interior de su grupo doméstico; como trabajadora, desde un espacio particular (el Estado o algunas instituciones de “bien público” de carácter privado) desde donde se vuelca hacia el campo social, público y se dirige a la familia popular.³⁹

la necesidad de un estudio particularizado de estas instituciones.

³⁹ En la revista femenina *Vosotras* N° 1575 de abril de 1966, aparece un artículo titulado “Asistencia social: otra forma de amor”, en el que entre otras cosas, se dice lo siguiente: “Como prueba de la influencia benéfica de la asistente social en su jurisdicción, citaré el ejemplo de la asistente a cuya jurisdicción pertenece el famoso barrio Lacarra, que se caracteriza en algunos sectores por estar habitado por gente con antecedentes policiales. Nadie se atrevería a llegar a él sin estar acompañado, pero la asistente rehusó la escolta que se le ofrecía y recorrió todo el barrio interesándose por los problemas de sus habitantes. Como es de dominio público, su obra alcanzó tal magnitud, que por sus propios esfuerzos se llevaron a cabo en un año, 132 enlaces civiles y religiosos, fueron legitimados los hijos no inscriptos, así como se regularizó la situación de infractores a la ley del Servicio Militar y se

Sintetizando, la política social (y dentro de ella el trabajo social) son tomados como forma de control y de intervención en la vida cotidiana de los sectores populares, ámbito básico de la producción y de la reproducción de la conciencia social; y como mecanismo de legitimación de las relaciones sociales. Se entiende, además, que se trata de un proceso contradictorio, donde al mismo tiempo estas políticas vienen a satisfacer necesidades reclamadas por estos sectores y pueden operar como incentivos a nuevos reclamos.⁴⁰ Es decir, la significación de las mismas no puede ser analizada en términos abstractos, sino en el contexto histórico en el que se producen, teniendo en cuenta tanto el ámbito de la producción, como los grupos o sujetos históricos que las reciben.⁴¹

En ese contexto, las asistentes sociales disponen de un espacio y de una importante cuota de

gestionó la obtención de documentos de identidad". No aparecen, en la revista, el nombre del autor/a del artículo, ni la asistente social en cuestión, como así tampoco el organismo desde el cual se llevó a cabo tal obra "benéfica".

⁴⁰ ALAYÓN, Norberto: "El asistencialismo en la política social y en el trabajo social". En: *El trabajo social de hoy y el mito de la asistente social*. Ed. Humanitas. Buenos Aires. 2° Ed. 1986.

⁴¹ El proceso de reproducción no es entendido aquí como un mecanismo de repetición de lo idéntico. Tampoco se lo limita a la reproducción material y física, ya que esta posibilidad es, a nuestro juicio, empírica y teóricamente inviable. Por el contrario, alude también —y este es un aspecto fundamental a tener en cuenta en el análisis del trabajo social y de la participación de la mujer— a la producción y reproducción de la conciencia social.

poder, cuya canalización no solo tiene que ver con el proyecto político coyuntural que da forma a la política social imperante, sino también con el marco teórico-ideológico que sustenta la acción de cada una.

Y este manejo del poder en lo cotidiano, es un medio conocido por la mujer. Si bien la familia puede operar básicamente como reproductora de las relaciones de poder dominantes, se asienta también sobre “bases estructurales de conflicto y lucha. Al mismo tiempo que existe una tarea y un interés colectivo, de la unidad misma, los diversos miembros tienen intereses propios...”.⁴² Dentro de ella, la mujer maneja una cuota de poder —escasa, pero real— que le permite resignificar los mensajes y discursos, cuestionando de hecho, los modelos impuestos.⁴³ Postulo —y encuentro a lo largo de la investigación empírica— que un fenómeno semejante se produce en el interior del trabajo social, en tanto profesión típicamente femenina.

El tema de las actividades de beneficencia y acción social y particularmente el trabajo social, me interesa, por lo tanto, en términos de sus características específicas, pero fundamentalmente en tanto especialización que participa en la reproducción de las relaciones sociales. Y más concretamente me interesa la participación de la mujer en ese sector particular de la división social del trabajo, en el cual —también en el llamado “mundo

⁴² JELIN: *op. cit.* Pág. 34.

⁴³ JULIANO, Dolores: “La cultura popular en el ámbito doméstico”. Mimeo. 1983.

público”— se deja en sus manos aquellas actividades que se dirigen a la vida cotidiana. Esto es, al espacio social/temporal donde cada vez se inicia el ciclo de la producción/reproducción de los individuos, de los sujetos históricos, de los trabajadores, de las relaciones sociales...

Me interesa su participación objetiva en tal proceso, a través de su desempeño en la profesión, como actividad socialmente determinada, pero además, según las representaciones que a nivel de la conciencia expresan éstas a través del discurso y de la práctica profesional que, como señalé antes, permite el disenso y la concreción de prácticas contra-hegemónicas.

CAPÍTULO II

LA MUJER, LA IDEOLOGÍA DEL AMOR Y LA LEGITIMACIÓN DE LA INTERVENCIÓN EN LA VIDA COTIDIANA DE LOS POBRES. UNA RECORRIDA POR LA HISTORIA

INTRODUCCIÓN

Este capítulo ha sido elaborado a partir del análisis de información extraída de la historia de la beneficencia y de la asistencia social en nuestro país, cuya búsqueda estuvo orientada por la hipótesis según la cual “las condiciones que justificaban la presencia de mujeres para el ejercicio de la beneficencia, son las mismas que se exigen como aptitudes necesarias para el desempeño profesional en el campo del trabajo social actual”.

Es importante aclarar que la información recogida me condujo a plantearme problemas que van más allá de la hipótesis inicial y que tiene que ver con las diversas estrategias estatales en relación a la familia y, dentro de ella, al rol de la mujer. Las que a su vez se expresan en las políticas de asistencia, que difieren en cada coyuntura socio-política. Estas estrategias se orientan a fortalecer el control social y a abaratar los costos de reproducción de los trabajadores, para garantizar los intereses de las clases dominantes, legitimando, al mismo tiempo, al Estado, como el representante del interés general de la sociedad.

Me interesa particularmente resaltar el lugar estratégico que viene a ocupar la mujer dentro de estas políticas.

A- LIBERALISMO Y ASISTENCIA LAICA

Hasta 1822, la caridad en Buenos Aires estaba en manos de las órdenes religiosas. Desde principios del 1600, la Hermandad de la Santa Caridad tenía a su cargo la atención de los pobres de estos territorios coloniales.

Años después de la celebración de la independencia y por inspiración del entonces Ministro Bernardino Rivadavia, la Hermandad es reemplazada en sus funciones y en un primer momento, el propio gobierno toma a su cargo la administración de los establecimientos que hasta entonces estaban en manos de la misma. Pero al año siguiente, el mismo Rivadavia inauguró una sociedad de “damas linajudas”, quienes desde entonces se ocuparon de la asistencia en Buenos Aires.¹

La ruptura del viejo orden colonial, la expansión de las ideas liberales en el Río de la Plata y el “anticlericalismo” del Ministro coincidieron para orientar la acción hacia el afianzamiento del nuevo Estado, que paulatinamente fue asumiendo funciones hasta entonces en manos del Clero. En ese contexto, la caridad de las órdenes religiosas, quedaba junto a la historia del régimen colonial y la política de

¹ ALAYÓN: *op. cit.* Págs. 13-16.

asistencia era reenviada por el Estado, hacia las clases dominantes de la sociedad civil, particularmente sus mujeres.

El discurso del Ministro Rivadavia, en el acto de inauguración de la Sociedad de Beneficencia, el 12 de abril de 1823, dejaba planteadas las nuevas necesidades del naciente régimen y las funciones que, en tal coyuntura, se instaba a las mujeres a cumplir. Rivadavia señalaba

la necesidad de que las mujeres se aplicaran a muchos destinos desempeñados comúnmente por los hombres, y para los que seguramente tienen las primeras más aptitudes que los últimos: hizo ver que esta necesidad es tanto más atendible, cuando es indudable que ocupados los hombres en atenciones que ciertamente no le son propias, los productos de sus trabajos eran incomparablemente menores, que los que debían esperarse en caso de ser desempeñados por las mujeres aquellas mismas atenciones y de contraerse los hombre exclusivamente a los trabajos análogos a la fuerza de su sexo: es decir, a todos aquellos que demandan empresa y conquista. Este ejercicio (dijo) de la industria en las mujeres hacía que ellas mismas dieran el producto que no dan ahora, y que adquirieran por si mismas los medios de su subsistencia. (...) De esta observación partió el señor Ministro para probar cuan necesario es que en este país donde hay tanta escasez de brazos, se aumente la industria, para que su riqueza suba al más alto punto, Añadió que ocupadas nuestras mujeres en muchos destinos, que se hallan aquí empleados los hombres (...) llegarían aquellas a aumentar en una tercer parte la riqueza pública, (...) ésta (la población) se aumenta en la misma proporción en que progresan los medios de adquirir. (...) (Además las mujeres podían contribuir) a la grande obra de terminar la revolución, (porque) podían valerse hábilmente del poder e influjo que tienen sobre el

corazón del hombre (para hacer que) sofoquen de una vez esos resentimientos (y pongan) fin a la revolución.²

Una coyuntura político-económica particular y nuevas ideas que encontraban en ella un espacio propicio para su desarrollo, permiten entender el llamado a la participación activa de las mujeres.

Recién finalizadas las guerras de la independencia, se había iniciado un largo período de contiendas civiles entre el interior y Buenos Aires, cuyas clases dominantes pugnaban por imponer su hegemonía.

Un primer periodo de este enfrentamiento terminó en 1820, con el triunfo del litoral en la cañada de Cepeda y la posterior firma del Tratado del Pilar, el 23 de febrero de ese año y por el que se permitía la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay por las provincias del litoral. Se inició entonces una etapa de transición en la cual las provincias se manejaron autónomamente.

Con relación a la provincia de Buenos Aires, apoyado por el joven estanciero Juan Manuel de Rosas, llegó a la gobernación Martín Rodríguez, quien nombró Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores a Bernardino Rivadavia, con quien condujo la administración entre 1820 y 1824.

² Acta de Instalación de la Sociedad de Beneficencia. Palabras del Sr. Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, Don Bernardino Rivadavia, 12 de abril de 1823.

Rivadavia representaba, en las ideas, al liberalismo positivista del “progreso y el orden”, y en lo político, a la burguesía comercial nacida al amparo de las políticas librecambistas que significaban el enriquecimiento de Buenos Aires y la ruina de las economías del interior. Los ojos puestos en el progreso europeo, Rivadavia se propuso incorporar a Buenos Aires al nuevo sistema económico mundial, de la mano del libre comercio.

Una serie de medidas en distintos ámbitos de la vida social caracterizaron la política de este período. Entre ellas, aquellas destinadas a garantizar el orden social, tan convulsionado por las luchas políticas. Ese sentido tuvieron la Ley de Olvido y la reorganización de la justicia. Por otro lado, la fama de anticlerical de que gozara Rivadavia, encontraba su causa en las disposiciones que abolían los privilegios del clero y el diezmo que recibía la Iglesia, como también en la estricta reglamentación para el funcionamiento de las órdenes religiosas. Junto con estas medidas, la asunción —por parte del Estado— del control y la expansión de la educación y la beneficencia, se materializaron en la creación de escuelas primarias y en la fundación de la Sociedad de Beneficencia.

En términos económicos, la actividad ganadera y comercial eran las más importantes. Y junto a ellas, en la ciudad, una incipiente industria, básicamente artesanal, cubría las necesidades de sus habitantes (fabricación de pan, calzados, tejidos y ropas, especialmente para el ejército).

Pero la mano de obra escaseaba en Buenos Aires. Los ejércitos reclutaban a los hombres. Los esclavos no eran una solución para la industria: resultaban onerosos. No obstante ello, ante la inexistencia de mano de obra libre y la competencia por la que escasamente existía, ofrecían ciertas garantías de estabilidad. Pero los ejércitos de la independencia también incorporaron a los negros, a cambio de su libertad.

Ante esta situación, se buscó reclutar mano de obra femenina, pero se presentaba el problema de su capacitación. Fue el mismo Rivadavia el que inspiró una ley sobre “organización del aprendizaje”, por la cual se exigía un contrato formal para hacer tal aprendizaje, que evitara la deserción de los aprendices. La Sociedad de Beneficencia vino a ensamblarse en el conjunto del proyecto rivadaviano y se dirigió a las mujeres: a las de las clases dominantes y a las de los sectores populares. A las primeras se encomendaba la vigilancia y la educación de las segundas. Pero también se esperaba de estas mujeres otras funciones, dirigidas no a las mujeres, sino a los hombres: serenar los espíritus, terminar la revolución, contribuir a lograr “el orden para cumplir con las metas del progreso”. Rivadavia recomendó a las trece damas convocadas para dirigir la Sociedad, “echar los cimientos sobre los que debe elevarse la moral pública”.³

Las órdenes religiosas no podían cumplir a cabalidad estos propósitos. Su ideología y sus

³ *Ibid.*

intereses eran otros. En tanto los hombres de la clase dominante estaban en los negocios o en la política (“empresa y conquista” a las que se refiere el Ministro), eran sus mujeres —“colocadas fuera del vértigo que arrebató a los hombres y sin aspiraciones ambiciosas”—⁴ las llamadas a lograr “la perfección moral, el cultivo del espíritu en el bello sexo y la dedicación de éste a la industria”. Para ello tuvieron a su cargo la dirección e inspección de las escuelas de niñas y la dirección e inspección de la casa de expósitos, de la casa de partos públicos, del colegio de huérfanas y de todo establecimiento dirigido a las mujeres.

En cuanto a las mujeres de los sectores populares, el objetivo era otro: producir “ellas mismas lo que no dan ahora” y adquirir “por sí mismas sus medios de subsistencia”. Faltaban hombres para producir, pero también para garantizar la manutención de su familia. Para eso era necesario “instruir al bello sexo”, permitirle “cultivar su razón y adornar su inteligencia”. No obstante, el señor Ministro “creyó deber recomendar al bello sexo la circunspección y tino con que debía manejarse al emprender la carrera del cultivo de su espíritu. Al principio (dijo) todo debe ser *sobrio y modesto* para que llegue a ser sólido y eficaz”.⁵ Capacitarse sí, pero no tanto...

Así llegaron las mujeres a ser “la mitad preciosa de su especie” y a que se reconozca como “eminentemente útil y justo acordar una seria atención

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

a su educación, a la mejora de sus costumbres y a los medios de proveer a sus necesidades.

Mas no hay medio que pueda contribuir con tanta habilidad y eficacia a la asecuración de tan importantes fines, como el espíritu público de las damas que, ya por la situación distinguida que han obtenido, como por las dotes de su corazón y de su espíritu presiden en su sexo y prueban su actitud.⁶

En última instancia, los destinatarios reales de estas políticas eran los sectores pobres, pero al mismo tiempo, las damas de la naciente burguesía, eran llamadas a ocupar un espacio, aliadas a los hombres de su clase, en una política que, ni ellas ni sus congéneres pobres a quienes se dirigía, habían decidido.

A lo largo del siglo XIX, a cargo de esta Sociedad corrió la mayor parte de la beneficencia en Buenos Aires. Inmediatamente de su fundación se hicieron cargo del Colegio de Niñas Huérfanas de San Miguel, y al año siguiente (1824) fundaron la primera Escuela Normal del país.

Luego fundaron y dirigieron numerosos hospitales y asilos de mujeres, maternidades y escuelas y tuvieron a su cargo el primer “torno” que funcionó en Buenos Aires.

Y a pesar de que, como reseña Luraschi⁷ aparecieron ollas entidades privadas (tanto laicas

⁶ Decreto de creación de la Sociedad de Beneficencia. Enero, 2 de 1823.

⁷ LURASCHI, Isabel M.: Breve reseña del desenvolvimiento de las Obras de Asistencia, Servicio Social y Previsión

como religiosas) ante la imposibilidad de la Sociedad de Beneficencia de cubrir las crecientes necesidades sociales, ninguna de ellas logró el poderío de esta sociedad de damas.

Ya a principios de nuestro siglo y ante el avance de las nuevas corrientes filantrópicas, que reclamaban una acción más directa del Estado, la Sociedad de Beneficencia volvió a reencontrarse con las órdenes religiosas. Muchos de los asilos e instituciones que fundó, fueron confiadas a éstas para su dirección y administración.

B- LOS FILÁNTROPOS HIGIENISTAS, LA ACCIÓN DEL ESTADO Y LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA ASISTENCIA

1. Situación socio-política (1850-1930)⁸

Entender las distintas líneas que se van gestando a nivel de las actividades filantrópicas, entre finales de siglo XIX y las primeras décadas del XX, implica no solamente remitirse a las tendencias que a ese nivel se perfilaban en los países europeos y que claramente influyeron en el pensamiento de los filántropos nativos, sino también reseñar la historia social, política y económica de nuestro país en ese período.

Social en la República Argentina. En: Revista *Bienestar Público*. N° 60. Puerto Rico. 1960.

⁸ Todos los datos históricos acá consignados, fueron tomados de los autores que se citan en la Bibliografía (sección Historia Argentina).

En términos sociales, el crecimiento poblacional durante esos años, constituyó un fuerte impacto que modificó de manera definitoria el sistema de relaciones sociales hasta entonces imperante. La política inmigratoria que se había iniciado ya a mediados de 1850, llegó a su apogeo en los primeros años del siglo. Más de un millón de extranjeros entraron al país entre 1880 y 1890 y un millón doscientos mil entre 1905 y 1910. En sólo veinte años, la población argentina se había casi duplicado, concentrándose, la mayor parte de ella, en las zonas urbanas o agrícolas cercanas a los puertos (Rosario, Buenos Aires).

La economía se diversificó: se extendió la agricultura, se instalaron los primeros frigoríficos y se desarrollaron las primeras industrias en los rubros textil, alimenticio y de construcción, básicamente. Al mismo tiempo, se encararon una cantidad de obras públicas y la prolongación de la red ferroviaria, que junto a la industria frigorífica, quedaron en manos de grupos económicos extranjeros.

A nivel político, las clases dominantes consolidaron el proyecto liberal del 80, que impulsó la incorporación de la Argentina a la economía mundial, ofreciendo facilidades a la penetración del capital internacional. Simultáneamente, dieron impulso a la inmigración, en la perspectiva de lograr la expansión de la agricultura.

Por otra parte, los grupos tradicionales católicos, se enfrentaron en lo ideológico a las propuestas liberales, ante una serie de medidas que limitaban la

influencia de la iglesia y afianzaban el control estatal sobre la población.

Por su parte, las clases medias (pequeños productores e hijos de inmigrantes) se aglutinaron en la Unión Cívica, que dio origen, posteriormente, a la Unión Cívica Radical, la que finalmente llevó al gobierno, en 1916, a Hipólito Yrigoyen.

En cuanto al movimiento obrero, se echaron las bases de su organización, impulsada por inmigrantes anarquistas y socialistas, a la par de verificarse la emergencia de importantes luchas sociales.

En este contexto, los liberales de la generación del 80, inspirados en las ideas del progreso y en el positivismo europeo, tomaron una serie de medidas que materializaron y extendieron el control, por parte del estado, de distintos ámbitos de la vida civil: en 1884 se dictó la ley de creación del Registro Civil; en el mismo año se aprobó la ley 1420, de educación laica, obligatoria y gratuita; en 1885, se consagró la autonomía de las universidades y poco más tarde se dictó la ley de matrimonio civil. Estas medidas enfrentaron al Estado con los sectores católicos, que vieron recortada su influencia nuevamente, y constituyeron, a nivel ideológico, las respuestas del régimen a las nuevas condiciones sociales y políticas. También a nivel del aparato represivo se consolidó el Estado: en 1901 se sancionó la ley de conscripción militar anual y obligatoria.

Después de la sanción de la ley Saénz Peña del voto secreto y universal, asumió el gobierno una nueva fuerza política que significó el ascenso de los

sectores medios, hijos de inmigrantes y sectores populares criollos, cuyo ascenso social se había dado a través de profesiones liberales, del comercio y la producción.

Después de finalizada la primera Guerra Mundial, se reanudó la inmigración, detenida durante esos años, al mismo tiempo que se inició un largo proceso migratorio rural-urbano. En 1930, la población de las ciudades alcanzaba ya al 60% del total del país y la inmigración extranjera llegaba a su fin.

Todo este periodo, que puede describirse como de “acumulación primitiva del capital”⁹ se caracterizó por las constantes manifestaciones de descontento y luchas sociales, por las condiciones de sobre-explotación del trabajo y por la fuerte represión política. Esta situación se prolongó hasta los inicios de la década del 40, cuando las demandas por reivindicaciones sociales comenzaron a ser satisfechas.

Los nuevos tiempos plantearon al Estado otros desafíos: los cambios impulsados desde su propio seno, generaron en la sociedad demandas, expectativas y transformaciones, capaces de poner en cuestión el nuevo régimen de poder y dominación. El descontento social por las condiciones de vida en la ciudad, comenzó a manifestarse en revueltas

⁹ MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos: *Estudios sobre los orígenes del peronismo/1*. Siglo XXI. Buenos Aires.

sociales sucesivas; con la inmigración europea no sólo habían llegado colonos, sino también las ideas anarquistas y comunistas, que por entonces movilizaban a los obreros europeos. Con ellos, cuya mayor proporción se asentó en las ciudades, se extendieron también los conventillos, costumbres “extrañas”, el “cocoliche”...

Grupos de diversas nacionalidades, con culturas diferentes, cambiaron el mapa demográfico y las normas de convivencia. El desequilibrio entre los sexos, producto de una mayor migración masculina, se manifestó ya desde las primeras épocas.¹⁰ A estas transformaciones le faltaba el ingrediente nativo: no solamente llegaron migrantes de los países limítrofes, sino que para la década del 30, el cuadro se completaría con los migrantes internos sobre las ciudades, fundamentalmente, Buenos Aires.¹¹

¹⁰ Según el Censo de 1869, la población de entonces se componía de la siguiente manera:

Población argentina:	mujeres: 785.567
	varones: 745.793
Población extranjera:	mujeres: 60.005
	varones: 151.987
Excedente de varones:	52.208

Datos tornados de CUCCORESE, H. y PANETTIERI, José: *Argentina, Manual de Historia Económica y Social*. I. Argentina Criolla. Ed. Macchi.

¹¹ Según los datos de Germani, en 1914 el 21,4% de la población del Gran Buenos Aires eran migrantes internos. GERMANI, Gino: El surgimiento del peronismo: El rol de los obreros y de los migrantes internos. En: *Revista Desarrollo Económico*. N° 51. IDES. Buenos Aires. Oct./Dic. 1973.

La sociedad argentina, por la diversidad de sus elementos, comenzó a parecer un aluvión alimentado por torrentes diversos, que mezclaban sus aguas sin saber hacia que cauce se dirigían.¹²

Ante esta situación, se fueron adoptando nuevas formas de control y regimentación social, tanto a nivel represivo, como de los “aparatos ideológicos”. A las formas de avance del Estado sobre la sociedad civil (plasmadas en las diversas leyes a las que me referí antes) cabe agregar la “ley de residencia” (1902) por la cual podía ser deportado todo extranjero que alterara el “orden público”, y que constituyó la respuesta directa a la huelga general de ese año.

2. Los cambios en el Estado y las nuevas estrategias filantrópicas

Fue por esta época (finales del siglo XIX, principios del XX) que la estrategia filantrópica comenzó a buscar nuevos rumbos y que el problema de la moral familiar y de la contracción al trabajo como única modalidad legítima de supervivencia, se tomó una preocupación constante. .

El viejo tronco asistencial de la Sociedad de Beneficencia y las obras privadas, producto de una política de reenvío de la atención a los pobres —por parte del Estado— hacia las mujeres de las clases dominantes, comenzó a ser cuestionado por ineficiente y acusado, incluso, de favorecer, con su

¹² ROMERO, José Luis: *Breve Historia de la Argentina*. Ed. Abril. Buenos Aires. 1984. Pág. 134.

acción paternalista, asistemática e indiscriminada, la indigencia y la vagancia. El “limosnero profesional” era definido como el producto de la “influencia desmoralizadora” de la asistencia y la limosna. La experiencia y las ideas europeas en la materia, particularmente la de los filántropos e higienistas franceses, se dejaron sentir con fuerza en los enfáticos reclamos del Estado por parte de los médicos higienistas, exigiendo a éste una intervención más directa y planificada en los aspectos que hacían a la asistencia y la salud pública.

La presión sobre éste era doble y respondía a intereses de clases divergentes: los sectores populares pugnaban por mejores condiciones de vida y sus reclamos se expresaban en huelgas y revueltas; las clases dominantes advertían el peligro ante la pérdida de consenso y exigían su restauración con economía de esfuerzos y recursos. En esa búsqueda no sólo se inspiraban en los filántropos de la ilustración, sino también en conservadores como aquellos de la Sociedad San Vicente de Paul, fundamentalmente por su orientación moralizadora. En pocos años, la mirada se volvió también hacia Estados Unidos, por lo que ofrecía de experiencia técnica y su mayor pragmatismo en esta materia.

Los impulsores de la nueva corriente filantrópica se preocuparon, sin duda, frente a la emergente situación social del país, por lo cual insistieron con marcada frecuencia, en la importancia de incorporar “la cuestión social” a la universidad. El Dr. Germinal Rodríguez (uno de estos higienistas pioneros) recordaba que

esta nueva corriente de ideas (...) ya está en la Universidad de Buenos Aires, no solo en los cursos de Higiene Social de la Facultad de Medicina, sino en la propia Facultad de Ciencias Económicas que estudia en su seno la fatiga y sus proyecciones sociales...¹³

También estaba en el esfuerzo de estos mismos médicos por explicar los problemas de la miseria, la pobreza y la desigualdad social.

La pobreza no puede ser considerada como un mal social, y si ella es un mal, será un mal natural, porque está en la naturaleza de la vida social que todo hombre debe trabajar para subvenir su necesidad cotidiana, y no puede ser considerado un mal, porque ella es la condición de todo progreso humano, porque solo por necesidad, el hombre se esfuerza. En verdad, la falta de necesidad es un mal. En cambio sí la miseria es una plaga social.¹⁴

Y frente a la miseria, se hacían necesarias otras medidas. Ante la ineficacia de la caridad y la beneficencia, que a su juicio no habían hecho más que “entretener el mal social”, aparecía, para estos pioneros, una nueva “ciencia”, el servicio social, que basado en

principios cristianos y civilizados, toma en cuenta no sólo la subsistencia física, sino que incorpora los factores espirituales y morales.

El servicio social debía dirigir su acción hacia la gran mayoría que

¹³ RODRÍGUEZ, Germinal: La Escuela del Servicio Social. Diario *La Nación*. Buenos Aires. 2 de diciembre de 1927. Citado por: ALAYÓN: *op. cit.*

¹⁴ RODRÍGUEZ, Germinal: *Principios Generales de Asistencia Social*. Ed. Universitaria. 2º edición. Buenos Aires. 1960. Pág. 11.

no provista de un psiquismo perfectamente desarrollado, equilibrado y adaptado al ambiente en que actúa (necesita de su acción para paliar) la natural desigualdad entre los hombres.¹⁵

Así es como se proponía que el servicio social era “una nueva ideología”, “única forma posible de socialismo” (sic), una de cuyas finalidades era la de “mantener las relaciones sociales”, porque en él “deben encontrarse patronos y obreros”.

Nos encontramos hoy frente a la necesidad de transformaciones extensas y complicadas de la organización social, y el problema de la higiene social se convierte así en un problema cultural, de organización y de economía.¹⁶

Es así que ante las nuevas condiciones socioeconómicas descritas antes, que implicaban contar con trabajadores sanos y con condiciones de “paz social” que garantizaran la continuidad del régimen y la productividad del capital, y ante la necesidad de legitimación del propio Estado, frente a los nuevos problemas que planteaba una población urbana numerosa y heterogénea (promiscuidad, prostitución, indigencia, mendicidad), se perfilaron tres estrategias complementarias: a) la centralización de la asistencia y su contralor por el Estado, b) la “tecnificación” de la acción social, c) la restauración de la vida familiar y la moralización de los sectores populares.

¹⁵ *Ibid.* Pág. 15.

¹⁶ *Ibid.* Pág. 27.

a. La centralización y el control de la asistencia

Como fue dicho, las instituciones filantrópicas (hospitales, asilos) estaban ligados básicamente, a la Sociedad de Beneficencia, quien por entonces confiaba la dirección de los mismos a diversas órdenes religiosas.¹⁷ Coexistían con ella otras obras e instituciones menores a lo largo del territorio nacional. Todas ellas eran básicamente subsidiadas por el Estado, sin que existiera organismo alguno que centralizara el destino de tales subsidios.¹⁸

Hasta ese momento, quedaba confiada a las manos de los sectores dominantes (sus mujeres) el uso y administración de la asistencia, o lo que es lo mismo, la acción a esos niveles, del mantenimiento del consenso social y de la reproducción de las relaciones sociales. “La asistencia moral y el acercamiento del rico al pobre”,¹⁹ es decir, la alianza clientelística, basada en el intercambio de protección y favores, que engendraba, como contrapartida, lealtades y obligaciones morales, que constituían formas directas de intercambio entre las clases.

¹⁷ ALAYÓN: *op. cit.* Págs. 16-25.

¹⁸ “Las instituciones de asistencia eran casi todas de carácter oficial (porque) el mayor número estaban subsidiadas por el Estado (...) y correspondía a un anexo del presupuesto de la Nación, denominado de Asistencia Social, el otorgamiento de dichos subsidios”. MARTONE, Francisco José: *Medicina Preventiva, Asistencia Social, Servicio Social*. Ed. Cesarini Hnos. Buenos Aires. 1956.

¹⁹ Primera Conferencia Nac. de A.S.: *op. cit.* Pág. 5.

La imposición de normas morales era uno de los componentes básicos de esta relación, fundada en el establecimiento de una distancia social cuyo soporte pasaba por el supuesto virtuosismo de “espíritus elegidos”, portadores de “cualidades excelsas”, que legitimaba su acción moralizadora hacia los pobres (de cuerpo y espíritu).

Por entonces, la moral de los pobres —para los ricos— pasaba por dos variables complementarias: la resignación y la obediencia, expresada en la observancia de aquellos principios que las clases dominantes estimaban adecuados para los pobres.

Los “premios a la virtud”²⁰ que la Sociedad de Beneficencia otorgaba desde 1823, informan con singular consistencia esta apreciación. Anualmente, en acto público celebrado en el Teatro Colón, la Comisión Directiva de la Sociedad de Beneficencia entregaba premios a asistidos considerados merecedores de los mismos, quienes “comparecían ante la mesa oficial” para que le sean entregados los diplomas respectivos. Alayón²¹ reseña la lista de virtudes premiadas:

– humildad; amor filial; desinterés; a la persona menesterosa que haya manifestado constancia en el trabajo; a la persona enferma más paciente; al amor conyugal; a la viuda con hijos, pobre y con virtudes cristianas; a la mujer argentina pobre que se distinga en el orden y arreglo de su hogar; a las familias

²⁰ ALAYÓN: *op. cit.* Pág. 27.

²¹ *Ibid.* Pág. 26.

vergonzantes; a las familias desgraciadas; a tres huérfanas con buena conducta, humildad y amor al trabajo; a la anciana que viva con el producto de su trabajo de costura; a la viuda pobre vergonzante; a la mujer más sufrida y pobre.

De hecho, estos actos no podían tener únicamente una función de figuración social y por tanto no podían estar dirigidos solamente a la autocomplacencia de las clases altas. Parece más adecuado pensar en el carácter ejemplificador de los mismos para las clases pobres, quienes deberían ser los destinatarios últimos, sino de la fiesta, sí del mensaje.

No obstante, los nuevos tiempos pedían nuevos métodos: el resquebrajamiento del consenso, expresado en el aumento de las luchas sociales y producto de las nuevas reglas del juego en las relaciones entre las clases (cambios en la economía, en la composición socio-demográfica, en la cultura, en la política) exigía, para su restauración, formas más extendidas, planificadas y vigorosas de acción, que acompañaran a las otras medidas tomadas en relación al control de los individuos. Y exigía también que el Estado interviniera con mayor energía y que legitimara su intervención a partir de presentarse como el regulador de los intereses de toda la sociedad.

Ese hecho se tornó una preocupación constante de una nueva corriente de filántropos higienistas, fundamentalmente, que veían en el Estado el instrumento a través del cual lograr mayor eficiencia.

Para quienes así pensaban, la superposición de las obras de beneficencia y la arbitrariedad con que se dispensaban sus servicios, no hacían más que favorecer la mendicidad y “desmoralizar” a los sectores pobres, alejándolos, según su entender de la “vida de trabajo” que las nuevas condiciones económicas requerían.

Dos líneas aparecen constantemente enfrentadas ante esta problemática: la de los higienistas, que se proponían estrategias más eficientes de control sobre la vida de los pobres; y la del viejo tronco asistencial, que se negaba a que el Estado se inmiscuya en sus acciones, si bien, reclamaba de sus aportes económicos.

En 1912 fue presentado un proyecto tendiente a coordinar, desde la esfera oficial, el otorgamiento de subsidios a las obras privadas, que fue desaprobado en los siguientes términos por el Ministerio de Hacienda:

Si la beneficencia reposa sobre el Estado por medio del impuesto, lo que viene a apagar es esa fuente inagotable de recursos que se llama caridad. Efectivamente sofoca las iniciativas privadas, suprime esos movimientos espontáneos que nacen del corazón de todos los hombres y en todas las esferas sociales ante la desgracia. El Estado, acaparando la beneficencia, sirviéndose del impuesto, viene a colocarnos en esta situación: que todos se abstienen, se desinteresan de esto. Se arrebatara así a todos y especialmente a los hombres pudientes, el mérito de una generosidad que,

recordando la expresión de un economista, Wagner, “es un medio de conciliar a los ricos y a los pobres”.²²

Este era el punto fundamental de la disidencia entre los viejos y los nuevos filántropos, porque había de por medio una cuestión de poder. Todavía en 1933, en ocasión de realizarse la Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social, el informe presentado por su presidente, el Dr. Tomás Amadeo, éste señalaba lo siguiente:

La falta de unión favorece en primer término la explotación de las mismas (las obras) aumentando los recursos de los “falsos pobres” explotadores de la bondad humana y que encuentran dentro de la miseria, la manera de vegetar casi parasitariamente.

El pobre profesional es la resultante de la falta de unión, problema que se agrava en nuestros días, dada la extensión de las ciudades que impide el exacto conocimiento del necesitado, cosa que en comunidades pequeñas no se producían.

Y aún tratándose de verdaderos pobres, la multiplicidad de las obras tiende a ejercer una influencia desmoralizadora. Cada obra no puede distribuir sino socorros insuficientes, y el socorrido debe apelar a varias fuentes simultáneamente, lo cual le obliga a mentir en todas partes para que se le tenga consideración, exagerando a su vez su estado y sus sufrimientos. La falta de organización estimula así la hipocresía, pues al principio se miente por necesidad y termina mintiendo por utilidad; hace de su estado una profesión abandonando la senda del trabajo y de un obrero honesto y emprendedor, por falta de organización, se arma un mendigo social. (...)

La coordinación de las obras de asistencia permitiría, ante todo, el intercambio de los antecedentes

²² *Ibid.* Pág. 38.

personales y sociales de sus asistidos, despietándose así al limosnero profesional.²³

Y en el mismo texto, el Dr. Amadeo incluye una carta de la señorita Carmen Bellavita, a cargo del Secretariado Social de la Obra Cardenal Ferrari, quien respondía de esta manera a una invitación suya:

El Estado siente la necesidad de una participación en la asistencia social y se la impone como un deber para la pacificación y economía social, pero el Estado no puede matar el esfuerzo individual y la iniciativa particular; antes bien, su deber es fomentarlos. (...)

El Estado debe aportar, a lo menos a nuestro juicio, sumas correspondientes a la tercera parte del costo total de cada obra".²⁴

Como resultado de la conferencia, fue elaborado un proyecto de ley tendiente a regular el funcionamiento de las obras, que tampoco en esta oportunidad fue aprobado.

Recién en 1937 se creó, finalmente, el Registro de Asistencia Social, donde debían estar inscriptas todas las obras para recibir subsidios. Conjuntamente se decidió la confección de un fichero Central de necesitados.

En adelante, el Estado fue afianzando paulatinamente su función en el campo de la asistencia, hasta que en 1943 se creó la Dirección

²³ AMADEO, Tomás: Primera Conferencia Nac. de A.S.: *op. cit.* Pág. 5.

²⁴ BELLAVITA, Carmen: citada por Tomás Amadeo: *op. cit.* Pág. 13.

Nacional de Salud Pública y Asistencia Social, dependiente del Ministerio del Interior, a cuyo cargo quedó todo lo relativo a “beneficencia, hospitales, asilos, asistencia social, sanidad e higiene”.²⁵ Si bien las obras privadas no desaparecieron, su incidencia, en adelante, se fue relativizando y la política social quedó principalmente en manos del Estado.

b. El problema de la eficiencia y la construcción de un nuevo saber

Otro aspecto apareció en el centro del debate y se materializó en nuevas estrategias asistenciales: el de la eficiencia de la acción y construcción de un nuevo saber acerca de los pobres. Evitar “la mentira y el abuso” de supuestos “falsos pobres”, moralizarlos, conocerlos educarlos, requería avanzar más allá de esos “laboratorios de la conducta” que fueron los asilos, para entrar al hogar mismo de estas clases, espacio central de su cotidianidad.

Los primeros indicios de esta preocupación los encontramos en los años iniciales del presente siglo, para afianzarse ya cercana la década del 30, con la fundación de la Escuela de Servicio Social del Museo Social Argentino.

El peligro de que el obrero se apartara de la “senda del trabajo honesto” y de que su ejemplo cundiera, implicaba poner la mirada en aquellos países con experiencia en la materia. Ya por

²⁵ ALAYÓN: *op. cit.* Pág. 45.

entonces la asistencia se había profesionalizado, tanto en Europa como en Estados Unidos y ambos casos fueron tenidos en cuenta a la hora de elaborar estrategias.

La carrera de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires sirvió de mercado académico a los primeros proyectos de capacitación de personal adecuado. En ella, en 1924, se implementó el primer curso de Visitadoras de Higiene Social,²⁶ abierto a mujeres que debían constituirse en “auxiliares médicos”, ocupándose de “las minucias para las cuales el médico no tiene tiempo”,²⁷ difundiendo las normas de higiene y de prevención de enfermedades transmisibles; pero además, debiendo enseñar el orden y la economía doméstica.

Tales esfuerzos apuntaban a cubrir por lo menos dos objetivos explícitos: a) mayor eficiencia y economía en la labor asistencial (“La improvisación y la falta de orientación científica pueden esterilizar los más generosos impulsos”)²⁸ y b) evitar el desperdicio de fuerzas que en lugar de aplicarse a la producción, se convertían en “cargas sociales”, por la laxitud de una beneficencia indiscriminada.

La combinación de dos fenómenos se hacían necesarios para el cumplimiento de estos objetivos: la capacitación técnica (ésta se obtenía en las aulas) y la combinación de ciertas virtudes, como la

²⁶ *Ibid.* Pág. 117.

²⁷ Sociedad de Higiene y Microbiología. Crónica de la sesión del 3 de nov. de 1925.

²⁸ RODRÍGUEZ: *op. cit.* Pág. 11.

generosidad, el amor, la dulzura, etc., que se pretendían condiciones innatas del sexo femenino. Aquélla era, al mismo tiempo, consecuencia y principio de la constrictión de ese “nuevo saber” acerca de los pobres de la sociedad; estas últimas, requisito para ganarse la “confianza” de los asistidos, haciendo de ellos “colaboradores” de la cruzada para la higiene del cuerpo y el virtuosismo de la moral obrera.

Esto justificaba el hecho de que ante los nuevos desafíos de la coyuntura política, las mujeres fueron nuevamente convocadas para el particular espacio de la asistencia social.

Pero la sola acción de las Visitadoras de Higiene se hacía insuficiente, en tanto se limitaba a un aspecto parcial de la vida de los pobres. No eran solamente la higiene, la salud, ni aún la economía doméstica, suficientes para la formación de una “conciencia de trabajo, que lleve a éste (el trabajador) al nivel de los máximos valores personales y espirituales, “porque está en la naturaleza de la vida social que todo hombre debe trabajar para subvenir su necesidad cotidiana...”²⁹

Es así como en 1930 se fundó la Escuela de Servicio Social del Museo Social Argentino, donde se buscaba dar una formación integral, que extendiera su acción más allá de la salud pública. En versión de uno de sus fundadores, un “profesional capaz de comprender la diversidad de factores que actúan

²⁹ RODRÍGUEZ: *op. cit.* Pág. 11.

sobre la vida humana, para llevarla por senda equivocada”. El mismo insistía en que “detrás de cada asistido (la asistente debía ver) además de un dolor que amenguar, un problema de organización social que resolver. En la lucha contra los males sociales no bastan las buenas intenciones o los ingentes recursos, sino la experiencia, que ante todo debe ser obra de organización”.³⁰

Decía entonces que la mayor eficacia que se pretendía en las acciones a desarrollarse (en términos de economía/logros) y la necesidad de evitar la “desmoralización” del obrero a raíz de la proliferación de los “pobres profesionales”, requería de dos requisitos: la capacitación técnica y el tacto e ingenio. Una buena visita y una entrevista eficaz, dependían, además de la correcta implementación técnica, de la manera de presentarse, de interrogar y de transmitir amor. Esta mujer debía transformarse en “confidente” para poder dar consejos adecuados. Junto con otro tipo de recomendaciones, éstas constituían el abc de una encuesta social a realizarse en el hogar del asistido. Tradición no perdida la de ganarse “la confianza”, ni la creencia en las habilidades femeninas para eso, según se recoge en la actualidad.

En cuanto a los aspectos técnicos, toda encuesta debía ser “profunda y completa”. Así lo expresaba el doctor Germinal Rodríguez:

¿Cuál es la situación del necesitado?

³⁰ Citado por ALAYÓN: *op. cit.* Pág. 179.

¿Cuáles son sus necesidades más urgentes?

Mientras el asistido expone su situación, la vista de la Visitadora extendida en su alrededor puede sacar estas conclusiones:

¿Es gente de orden?

¿Es gente con hábitos higiénicos?

¿Se nota en la ropa de la familia detalles chocantes en lo sucio, rotura, zurcido, etc.? Es evidente que el hecho de ser pobre no implica estar reñido con la higiene. Una ropa sucia tirada en un rincón; el desorden de los objetos, etc., ya da a la Visitadora elementos de juicio indubitables para saber con qué gente está tratando.

Es evidente que la encuesta se orienta teniendo cuestionarios generales que plantean las principales preguntas, las cuales permiten orientarse y tener algún orden. La manera cómo contesta a estas preguntas ya permite a la Visitadora sacar dos elementos de juicio: la inteligencia del individuo y la sinceridad con que expone. Y en este punto debemos rendir una palabra de homenaje a Mary E. Richmond³¹ quien desde el Instituto Russel Sage ha orientado la acción de los trabajadores sociales publicando su libro *Diagnóstico Social*. El cuestionario no debe ser tomado como un marco estrecho y definido; más bien debe ser motivo de conversación. (...)

³¹ Mary Richmond (1861-1928) fue una precursora del Servicio Social moderno y “tecnificado” de Estados Unidos. Influenciada por el Psicoanálisis, puso mucho énfasis en el caso social individual y en la técnica de entrevista como forma de conocer la historia cierta del “cliente”, para poder elaborar así un diagnóstico, que permita orientar la resolución del caso. Su obra más importante y más difundida en nuestro medio fue *Social Diagnosis*, publicada en 1917. Posteriormente en 1922, publicó *What is Case Social Work*.

Pero la Visitadora llena una función social cuando hace la educación sanitaria del asistido y aún su educación moral. (...)

Y la Visitadora escudriña el medio social que rodea al asistido, conversa con sus patrones de trabajo y saca así conclusiones sobre su voluntad, inteligencia y laboriosidad; averigua el estado social del individuo para saber si es casado o está unido libremente, lo cual tiene importancia para el caso de muerte en ciertas leyes de previsión social, conversa con el conserje de la casa (sic), sus proveedores, etc., y aún puede llegar hasta los archivos de la policía, tribunales, hospitales, etc.

La Visitadora debe concretar su opinión en palabras precisas para que el asistente las interprete. Tales serían: insuficiencia del salario, desorden incorregible, vicios morales, etc.³²

Pero esta labor, ante los tiempos que corrían no era suficiente: de ahí la necesidad de formar aquel otro profesional capaz de “asimilar a los individuos y familias al medio en que viven”.³³ Este no se limitaría a la salud, sino que debería dirigirse también “a la vida cívica, social y familiar de los seres humanos”. De ahí qué una de las “cinco ramas” que se definían como componentes de su método suponía participar en la difusión de “la educación popular, las ideas del ahorro, la educación sanitaria, la economía doméstica, etcétera”.³⁴

³² RODRÍGUEZ: *op. cit.* Pág. 85.

³³ Discurso del Dr. Alberto Zwanck, durante el acto de inauguración de la Escuela del Servicio del Museo Social Argentino, el 23 de junio de 1930. Zwanck fue director de dicha Escuela. Citado por: ALAYÓN: *op. cit.* Pág. 154.

³⁴ RODRÍGUEZ: *op. cit.* Pág. 85.

Toda esta nueva comente filantrópica era orientada, al nivel de los lineamientos ideológicos, por médicos varones; en tanto, la ejecución quedaba en manos de mujeres. Se reeditaba, fuera de los marcos de la vida privada, la relación de poder entre un varón poseedor del saber y de la capacidad de decisión, y entre una mujer que asimilaba y ejecutaba las indicaciones de aquél. Por otra parte, resultaba una prolongación de la vida familiar, donde se ponen en juego, básicamente, aquellas mismas condiciones esperadas para un ama de casa, esposa y/o madre: amor, abnegación, sacrificio... para orientar y educar.

En 1925, los miembros de la Sociedad de Higiene y Microbiología, en una de las sesiones ordinarias de la misma, se congratulaban del éxito obtenido con la incorporación de visitadoras a escuelas y hospitales, las que además, como doble mérito, “hacían su noble tarea sin percibir estipendio”.³⁵

c. La restauración de la vida familiar en los sectores populares

En verdad, las dos estrategias anteriores (centralización de la asistencia y “tecnificación” de la acción social) estaban orientadas a lo que podríamos definir como la estrategia principal: la que se dirigía más directamente a la moralización y restauración de la vida familiar de los sectores populares.

³⁵ *Revista de la Sociedad de Higiene y Microbiología*. Año I. N° 1. Nov. 1925.

Es importante tener en cuenta acá los acontecimientos sociales de la época, signada por la migración, el intercambio de culturas y costumbres y cierto relajamiento de los lazos familiares, producto — entre otras cosas— de la mayor migración masculina. Las demandas de trabajo, los bajos salarios y la difusión de ideologías socialistas y anarquistas, son todos factores que, combinados, explican la preocupación por llegar hasta el hogar mismo de las clases pobres.

Y más allá aún de la moralización, la acción social parece estar dirigida a “normatizar” la cotidianeidad de los obreros, su vida privada y su mundo doméstico. González³⁶ dice al respecto:

Por un lado, la forma que adquirió esta nueva intervención sobre la familia popular estuvo regida por los “grandes torneos de la caridad”, pero por otro, incluyó acciones de tipo moderno como “abrir las puertas del conventillo”, formar sistemáticamente hábitos de convivencia, estimular a las madres a que críen a sus hijos difundiendo los métodos de la puericultura, inducir al hábito del ahorro o crear dispensarios y refugios para hijos de madres que trabajan. Todas estas acciones tendieron a moralizar a la familia y difundir un modelo de familia popular o “trabajadora”, austera y sobria, acorde a las concepciones que de ella tenía la élite.

³⁶ GONZÁLEZ, Ricardo: “Caridad y Filantropía en la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XX”. En: *Sectores populares y vida urbana*. CLACSO. Buenos Aires. 1984.

3. Áreas de problemas

Se puede sectorizar a la problemática social — con fines analíticos para este estudio— en tres grandes áreas, para permitir una mejor visualización de las estrategias de acción social que se procesaban en este primer tercio del siglo XX. Ellas son: la salud y la higiene pública; la delincuencia; y la mendicidad y el desamparo.

La de la salud constituyó el área realmente estratégica en todo este periodo, tanto porque fueron médicos higienistas los que básicamente inspiraron las nuevas corrientes filantrópicas estadistas, como porque, junto a las normas de higiene y a los principios de la nueva puericultura, se fueron filtrando toda una serie de normas dirigidas a otras esferas de la vida de los pobres. Fue el área de la salud, también la que nuevamente permitió poner a la mujer en el blanco de la política social. Y otra vez hubieron — como con Rivadavia y la Sociedad de Beneficencia— ejecutoras y destinatarias; y también moralización y educación. Pero ya no para el trabajo en la industria, sino para la vuelta al hogar. Se exaltó la maternidad como el compendio de las virtudes femeninas y en la madre y su familia confluyeron —y coincidieron— todas las corrientes (los estadistas y los partidarios de la iniciativa privada; los médicos, los curas y las señoras burguesas).

Y fue también desde el área de la salud, que se advirtió con mayor claridad y conciencia, que las políticas dirigidas a las madres, no solamente iban a disminuir la mortalidad infantil y las enfermedades

descalificantes, garantizando así la supervivencia de los futuros brazos, sino que además, apuntando a ella, se apuntaba a disminuir el abandono, la vagancia, la delincuencia, la mendicidad. Y con ello, a evitar el desperdicio de recursos, la pérdida de brazos y el gasto en reparar tales males sociales. Con la mujer en el hogar, dedicada a la atención de los hijos, se aseguraba también, además, la higiene, el control y la educación de éstos, y una economía doméstica basada en los principios del ahorro.

De ahí que sean los propios médicos higienistas que empezaron dictando los cursos para visitadoras de higiene social, los que reclamaron un “profesional polivalente” que no restrinja su labor a la salud.

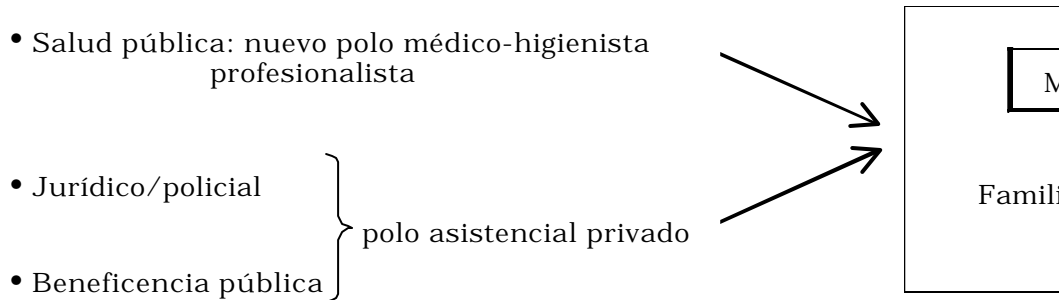
En las otras áreas (de la delincuencia, de la mendicidad y el desamparo) siguió prevaleciendo la vieja línea asistencial privada y mucho más tardíamente intervino el Estado. Ellas quedaron como reducto de la acción directa de las clases dominantes, y todavía hoy se conservan instituciones de este carácter, que aunque minoritarias y de corto alcance en relación con la política social del Estado, sobreviven como espacios de poder del pensamiento católico más conservador.³⁷

³⁷ La cuestión de la asistencia en los últimos años merece ser revisada e investigada, ya que puede plantearse la hipótesis de que gran parte de la acción en este sentido ha vuelto a manos de la sociedad civil, en tanto que la acción directa del Estado, por lo menos en términos materiales, parece resultar cada vez más restringida.

En síntesis, en el área de salud se desarrollaron las nuevas corrientes filantrópicas higienistas, en tanto que en el área de lo jurídico/policial y a nivel de la beneficencia pública, se mantuvieron las formas asistenciales privadas y la intervención del Estado no fue más allá de subsidiar a las obras de ese carácter.

Sin embargo, la mira de todos estaba puesta en la familia. Y más precisamente dentro de ella, en la madre. Situación que adquiere, como queda visto, caracteres particularmente definidos a nivel del área de la salud.

Lo dicho podría esquematizarse así:



a. El problema de la salud y la higiene

1. La higiene pública

El alto crecimiento de la población urbana producto —como se vio— de la alta tasa de migración extranjera registrada desde fines del siglo pasado y de la migración interna posterior, junto a la ineficiencia de las instituciones de salud ante el

consiguiente aumento de las enfermedades (particularmente las transmisibles) y los avances habidos en este campo de la medicina, plantearon la preocupación por la higiene pública e inspiraron una sede de medidas tendientes —como recuerda González—³⁸ al “disciplinamiento y al saneamiento urbanos”.

Es importante recordar que, por entonces, un amplio movimiento internacional se desenvolvía en tomo a la problemática de la salud y de la higiene pública y se echaban las bases de la Medicina Preventiva. Este movimiento, huelga señalarlo, era impulsado por los países más avanzados de Europa, que saliendo de los estragos de la Primera Guerra, se esforzaban en garantizar mano de obra suficiente y productiva. La importancia de esta preocupación está probada en el hecho de que el mismo Tratado de la Paz de Versalles, firmado en 1919 entre Alemania y los aliados, incorporó un artículo (el 23), por el cual “los Estados deberán esforzarse en tomar las medidas de orden internacional para prevenir y combatir las enfermedades”.³⁹ En virtud del mismo se creó también la Organización de Higiene (organismo de cooperación internacional). La preocupación de éste se centraba en “la salud e higiene de la clase trabajadora”.⁴⁰

³⁸ GONZÁLEZ: *op. cit.*

³⁹ FEINMAN, Enrique: “La acción sanitaria y de asistencia social de la sociedad de las naciones”. Comunicación presentada a la Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social. *Op. cit.*

⁴⁰ *Ibid.*

Por su parte, la Oficina Internacional del Trabajo, con la colaboración del Comité de Higiene Internacional (creado ya en 1907) comenzó a incorporar a sus preocupaciones “la previsión higiénica y la asistencia social”.⁴¹

Otros temas hacia los que se orientaba el interés de los organismos de higiene pública de los países de Europa, fueron “la fatiga muscular”, “las industrias insalubres”, la peste, la tuberculosis, la mortalidad infantil, la viruela, etcétera.

Más allá del marcado biologismo que tradicionalmente caracterizó a la medicina, los “factores sociales” se impusieron como determinantes de estas enfermedades y pusieron en alerta al sistema de relaciones sociales, cuya supervivencia se veía amenazada. Producto del carácter expoliador del capitalismo, las “enfermedades sociales” no podían enfrentarse sino a través de medidas paliativas, dirigidas a controlar sus efectos. La “educación higiénica del pueblo y la formación de especialistas en higiene y medicina social”⁴² fue el resultado de estas preocupaciones.

La situación social de la Argentina de principios de siglo, con sus derivaciones en el campo de la salud (mayor incidencia de la tuberculosis y el paludismo, en la población en general, como de otras enfermedades infecto-contagiosas sobre la mortalidad

⁴¹ *Ibid.*

⁴² *Ibid.*

infantil) explican el vigor que por entonces adquirieron acá los principios del higienismo.

Su prédica derivó en un mayor control de la higiene pública por parte de los organismos del Estado, desde donde se tomaron medidas como el control sanitario de los conventillos, hasta la reglamentación de la prostitución, el registro y reglamentación del trabajo de menores en la vía pública, etc. Medidas, todas ellas, cuyos efectos trascienden largamente la esfera de la salud.

2. La higiene privada

Pero además de implicarse una moral determinada en estas medidas, que en última instancia “institucionalizaba” aquello que, aún denostado, la propia expansión capitalista generaba, las medidas de “disciplinamiento y saneamiento” trascendieron “lo público”, para llegar al hogar mismo de los pobres urbanos.

Higienistas y filántropos asistencialistas se propusieron difundir la higiene entre los pobres: miseria, pero con limpieza, parecía ser el lema. Y desde entonces, hasta hoy, se cristalizó el prejuicio de que los pobres “son sucios”, además de “inmorales y haraganes”. Casa limpia, casamiento en regla y contracción al trabajo: he aquí la síntesis para construir el modelo de familia obrera que se necesitaba para la consolidación del capitalismo.

El llamado binomio madre-hijo fue el objetivo principal, en tanto que las herramientas adecuadas

las brindaban, principalmente, la puericultura y la obstetricia. Por la lactancia materna, el tipo de alimentación, el baño, etc, pasaban las campañas de salud y la no observancia de las normas en relación a ellos, se arguyó como la causa principal de enfermedades y muertes.

Cómo lavarse y lavar al niño, cómo alimentarlo, cómo vestirlo, cómo acostarlo y dónde; cómo airear e iluminar la vivienda, cuál es una alimentación adecuada, qué hacer con las moscas, etc. eran normativas con un destinatario determinado: la madre/ama de casa.

b. La Asistencia Social y el Derecho

Las nuevas condiciones socio-económicas y el nuevo enjambre de relaciones sociales que a la luz de ellas se iban tejiendo en la sociedad argentina, desafiaban a la acción en todos los niveles. El aumento de la actividad industrial y el consiguiente crecimiento de la clase obrera, el carácter de las luchas sociales y, en fin, las necesidades del capital, llamaban a la regulación y el control desde áreas diversas.

Es a lo largo de este período que el Partido Socialista promovió una serie de leyes de protección laboral, muchas de las cuales fueron sancionadas. En 1907 se reglamentó el trabajo de las mujeres; en 1910 se dictó la ley orgánica de creación del Departamento Nacional del Trabajo; en 1924 se dictó la ley de maternidad, por la cual se estipulaba el

descanso pre y postparto, pero no se reconocía el derecho al salario durante ese periodo. Recién en 1935 se introdujo una modificación en ese sentido. En junio de 1918, el Dr. Jorge Frías fundó el Patronato de Liberados, entidad privada con reconocimiento oficial; en 1933, “por iniciativa de un núcleo de señoritas estudiantes de Derecho”⁴³ se hizo lo propio con el patronato de Recluidas y Liberadas, para la atención de mujeres.

Dos aspectos interesan en esta área: el tono “familiarista” que predominó en las preocupaciones de los legisladores y los hombres de leyes; y el predominio de la línea filantrópica más asistencial, que pugnaba por mantener la predominancia de la acción privada sobre la intervención directa del Estado.

Fundamentando la necesidad de reglamentar el trabajo de las mujeres y niños, un diputado socialista afirmaba que se “trataba de un grave problema que afectaba a los intereses permanentes de la nación”. Decía que “la obrerita recientemente púber deforma su organismo, alterando las más serias funciones de su vida, no podía encontrarse en buenas condiciones para ejercer la más noble, la más elevada función de la mujer la maternidad. (...) No es de esa manera con

⁴³ CALCAGNO, Juan León: “Carácter que deben revestir los patronatos de liberados. Su forma y organización”. En: Primera Conferencia Nac. de A.S.: *op. cit.*

que la patria contará con ciudadanos fuertes y salios, sino con rebeldes engendrados por la injusticia”.⁴⁴

Por su parte, los patronatos nacieron con el objeto de “reeducar (que) es readaptar y readaptar que es conquistar para la sociedad un elemento vivo”.⁴⁵ Ahora bien, para que tal función se lleve a cabo, se propugnaba que “la asistencia sea severa en cuanto a protección y control de sus movimientos” por lo que debía “revestir un carácter de vigilancia” a “cargo de Inspectores”, que sin embargo, no hicieran sospechar su función de vigilancia.⁴⁶

En el caso específico del Patronato de Recluidas y Liberadas, se recomendaba tener en cuenta la “idiosincrasia femenina”, por lo que se planteaba la necesidad de ganar su confianza y apoyar el programa de “reeducación social”, ya que muchas otras calamidades son productos de la ignorancia (...) de esas mujeres, (lo que) acarrea al país hijos enfermos, débiles, futuros pobladores de las cárceles”.⁴⁷

También en este caso se proponía la presencia de “Inspectoras”, cuya función debía comenzar dentro

44 PALACIOS, Alfredo: *La justicia social*. Ed. Claridad. Buenos Aires. 1954.

45 DE GREGORIO LAVIE, Lucila: “Colonias y casas de trabajo para liberados”. En: Primera Conferencia Nac. de A.S.: *op. cit.*

46 CALCAGNO, THWAITES LASTRA y SOTERO VAZQUEZ: “Carácter y organización de la vigilancia del liberado”. En: Primera Conferencia... *Op. cit.*

47 DE GREGORIO LAVIE: *op. cit.*

de las cárceles, para “conquistar el afecto” de las presas y que sean, así, “sus confidentes”.⁴⁸

El Patronato de Recluidas y Liberadas se definía como “una obra de defensa social” y propendía a la creación de “un reformatorio de mujeres y un formatorio de menores”.⁴⁹

Resulta trascendente esta información porque fue en el seno de ese patronato y siendo presidenta la Dra. Cassagne Serres, que se fundó, en 1941, la primera Escuela de Asistentes de Menores y Asistentes Penales, que en 1946 pasó a depender de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, como Escuela de Asistentes Sociales.⁵⁰

Aunque la profesionalización de la asistencia social en el área del Derecho es relativamente tardía, ésta se produjo, igual que en el campo de la medicina

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Boletín del Patronato de Recluidas y Liberadas. Año IX. N° 28 y 29. Junio de 1942.

⁵⁰ ALAYÓN: *op. cit.* La Escuela mantuvo esta dependencia hasta 1985, año en que, por presión del movimiento estudiantil, pasó a depender directamente del Rectorado de la UBA, mientras se efectiviza la creación de la Facultad de Ciencias Sociales, donde se proyecta incluirla. Salvo en un corto período, entre 1973/74, la Escuela estuvo dirigida por abogados y mantuvo una orientación esencialmente jurídicista, lo que se manifiesta en los sucesivos planes de estudio, incluso en el que aún está en vigencia. Con el cambio actual de dependencia, la pretensión del alumnado es romper esa tradición y acercar la carrera a las ciencias sociales, siguiendo la tendencia de la misma en el resto de América Latina.

y la beneficencia, cuando la labor de las “inspectoras” resultó insuficiente. Y si bien las cualidades requeridas a éstas se asemejan a las requeridas a las técnicas de este campo (las visitadoras, las asistentes sociales) en cuanto a la necesidad de “ganarse la confianza” de la presa y “vigilar y controlar” sin que se evidencie, se planteaban a esta altura, otras cuestiones básicas que hacían a la prevención de la delincuencia. La asistencia social era vista como una “obra de defensa de la sociedad” y por lo tanto, los objetivos de allí derivados estaban dirigidos a la “moralización, la corrección y la vigilancia” de todos aquellos sectores sociales cuya condición era vista como germen de delito. Eso suponía que quienes asumieran tales tareas de vigilancia debiera constituir un “núcleo de gente bien nacida, formada en principios éticos sólidos y con ilustración científica adecuada”.⁵¹ Esto es, en términos teóricos, que la interiorización de los principios de “la arbitrariedad cultural que se impone”, sea lo suficientemente inconsciente como para que sean vividos como productos de “la libertad y la universalidad”.⁵²

Las funciones de “proteger, dirigir, educar, depurar a los demás”, exigían del “espíritu de sacrificio” y del “buen sentido” para poder ser un “auxiliar modesto” en la aplicación de las leyes. Por lo demás, las tareas concretas que se esperaba que realizaran las egresadas, estaban dirigidas a “resolver

⁵¹ Primera Conferencia... *Op. cit.* Pág. 7.

⁵² BOURDIEU y PASSERON: *op. cit.* Pág. 72.

problemas de la vida real” (esto es, cotidiana) y a lograr soluciones “inmediatas y sencillas”.⁵³

Las nuevas condiciones sociales planteaban al Estado, también en este área, distintas estrategias de intervención que se expresaban en la preocupación de los dirigentes y en propuestas más o menos disímiles. No obstante, hay un punto de coincidencia estratégico, sobre el que convergen, también acá, desde el pensamiento conservador, pasando por el liberalismo, hasta el socialismo:⁵⁴ la moralización de la clase obrera y la restauración de la familia; espacio este último, donde la presencia de la mujer asume una dimensión privilegiada.

⁵³ LANDO, Juan Carlos: “Palabras de inauguración de los Cursos de la Escuela de Asistentes de Menores y Asistentes Penales, en el año 1942”. En: *Boletín del Patronato de Recluidas y Liberadas. Op. cit.*

⁵⁴ La lucha contra el alcoholismo es una preocupación constante, que se evidencia tanto en los niveles del Estado, como de las organizaciones civiles. En 1920, los Ministerios de Instrucción Pública y de Guerra y Marina, encararon una campaña al respecto. A esa campaña se sumó la Liga de Templanza del Consejo Nacional de Mujeres, que organizaron la primera semana de la Templanza y que años más tarde reclamaron una Ley al Congreso y mayores subsidios para llevar adelante la lucha antialcohólica. (LIVORNO, María: “La obra de la Liga de la Templanza del Consejo Nacional de Mujeres”. En: *Primera Conferencia... op. cit.*).

En el Anuario Socialista de 1928, se informa que el 31% de los ingresados en el Hospicio de la Mercedes entre 1914 y 1923, fueron alcohólicos.

Junto a otras formas de intervención, la asistente social profesional vino a cubrir, en parte, esa función, lo que definió, desde sus orígenes, sus características intrínsecas.

También en esta ocasión, la “verdad objetiva” se diluye en el contenido de un discurso edulcorado (el que reafirma la ideología del amor, “del espíritu de sacrificio y la satisfacción moral por procurar el bien de los demás”)⁵⁵ que homologa “la defensa de la sociedad” con la defensa de unas formas determinadas de relaciones sociales.

Si bien la escuela abrió sus puertas tanto a mujeres como a varones, de hecho la profesión siguió siendo “femenina”. Las exigencias de personalidad, las instancias de la vida social hacia las cuales se dirige su acción (lo doméstico y lo cotidiano), el carácter auxiliar de la profesión y los requisitos para su ejercicio, la definían, de hecho, como tal, más allá de la intencionalidad de su directora, para quien “no se planteaban diferencias entre varones y mujeres”. No obstante, cabe señalar que en el área de las instituciones judiciales, es más probable la presencia masculina. Los entrevistados actuales justifican este fenómeno en el hecho de que es probable encontrarse frente a casos donde se requiere “la firmeza y mano dura” del varón y en las situaciones de riesgo que el mundo del delito puede ofrecer a las mujeres.

⁵⁵ LANDO: *op. cit.*

C- EL LUGAR ESTRATÉGICO DE LA MUJER EN LA ASISTENCIA

Como puede desprenderse a lo largo de este rápido recuento histórico, la mujer aparece en dos puntos estratégicos de la articulación entre los sectores más desvalidos del sistema y el Estado. Como madre/ama de casa de los sectores populares, por un lado; y por otro, como “ejecutora” en esa instancia articuladora y dirigiéndose a sus congéneres pobres.

1. La mujer como “objeto” de intervención

La mortalidad infantil, el problema de la higiene y la difusión de las enfermedades infecto-contagiosas, la vagancia y la mendicidad de los niños, el alcoholismo y la prescindibilidad de la fuerza de trabajo femenina en las industrias, ante la oferta suficiente de mano de obra, hicieron de la mujer el blanco ideal de la política social de esta época.

Frente a esta problemática, la ineficacia de los asilos (para huérfanos o abandonados, para enfermos, etc.) y de la limosna, en tanto no generaban mejoras en el problema y constituían una carga pública cada vez mayor, planteó la necesidad de mecanismo más eficaces y económicos, por donde pasaron las políticas dirigidas a la restauración de la familia (“una necesidad humana indiscutible, imperativa, constructiva”⁵⁶), del matrimonio (“La

⁵⁶ RODRÍGUEZ: *op. cit.* Pág. 121.

familia normal, es decir, compuesta por dos jefes de familia e hijos⁵⁷) y la maternidad (“... amor y santo regazo del hombre”⁵⁸).

Y cabe agregar aquí, que el asilo no solo es un fracaso y una rémora de nuestra civilización, sino que lo son igualmente las demás instituciones de tutela, pues todas ellas adolecen del mismo defecto fundamental que es su régimen, completamente artificial y deficiente desde todos los puntos de vista, por hallarse en abierta oposición con los principios básicos que fundamentan la familia, institución natural, base de la sociedad humana. (...)

(Por eso) la acción social debe intervenir directamente a la familia e impidiendo de esta suerte que se desarticule el hogar y que la pobreza y sus terribles consecuencias socaven sus cimientos.⁵⁹

Entonces:

¿Reinstalar familias en condiciones que les asegure una independencia financiera, no es más sabio, como también más productivo que el mantenimiento mediante una asistencia por bien organizada que ella sea?⁶⁰

El binomio madre-hijo se convirtió entonces en centro de atención y la preservación de su unidad en una empresa de moralidad. “Salvaguardar moral y materialmente los derechos de la mujer a la maternidad” se proponía como objetivo un plan de

⁵⁷ *Ibid.* Pág. 122.

⁵⁸ BOERO, Enrique: “Consideraciones de orden social que sugiere la asistencia médica en las Maternidades”. En: Primera Conferencia... *op. cit.*

⁵⁹ DELFINO, Víctor: “La protección familiar, sistemas congregado y disperso en la protección a la infancia abandonada”. En: Primera Conferencia... *op. cit.*

⁶⁰ RODRÍGUEZ: *op. cit.* Pág. 127.

asistencia a la madre y al recién nacido, presentado a la Primera Conferencia.

A través de ello se atacaba la mortalidad infantil y la vagancia, entre otras “plagas sociales”. De ahí la atención dedicada a las maternidades, al control del embarazo y a la atención del parto. Los progresos en la obstetricia fueron decisivos en este aspecto, y a su vez son ilustrativos de este interés. Pero además, los principios de la puericultura fueron llevados a los hogares, a las maternidades y aún a los asilos, cuando el abandono era irremediable.

En cuanto a la vagancia y el abandono de niños, fue atacado por dos lados: la reivindicación del matrimonio, lo que garantizaba la responsabilidad y la presencia del padre; y por la atención de la madre soltera, promoviendo la vinculación con el hijo y evitando el abandono de éstos en los asilos.

En un informe elaborado sobre una encuesta a 100 casos de madres solteras, el Dr. Berutti y la Srta. María Zurano, dejan constancia de la incidencia negativa del concubinato y de la desestructuración familiar como causante de la inmoralidad de los jóvenes. Revelan que sólo el 7% de los casos encuestados pertenecían a un “hogar moral, material e intelectualmente irreprochable”. En cambio, de los padres de esos niños ilegítimos, la gran mayoría (90%) “pertenecía a hogares bien constituidos”.

Les preocupaba a estos investigadores, lo que ellos describen en su informe como la “mentalidad” del grupo estudiado:

Manifestaremos tan solo que la mayoría de las madres solteras estudiadas pertenecen a la *mentalidad general vulgar de la clase trabajadora* de nuestro país, mentalidad pues común, pero sobresale una condición infantil, pueril, de niña, que contrasta notablemente con el *acto cometido*. En cuanto a la mentalidad de los hombres, es más difícil de establecer, pero podemos asegurar que responde ella al nuevo concepto de ética sexual y moral que se va infiltrando sensiblemente en nuestra clase trabajadora y que se traduce por un desconocimiento a las leyes y respeto que ellas merecen en la formación de un hogar (cursiva nuestra).

Ante sus descubrimientos, el Dr. Berutti y la Srta.. Zurano recomiendan lo siguiente:

Muchas y muy eficaces pueden resultar las medidas higiénico-médico, político y económico sociales, pero a nuestro juicio, la base primordial de toda campaña de protección a la madre soltera debe radicar fundamentalmente en aquellas que tiendan al mejoramiento ambiental, a la educación en otro sentido, tratando de modificar instintos y costumbres, a la elevación de la ética sexual y a fijar el verdadero concepto de la responsabilidad moral del individuo.⁶¹

Esto conduce a otro aspecto importante que converge hacia los mismos fines: la educación. Una política global de moralización de las costumbres y de restauración del orden familiar, implicaba formar a cada sexo, según principios morales y habilidades prácticas diferentes.

... la ciencia de la vida está dada por la educación de los jóvenes que formarán una familia (...) el joven debe estar

⁶¹ BERUTI, Josué y ZURANO, María: "El problema de la madre soltera en nuestro país". En: Primera Conferencia... *op. cit.*

preparado para las cargas físicas y morales que nacen de la paternidad, tanto como para las cargas económicas. Pero la fuerza de las circunstancias y posiblemente por sus tendencias naturales, el sexo femenino puede aparecer más apto en su conjunto para recibir esta preparación (se refiere a la atención del hogar) la cual es a veces innata, ella emana del amor maternal que está latente en todo ser femenino.⁶²

Como la política asistencial, la política educativa contribuía también a afianzar el control social sobre los sectores populares y garantizar la reproducción de los trabajadores. Esto implicaba distintos niveles. A nivel de lo estrictamente ideológico, estaba dirigido a “estimular el sentimiento patrio”, como así también inculcar en los niños —y a través de ellos a sus padres extranjeros— “la idea de los grandes sacrificios que ha costado a las generaciones pasadas la realización de la patria que hoy los protege generosa”.⁶³ Junto a la instrucción cívica y la historia, iban el estímulo al ahorro, a la previsión y a la vida ordenada. En términos prácticos, la enseñanza de las manualidades y la enseñanza agrícola, marcaban las necesidades de la época. Pero en ese sentido, era diferente la formación de niñas y niños. Para los varones eran la enseñanza agrícola y las manualidades (carpintería, herrería, imprenta, zapatería). En cambio a las niñas correspondía: la educación para el hogar, las labores domésticas y,

⁶² *Ibid.*

⁶³ *Ibid.*

eventualmente “y en proporciones modestas, la avicultura, la apicultura, la floricultura, etcétera”.⁶⁴

Es que se entendía que la “pérdida de ciertos hábitos del hogar” por parte de la mujer para salir a trabajar, había sido dañina para la sociedad,

especialmente en las clases modestas, donde la falta de educación doméstica representa: mala distribución de jornales, alimentación inadecuada, carencia de higiene, ausencia de cuanto implica una comodidad y como compendio doloroso, hábitos de haraganería y abandono, que conducen al vicio en sus diversas formas, a la enfermedad y a la degeneración.⁶⁵

Ante esta preocupación, la Sra. de Ferro proponía completar la obra de la escuela, ya que

la educación doméstica entraña un lento trabajo de todos los días y todos los momentos para llegar a la formación del hábito.⁶⁶

Si 100 años atrás, la fundación de la Sociedad de Beneficencia fue la culminación de una política que llamaba a las mujeres a salir de sus hogares, en

⁶⁴ Esto se va a mantener así por muchos años. Varias de mis informantes recuerdan (recordamos...) la famosa “hora de labores” en la escuela primaria, para las niñas, en las que se aprendía bordado, tejido, costura y economía doméstica. En tanto, los varones hacían “manualidades”, que incluían labores agrícolas o técnicas. La cita corresponde al Dr. Luis Agote y pertenece a la comunicación presentada a la Primera Conferencia... sobre el tema “Manualidades”.

⁶⁵ SANSANO de FERRO, M. del R.: “La educación de la niña. Las labores domésticas”. En: Primera Conferencia...
op. cit.

⁶⁶ *Ibid.*

este momento el giro fue a la inversa: ya no había guerras, llegaron hombres de otras tierras, aumentaron las enfermedades y los asilos para niños huérfanos ya no resultaban. Ya no había razones que justificaran la presencia de las mujeres en la vida pública. Sí las necesitaba la sociedad para regular y ordenar la vida doméstica para instaurar un modelo de familia (más parecido al viejo modelo patriarcal) que a la postre, venía a resultar la forma más económica de reproducción social.

2. La mujer como sujeto de la intervención

Este nueva política hacia la familia popular, requería de ejecutores idóneos. Ya no era suficiente la “buena voluntad”, la “grandeza de espíritu” y el “origen linajudo”. Los ideólogos del higienismo necesitaban de quienes pongan en acto lo que ellos elaboraban como consignas. Y eso requería el aprendizaje de las normas de higiene, los principios de la puericultura y, básicamente una moral familiar determinada que diera a la mujer el rol principal en tanto difusora y ejecutora de tales principios dentro del hogar. Y requería también del manejo de técnicas adecuadas para garantizar que el mensaje sea cabalmente comprendido. Técnicas que permitieran acceder al conocimiento del público a quien estaba dirigido el mensaje, que garantizaran la observancia de las normas y evitaran el “engaño” y la “mentira” en la información.

Pero el conocimiento técnico no estaba reñido con el manejo afectivo: por el contrario, resultaban la

combinación perfecta para el logro de los objetivos propuestos. La pura técnica hubiera dejado en descubierto el carácter impositivo y arbitrario de la “nueva moral”. Sin remitirse al amor por los niños, a lo abnegado de la maternidad, a lo sagrado de la familia ¿cómo imponer las bondades del ahorro y de la economía doméstica, del trabajo, etcétera?

Alejada de los intereses políticos y económicos, autoconvencida de su “especial sensibilidad” fue nuevamente la mujer el ariete ideal en la nueva coyuntura. El médico —y posteriormente el abogado— poseedores del saber y del poder, encontraron en ella su auxiliar eficaz, capaz de cumplir con “el mayor tino y delicadeza” sus indicaciones.

Así, el primer grado de institucionalización como profesión alcanzado por estas actividades, estuvo dirigido exclusivamente a mujeres. Cuando egresaron las primeras visitadoras de higiene, en 1925, el Director del Instituto de Higiene de la Facultad de Ciencias Médicas, Dr. Carbonell, les recordó “el gran lugar que ha tenido siempre la mujer en las diversas formas de asistencia social” y las llamó a ser “la eficaz colaboradora del médico sin tratar de ocupar nunca su puesto”. Pero ya antes, un profesor del curso les decía en sus clases que “la mujer tiene más arraigado el sentido de la caridad”.⁶⁷

El mismo profesor escribía, pocos años después, que para la visitadora social “la familia es

⁶⁷ Citado por ALAYÓN: *op. cit.* Págs. 120 y 129.

sagrada” y que “mediante la utilización de la encuesta social (ese maravilloso medio de investigación del que tienen privilegio) pueden percibir día a día la fuerza moral de la familia y dirigir toda su acción a mantener intacta esa fuerza”.⁶⁸

Pero los organizadores de los cursos de visitadoras e inspiradores de la fundación de la Escuela de Asistencia Social del Museo Social, “la influencia preponderante” de la visitadora no debía limitarse a la higiene pública, sino que tenía mucho que hacer en la “educación social” sobre el mutualismo, el cooperativismo, el desarrollo del sentimiento de independencia, la elevación espiritual de las familias.

Formas que aunque parecen producir más para la sociedad que para la familia (...) es preciso reconocer que su práctica influye en la una y en la otra.⁶⁹

En la función de velar por “la unidad moral de la familia” como “el medio más favorable para la regeneración del ser humano”, que ellas aprendían a hacer “científicamente y con humanidad”,⁷⁰ no fueron dejadas solas. A ello se sumaron también las mujeres de la oligarquía porteña, es decir, la vieja línea asistencial, para quienes “las clases altas y superiores de buena voluntad” podían erigirse en “tutela” y “severo control de hábitos, carácter y buenas costumbres”.⁷¹ En este punto pudieron,

⁶⁸ RODRÍGUEZ: *op. cit.* Pág. 122.

⁶⁹ *Ibid.* Pág. 129.

⁷⁰ *Ibid.* SANSANO de FERRO: *op. cit.*

⁷¹ *Ibid.*

ambas corrientes, establecer una alianza táctica en función de las nuevas exigencias que planteaban los cambios habidos en la sociedad argentina. Las damas podían reconocer la necesidad de contar con “cierta preparación”, pero a cambio de este reconocimiento, reclamaban al Estado el aporte material. De hecho, como dije antes, la mayor parte de estas entidades de beneficencia, eran subsidiarias por el Estado.

Son numerosos los proyectos y obras en ejecución presentados a la Primera Conferencia de Asistencia Social, en los cuales la mujer es la principal protagonista: las Cantinas Maternales para estimular la alimentación natural del lactante; la Casa del Niño (sistema abierto para niños abandonados); Liga de Templanza (contra el alcoholismo) del Consejo Nacional de Mujeres; el Hogar Profesional de Reeducción para Niñas, etcétera.

Estas mujeres podían acoplarse a la propuesta de los higienistas, porque ambos propiciaban un mismo modelo de familia que garantizaba la reproducción de los trabajadores al más bajo costo. Eso exigía una política de control y normalización más severa sobre las mismas y, básicamente, sobre la mujer, ya que se esperaba que si

las mujeres son honradas y buenas, los hombres también lo serán, porque un joven que nace en un ambiente de amor, de moral y respeto recíproco, no puede ser malo, a

menos de ser tarado... Y para estos también habrá una institución científica, un lugar de reeducación.⁷²

Esta fue la concepción dominante también en la formación de las primeras profesionales del servicio social. Ella se manifiesta en la bibliografía, en los planes de estudio, en la acción encarada. .

Conviene remarcar acá de qué manera fue posible una acción que implicaba la imposición de normas y modelos de comportamientos arbitrarios, en tanto correspondían a la particular perspectiva e intereses de élite dominante.

Ejemplifiqué antes como el discurso se nutre de un lenguaje mistificador, detrás del cual pasa desapercibida la “función objetiva” que venían a cumplir estas mujeres. Desde las permanentes referencias al “sentimiento maternal”, al “sentido de la caridad”, hasta expresiones cargadas de misticismo, que invocan “almas elegidas” que vienen en “cumplimiento de un ideal redentor de sublimación humana” refuerzan ese discurso, tras el cual, las funciones de control y reproducción se hacen legítimas.

De esta manera, la acción política queda legitimada, pero se oscurecen los intereses sociales y económicos que movilizan tantos esfuerzos.

Bourdieu y Passeron dicen que

⁷² NELSON, Carmen y CREMATA, Ángela: “Hogar profesional de reeducación para niñas”. En: Primera Conferencia... *op. cit.*

los agentes que producen el trabajo pedagógico no estarían tan completamente presos en las limitaciones que la arbitrariedad cultural impone a sus pensamientos y a su práctica, si encerrados en el interior de estos límites por una autodisciplina y una autocensura (tanto más inconsciente cuanto más interiorizados hayan sido sus principios) no vivieran su pensamiento y su práctica en la ilusión de la libertad y de la universalidad.⁷³

El cumplimiento de estas funciones de control de la vida cotidiana (es decir, la propia naturaleza de la nueva disciplina) hizo necesario el reclutamiento de mujeres para su ejercicio, en tanto que estas quedan —en el imaginario social— fuera del conocimiento y libres de dudas acerca de “sus buenas y desinteresadas intenciones”. El conocimiento y la intencionalidad eran patrimonio masculino (los médicos, los abogados, los encargados de dictar políticas) pero éstos no llegaban a la gente sino por medio de “generosas mujeres”.

⁷³ BOURDIEU y PASSERON: *op. cit.* Pág. 81.

CAPÍTULO III

LA ASISTENCIA SOCIAL Y EL LUGAR DE LA MUJER EN LA POLÍTICA.

LA FUNDACIÓN “EVA PERÓN”

INTRODUCCIÓN

En el presente capítulo analizo los cambios en la estrategia asistencial, en un momento transicional de nuestra historia, cuando se operan significativas transformaciones a nivel de la estructura social y del aparato estatal. Período en el que un proyecto político alternativo a aquel consolidado en 1880, va tomando forma y a partir del cual pueden entenderse las acciones encaradas por el Estado.

Ese contexto explica las características de la asistencia encarada por el Estado, sus formas de implementación y la explicitación de sus relaciones con la política. Por primera vez (y formalmente por última) la asistencia se despoja del ropaje de neutralidad que hasta entonces la envolvía.

No obstante, siguieron siendo mujeres sus actores principales. Y el “amor” su razón y su arma. Complejo proceso que devela y oculta al mismo tiempo, que incorpora mujeres a la vida pública, pero también las afianza en su domesticidad. que hace lo privado cosa pública, y transforma lo público en un único y gran ámbito privado donde mujeres y hombres ocupan espacios diferentes.

La Fundación “Eva Perón” constituye el objeto central de este capítulo, aunque no tomado como único sino como un aspecto del tema global, donde interesa el papel de las mujeres, las demandas que se le hacen y las virtudes que le son atribuidas (y que se atribuyen) en lo que a asistencia social se refiere.

LA ASISTENCIA SOCIAL Y EL ASCENSO POLÍTICO DE LAS MASAS POPULARES

A- LAS CONDICIONES INTERNACIONALES Y LA ECONOMÍA NACIONAL

Dos acontecimientos a nivel internacional, cuyos efectos se encadenaron en cuanto a la repercusión tenida por ellos en el interior de la formación social argentina, deben tenerse prioritariamente en cuenta para referirse a los acontecimientos internos durante este período y —entre ellos— a la política social y las corrientes asistenciales de esta época. Me refiero a la gran crisis del 29/30 y a la II Guerra Mundial, iniciada exactamente una década después.

Con la primera, el proyecto económico liberal de la Argentina agroexportadora se sacudió seriamente y sus efectos los sintieron principalmente los ganaderos. Con ella culminó una época de fuertes exportaciones, cuyas ganancias se invertían, básicamente, en la importación de artículos de consumo suntuario. Scalabrini Ortiz consigna que poco antes de la crisis, se invirtieron casi 147 millones de pesos m/n en productos alimenticios, 25 millones y medio en tabaco y casi 400 millones en el rubro textil.

Junto a ello, las importaciones en combustibles, automotores y artefactos de hierro, sumaron alrededor de 800 millones.¹

La caída de la Bolsa de Nueva York y su repercusión en todo el mundo, provocó la baja de las exportaciones, especialmente de carnes, y por consiguiente, la disminución de las divisas para la importación. Según Horacio Giberti, en el período 1925/29 se exportaba un promedio anual de 402,2 millones de toneladas de carne enfriada y 201,2 de carne congelada. Para el período 1930/34, esas cifras bajaron a 353,2 y 56,4 millones de toneladas respectivamente.²

Esta circunstancia hizo que se iniciara lo que luego se conocería como el proceso de "sustitución de importaciones". Al no estarse en condiciones de importar, debieron producirse en el país aquellos productos de consumo que otrora se traían del exterior. Con maquinaria obsoleta y en condiciones aún precarias, se desarrollaron, sin embargo, las industrias alimenticia y textil básicamente.

Si bien esta circunstancia parecía transitoria, el inicio de la II Guerra Mundial en 1939, no hizo sino profundizar el proceso. El bloqueo de muchos puertos cenó mercados aún para los granos argentinos y el crecimiento industrial se hizo notorio, como medio de

¹ Citado por RAMOS, Abelardo: *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*. Ed. Plus Ultra. Buenos Aires. 1965. Pág. 333.

² GIBERTI, Horacio: *El desarrollo agrario en la Argentina*. Ed. Universitaria de Buenos Aires. 1970. Pág. 47.

obtener aquellos productos que ahora ni siquiera se producían en Europa o Estados Unidos, cuyas industrias dirigían su producción a la guerra.

Los datos que se ofrecen señalan que en 1930 Argentina importaba 430.000 toneladas de cemento, en tanto la producción nacional era apenas de 260.000 tns. En 1939 esa situación se había revertido y la primera quedó en apenas 20.000 tns. en tanto la segunda trepó a 1.130.000 tns. Cifras similares se ofrecen para otros productos de consumo cotidiano.³

Tres fenómenos acompañaron este proceso en los primeros años de la década del 30: una alta migración interna. la elevada tasa de desocupación y los bajos salarios.

A partir de 1931 bajó bruscamente la migración europea, como consecuencia, entre otras cosas, de un cambio en la política respectiva. Si en 1930 ésta había representado el 6,6% del crecimiento poblacional del país, al año siguiente bajaba al 1,4% y en 1932 llegaba apenas al 0,3%.⁴

Sin embargo, la migración interna se intensificó desde entonces, atraída por las nuevas condiciones que ofrecían una ciudad y una industria en franco crecimiento.

Si bien distintos autores hacen referencia a este tema, es también común a todos ellos el

³ PERELMAN, Ángel: *Cómo hicimos el 17 de Octubre*. Ed. Coyoacán. Buenos Aires. 1961. Pág. 24.

⁴ *Boletín del Instituto de Sociología*. Facultad de Filosofía y Letras. UBA. N° 4. 1945. Pág. 148.

señalamiento de la falta de información precisa, pues desde el Tercer Censo Nacional de 1914, no hubieron otros hasta 1943, en que se realizó un Censo Escolar sobre aproximadamente el 70% de la población total del país. En ese período la población casi se duplicó (7.948.609 hab. en 1914 y 13.909.950 en 1943) y se revirtió su distribución en términos de urbana y rural. En 1914, el Censo indicaba como población rural al 47,3% y como urbana al 52,7%. En el Censo Escolar de 1943, el 38,9% era rural, en tanto la urbana había trepado al 61,1%.⁵

Hay que tomar en cuenta acá que el período abarca años de alta migración externa (hasta 1929), población que en gran parte se asentó en centros urbanos. Por otro lado, Germani señala que el fuerte del proceso migratorio interno no fue anterior a 1935,⁶ año en que también la desocupación obrera había bajado significativamente.⁷

Lo cierto es que la década del 40 se inició con un país cuya fisonomía demográfica había tenido otro cambio absoluto. Si en los inicios del siglo y hasta la segunda década de éste, la migración europea había transformado a la ciudad y roto su calma aldeana, para esta época fue el interior el que se volcó sobre

⁵ Estos Censos toman como "urbano" a todos los centros con más de 2.000 habitantes. Boletín del Instituto de Sociología. *Op. cit.* Pág. 150.

⁶ GERMANI, Gino: "El surgimiento del peronismo: El rol de los obreros y los migrantes internos". En: *Revista Desarrollo Económico*. IDES. N° 51. vol. 13. 1973. Pág. 451.

⁷ PERELMAN: *op. cit.* Pág. 25.

Buenos Aires y nuevamente la transformó y asustó a sus clases medias y altas “cultas y civilizadas”.

Sin embargo, los primeros años del 30 se caracterizaron por una elevada desocupación, que permitió mantener salarios muy bajos y cumplir el proceso de acumulación originaria sobre la base de la sobre explotación obrera.⁸

El año 1932 fue el que registró mayor desocupación: había 334.000 obreros sin trabajo.⁹ A partir de ahí la situación comenzó a revertirse y en 1935 esta cifra bajó a 89.000.¹⁰ No obstante que la demanda de mano de obra se mantuvo en aumento constante desde este año, el nivel del salario se estancó hasta 1942, en que la tendencia se revirtió, manteniéndose constante el ascenso en el nivel de ocupación.¹¹

Estas dos circunstancias que se dieron conjuntamente a partir de 1935 aproximadamente (bajos salarios y alta ocupación) influyó en la virulencia que fueron adquiriendo las luchas sociales.¹²

La estructura agro-exportadora de la Argentina había cambiado por fuerza de las circunstancias. El proteccionismo automático producido por la crisis

⁸ MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos: *Estudios sobre los orígenes del peronismo/1*. Siglo XXI. Buenos Aires. Págs. 76-83.

⁹ PERELMAN: *op. cit.* Pág. 25.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ MURMIS Y PORTANTIERO: *op. cit.* Pág. 84.

¹² *Ibid.*

primero y la guerra luego, permitió que entre 1939 y 1944, el PBI se elevara en un 19,4%, sobre apenas el 8,4% de aumento en la población y que la producción nacional cubriera, en el último año de este período, el 80,5% de la demanda fija total de productos manufacturados.¹³ La producción manufacturera en ese último año representaba el 23,1% del PBI.¹⁴

Los cuadros que siguen ilustran con claridad la tendencia de la economía en este período:¹⁵

ÍNDICE DEL VOLUMEN FÍSICO DE LA PRODUCCIÓN Y DEL COMERCIO EXTERIOR
(Índice base: promedio 1937-1939 = 100)

Año	Exportación	Importación	Producción Industrial	Producción Agropecuaria	Contribución
1940	83	77	108	102	100
1941	80	61	121	121	121
1942	78	48	127	118	123
1943	89	33	130	111	132
1944	98	32	135	128	193

Fuente: Banco Central. Memoria. 1944

¹³ RAMOS: *op. cit.* Págs. 36-37. Datos del "Programa conjunto para el desarrollo agropecuario e industrial". CGE. Buenos Aires. 1962.

¹⁴ GIBERTI: *op. cit.* Pág. 58.

¹⁵ *Boletín del Instituto de Sociología: op. cit.* Pág. 161.

COMERCIO EXTERIOR (Millones de \$ m/n)			
Año	Exportación	Importación	Saldos (positivos)
1940	1.629,4	1.468,8	130,6
1941	1.640,4	1.276,7	363,7
1942	1.981,6	1.274,4	707,2
1943	2.383,5	942,0	1.441,5
1944	2.583,4	1.007,2	1.576,2

Fuente: Banco Central. Suplemento estadístico de la Revista Económica. 1945

Distintos autores señalan el crecimiento de la industria textil en este período. Algunos refieren también a la transformación de la “sirvienta” en obrera. Como tradicionalmente esta rama de la industria ha absorbido mayormente mujeres, puede inferirse que este período significó también el crecimiento de la mano de obra femenina en la industria. De hecho, las políticas sociales así parecen indicarlo. La industria alimenticia es otro caso similar. No obstante, no obtuve información desagregada por sexos, que permita confirmar estadísticamente esta inferencia.

B- LA SITUACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

En este punto me interesa llegar a describir cuál era el ánimo del movimiento popular en la década del 40 y cómo se había ido conformando éste. Asimismo, me interesa señalar el marco situacional y las condiciones en que éste se desenvolvía y que han de preocupar al Estado.

En relación con la población, ya se señalaron algunos datos. No obstante, es importante recordar que luego del 30, el aumento producido en ésta se debió casi exclusivamente al crecimiento vegetativo, ya que la migración externa había bajado a valores mínimos. El más alto índice de crecimiento vegetativo (y de población en su conjunto) correspondió a 1930 (17,1%) ya que a partir de allí comenzó a descender hasta alcanzar los valores más bajos entre 1935 y 1938, incluso extendiendo el período hasta el Censo de 1914. El siguiente cuadro es ilustrativo al respecto:¹⁶

DESARROLLO DE LA POBLACIÓN ARGENTINA DESDE 1930 HASTA 1944

Año	Población al 31 de diciembre	Crecimiento Anual					
		Vegetativo		Migratorio		Total	
		Absoluto	%	Absoluto	%	Absoluto	%
1930	11.452.374	191.276	17,1	73.417	6,6	264.693	23,7
1931	11.657.656	188.566	16,5	16.716	1,4	205.282	17,9
1932	11.853.300	192.556	16,5	3.085	0,3	195.644	16,8

¹⁶ *Ibid.* Pág. 148.

1933	12.029.559	172.107	14,5	4.152	0,4	176.259	14,9
1934	12.204.094	168.641	14,0	5.894	0,5	174.535	14,5
1935	12.376.052	150.848	12,4	21.110	1,7	171.958	14,1
1936	12.562.262	159.003	12,8	27.207	2,2	186.210	15,0
1937	12.761.509	155.347	12,4	43.900	3,5	199.247	15,9
1938	12.956.602	154.766	12,1	40.327	3,2	195.093	15,3
1939	13.132.279	169.522	13,1	6.155	0,5	175.677	13,6
1940	13.320.641	173.960	13,2	14.402	1,1	188.362	14,3
1941	13.517.135	179.517	13,5	16.977	1,2	196.494	14,7
1942	13.708.386	171.956	12,7	19.295	1,5	191.251	14,2
1943	13.909.950	194.859	14,2	6.705	0,5	201.564	14,7
1944	14.130.871	213.515	15,4	7.406	0,5	220.921	15,9

En cuanto a su distribución espacial, ya se señaló también la alta migración rural-urbana, fenómeno que se precipitó a partir de 1935, según refiere Germani. No existen datos de los primeros años de la década del 30. El mismo Germani toma datos indirectos, como el aumento en el número de electores en el Gran Buenos Aires, a partir del cual pueden hacerse estas inferencias. Así, registra que entre 1930 y 1946, éstos aumentaron en 31.700 personas por año, a diferencia del periodo 1916/30, en el que se registró un aumento de 18.600 electores,¹⁷ Los datos más precisos sólo comparan

¹⁷ GERMANI: *op. cit.* Pág. 452.

aquellos derivados del Censo Nacional de Población de 1914, con el Censo Escolar de 1943.

POBLACIÓN URBANA Y RURAL¹⁸

Censos	Total	Urbana		Rural	
		Número	%	Número	%
1914	7.885.237	4.157.370	52,7	3.727.867	47,3
1943*	13.770.000	8.417.000	61,1	5.353.000	38,9

* Estimado del Censo Escolar

Lo cierto es que en 1943, la Capital y el Gran Buenos Aires concentraban más del 25% de la población del país. En números absolutos, los habitantes concentrados en esta región alcanzaban a 3.623.000 habitantes.¹⁹

En cuanto a la ocupación, ya se señaló que en los primeros años de la década la oferta de trabajo se mantuvo baja, tendencia que se comenzó a revertir significativamente desde 1935 y que fue en aumento. En 1936, el 30% de la mano de obra estaba ocupada en la industria manufacturera,²⁰ cifra que ascendió en 1945 al 50%.²¹ En términos absolutos, en 1935 había

¹⁸ *Boletín del Instituto de Sociología: op. cit.* Pág. 150.

¹⁹ *Ibid.* Pág. 153.

²⁰ GERMANI: *op. cit.* Pág. 463.

²¹ *Ibid.*

472.152 obreros industriales;²² en 1941, ascendían a 729.731²³ y en 1946 sumaban ya 1.056.673 personas.²⁴

Toda la década del 30 es particularmente interesante para comprender la evolución del movimiento popular. En primer lugar, se caracterizó por una fuerte represión política, que sumada al alto índice de desocupación de los primeros cinco años, restó toda capacidad de maniobra y negociación al movimiento obrero.²⁵

Al aumentar la ocupación, éste fue adquiriendo nuevo impulso y mayor combatividad en la lucha por las reivindicaciones, lo que no se tradujo en conquistas concretas hasta la década siguiente. Perelman dice que “en los años anteriores a 1943 el panorama del movimiento sindical argentino era lastimoso”.²⁶

No obstante, el nivel de organización iba en aumento, lo que se expresaba básicamente en el número de organizaciones sindicales, que en 1941 alcanzaban a 356, con un total de 441.412 afiliados. Esta última cifra tuvo la siguiente evolución:²⁷

²² RAMOS, Jorge A.: *op. cit.* Pág. 400.

²³ MURMIS Y PORTANTIERO: *op. cit.* Pág. 79.

²⁴ RAMOS: *op. cit.* Pág. 400.

²⁵ MURMIS Y PORTANTIERO: *op. cit.* Pág. 79.

²⁶ PERELMAN: *op. cit.* Pág. 26.

²⁷ MURMIS Y PORTANTIERO: *op. cit.* Pág. 77.

Año	N° de Afiliados
1936	369.969
1937	418.902
1939	436.609
1940	472.828
1941	441.412

El cuadro da un aumento en la sindicalización del orden del 19%. Sin embargo, esta cifra no resulta suficientemente relevante, si se la compara con el aumento producido en el número de obreros industriales que —según los datos transcritos anteriormente— sería casi del 67% más en 1941 que en 1935.

Sin embargo, un dato más relevante para apreciar la efervescencia social de la época, era el creciente número de huelgas que se registraron en este período y la mayor participación de huelguistas. No obstante, como señalan también Murmis y Portantiero, sus resultados no fueron positivos en lo inmediato y el nivel de salarios comenzó a revertirse recién a partir de 1943.

Si algo faltaba para caracterizar a esta época, además de la explotación obrera, los bajos salarios y la represión social, era el fraude político, todo lo cual le valió pasar a la historia como la “década infame”.

El derrocamiento, en 1930, de Hipólito Yrigoyen y la política que sucedió a su caída, significaron la

marginación de los sectores populares y el desconocimiento sistemático de sus reclamos.

El fraude político, los negociados para preservar los intereses de la clase en el poder²⁸ y la crisis del modelo agro-exportador, se dieron paralelamente con el primer despegue significativo del desarrollo industrial, el desempleo al principio, el crecimiento de la clase obrera después de 1935, una fuerte explotación de ésta y una efervescencia social cada vez más aguda.

Junto a ello, la migración masiva desde el interior cambiaba nuevamente la fisonomía de Buenos Aires y reavivaba prejuicios. La vieja dicotomía sarmientina de “civilización o barbarie” que, entre otras cosas, había querido conjurarse con la inmigración europea, volvió a movilizar a la sociedad porteña. Esta polaridad de clase, que se expresó en prejuicios étnicos, habrá de manifestarse en toda su dimensión en la década siguiente y se patentizó en la movilización popular del 17 de octubre de 1945 cuando los obreros salieron a la calle y ocuparon la Plaza de Mayo para reclamar la libertad de Perón. En

²⁸ El pacto Roca-Runciman, en este aspecto, constituyó la muestra de hasta donde la oligarquía ganadera era capaz de llevar su política en procura de preservar sus intereses. Cuando Gran Bretaña decide privilegiar sus compras a sus propias colonias, por una gestión diplomática argentina se logra firmar un tratado que garantiza la compra de carnes argentinas a cambio de excesivas ventajas al capital inglés. Este pacto se erigió luego en la prueba de por qué le valió luego a esta época pasar a la historia como la “década infame”.

esa década se fueron concretizando las condiciones que conformaron luego una sociedad dividida en "blancos" y "cabecitas negras", en oligarquía y "descamisados", en cultos e ignorantes, en civilizados y campesinos. Buenos Aires versus el interior, reproducido en el interior de la propia Buenos Aires. Esta contradicción étnica, que era de clase, pero que la complejizaba, la profundizaba y superaba sus límites, fue luego puesta políticamente en práctica, cuando en 1945 se enfrentaron electoralmente el peronismo (que representaba a aquella supuesta barbarie) y la Unión Democrática (donde se expresaba la Argentina "blanca").

Si en el período anterior, el mapa demográfico de la Argentina había cambiado sustancialmente con los italianos, españoles, judíos... que ocupaban desordenadamente los conventillos de la ciudad, que más que colonos eran anarquistas y que más que "cultura" traían la pobreza de su pertenencia de clase en sus países de origen; en las décadas del 30 y 40, cuando ya ellos (o sus hijos) habían ascendido socialmente, se hacían "cultos", obtenían títulos universitarios y muchos habían enriquecido; en suma, cuando ya conformaban una nueva sociedad "progresista", "moderna", ordenadamente, un nuevo aluvión invadía la ciudad. Y con ellos, otra vez el peligro, el desorden, la inmoralidad, la promiscuidad. Temores todos por una clase que crecía al mismo ritmo que la industria y la riqueza en esa época y que pugnaba por un espacio en la ciudad de la "gente decente".

C- DEL ESTADO LIBERAL OLIGÁRQUICO AL ESTADO SOCIAL

Esta compleja realidad generó desordenadas respuestas que, a nivel del estado conservador, no lograron plasmarse en un proyecto de control eficiente, más allá de la represión, que fue lo característico de la época.

Los “intelectuales orgánicos” tenían un discurso moral, familiar, laboral y político, pero que sólo se dirigía a la “gente decente”, a esa “familia media”²⁹ que finalmente se hizo dominante, cuando los europeos dejaron el conventillo y accedieron a la casita propia.

En últimas, todo el aparato estatal resultó obsoleto frente a la nueva realidad social, que ahora se había producido sin su intervención y a pesar de su política. El golpe de Estado de junio de 1943 fue el producto del fracaso de aquél y el punto de partida — no previsto por quienes lo hicieron— en la construcción de un nuevo Estado, acorde con las condiciones sociales y económicas de la época.

El 24 de febrero de 1946, con el triunfo de Perón en elecciones limpias, el “nuevo país” se

²⁹ Ver: VEZZETTI, Hugo: “Viva 100 años: algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina”. En: Revista *Punto de Vista*. Año IX. N° 27. Agosto 1986.

institucionalizaba y el "aluvión zoológico"³⁰ del 17 de Octubre de 1945 adquiriría un nuevo estatuto político.

El historiador José L. Romero, que comparte esa interpretación del país dual, dice al respecto:

El espectáculo había sido inusitado. Las clases medias de Buenos Aires ignoraban que, en los últimos años y como resultado de las migraciones internas, se había constituido alrededor de la ciudad un conjunto social de caracteres muy diferentes a los del suburbio tradicional. (...)

Los partidos políticos ignoraron esta redistribución ecológica; pero Perón la percibió, descubrió la peculiaridad psicológica y social de esos grupos³¹ y halló el lenguaje necesario para comunicarse con ellos.

Sin embargo, eran las propias condiciones sociales y económicas las que imponían las nuevas reglas de juego y que encontraron en Perón un líder perceptivo dispuesto a jugarlas.

Como señalan Murmis y Portantiero, lo principal del proceso de sustitución de importaciones ya estaba realizado y hecha la necesaria acumulación.³² Era indispensable ahora afianzar y profundizar el proceso, garantizando las condiciones materiales requeridas para su desenvolvimiento. Eso implicaba una intervención directa del Estado, tanto en el área económica, como un más definido rol en el logro del

³⁰ Expresión utilizada por el Diputado Nacional Ernesto Sanmartino para referirse, despectivamente, a las manifestaciones que tuvieron lugar en octubre de 1945.

³¹ ROMERO, José Luis: *Breve Historia Argentina*. Ed. Abril. Buenos Aires. 1984. Págs. 192-193.

³² MURMIS Y PORTANTIERO: *op. cit.* Pág. 113.

consenso social y en la consolidación de su propia legitimación. Las condiciones sociales arriba descritas así lo exigían.

La condición de país dependiente de la Argentina obligaba, además a arbitrar medidas de tipo nacionalistas, que se correspondieron con un discurso político exaltador de los valores nacionales.

Si en el proyecto liberal del '80³³ las funciones del Estado enfatizaron aquellos aspectos ligados a la legitimación, tanto en lo que hace a la represión y al consenso, las nuevas condiciones sociales, económicas y políticas requerían de éstas nuevas funciones, que tienen que ver con su participación en el proceso de acumulación, no sólo asegurando las condiciones para la reproducción del capital, sino creando tales condiciones.

³³ Las condiciones sociales incentivadas desde el propio Estado en la segunda mitad del siglo pasado hasta los primeros del nuestro (incentivo a la migración europea) condujeron a la necesidad de controlar y dirigir los cambios que en la sociedad argentina se producían. Las medidas tornadas tanto en los aspectos puramente represivos (servicio militar obligatorio, ley de residencia, etc.) como aquellas referidas a la educación y a la asistencia (ley de educación común, control del Estado en las obras de Beneficencia, acción directa y profesionalización de la asistencia, etc.) estaban orientadas a estas funciones. Este tema ha sido desarrollado en: GRASSI, E.: *Políticas de control social: la mujer y la profesión de asistente social*. CONICET Primer Informe. 1986.

Una rápida recorrida por las tareas encaradas por el Estado desde 1943 (y más fuertemente desde 1946) en adelante, permitirá apreciar los profundos cambios operados en su estructura.³⁴

1) En lo que se refiere al capital físico, pueden consignarse una amplia gama de inversiones, inéditas en nuestro país hasta entonces. Poco antes de asumir Perón su primera presidencia, se nacionalizó el Banco Central y poco después los seguros.³⁵ Subsiguientemente se creó el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio)³⁶ que monopolizó el comercio exterior y asumió el control del sistema crediticio y de los tipos de cambio. Con su creación, se eliminaban los intermediarios en la

³⁴ En lo que sigue, se torna en cuenta al modelo de James O'Connor (La crisis fiscal del Estado. Península. Barcelona. 1981), pero sin pretensiones de un análisis profundo, ni de atribuir al mismo, interpretaciones que puedan resultar inadecuadas. La intención es ejemplificar esquemáticamente los cambios acaecidos a nivel de la estructura del Estado y la asunción, por parte de éste, de nuevas funciones. La significación e importancia de tales cambios en los países dependientes, merece un análisis particular, que no es materia de este trabajo. Ello no desvirtúa el hecho de que el Estado viene a cubrir "dos funciones básicas: acumulación y legitimación" (O'Connor: 26). El volumen de los gastos y su impacto en el proceso total, será seguramente diferente al de aquellos países de capitalismo avanzado y de carácter imperial, como es el caso empírico que analiza O'Connor.

³⁵ LUNA, Félix: *Argentina: de Perón a Lanusse: 1943-1973*. Ed. Planeta Argentina. Buenos Aires. 1972. Pág. 47.

³⁶ *Ibid.*

comercialización con el exterior, para la producción agropecuaria, particularmente cereales y oleaginosas.

El IAPI se constituyó también en el ente financiero del Estado para las compras de materias primas y bienes de capital en el exterior. En 1946, compró 60.000 camiones para el transporte de carga y navíos para el tráfico marítimo; locomotoras, grúas, aviones, jeeps, tractores, arados, productos químicos, cosechadoras, caucho, chapas y ambulancias,³⁷ con lo cual se buscaba paliar, en (arte, el déficit que en materia de transporte, principalmente, había en el país.³⁸

En 1946 el Estado adquirió los ferrocarriles de capital francés y al año siguiente los de capital británico, ampliándose la red respectiva. En 1946 se creó la Flota Aérea Mercante, empresa que luego se convertiría en Aerolíneas Argentinas.³⁹

Se creó la Empresa Gas del Estado; se expropiaron y nacionalizaron puertos y elevadores de granos; se construyó el Gasoducto Comodoro Rivadavia-Capital Federal y se construyeron diques y usinas hidroeléctricas. Se amplió la explotación petrolera, carbonífera y de minas en general.⁴⁰

³⁷ La Nación Argentina. Publicación del Estado Nacional. 1950. Págs. 68 a 71.

³⁸ Algunos autores señalan que mucho de este material era rezago de la guerra, ya que eran los únicos productos que por entonces podían conseguirse en los países que salían de ella. Ver Félix Luna: *op. cit.*

³⁹ LUNA, Félix: *op. cit.* Pág. 47.

⁴⁰ La Nación Argentina: *op. cit.* Págs. 64 a 101.

2) En cuanto a la capacitación del capital humano, la educación en general y la capacitación técnica en particular, constituyeron una preocupación central del Estado en este período y en ella se invirtieron importantes sumas.

Si bien el nivel del analfabetismo no era de los más elevados en nuestro país,⁴¹ las condiciones de la educación fueron mejoradas notablemente.

En 1948 se creó la Secretaría de Educación y en 1949 el Ministerio de Educación, con el objetivo explícito de “Desarrollar y perfeccionar las facultades intelectuales y morales del niño y del joven”.⁴²

Entre 1943 y 1949 se encaró la construcción de edificios escolares, a través del Plan de 1000 escuelas de la Fundación Eva Perón, para todo el país.⁴³

⁴¹ Según el Censo Escolar de 1943, concurrían a la escuela el 76,3% de los niños en edad escolar; el 10,2% había ido antes y el 13,5% nunca había concurrido. El promedio de analfabetos de la cohorte 14-21 años era del 8,73%, cifra que se elevaba en las zona rurales a 14,7% y que descendía para la urbana al 3,3% (recuérdese que se tomaba como “urbana” a toda localidad con 2.000 habitantes y más). Tomado del *Boletín del Instituto de Sociología: op. cit.* Pág. 164.

⁴² La Nación Argentina: *op. cit.* Pág. 241.

⁴³ La Fundación “Eva Perón” fue una institución creada por la esposa del entonces presidente Perón, y que tuvo a su cargo la mayor parte de la asistencia social de la época. A ella se hace referencia con detalle en las próximas páginas.

La educación apuntaba claramente a dos aspectos: el consenso y la legitimación, por un lado; y la capacitación técnica, por el otro. En el primer sentido, se expresaba que “la enseñanza primaria y secundaria deben estar orientadas hacia lo que no se puede ignorar en cada grado: humanista, formativa y realmente argentina”.⁴⁴ Se “inculcó el amor a Dios, a la Patria y a la familia”⁴⁵ y el “arraigo en la Doctrina Nacional”.⁴⁶ Se incentivó la difusión del folklore y del sentimiento nacional, junto a los principios referidos específicamente a la doctrina justicialista.

En lo concerniente a la formación y capacitación técnica, las nuevas condiciones económicas demandaban mano de obra competente, ya no solamente para las labores agrícolas, sino básicamente en aquellas actividades ligadas a la producción industrial y a las demandas de una población urbana más numerosa y con cierta capacidad creciente de inversión en bienes de consumo individual.

El tipo de instituciones educativas creadas y los contenidos de las ya existentes, respondieron a tales demandas. En 1947, se crearon las Escuelas Monotécnicas, que fueron diseminadas en todo el país y donde se enseñaba carpintería, mecánica del automóvil, herrería, albañilería.⁴⁷

⁴⁴ *Ibid.* Pág. 250.

⁴⁵ Fundación “Eva Perón”: Memoria y Balance. 1953. Pág. 25.

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ La Nación Argentina: *op. cit.* Pág. 253.

Comenzaron también a funcionar las Escuelas-fábrica, con un régimen mixto de enseñanza y producción; las Escuelas de medio turno para menores que trabajaban en la industria; las Escuelas de capacitación obrera para mayores de 18 años y Cursos complementarios y acelerados de capacitación técnica.⁴⁸ Asimismo, en 1948 se promulgó la ley 13.229, por la que se creó la Universidad Obrera Nacional.⁴⁹

En cuanto a las mujeres, la capacitación era claramente diferencial y la imagen combinada que se deja ver de ésta es la de madre y obrera textil. Tanto en las Escuelas de capacitación profesional, como en los Hogares de Tránsito de la Fundación o en los cursos de manualidades que se daban en las Unidades Básicas femeninas, se privilegiaba la enseñanza de corte y confección y de “labores típicamente femeninas”.⁵⁰ Una constante reivindicación de la madre y de la obrera, que se pueden reconocer en la documentación de la época, permiten pensar en una “institucionalización” de la “doble jornada” de la mujer.

3) En lo que se refiere a las inversiones relacionadas con el consumo social, serán desarrolladas en el punto siguiente, pero se presentan esquemáticamente en éste, a fin de valorar

⁴⁸ ROMERO, José Luis: *op. cit.* Pág. 202.

⁴⁹ *Ibid.* y La Nación Argentina. Pág. 253.

⁵⁰ Fundación: Memoria y Balance. Pág. 26.

los cambios acaecidos en la estructura del Estado y la dirección y aumento de las inversiones.⁵¹

En este nivel, se nacionalizaron los servicios públicos (transporte, gas, servicios sanitarios), se mejoró y desarrolló el transporte urbano de pasajeros, se encararon planes de vivienda y se subsidiaron bienes de consumo. El IAPI proveía de trigo a valores reducidos a los molinos, para garantizar el abaratamiento del pan. Se otorgaron subsidios al consumo interno de productos de primera necesidad, subvencionando diferencias de salarios en la recolección de algunas cosechas y para el funcionamiento de ciertas industrias. La Fundación habilitó proveedurías populares con precios mínimos, sobre todo después de 1949, cuando se hizo necesario un más riguroso control de precios por parte del Estado, ante el crecimiento inflacionario, agravado por el fracaso de dos cosechas consecutivas. En 1952 sumaban 171 las proveedurías existentes, que ofrecían precios mínimos y ofertas semanales.⁵²

Pero los mayores gastos estuvieron dirigidos al área de la salud, que junto con la educación y

⁵¹ Según la información oficial de la época, entre 1943 y 1949, se construyeron 35.000 viviendas en todo el país (La Nación Argentina. Pág. 320). La restante información está tomada de: Memoria y Balance de la Fundación (años 1952 y 1953); LUNA, Félix, *op. cit.*; datos brindados por el Dr. Ramón Cereijo.

⁵² Fundación: Memoria y Balance 1952 y 1953; LUNA, Félix *op. cit.* Pág. 48; datos brindados por el Dr. Ramón Cereijo.

asistencia constituyeron los tres pilares de la política social estatal de la época, tanto como de la que se canalizaba a través de la Fundación.

Se construyeron y equiparon policlínicos generales y de especialidades médicas, entre los que se pueden enumerar el "Presidente Perón" (Avellaneda), el "Evita" (Lanús), el "22 de Agosto" (en Ezeiza), el de niños "Pte. Perón" (en Catamarca), el Instituto del Quemado y el "Eva Perón" (hoy Policlínico Mariano Castex, en San Martín). En 1953 había en construcción otros 22 hospitales en todo el país, que totalizaban con aquellos más de 7.000 camas.⁵³

La lucha contra la mortalidad infantil llevó al Estado (y a la Fundación) a habilitar Centros Materno-Infantiles (sólo en 1947 se habilitaron 47)⁵⁴ y hogares para la protección de la madre y el niño, con el objetivo explícito de garantizar la alimentación de ambos y de que "se convirtieran en cátedra, hogar y guía de todas las mujeres que atesoran el sagrado instinto de la maternidad".⁵⁵

Se encararon además, campañas sanitarias y de vacunación, habilitación de centros de salud, etcétera.⁵⁶

4) Finalmente, en lo que tiene que ver con la legitimación, si bien en los aspectos represivos se

⁵³ Fundación: Memoria y Balance 1953.

⁵⁴ La Nación Argentina: *op. cit.* Pág. 332.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*

tomaron una serie de medidas dirigidas a controlar y restaurar el consenso allí donde éste fuera puesto en peligro, el tema que particularmente me interesa tiene que ver con el consenso social en sí mismo y la legitimación del Estado a través de políticas disuasivas y no represivas. En este aspecto, las inversiones en asistencia social fueron inéditas en la historia del país y cubrieron a todos aquellos sectores que, por cualquier razón, quedaban fuera del proceso productivo y de los beneficios y protecciones derivadas de éste.

El papel de la Fundación “Eva Perón” (que, como se verá, funcionó como un organismo para-estatal) fue fundamental en este aspecto, donde además correspondió a las mujeres el rol más destacado. Enumerar lo realizado a este nivel resulta redundante, ya que en general, los trabajos referidos a la Fundación lo describen con detalle.⁵⁷ Para recordar, la acción comprendió desde la ayuda directa e inmediata, materializada en la “ayuda social” de la Fundación, hasta aquellas instituciones dirigidas a brindar amparo: Hogares de Ancianos, Hogares de Tránsito, Hogares-escuelas, el Hogar de la Empleada, etcétera.⁵⁸

⁵⁷ DEMITRÓPULOS, Libertad: *Eva Perón*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1984; NAVARRO, Marisa: “El trabajo de cien hombres hecho por una sola mujer”. UNNE. Posadas. 1973. Mimeo; ALAYÓN, N.: *Hacia la historia del Trabajo Social en la Argentina*. CELATS. Lima, 1980.

⁵⁸ Fundación: Memoria y Balance (años 1952 y 1953).

El otro aspecto importante ligado a la legitimación, tiene que ver con el papel jugado por el Estado en las negociaciones entre las clases. En 1943, después del golpe militar de ese año, que depuso al presidente Castillo, se creó la Secretaría de Trabajo y Previsión, que entonces quedó a cargo del Coronel Perón y que constituyó la herramienta principal de acción del Estado en estos aspectos. Según las declaraciones de la época, "a partir de ese momento las relaciones entre el capital y el trabajo, dejaron de estar libradas a la improvisación y al discrecionalismo...".⁵⁹ Desde la Secretaría se promovieron asociaciones profesionales, convenios colectivos de trabajo, se resolvieron huelgas, etcétera.⁶⁰

Entre 1947 y 1949 se firmaron 470 convenios colectivos de trabajo, y sólo en 1949 otros 324, según consignan documentos oficiales de la época.⁶¹ Por entonces se sancionó también el Estatuto del Periodista Profesional, por el cual se estableció, entre otros ítems, el pago de indemnizaciones por despidos, un máximo de 36 horas semanales de trabajo y el uso del nombre en los artículos. Fue aprobado también el Estatuto del Peón Rural, por el cual la Secretaría fijaba las retribuciones mínimas de estos trabajadores, se declaraba obligatorio el descanso dominical, se reglamentaba la prestación de alojamiento y alimentación por parte del patrón y

⁵⁹ La Nación Argentina: *op. cit.* Pág. 150.

⁶⁰ LUNA, Félix: *op. cit.* Pág. 23.

⁶¹ La Nación Argentina: *op. cit.* Pág. 151.

se obligaba a la provisión de indumentaria adecuada a la tarea, a la asistencia médica y a las vacaciones pagas.⁶² La Constitución de 1949, sancionada en marzo de ese año y derogada por el Gobierno de facto surgido de la Revolución Libertadora de 1955, incluía, en el capítulo III de la I parte, los Derechos del Trabajador, junto con los de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura. Aquellos incluían:

- 1- Derecho de trabajar
- 2- Derecho a una retribución justa
- 3- Derecho a la capacitación
- 4- Derecho a condiciones dignas de trabajo
- 5- Derecho a la preservación de la salud
- 6- Derecho al bienestar
- 7- Derecho a la Seguridad Social
- 8- Derecho a la protección de su familia
- 9- Derecho al mejoramiento económico
- 10- Derecho a la defensa de los intereses profesionales

En síntesis, el lema era “humanizar el capital, sustituyendo el régimen económico de explotación por el régimen económico de cooperación”.⁶³ Una figura que representa al capitalista y al trabajador tomados de la mano, ilustra esta publicación.

Como conclusión, puede recordarse que en 1943 los gastos estatales ascendían a poco más de

⁶² *Ibid.* También en: LEGUIZAMÓN, Hugo: “Argentina: el 17 de octubre de 1945”. *Historia del Movimiento Obrero*. N° 63. Centro Editor de América Latina. Noviembre de 1973.

⁶³ La Nación Argentina: *op. cit.* Pág. 155.

1.300.000.000 m\$, cifra que alcanzó, en 1949, a casi 4.900.000.000 m\$.⁶⁴ Es decir que, en el término de seis años, el Estado casi cuadruplicó sus gastos. En cuanto a la Fundación “Eva Perón”, se inició en 1948 con un capital de 10.000 m\$, el que ascendía en 1955, a 2.900.000.000 m\$, distribuido en los siguientes rubros:⁶⁵

Edificios	1.598.538.102,10	m\$
Caja (efectivo, letras de tesorería y Títulos)	799.415.636,45	m\$
Muebles y bienes de uso	677.229.658,98	m\$
Llaves de comercio y marcas registradas	474.000,00	m\$
	<hr/>	
	3.075.657.397,53	m\$
Pasivo (deudas, menos créditos a cobrar)	171.649.777,60	m\$
	<hr/>	
PATRIMONIO NETO	2.904.007.619,93	m\$

Como puede apreciarse, el papel y la estructura del Estado cambiaron sustancialmente en esta época, como corolario de profundas modificaciones en la estructura económica, social y política de entonces.

La participación del Estado, tanto en lo que se refiere a las condiciones para la reproducción del

⁶⁴ *Ibid.* Pág. 142.

⁶⁵ Síntesis del Balance realizado al ser entregados los bienes de la Fundación al Instituto Nacional de Previsión Social, en 1955.

capital en aquellos aspectos que hacen a la infraestructura, regulación del funcionamiento de la economía, etc., como a los que tienen que ver con la mano de obra, aumentó sustancialmente. Como consecuencia, la participación de los asalariados en la distribución del ingreso nacional, alcanzó en 1954, los índices más altos de la historia argentina: el 50,8%.⁶⁶

Es que el funcionamiento del sistema dependía de la participación de este sector, en tanto se basaba fundamentalmente en la ampliación del mercado interno, ya que el crecimiento industrial se daba en el área de la industria liviana. Pero además, porque de ello dependía la legitimación política del Estado mismo.⁶⁷

El salario indirecto registró el mayor aumento y se canalizó en gran medida a través de la Fundación, institución en la que el papel de las mujeres fue central, tanto desde la conducción de la misma, en los niveles de ejecución, como en lo que se refiere a los destinatarios de sus acciones.

D- LA REORIENTACIÓN DE LA ASISTENCIA DENTRO DE LA ESTRATEGIA GLOBAL DEL ESTADO

En 1943, se creó la Dirección Nacional de Salud Pública y Asistencia Social, dependiente del Ministerio del Interior, a cuyo cargo quedó todo lo

⁶⁶ LUNA, Félix: *op. cit.* Pág. 48.

⁶⁷ MURMIS Y PORTANTIERO: *op. cit.* Pág. 115.

relativo a hospitales, asilos, asistencia social, etcétera.⁶⁸

Al año siguiente, dependiente de la Secretaría de Trabajo y Previsión, comenzó a funcionar la Dirección General de Asistencia Social, que tomó a su cargo lo relativo a asistencia, hogares y beneficencia en general, en tanto todo lo referente a salud, quedó en el ámbito de la primera, que entonces se llamó Dirección Nacional de Salud Pública.⁶⁹

En 1948, bajo ya la presidencia del Gral. Perón, se creó la Dirección Nacional de Asistencia Social, dependiente de la Secretaría de Trabajo y Previsión, a la que fueron integradas la Dirección General de Asistencia Social de la misma Secretaría, la Sociedad de Beneficencia de la Capital y las demás Sociedades y Asociaciones similares del resto del territorio nacional.⁷⁰

La Constitución de 1949 elevó la Secretaría de Trabajo y Previsión al rango de Ministerio y en 1954 la Dirección Nacional de Asistencia Social, que seguía en la órbita de éste, pasó a integrar el nuevo Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública.⁷¹

Estas instituciones tuvieron a su cargo la asistencia a los menores, la asistencia sanitaria, la protección de la madre en condiciones de desamparo

⁶⁸ ALAYÓN, Norberto: *op. cit.* Pág. 45.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ *Ibid.* Pág. 52.

⁷¹ *Ibid.* Pág. 38.

(se crearon tres hogares maternos); la protección a la vejez (se otorgaron subsidios y se crearon albergues, además de haberse promulgado un régimen de pensiones inembargables a la vejez para personas desprotegidas mayores de 60 años;⁷² la acción hacia la familia (se creó un cuerpo de visitadores sociales, se regularizaron matrimonios e hijos, se garantizó la concurrencia de niños a la escuela, etc.) y la atención de la invalidez y el desamparo de cualquier tipo.⁷³

Pero además de esta acción directa del Estado, se creó en 1948, la Fundación Ayuda Social María Eva Duarte de Perón, que a partir de 1950 se llamó Fundación “Eva Perón”.

Esta entidad, que canalizó realmente la política asistencial de la época, formalmente constituía una institución privada, cuya personería jurídica le fue otorgada en junio de 1948. Sin embargo, de hecho funcionaba como un organismo para-estatal, ya que, a partir de que sus funciones fueron declaradas de “orden público y de interés nacional”⁷⁴ la Fundación utilizaba las instancias administrativas y políticas del Estado para su funcionamiento: podía hacer licitaciones públicas y su presidenta y fundadora (Eva Perón) atendía en las oficinas de la Secretaría de

⁷² CEREIJO, Ramón. Esta y las restantes citas corresponden a información y documentación brindada por el Dr. Cereijo al Lic. Alayón y cedidas para este trabajo.

⁷³ ALAYÓN, N. *op. cit.* Págs. 56-57.

⁷⁴ CEREIJO, R.

Trabajo y Previsión, hasta la habilitación de la sede de la Fundación, correspondiente a la actual Facultad de Ingeniería, en la Avenida Paseo Colón, de esta Capital. Además, por Ley 13.992, se autorizaba a los organismos del Estado —con intervención del Ministro del ramo— a que contribuya y tome a su cargo la habilitación y/o sostenimiento de los establecimientos asistenciales de la Fundación.⁷⁵ Según declaraciones de funcionarios que se desempeñaron en ella, ésta recibía aportes de los trabajadores, ante los cuales los empleadores actuaban como agentes de retención.⁷⁶

Por otra parte,

en sus orígenes, el titular de la Dirección Nacional de Asistencia Social fue designado Director General de la Fundación, siguiendo en este cargo cuando pasó a desempeñar la cartera nacional de Educación; ambos organismos tuvieron a su cargo el proyecto, la ejecución, habilitación y conservación de los establecimientos asistenciales y educacionales, siendo sus funcionarios los que contrataron la mano de obra, materiales y elementos necesarios para tales fines; en este aspecto, la dirección y supervisión, tanto técnica como administrativa, estuvo a cargo del Sr. Director General hasta el mes de marzo de 1952.

A su vez, correspondió al Ministerio de Hacienda el estudio de los diversos aspectos tendientes a la obtención de recursos para la financiación de todas las realizaciones; asimismo tocó encargar la adquisición de las partidas de obsequios para su distribución a fin de año en todo el país, los elementos para torneos deportivos, los destinados a las obras de ayuda social, etc. que se

⁷⁵ *Ibid.*

⁷⁶ *Ibid.*

ejecutaron cumpliéndose los preceptos de la Ley 12.961, de contabilidad, y las disposiciones que la complementan, con la intervención de la Contaduría General de la Nación por intermedio de sus Delegaciones fiscales.⁷⁷

De manera que, tanto por la magnitud de los recursos manejados por la Fundación, como por su significación política y la de su propia fundadora, es a partir de ella que puede analizarse el carácter de la asistencia en este período.

1. Las funciones de la asistencia

Como en 1823, cuando Rivadavia creó la Sociedad de Beneficencia y encargó a las “linajudas” damas capacitar a las mujeres y apaciguar el espíritu de los hombres; o como cuando a finales del siglo y principios del presente, las corrientes higienistas expresaron la necesidad de controlar y moralizar una sociedad cuya fisonomía se transformaba al ritmo de la promocionada migración europea, otra vez la estrategia asistencial del Estado varió sustancialmente, junto a las demás transformaciones en él producidas.⁷⁸

Sin embargo, hay un elemento que se mantuvo inalterable: las mujeres tuvieron un rol protagónico en su ejecución, y al mismo tiempo, siguieron siendo el blanco principal de toda política dirigida a la familia popular y su cotidianidad, como espacio privilegiado de la reproducción de la fuerza de trabajo.

⁷⁷ Memoria y Balance de la Fundación (1952). Págs. 8-9.

⁷⁸ GRASSI, E.: *op. cit.*

Pero con relación a las estrategias particulares de la acción misma, sus modalidades cambiaron. Si con la difusión del higienismo y las nuevas ideas filantrópicas, que culminó con la "profesionalización de la asistencia" en la segunda década de nuestro siglo, se privilegió el consejo moral y el manejo técnico antes que el donativo material, ahora la situación fue inversa. Los recursos principales de la política asistencial del periodo peronista, fueron la acción directa y la labor política. Aunque con contenidos distintos, lo que no varió fue el discurso doméstico y basado en la "ideología del amor", como razón última de la práctica asistencial.

Esta nueva estrategia y el contenido del discurso que la sustentaba, tiene que ver con las nuevas necesidades que planteaba la realidad social y política y con las funciones que viene a cumplir la asistencia de un estado social.

Ya se dijo que una de ellas tiene que ver con el consenso y la legitimación, que por lo demás, si bien es la misma que cumple en el Estado liberal-oligárquico, tiene ahora que asumir distinta forma, porque la legalidad misma es otra. Pero además, aparece otra función que debe cumplir la política social y que tiene que ver con la reposición y la reproducción de la fuerza de trabajo, entendida esta última no solamente en tanto reproducción física, sino también reproducción de los trabajadores en tanto tales.

La intervención del Estado en este aspecto se hace ahora trascendente porque viene a cubrir

aquello que se denomina el “salario indirecto”. Es decir, que el Estado asume la parte de reposición y reproducción de la fuerza de trabajo que no es cubierta por la forma salario, permitiendo de ese modo un funcionamiento más redituable del capital y una menor presión social sobre el mismo.

Pero además, esta acción directa vino a cumplir ella misma la función de legitimación y a garantizar el consenso social, indispensable para la consolidación del nuevo Estado, enfrentado a aquellas clases cuyos intereses estaban ligados al capital extranjero y al comercio externo.

A diferencia de la etapa anterior, la relación entre el Estado (su administración presente) y el pueblo, se planteaba de manera directa, sin necesidad de intermediarios técnicos. Es que tampoco se requería “conocer” la vida de los pobres ni dar consejos. La efectiva participación de estos sectores en la riqueza del país aumentó, como se vio más arriba. No había consejos, se redistribuían efectivamente. Pero además, más que el conocimiento técnico, era necesario el manejo de la doctrina y la consubstanciación con ella. De allí que la mayor parte de la acción social estuvo en manos de las mujeres miembros del partido peronista femenino (Eva las llamaba las “células mínimas”) y no de especialistas técnicos. En última instancia, la presencia de estas últimas estaba determinada por aquella pertenencia.

a) La ayuda social y el salario indirecto: Ya se vio que la Fundación implementó dos formas de

acción: la “ayuda social” directa y las prestaciones a través de los establecimientos asistenciales. La primera consistía en el suministro directo de bienes de uso a aquellas personas o familias que planteaban sus carencias a la propia Eva, que semanalmente recibía a la gente en su despacho de la Secretaría de Trabajo y Previsión, por correspondencia o a través de las “células mínimas”.

En las Unidades Básicas femeninas se cumplía idéntica tarea y se canalizaban ayudas a través de ella. Así, se asistía con útiles, ropa, enseres para el hogar, alimentos, herramientas de trabajo y los tradicionales regalos de fin de año. Además, las campañas sanitarias de revisión, atención y vacunación y la atención de la salud en general, completaban este aspecto. Por otro lado, se subsidiaban bienes, funcionaban proveedurías con precios mínimos, y comedores baratos, sobre todo para obreras y empleadas.

En cuanto a los establecimientos asistenciales, la Fundación privilegió a niños, mujeres y ancianos y habilitó hogares-escuelas para niños, hogares de tránsito para madres desamparadas, el hogar de la empleada, etcétera.

Además de la asistencia, las otras dos áreas básicas de acción de la Fundación fueron la educación y la salud. En el primer caso, la labor de mayor envergadura fue la construcción de mil escuelas en todo el país, cuyos edificios fueron

vendidos al Estado a la muerte de Eva⁷⁹ y los propios hogares escuelas en los que se privilegiaba “la capacitación polivalente: los niños aprendían, además de recibir formación intelectual, adoctrinamiento y cuidados generales, a hacer trabajos manuales, floricultura, fabricación de juguetes, etc. Las niñas, por su parte, hacían especialmente costura, tejido y tareas propias de un ama de casa”.⁸⁰

En relación con la salud, la Fundación la encaró de tres formas: a través de las campañas sanitarias, por la construcción de hospitales y centros de salud y a través de los propios campeonatos deportivos, ya que todos los aspirantes a participar en ellos, pasaban por un riguroso reconocimiento médico, que incluía análisis clínicos, radiológicos, odontológicos, pruebas de laboratorio, electrocardiogramas y reacciones tuberculinas.⁸¹

Según el propio doctor Cereijo, “los propósitos que guiaban la realización de los campeonatos eran varios, pero principalmente el reconocimiento médico de los aspirantes”.

Si bien el salario trepó en términos absolutos y había pleno empleo, en 1949 hubo una retracción del salario real que fue compensada con los beneficios sociales surgidos de la política social del Estado, que además permitió elevar la participación de los trabajadores en la distribución de los ingresos del

⁷⁹ CEREIJO, R.

⁸⁰ Memoria y Balance de la Fundación (1953). Pág. 26.

⁸¹ *Ibid.* Pág. 20.

país, hasta alcanzar los niveles ya consignados para 1954.

b) El consenso y la legitimación: La "ayuda social" encarada por el peronismo, significó la ruptura con la filantropía, con la asistencia tradicional nacida de ella y aún con las corrientes asistenciales estratégicamente ligadas a ella en su campaña moralizadora de la familia popular.

Se trató de un proyecto con contenidos distintos, correspondiente con una realidad social también distinta. Si el Estado tomó a su cargo, efectivamente, en una proporción mayor que hasta entonces en el país, los costos de reproducción de la fuerza de trabajo no cubiertos por el salario, cubrió también otros aspectos: la legitimación de un nuevo Estado y de un proyecto de desarrollo capitalista autónomo, que implicaba el enfrentamiento con la oligarquía tradicional y a nivel ideológico, con los contenidos que esta clase le había dado. A este nivel, la ayuda social fue el arma de enfrentamiento con la beneficencia, con la cual no cabían alianzas.

Por otra parte, era necesario mantener encendido en el pueblo su fervor revolucionario. La revolución apenas había sido puesta en marcha y debía Perón cumplir todas las etapas desde el gobierno mismo. Esto podía hacerse pero a condición de que el pueblo mantuviese su fervor revolucionario y no fuese ganado por la prédica de los "hombres comunes" para quienes todo acto revolucionario aparece como una imprudencia imperdonable.⁸²

⁸² PERÓN, Eva: *La razón de mi vida*. Ed. Peusser. Buenos Aires. 1953. Pág. 82.

La Fundación aparecía de hecho ligada al Estado, tanto por su funcionamiento, como por la identidad misma de su fundadora (la esposa del Presidente) y por el propio sustento doctrinario, por lo que en última instancia, era éste el que se legitimaba.⁸³

Según el Dr. Cereijo, fue “la situación en que se encontraba un amplio sector de población, que no recibía ayuda ni jubilación, del que participaban niños huérfanos y ancianos sin recursos ni familiares, lo que motivó a Eva Perón a fundar la institución que llevó su nombre. Su concepción de la ayuda social difería sustancialmente, tanto de los filántropos de principios de siglo, como de la concepción liberal de la vieja Sociedad de Beneficencia. Para Eva, la “ayuda social” era un derecho y ella no hacía más que devolver lo que como tal correspondía al pueblo.”⁸⁴

Junto a esta aseveración, su discurso se acompañaba de un concepto de Patria que por primera vez incluía en su seno a los sectores pobres. La Patria era el hogar paterno, en el que cabían todos los hijos, bajo la protección del Estado, que con Perón

⁸³ “De los obreros atiendo sus problemas gremiales. De los humildes recibo sus quejas y sus necesidades remediándolas en cuanto no corresponden al Estado, aunque a veces en este caso hago también de colaboradora oficiosa del Gobierno. Al fin de cuentas siempre se trata de agua que va para el molino del «Líder común»” (PERÓN, Eva: *La razón de mi vida*. Pág. 93).

⁸⁴ PERÓN, Eva: *op. cit.* Pág. 183.

dejaba de ser ajeno,⁸⁵ para transformarse en "la casa paterna" a la que podía acudir. No sólo la Plaza de Mayo dejaba de ser el espacio reservado de los "habitantes del centro" y era ocupada y apropiada por aquellos a los que la ciudad de los "blancos" no había hecho espacio, sino que a la propia casa de gobierno pudieron entrar por primera vez aquellos tardíamente reconocidos hijos de la patria, en busca de la solución a problemas laborales, en los que intervenía, muchas veces, personalmente el propio Perón.

El Líder recibe directamente de los trabajadores las inquietudes del pueblo; y el pueblo conoce directamente lo que piensa, lo que quiere hacer y lo que hace su conductor. (...)

Pienso que no deben ser muchos los pueblos a los que así, tan sencillamente, sin fórmula ninguna, pueden estar en contacto con la autoridad suprema del país.⁸⁶

O en busca del consuelo y la ayuda a los problemas más cotidianos e íntimos que podía brindarles su esposa:

Los recibo por lo general en la Secretaría, aunque a veces, cuando no me alcanza el tiempo y hay muchas cuestiones urgentes que arreglarles, les doy cita en la Residencia. Pero con preferencia los atiendo en la Secretaría, como un homenaje a Perón que la creó y también, ¿por qué lo he de ocultar? con la secreta intención de que "la casa de los trabajadores" como la llamó el Líder, tenga cada día todavía un poco más del cariño de los descamisados.

⁸⁵ "Yo quiero que la Secretaría sea siempre algo así como la casa paterna de todos los peronistas de mi patria" (PERÓN, Eva: *op. cit.* Pág. 197).

⁸⁶ PERÓN, Eva: *op. cit.* Pág. 134.

En una sala contigua a mi despacho, en el mismo lugar donde atiendo a los gremios, allí van pasando por turno ante mi mesa, las familias o las personas que me traen sus problemas grandes y pequeños.

Hay de todo en esas “tardes de ayuda social”: problemas de vivienda, desalojo, de enfermedad, de empleo; pero al mismo tiempo que esos problemas materiales muchos me traen sus casos íntimos, los más raros y los más difíciles de arreglar, porque para eso no tengo, muchas veces, más que buenas palabras y consejos.

.....
.....

Estas son las audiencias “secretas”.

.....
.....

Por eso, porque yo conozco las tragedias intimas de los pobres, de las víctimas que han hecho los ricos y los poderosos explotadores del pueblo, por eso mis discursos tienen muchas veces veneno y amargura. Ante una mujer, por ejemplo, arrojada a la calle por un oligarca soberbio y egoísta que la ha engañado con sus imbéciles palabras de amor, qué poco me parece todavía gritar con toda mi alma lo que tantas veces he gritado: que la justicia se cumplirá inexorablemente, cueste lo que cueste y caiga quien caiga.⁸⁷

Pero la opinión del “padre” era también indiscutida:

El general Perón ha dicho que no sería posible el Justicialismo sin el sindicalismo. Y esto es verdad, primero porque lo ha dicho el general Perón y segundo, efectivamente es verdad.⁸⁸

⁸⁷ *Ibid.* Págs. 176-177.

⁸⁸ *Ibid.* Pág. 118.

Como indiscutida es la verdad anunciada por Cristo, verdad revelada y cuestión de Fe, que garantizaba el consenso:

Se repitió aquí el caso de Belén, hace 2000 años; los primeros en creer fueron los humildes, no los ricos, ni los sabios, no los poderosos.⁸⁹

Yo creo que Perón se parece más bien a otra clase de genios, a los que crearon nuevas filosofías o nuevas religiones.

No he de cometer la herejía de compararlo con Cristo... pero estoy segura de que, imitándolo a Cristo, Perón siente un profundo amor por la humanidad y que eso más que ninguna otra cosa lo hace grande, magníficamente grande.⁹⁰

En síntesis, el proyecto de país alternativo al modelo liberal-oligárquico y surgido de las condiciones que se plantearon desde el 30, implicaba el enfrentamiento con aquella clase y la consolidación y expansión del capital, cumplida ya la acumulación originaria y superado el desempleo. Todo esto requería de un amplio mercado interno, de una clase obrera en condiciones de consumir y una oferta de mano de obra capacitada acorde con las demandas. Pero además, requería de un Estado capaz de mediar entre las clases y de "hacer desaparecer la lucha de clases y sustituirla por la cooperación entre el capital y el trabajo".⁹¹

⁸⁹ *Ibid.* Pág. 38.

⁹⁰ *Ibid.* Pág. 255.

⁹¹ *Ibid.* Pág. 121.

Pero ese Estado debía ganarse su legitimidad y la del sistema en su conjunto, ante los distintos sectores, respondiendo a las necesidades de cada uno de ellos, y contar con suficiente consenso como para hacer frente a los sectores oligárquicos de la sociedad y facilitar la reproducción de las nuevas relaciones sociales imperantes. Debía, además, garantizar la reproducción de los trabajadores, en lo que hace a la reposición de la fuerza de trabajo, pero también en tanto clase, y asegurar, como se dijo, una oferta de mano de obra con una capacitación acorde con la demanda.

En suma, el Estado había cambiado, porque habían cambiado las relaciones sociales. Las clases que en su interior disputaban espacio eran otras. La importancia relativa de la clase obrera en la formación social argentina se había agrandado, tanto como su crecimiento numérico. Su capacidad de lucha y su poder de negociación eran también proporcionales.

En cuanto al Estado, era su consenso el que necesitaba y el de todos aquellos cuya suerte se liga a la de esta clase. Por su parte, todos ellos encontraron por primera vez un Estado que respondía a sus demandas, que reconocía derechos, que legalizaba sus luchas. Estratégicamente, uno y otros se proyectaban más allá de la coyuntura.

La política social y la central preocupación desde el mismo Estado y desde la Fundación, por la asistencia, la salud y la educación, así como los contenidos y forma de la misma, permiten esta lectura. La infancia y la juventud fueron sectores

privilegiados: la asistencia a éstos no pasaba por el encierro, sino básicamente por la capacitación y la integración a una sociedad que necesitaba brazos y que ofrecía trabajo, a una sociedad que parecía dirigirse al futuro sin obstáculos...

2. El rol de la mujer

Referirse a este aspecto a partir de los contenidos y la práctica de la política social del peronismo implica, no solamente hacer referencia a la coyuntura histórica particular de la Argentina, sino también revisar el discurso predominante acerca de la familia y la mujer, que venía registrando transformaciones sustanciales a partir de las corrientes higienistas y de la firme voluntad de las clases dominantes, de controlar y dirigir los cambios que en el interior de ella se producían, sobre todo por efectos de la migración transoceánica.

Los primeros años del siglo fueron escenario de una campaña de control y moralización de la familia popular, que colocaba a ésta en el centro mismo de las políticas sociales y que se expresó en cambios en la estrategia asistencial.

La familia aparecía como la generadora de las venturas y desventuras de la sociedad y sobre ella recaía la responsabilidad principal del destino de sus descendientes. Pero dentro de ella, la mujer se constituía en el núcleo mismo de esa campaña.

La educación, la asistencia e incluso las obras de divulgación ponían de manifiesto esta tendencia.⁹²

Con el cierre de la migración externa y la consolidación de una clase media “progresista” y “moderna”, a la que se integraron aquellos descendientes de migrantes, profesionales de disciplinas liberales o comerciantes prósperos, coincidió también con una modernización del discurso sobre la familia, que en lo sustancial, recuperaba los aspectos fundamentales de aquel. La familia — “metáfora de la nación”—⁹³ aparecía como el núcleo de la sociedad total. Por lo tanto, sus miembros se debían a ella, especialmente la mujer, formadora, educadora y responsable de la felicidad de los hijos. Lo novedoso tuvo que ver con la incorporación a este discurso de ciertos temas ligados a la “felicidad individual”⁹⁴ dentro del cual los niños pasaron a ser sus destinatarios principales.

La cuestión de la salud (física y moral) — iniciada por los higienistas— se planteaba también como eje central del discurso. Ya no sólo la “salud pública”, sino la del ámbito doméstico e individual, que proponía como objetivo niños sanos, fuertes y felices. La imagen era la del infante rozagante, que perduró por muchos años identificada con salud y felicidad. Identificación que se trocaba en desvelo de tantas madres cuyos hijos no tenían esta figura.

⁹² GRASSI, E.: *op. cit.*

⁹³ VEZZETTI, Hugo: *op. cit.*

⁹⁴ *Ibid.*

La puericultura incentivó la transformación de hábitos y costumbres, asociados a lo tradicional y campesino, en el cuidado de los niños, a los que se le sacaron las fajas y se motivó en el contacto con la naturaleza, el aire libre, la práctica de deportes, etc. “Donde entra el sol no entra el médico” era el título de una lectura en un texto primario, que se ilustraba con un amplio y soleado ventanal, abierto por un niño.

Sin embargo, la maternidad como un “deber sagrado y única fuente de gratificación femenina no se alteraba en este «aggiomamiento»”.⁹⁵

El modelo, en última instancia, era el de la familia medir nuclear y gran parte de este discurso se dirigía a aquellos sectores que podían implementarlo.⁹⁶

Es importante este recuento, porque estos principios están presentes en la concepción de familia que se expresaba en la política social del Estado peronista. La famosa consigna de Perón, de que “los únicos privilegiados de la nueva Argentina son los niños” tiene que ver con la coyuntura particular del país, que parecía dirigirse seguro al liderazgo americano, y en el cual esos niños eran los trabajadores y los peronistas del futuro; pero resume también el discurso dominante. Eva ideó viviendas y hogares “luminosos y alegres”, desechó uniformes vises, organizó torneos deportivos. No fue original su

⁹⁵ Ver, por ejemplo: Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. 1934.

⁹⁶ VEZZETTI, Hugo: *op. cit.*

propuesta en relación a cómo educar y a qué necesitan los niños. Pero hubo una diferencia sustancial: que el discurso del “niño sano y feliz”, privilegio de algunos sectores, de la sociedad, se hizo entonces extensivo a todos sus miembros. La posibilidad del confort incluyó también, masivamente, a los huérfanos y desamparados, a los del interior (que con los planes de turismo, muchos descubrieron la inmensidad del mar), a los hijos de los obreros, a los de la empleada doméstica. La patria, la gran familia, ahora los incluía y había una “gran madre” que era responsable del cuidado de todos:

Me siento responsable de los humildes como si fuese la madre de todos.⁹⁷

a) *La madre/ama de casa/obrero*. También las mujeres, por primera vez, fueron incorporadas masiva y “oficialmente” al seno de la nación y su condición y problemática comenzaron a ser “cuestión de Estado”. Pero fueron incorporadas a la vida pública a través de un discurso que reproducía lo esencial de la domesticidad

Y cada día el mundo necesita en realidad más hogares y, para eso, más mujeres dispuestas a cumplir bien su destino y su misión. Por eso el primer objetivo de un movimiento femenino que quiera hacer bien a la mujer... que no aspire a cambiarlas en hombres, debe ser el hogar.

Nacimos para construir hogares. No para la calle.⁹⁸

⁹⁷ PERÓN, Eva: *op. cit.* Pág. 92.

⁹⁸ *Ibid.* Pág. 276.

.....
.....
No somos como ellos... ellos pueden vivir solos...
nosotras no... nosotras sentimos necesidad de compañía,
de una compañía total... sentimos necesidad de darnos,
más que de recibir. ¡No podemos trabajar más que para
ganar un sueldo como los hombres!⁹⁹

Y tras la figura de un hombre que venía a ser El
Hombre del gran hogar que era la patria. Maestro y
guía que marca el camino.

Reconozco, ante todo, que empecé trabajando en el
movimiento femenino porque así lo exigía la causa de
Perón.

.....
.....
Recuerdo con qué extraordinario cariño de amigo y
de maestro fue el General Perón mostrándome los
infinitos problemas de la mujer en mi Patria y en el mundo.

En esas conversaciones advertí una vez más lo
genial de su figura.

Él me enseñó en esto, como en todas las cosas, el
camino.¹⁰⁰

Para esta época, las mujeres populares ya
habían vuelto a la fábrica. No sólo eran amas de casa
o madres. También se hacían obreras; otra vez las
condiciones coyunturales las instaban a integrarse al
mercado laboral. Y las condiciones políticas requerían
de su participación más allá del ámbito doméstico. A
ellas Perón homenajeara:

⁹⁹ *Ibid.* Pág. 274.

¹⁰⁰ *Ibid.* Págs. 263-264.

No a la que gasta sus noches en una “boite”, sino a la que consume su juventud y su vida al lado de un enfermo; no a la que gasta sus días recorriendo tiendas, buscando pretextos para gastar dinero, sino a la que lleva a sus hijos el pan ganado en las fábricas o en las tareas domésticas.¹⁰¹

Eran “Las mujeres argentinas (que) tendrán los mismos derechos políticos y estarán sujetas a las mismas obligaciones que les acuerdan o imponen las leyes a los varones argentinos”.¹⁰²

Esas mujeres votaron por primera vez el 11 de noviembre de 1951 y lo hicieron masivamente por Perón: de 3.800.000 votos femeninos, el 63,9% fueron justicialistas.¹⁰³

Sin embargo, esas mismas condiciones no permitieron relevarlas de su rol tradicional. Salían de la casa a trabajar en la fábrica, pero en lo esencial, seguían siendo las responsables últimas del bienestar de la familia, la que a su vez, se mantenía como el ámbito más económico de reproducción de la fuerza de trabajo.

En las Unidades Básicas femeninas se enseñaban “manualidades, para el hogar y educación para el consumo”.¹⁰⁴ En los Hogares de Tránsito se incluían entre los servicios prestados “bautismos, primeras comuniones y casamientos (civil y

¹⁰¹ RAMOS, A. *Adiós al Coronel*. Época. 1976. Pág. 115.

¹⁰² Artículo 1ro. del Proyecto sobre derechos políticos de la mujer de septiembre de 1946. Tomado de Ramos: 1976.

¹⁰³ DEMITRÓPULOS, L. *op. cit.* Pág. 118.

¹⁰⁴ *Ibid.* Pág. 117.

religioso)”.¹⁰⁵ Las escuelas de capacitación profesional enseñaban corte y confección.

De ahí que la política a ellas dirigida conjugaba las dos alternativas y se expresaba en los discursos, por lo menos paralelos, si no irreconciliables: uno las llamaba a afianzar su domesticidad; el otro las comprometía políticamente. Uno las llamaba a responsabilizarse del futuro de los hijos, de su educación y adoctrinamiento; el otro les garantizaba su propio adoctrinamiento y su participación en la vida pública.

El problema de la mujer es siempre en todas partes el hondo y fundamental problema del hogar.

Es su gran destino. Su irremediable destino.

Necesita tener un hogar, cuando no pueda construirlo con su carne lo hará con su alma, o no es mujer.

Lo primero que tuve que hacer (...) fue resolver el viejo problema de los derechos políticos de la mujer.

La madre de familia está al margen de todas las previsiones. Es el único trabajador del mundo que no conoce salario, ni garantía de respeto, ni límite de jamadas, ni domingo, ni vacaciones, ni descanso alguno, ni indemnización por despido, ni huelgas de ninguna clase... Todo eso —así lo hemos aprendido desde chicas— pertenece a la esfera del amor... y lo malo es que el amor muchas veces desaparece pronto en el hogar... y entonces, todo pasa a ser “trabajo forzado”... obligaciones sin ningún derecho... ¡Servicio gratuito a cambio de dolor y sacrificios!

¹⁰⁵ Fundación: Memoria y Balance (1953). Pág. 14.

.....
.....
Porque en realidad con las mujeres debe suceder lo mismo que con los hombres, las familias y las naciones: mientras no son económicamente libres, nadie les asigna ningún derecho.

.....
.....
El mundo actual padece de una gran ausencia: la de la mujer.

.....
.....
No estamos en ninguno de los grandes centros que constituyen un poder en el mundo.

Y sin embargo, estuvimos siempre en la hora de la agonía y en todas las horas amargas de la humanidad.

.....
.....
Tal vez por no habernos invitado a sus grandes organizaciones sociales el hombre ha fracasado y no ha podido hacer feliz a la humanidad.

.....
.....
También pienso que únicamente las mujeres serán la salvación de las mujeres.¹⁰⁶

Por eso este último discurso tenía también un contenido doméstico: su participación se la restringía a un espacio particular (el de la asistencia) y a través

¹⁰⁶ PERÓN, Eva: *op. cit.*

de un adiestramiento específico (en aquellas “tareas propias del ama de casa”).¹⁰⁷

Es necesario también elevar la cultura femenina, dignificar el trabajo y humanizar su economía dándole cierta independencia material mínima.

Solamente así, la mujer podrá prepararse para ser esposa y madre...

.....
.....

Más que una acción política, el movimiento femenino tiene que desenvolver una acción social. ¡Precisamente porque la acción social es algo que las mujeres llevamos en la sangre!

Servir a otros es nuestro destino y nuestra vocación y eso es acción social...¹⁰⁸

En esta duplicidad, que parece afianzar la “doble jornada” de trabajo femenino, se inscriben medidas como la del voto para la mujer, el Hogar de la Empleada, los Hogares de Tránsito, las políticas educativas dirigidas a ellas y el proyecto del salario para el ama de casa.

b) *La mujer en la conducción*: Por eso el discurso se superpone y la propia Eva es la figura paradigmática de esta relación contradictoria.

El país estaba solo. Marchaba a la deriva sin conducción y sin rumbo. Todo había sido entregado al extranjero. El pueblo sin justicia, oprimido, negado. Países extraños y fuerzas internacionales lo sometían a un dominio que no era muy distinto a la opresión colonial.

¹⁰⁷ Fundación: Memoria y Balance (1953). Pág. 26.

¹⁰⁸ PERÓN, Eva: *op. cit.*

Me di cuenta de que todo eso podía remediarse.

Poco a poco advertí que yo era quien podía remediarlo.

En ese momento, el problema de mi país pasó a ser un problema de mi conciencia.

Lo resolví decidiéndome por la Revolución".¹⁰⁹

Este es un registro. El otro sostiene:

Y lo natural en la mujer es darse, entregarse por amor, qué en esa entrega está su gloria, su salvación, su eternidad.

De la misma manera que una mujer alcanza su eternidad y gloria y se salva de la soledad y de la muerte dándose por amor a un hombre, y pienso que tal vez ningún movimiento feminista alcanzará en el mundo gloria y eternidad si no se entrega a la causa de un hombre.¹¹⁰

Al tiempo que adquiere un perfil político individualizado. Eva se proponía ser "Eva-puente" entre el pueblo y Perón, estaba en la conducción y su influencia era decisiva, pero se planteaba... "yo no existo por mí misma", o se consideraba "una débil mujer al fin...".¹¹¹

Por otra parte, la propia división sexual del trabajo estaba clara en el interior del movimiento peronista, desde su máxima conducción, tanto como en su organización interna.

Además, había urgentes pero *modestos* trabajos que cumplir en relación con las necesidades de la gente humilde. Entre las esperanzas de los descamisados había

¹⁰⁹ *Ibid.*

¹¹⁰ *Ibid.*

¹¹¹ *Ibid.*

muchas pequeñas ilusiones que depositaban en Perón como los hijos piden a sus padres.

.....

.....

En la familia grande que es la Patria también los pedidos que se presentan al Presidente, que es el padre común, son infinitos.

.....

.....

También atender todo esto —lo grande y lo pequeño— era necesario para que el pueblo no dejase de ver en Perón a su conductor.

Yo elegí mi puesto en el pueblo para ver desde allí las barreras que podrían haber impedido la marcha de la Revolución.

Yo elegí ser “Evita”... para que por mi intermedio el pueblo y sobre todo los trabajadores, encontrasen siempre libre el camino de su Líder.

La solución no pudo ser mejor ni más práctica.

Los problemas del pueblo llegan al conductor todos los días, durante el almuerzo o la cena, en las tardes apacibles de los sábados, en los domingos largos y tranquilos y llegan por mi voz leal y franca en circunstancias propicias, cuando el ánimo del General está libre de toda inquietud apremiante...¹¹²

Por su parte, Libertad Demitrópulos recuerda:

Se repartieron el trabajo. El se adjudicó el metódico, el trabajo perdurable, el que desarrollaría desde el gobierno mediante leyes. Ella, el de la acción directa,

¹¹² *Ibid.*

concreta, inmediata y decisiva. Uno era complemento de otro. Y uno era tan importante como e otro.¹¹³

Eva lo confirmaba y lo justificaba de esta manera:

De distinta manera los dos habíamos deseado hacer lo mismo: él sabiendo bien lo que queda hacer, yo por sólo presentirlo; él con la inteligencia; yo, con el corazón; él, preparado para la lucha; yo, dispuesta a todo sin saber nada; él culto y yo sencilla; él, enorme, y yo, pequeña; él, maestro, y yo alumna. El la figura y yo la sombra.

Él, seguro de sí mismo, y yo, únicamente segura de él.¹¹⁴

En 1949 el Partido Peronista se organizó en tres ramas:

- La masculina y política (con acento en lo político)
- La femenina (con acento en lo social)
- La gremial¹¹⁵

La rama femenina funcionó como partido independiente hasta la muerte de Eva (el Partido Peronista Femenino) aunque en estrecho acuerdo con el Consejo Superior. Para la conductora esto era necesario “para que las mujeres no se masculinicen en su afán político”¹¹⁶ y para alcanzar el objetivo

¹¹³ DEMITRÓPULOS, L.: *op. cit.* Pág. 94.

¹¹⁴ PERÓN, Eva: *op. cit.* Pág. 63.

¹¹⁵ DEMITRÓPULOS, L.: *op. cit.* Pág. 116.

¹¹⁶ PERÓN, E.: *op. cit.* Pág. 289.

específico de “redimir a las mujeres”¹¹⁷ porque sólo ellas se salvarían a si mismas.

La labor del Partido Peronista Femenino fue sin duda de trascendente significación política. Sin embargo, el ejercicio de la política por parte de estas mujeres se dirigió mayormente a un campo específico: aquél de lo doméstico y lo cotidiano y su acción fue primordialmente volcada al campo de lo asistencial.

Roles, funciones y condiciones de cada sexo se definían con claridad desde el vértice mismo del poder. Desde allí se reproducían y conformaban la estructura en la cual cada miembro de la sociedad encontraba su puesto.

Es que la “Gran Familia” reproducía el modelo dominante de familia, que asignaba a cada sexo papeles y virtudes específicas.

La propia concepción de la asistencia tuvo un doble contenido, que sólo puede entenderse en el contexto del enfrentamiento de clases de la época y en su contenido ideológico.

En el período anterior, los pobres representaban un “peligro social”, capaces de mentir a quienes “generosamente” se disponían a asistirlos. En esta nueva coyuntura, los trabajadores eran la fuerza social que respaldaba el enfrentamiento con la oligarquía y al mismo tiempo, la fuerza social en condiciones de garantizar la consolidación de un

¹¹⁷ *Ibid.* Pág. 290.

nuevo proyecto que los requería como protagonistas, como productores y como consumidores.

Eva no temía la mentira de los pobres ante la asistencia tradicional:

Un oligarca diría que los pobres también saben mentir. No niego que sepan; pero estoy segura que mienten mucho menos que los ricos! y si mienten, al fin y al cabo, es por necesidad...¹¹⁸

Y por lo tanto, no necesitaba técnicas. Le bastaban sus “Células mínimas”, aquellas mujeres captadas para la acción social de entre sus seguidoras. No eran profesionales, eran ante todo justicialistas, fue compartían con Eva la idea de que “la ayuda social es solamente justicia”¹¹⁹ y que como ella exigían “la más estricta fidelidad a la doctrina, a la obra y a la personalidad del General Perón”.¹²⁰

El enfrentamiento de dos proyectos políticos irreconciliables, impidió que Eva accediera a la presidencia de la Sociedad de Beneficencia¹²¹ —

¹¹⁸ *Ibid.* Pág. 184.

¹¹⁹ *Ibid.* Pág. 140.

¹²⁰ DEMITRÓPULOS, L.: *op. cit.* Pág. 111.

¹²¹ Tradicionalmente, se estilaba que la esposa del Presidente de la Nación, presidiera, a su vez, a la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires. Sin embargo, en el caso de Eva Perón, sus miembros consideraron inadecuada esta posibilidad en virtud —tal la excusa aducida— de su extrema juventud. En 1947, la Sociedad de Beneficencia fue intervenida y en 1948 pasó a integrar la Dirección Nacional de Asistencia Social (RUSSO, Carlos: “La acción social del peronismo”. En: *El peronismo en el poder*. Centro

como tradicionalmente ocurría con las esposas de los presidentes— y que fueran inviables las alianzas entre su “ayuda social” y la asistencia oligárquica. “Toda transacción entre Perón y la oligarquía, entre Eva y la Sociedad de Beneficencia, resultaba imposible”.¹²² No obstante, el de la asistencia siguió siendo el ámbito reservado a la acción de las mujeres, con una diferencia fundamental: si la “ideología del amor” continuaba vigente como razón última de su acción, el contenido político de ésta se hizo también explícito y se superpuso con aquélla, aún en el discurso.

Algunas veces me confundo un poco... digo que mi obra de ayuda social es solamente de justicia y luego siento que en realidad es una obra de amor.

Y tengo razón en los dos casos.

Sí. Es de justicia porque no alcanzo nunca a dar más de lo que pertenece a los descamisados. Estoy pagando lo que les fue quitado durante un siglo de traición y de privilegios oligarcas.

Y es también de amor, porque en mi obra está mi corazón, mi pobre corazón de humilde mujer que todo, sí, lo hace por amor.¹²³

Los “descamisados” no distinguen todavía lo que es la organización política que yo presido de lo que es mi Fundación.

.....
.....

Editor de América Latina. Buenos Aires. 1972. ALAYÓN, N.: *op. cit.*)

¹²² RAMOS: *op. cit.* Pág. 114.

¹²³ PERÓN, Eva.: *op. cit.* Pág. 240.

Mis supercríticos consideran que así yo utilizo mi Fundación con finalidades políticas... ¡Y... tal vez tengan razón! Lo que al final aparece como consecuencia de mi trabajo es de repercusión política... la gente ve, en mi obra, la mano de Perón que llega hasta el último rincón de mi Patria... y eso no les puede gustar a sus enemigos.¹²⁴

Labor política que se trocaba en “obra de amor” al ser producto de la acción de una mujer.

CONCLUSIONES

En lo que respecta al aspecto parcial que se tomó en esta investigación (la mujer y la asistencia), el discurso de su protagonista principal, comprende por lo menos, dos registros bien diferenciados, que se corresponden con el estado de la lucha ideológica en ese período histórico y con los nuevos roles que la mujer venía a cumplir en el “mundo público”, sin dejar de ser la ejecutora principal de aquellos que la tenían como responsable en el mundo doméstico.

La significación de la política asistencial peronista, puede resumirse en el sentido de que continuó siendo la mujer su ejecutora principal, pero también fue una mujer su diseñadora e inspiradora. En tanto, la mujer popular siguió siendo “doméstica”, pero también se incorporó explícita y masivamente a la política, aunque desde un discurso doméstico y a través de la metáfora de la familia/patria.

También en la política de asistencia hay dos registros, porque expresaba el cambio en el carácter

¹²⁴ *Ibid.* Pág. 294.

del Estado, que ampliaba sus funciones y que necesitaba más prioritariamente alcanzar su propia legitimación.

Son esos dos registros, ese discurso doble, en lo que hace a temas fundamentales del sistema social, como la división del trabajo, el poder, la organización de la familia, la división sexual del trabajo, etc., lo que los científicos sociales debemos esforzarnos en explicar, sin mengua de su complejidad.

Las condiciones sociales y económicas a las que el Estado debía dar respuesta, la explican en parte. La resignificación que los actores sociales hicieron, tanto de tales condiciones, como del propio discurso, son la otra "fuente de datos" a la que queda pendiente consultar, para conocer la leal dimensión de la labor política-asistencial de Eva Perón y su impacto en las mujeres argentinas.

CAPITULO IV

PARTICIPACIÓN Y DESARROLLO: UN NUEVO PARADIGMA

INTRODUCCIÓN

El presente capítulo se dirige a analizar las transformaciones acontecidas en el Estado, luego de la derrota del movimiento popular y la esforzada búsqueda de alternativas capaces de controlar su politización.

Los modelos en boga, impulsados desde los países imperialistas, particularmente los Estados Unidos, ofrecieron un paradigma que sufrió sucesivas adecuaciones.

Por su parte, dentro específicamente del campo profesional de los asistentes sociales, se produjeron las primeras rupturas de carácter ideológico. Asimismo, por primera vez en la historia profesional, los varones jugaron un rol decisivo, particularmente en la conformación de líneas internas y las disputas por los espacios de poder.

La relevancia de estos acontecimientos, a nivel profesional, fueron de tal magnitud, que de una u otra manera, se hacen presente en la vida actual de esta disciplina. Y aún más, si se considera que los años de la última dictadura militar interrumpieron bruscamente un proceso que implicaba transformaciones profundas dentro de ella.

El objetivo es retomar una historia reciente, prolongada hasta mediados de los 70, definitivamente roto el paradigma desarrollista, pero también ya en crisis los modelos de intervención profesional que se gestaron a partir de él.

En parte, esto es aún historia viva para algunos, pero también es totalmente ignorado por otros, que debieron formarse durante los años del proceso, en los que se cercenó una parte de la historia de la profesión.

En relación con la mujer, su figura perdió centralidad en estos tiempos, por lo menos en las disputas internas, que se reordenaron en torno a otros ejes.

A- LA COYUNTURA INTERNACIONAL Y LA DIFUSIÓN DE LA IDEOLOGÍA DESARROLLISTA

Si el desarrollo de la II Guerra Mundial había favorecido el proceso de sustitución de importaciones y la acumulación de divisas, particularmente en nuestro país, la finalización de la Guerra con el triunfo de los aliados, colocó a los Estados Unidos en situación de privilegio, por el poderío bélico acumulado durante ella, a partir de la cuál logró afianzar su predominio como potencia internacional.

Desde entonces, su política externa estuvo dirigida a afianzar ese dominio y particularmente, a garantizar su influencia en el continente americano. El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), firmado en 1947, y posteriormente, la

creación de la Organización de Estados Americanos (OEA) fueron la concreción del triunfo norteamericano en su política de expansión continental.

Esta política, durante la década del 50, estuvo enmarcada en la consigna “comercio antes que ayuda”, impulsada por el Gral. Eisenhower¹ y orientada a la exportación de capitales privados hacia América Latina.

Sin embargo, en este contexto y frente a las rebeliones populares en nuestro continente, cuyo punto culminante y decisivo fue el triunfo de los guerrilleros castristas en Cuba, fue gestándose una nueva propuesta ideológica que, recogiendo los modelos impulsados por Gran Bretaña en sus colonias asiáticas y africanas, sostenían 1a necesidad de controlar la aversión que la miseria latinoamericana generaba hacia Estados Unidos entre los sectores populares. Asimismo, sostenía la necesidad de garantizar ciertas reformas estructurales básicas, que aseguraban el desarrollo y la acumulación de capital invertido.

Se consolidó entonces una política de ayuda externa, que contó con el expreso compromiso del gobierno demócrata del Pte. J. F. Kennedy. La Alianza para el Progreso, surgida como consecuencia de la reunión de Cancilleres de Punta del Este, celebrada en 1961, fue la herramienta política de la

¹ MANRIQUE, Manuel y MAGUIÑA, Alejandrino: *Pobreza urbana y políticas de vivienda*. CELATS. Lima. 1983. Pág. 85.

nueva estrategia norteamericana hacia Latinoamérica. Del mismo modo, organismos internacionales como las Naciones Unidas, o continentales como la propia OEA, orientaron su avanzada técnica. Dentro de esta última, la Unión Panamericana, elevada a la categoría de Secretaría General de la OEA, impulsó, a través de la producción teórica y técnica de sus diversos departamentos, la difusión de los principios ideológicos, fundamentalmente en lo concerniente a la política social.

Conocida como desarrollismo, esta “avanzada de la política norteamericana”² influyó tanto las ideas políticas como a las ciencias sociales, que le dieron sustento teórico en el marco de un funcionalismo revitalizado y de cierto tinte evolucionista. Época de franco optimismo, se esperaba un desarrollo autosostenido y sin límites, cuyos únicos obstáculos eran las “estructuras arcaicas” y la inercia y la resistencia al cambio de los “sectores tradicionales”.

En su concepción más amplia —y también enfocado a través de una óptica sociológica e histórica— el desarrollo nacional podría identificarse como el proceso continuo e institucionalizado de transformaciones y perfeccionamiento de las estructuras y procesos básicos de la sociedad destinado a llevar a ésta constantemente hacia adelante y hacia arriba. Se trata de un intenso, complejo y auto-sostenido proceso social a través del cual el hombre y su comunidad superan sistemáticamente sus condiciones de supervivencia y se proyectan activa, organizada y conscientemente hacia la conquista de nuevas y mejores formas de existencia.

² *Ibid.* Pág. 88.

.....
.....

Por contrapartida, el subdesarrollo podría identificarse con aquellas fases históricas en las cuales un país o una comunidad se mantienen en situación de inercia relativa, incapacitadas para progresar económica y socialmente y, por tanto, para responder a las demandas populares generadas en el aumento demográfico, la urbanización y en las expectativas y exigencias populares estimuladas por el efecto demostrativo de los países y las clases de ingresos altos.

Las diferencias en el grado de industrialización, modernización y de ingreso entre los países en desarrollo, sería pues un problema cuantitativo de niveles de desarrollo.

Pero,

El proceso no se pone en marcha si no existe una comunidad motivada y capacitada para el desarrollo... es necesario que previa o simultáneamente se produzcan transformaciones en la mente y la sensibilidad del hombre y la comunidad.³

No obstante, ciertos requisitos se consideraban necesarios para garantizar este indefinido proceso de desarrollo. Uno de ellos tiene que ver con los estímulos para la constante creación de riqueza; el otro, con la capacidad de ajuste y adaptación de las comunidades a los cambios provocados por el desarrollo. La falta de adecuación no sólo lo retrasaría, sino que éste, implacable al fin, terminaría

³ UTRIA, Rubén: *Desarrollo Nacional, Participación popular y Desarrollo de la Comunidad en América Latina*. CREFAL. México. 1969. Pág. 16-17.

con aquellas culturas que “trataran de continuar, ciegamente, en sus modos de vida”.⁴

En lo que se refiere específicamente al campo técnico que nos interesa (el del servicio social), su influencia marcó una etapa decisiva, que se expresó en la introducción de un nuevo “método” —el “Desarrollo de la Comunidad”—⁵ y en el cambio de nombre de la profesión. Desde entonces, todo profesional “aggiornado” pasó a ser “trabajador social”, en lugar de “asistente social”, nombre ideológicamente teñido de beneficencia.⁶

⁴ *Ibid.* Pág. 19.

⁵ La confusión en tomo de la definición del desarrollo de la Comunidad llevó a definir a ésta como método, conjunto de técnicas, proceso de desarrollo, etc. Originariamente aplicado por Gran Bretaña en sus colonias, es adoptado en América Latina ya provisto de un mayor fundamento técnico. El Servicio Social lo incorporó como método propio y, como en otras circunstancias, pareció encontrar en la “organización comunitaria” su objeto de intervención. Un pormenorizado recuento histórico del “Desarrollo y Organización de la Comunidad” y su influencia en la política y en el Servicio Social de América Latina, así como bibliografía al respecto, se encuentra en BONFLIGIO, Giovanni: *Desarrollo de la Comunidad y Trabajo Social*. CELATS. Lima. 1982.

⁶ La lucha, vigente hoy dentro del campo del Servicio Social, por mantener la deja denominación o por imponer la de Trabajo Social, expresa el enfrentamiento entre tendencias diversas, que si bien se enmarcan en los enfrentamientos ideológicos más globales de la sociedad, se comprende más específicamente a la luz de la historia particular del Servicio Social y de cómo cada sector (cuyas delimitaciones, por otra parte, son suficientemente

La asistencia internacional (económica, pero fundamentalmente técnica) fue propuesta por los ideólogos del desarrollismo, como inversión indispensable que permitiera superar las extremas situaciones de miseria y evitar así los probables estallidos sociales.

Los países subdesarrollados de hoy y particularmente los latinoamericanos, en cambio, se encuentran emplazados a acelerar su desarrollo ante la presión incontenible de diversos y complejos conflictos sociales y políticos tanto internos como externos.⁷

Participación y desarrollo⁸ se convirtieron en los términos fundamentales con los que se expresaba el discurso desarrollista.⁹ El primero pretendía

oscuras) ha asimilado —en un *continuum* que va de la conformidad a la discordancia— las funciones objetivas venidas a cumplir por esta disciplina.

⁷ UTRIA: *op. cit.* Pág. 31.

⁸ Ver, entre otros: “Desarrollo Social y Planificación Social: estudio de problemas conceptuales y prácticos en América Latina”. En: *Boletín Económico de América Latina*. Vol. XI, N° 1, Abril 1966. CEPAL. Págs. 46-77 y “La participación popular y los principios del desarrollo de la comunidad en el desarrollo económico y social”. *Boletín Económico de América Latina*. Vol. IX, CEPAL, 1964. Págs. 224-254.

⁹ “Así, las expresiones «desarrollo social», «planificación social», «aspectos sociales del desarrollo» y «desarrollo económico y social equilibrado» y otras por el estilo empezaron a circular corrientemente. La necesidad de incorporar el elemento «social» en la planificación global ha llegado a ser un lugar común en las resoluciones de los organismos intergubernamentales. (...) “Las reuniones organizadas por organismos de las Naciones Unidas exclusivamente, sin contar las reuniones sobre

garantizar, por un lado, el consenso que asegurara el éxito de los planes propuestos por los técnicos; y por otro, cierta democratización, por lo menos formal, que al tener en cuenta “los intereses” y las características culturales de las comunidades “a desarrollar”, reforzara al mismo tiempo el primero.

En los estudios técnicos de la Unión Panamericana se señalaba:

1. La organización de la comunidad es un proceso de adaptación, de cambio, pero hacia las metas que el pueblo de una localidad ha deseado hace muchos años o ha aprendido a desear.

2. ...

3. ...

4. ...

5. Si el pueblo no participa activamente, no hace su propia adaptación, y lo que parece adaptación es algo externo, efectuado por otros.

planificación en general y las reuniones limitadas a un solo sector social, incluyen: El Grupo de Trabajos de Expertos en Aspectos Sociales del Desarrollo Económico en América Latina (México, 1960) Grupo de Trabajo Expertos de Planificación del Desarrollo Social (Bangkok, 1963); Grupo de Trabajo sobre Desarrollo Económico y Social de la Comisión Económica para África (Addis Abeba, 1962); Grupo de Expertos sobre Problemas y Métodos de Planificación Social (Dubrovnik, 1963); Grupo de Trabajo de Expertos en Requisitos Sociales Previos para el Crecimiento Económico (Nicosia, 1963); Seminario Europeo sobre Problemas y Métodos de Planificación Social (Kallvik, Finlandia, 1964)”. *Boletín Económico de América Latina*. Vol. XI, N° 1, CEPAL. 1966. Pág. 46.

Es un proceso esencialmente educacional, y, por eso, necesariamente lento. Para tener éxito, todo programa, en cualquier comunidad debe llenar una necesidad sentida de ésta y debe empezar en tal forma que desde el principio eche raíces en la misma. Debe desarrollarse tan lentamente como se necesite para que la comunidad siempre esté de acuerdo con él. Todo programa debe incluir como participantes activos a las personas interesadas, así como a las beneficiadas. Es menester que los fines del programa sean definidos con claridad para que los participantes puedan entenderlo continuamente y seguir su desarrollo.¹⁰

Pero a su vez la participación tuvo un contenido más pragmático, que se expresó en las concepciones del “esfuerzo propio” y la “ayuda mutua”, la “autoconstrucción”, etc. Al requerírsele a los sectores interesados su participación y aporte en trabajo, se reducía el costo de los planes en lo que a este aspecto se refiere. Bajo la fuerte crítica al asistencialismo paternalista y bajo la consigna del viejo proverbio “dadle un pez, pero enséñale a pescar”, se pretendía contrarrestar el carácter de dádiva de la asistencia tradicional, reemplazándola por el esfuerzo propio en la resolución de sus problemas, bajo la “dirección técnica” de los “expertos”.¹¹

¹⁰ UNIÓN PANAMERICANA. *Organización de la Comunidad para el Bienestar Social*. OEA. Washington, D. C. 1964. Págs. 6 y 9.

¹¹ Sobre este tema ver O’CONNOR, James: *La crisis fiscal del Estado*. Península. España. 1981.

Este gran interés en la Organización de la Comunidad surge de dos fuentes. Por un lado, existe en todos los países del mundo la inquietud del pueblo que ya no se conforma con las condiciones de pobreza, hambre y desprecio existentes desde tiempo inmemorial. Por otro, las necesidades tremendas del pueblo nunca se llenarán

Los gastos en asistencia social son indispensables en un Estado capitalista por las funciones que ésta cumple (legitimación, control, reproducción de la fuerza de trabajo, etc.) pero no obstante ello, no son gastos que se realicen espontáneamente, sino que se ligan a la presión social sobre el Estado y/o sobre el capital, por aquellos sectores más desprotegidos.

O'Connor da una serie de razones que justifican la resistencia a los gastos en asistencia (pág. 206). No obstante, además y a pesar de ellas, cabe señalar que a corto plazo, las acciones del Estado no siempre coinciden con los intereses inmediatos del capital. La función de aquel es garantizar la reproducción del sistema en un conjunto, para lo cual debe, en alguna medida, responder a los intereses de "toda la sociedad". Pero los aumentos en los gastos de asistencia significan también mayor presión tributaria. Por otro lado, como señala O'Connor, una mayor reserva de mano de obra, garantiza salarios más bajos, sobre todo en los sectores que demandan menos especialización. De allí las justificaciones que, desde la ideología de la clase dominante, para limitar los recursos de la asistencia. Según ellas, la asistencia "degenera, mal acostumbra" o en épocas más recientes y desde los especialistas, la preocupación por "la dignidad humana", haciendo referencia a que la asistencia material seda indigna. Asimismo, ello obliga a idear cada vez planes y programas de mayor amplitud y menores costos relativos, incorporando a los propios interesados a la implementación de los mismos ("esfuerzo propio", "ayuda mutua", etcétera).

por medio de los recursos técnicos y económicos existentes.

En esta situación se reconoce que sería posible afrontar la situación actual y futura únicamente si la labor del asistente social está unida con la labor voluntaria, el trabajo de personas de menos preparación, la ayuda mutua, y el desarrollo de las capacidades latentes del pueblo.

Además, los miembros de la profesión de servicio social y otros líderes saben que si el pueblo no recibe ayuda profesional para solucionar sus problemas de una manera constructiva, existirá el gran peligro de que, individuos ambiciosos utilicen la inquietud popular para sus fines personales; o que un pueblo frustrado se convierta en un pueblo desordenado.¹²

El viejo prejuicio de la necesidad de “educar” a los pobres, porque en la “ignorancia” está la causa de la pobreza, se revistió de un nuevo lenguaje, se “legitimó” a través de los científicos sociales y tomó 1a forma de “obstáculos al desarrollo” que se interponían en forma de “pautas” tradicionales, que era necesario reemplazar por una actitud abierta al cambio y al modernismo.

2. Las reformas sociales han de proceder a base de la educación.

3. La educación debe iniciarse en relación con problemas económicos”.¹³

En la actualidad está aumentando la atención a las actividades 'educativas', sobre todo para mujeres y niños, a través de grupos organizados en forma de centros de madres, clubes juveniles y centros sociales.

¹² UNIÓN PANAMERICANA: *op. cit.* Pág. 5.

¹³ *Ibid.* Pág. 7.

.....
.....
Antes de que una comunidad pueda abocarse a la tarea de desarrollo, los individuos y los grupos sociales deben adquirir esas actitudes, esos valores, esos modos de vida.¹⁴

En cuanto a las asistentes sociales (ahora trabajadores sociales), encontraron allí la razón de su existencia e hicieron del cambio el “leiv motiv” de la profesión.

El Servicio Social puede contribuir al desarrollo de América Latina ayudando a la gente a aprovechar en forma máxima lo que la sociedad le ofrece y también sus propias capacidades; creando formas institucionales que la sociedad necesita pero no proporciona, mediante la combinación de los servicios existentes para adaptarlos a necesidades cambiantes; estimulando y preparando a la población para participar activamente en el cambio y ayudando a individuos y grupos para que puedan enfrentarse con¹⁵ éxito a las exigencias del proceso de desarrollo.

Por su parte, la intelectualidad “progresista” de A. L., se encandiló con la posibilidad de incorporar a las masas populares a la modernidad y produjo el sustento teórico que legitimó científicamente la cruzada desarrollista. La función social objetiva de los nuevos técnicos del desarrollo, quedó así subsumida en las propuestas de cambio, y por consiguiente,

¹⁴ PARAÍSO, Virginia: “El Servicio Social en América Latina: sus funciones y sus relaciones con el desarrollo”. En: *Boletín Económico de América Latina*. Vol. XI, N° 1. CEPAL. 1966. Págs. 85-89.

¹⁵ *Ibid.* Pág. 107.

tanto más ocultas cuanto más legítimo aparecía el reclamo y 1a consecuencia práctica en pro de los mismos.

Su función (objetiva) conservadora de las estructuras de dominación de los sectores populares, fue tanto más eficaz cuanto más contradictorio se hacía el discurso con el conservadurismo. Tan oculta quedaba esa función, que los sectores retardatarios y explícita y conscientemente defensores de tales estructuras, temieron ver en los desarrollistas a una avanzada del comunismo internacional.

En cuanto al desarrollo, se constituyó en la meta de técnicos, científicos y políticos, que viendo en el subdesarrollo latinoamericano el campo fértil para la prédica comunista, idearon planes y propuestas que, con la “ayuda internacional”, permitieran garantizar cambios estructurales básicos para permitir la expansión del capital. Esas estructuras arcaicas incluían tanto al campesino latinoamericano, al que había que motivar para que cambie su racionalidad productiva y sus hábitos de consumo, como a las oligarquías nativas, poco propensas a las inversiones productivas.

El concepto de desarrollo superó entonces las metas estrictamente económicas del aumento de la productividad y del ingreso per cápita, para tomar un contenido integral que incluía “los cambios mentales y sociales de una población...”.¹⁶ Y aún más, se

¹⁶ PERROUX, François: Curso para “Stsgiaires du Secretariat d’Etat”. Citado por: ANDER EGG, Ezequiel:

reconocieron en tales características, las verdaderas trabas al desarrollo, más “que los factores propiamente económicos”.¹⁷

Las innovaciones en el aparato productivo son el resultado de la creación y asimilación de nuevos valores culturales...¹⁸

Habiéndose constituido la Organización y Desarrollo de la Comunidad, como el objetivo fundamental de la labor de los trabajadores sociales y siendo ésta la orientación teórica con la que se formaron los profesionales de este período, se prueba una vez más que su labor se dirige básicamente al nivel de lo ideológico y que en él se realiza su función objetiva de legitimación y control.

El contenido humanista del discurso desarrollista, su lenguaje incluso “revolucionario” (cambio de estructuras, liberación de los hombres, etc.), la crítica a los países ricos por su falta de solidaridad con sus “hermanos” pobres, el reclamo por una más justa distribución de la riqueza, entusiasmaron a muchos jóvenes profesionales que no pudieron ver tras ese discurso y las sofisticadas técnicas, el verdadero sentido social de su práctica.

Otros dos elementos caracterizaron 1a época: el compromiso que debía asumir el Estado con el

Metodología y práctica del desarrollo de la comunidad. Humanitas. Buenos Aires. 1965. Pág. 43.

¹⁷ ANDER EGG, E.: *op. cit.* Pág. 43.

¹⁸ UTRIA, R.: *op. cit.* Pág. 25. Este autor hace una crónica de las propuestas “economicistas” y de aquellas que incorporan “lo social” al desarrollo.

desarrollo nacional, al que se consideraba el resultado de la acción y el esfuerzo conjunto de la comunidad y el gobierno; y la planificación para el desarrollo que apareció como la técnica salvadora: planificación económica, educativa, de la acción comunitaria, familiar... Todo era posible de ser “científicamente organizado”.

1. LA “MODERNIZACIÓN” DE LA FAMILIA

Durante este período, el tema de la modificación de pautas culturales (el de la modernización, en última instancia) no quedó restringido al ámbito de “lo público”, sino que, como es de esperarse se extendió también a la vida doméstica y familia, con propuestas y acciones más o menos diferenciales, según las clases sociales.

Siendo considerada la familia la “célula básica” de la sociedad, se presentaba como prioritario preservarla de los efectos que sobre ella podía tener la modernización de las estructuras sociales y económicas de los países llamados “en desarrollo”.

Modernistas y conservadores coincidían en la preocupación y a veces en las estrategias, más no en la ideología inspiradora. Para unos era necesario afianzar los cambios y ajustar las diversas instituciones al mismo, para evitar desfasajes que lo retrasen o compliquen el tránsito a la modernidad. Para otros, partiendo de definir a la familia como producto de la voluntad divina, había que preservarla de los ataques de una sociedad “materialista”, capaz

de destruir valores y principios “fundamentales”. Para arribos se jugaba, sin embargo, la preservación de la sociedad de clases y la conjura a la rebelión social.

2. FAMILIA TRADICIONAL VERSUS FAMILIA MODERNA¹⁹

Con el funcionalismo y el culturalismo, la familia occidental comenzó a ser pensada en otros términos. Si bien siguió siendo “la más fundamental de las instituciones de la comunidad”,²⁰ fue reconocida además, como “unidad económica” y “vehículo de transmisión de la cultura”.²¹

Fue rescatada de la esfera de lo religioso y natural, para ser vista como instancia cultural: variable y adecuada al contexto social global.²² Se estudiaron otros modelos, se observaron sus conductas, el sistema de interacción entre sus miembros, los roles de cada uno de ellos y los efectos sociales de los mismos. La familia pudo, pues, estudiarse, orientarse técnicamente, planificarse y hasta transformarse.

Como en la ciudad, por sus condiciones de preparación, antecedentes y factores a veces de orden cultural o racial, el jefe de familia puede no ganar lo

¹⁹ En este punto se desarrolla exclusivamente la concepción “modernista” acerca de la familia.

²⁰ UNIÓN PANAMERICANA. *Estudio de la comunidad*. OEA. Washington. 1963. Pág. 9.

²¹ *Ibid.*

²² “Fábrica en donde se producen personalidades humanas”, en términos de T. Parsons: “Family socialization and interaction process”. 1956.

suficiente para satisfacer todas las necesidades de su hogar, el presupuesto debe complementarse con el trabajo de otros miembros de la familia, ya sea la esposa o los hijos. Esto puede dar nacimiento a una serie de problemas derivados de la naturaleza, jornada y lugar en donde desempeñan sus labores las mujeres y los niños. Estudiando este fenómeno en un mundo que cambia rápidamente, el prof. Titmuss ha expresado lo siguiente: “Estamos comenzando a aprender, a través de los lentos avances en el conocimiento alcanzado por las ciencias de la conducta, que hay límites; particularmente en relación con las prácticas de crianza de los niños y el ajuste familiar, a la velocidad en que pueden operar los cambios sociales, sin causar graves problemas psicológicos... Normas distintas de conducta y roles diferentes que es necesario adoptar a menudo, necesitan hacerse parte de nuestro modo de ser.”²³

Fue posible entonces definir un modelo de “familia tradicional”, que respondía, a su vez, a un modelo de sociedad arcaica, pre-industrial; y una “familia moderna”, adecuada a los nuevos tiempos, a la sociedad urbana e industrial.

Siendo ella la principal transmisora de la cultura, no podía, pues, descuidársela: la persistencia del tradicionalismo en las relaciones familiares, en una sociedad en cambio, podía conducir a la producción de individuos desfasados o desadaptados. Era entonces necesario difundir las pautas de la modernidad, adecuarlas a las nuevas condiciones sociales, evitar los conflictos.

²³ CAMPOS JIMÉNEZ, Carlos María: *Introducción al bienestar de la familia y el menor*. Ed. ECRO. Buenos Aires. 1968. Pág. 60.

El modelo dualista subyace a esta interpretación según la cual, la familia, en una sociedad de tipo rural, sería predominantemente extensa, numerosa, con predominio de relaciones verticales y autoritarias, donde el jefe varón define los intereses de la misma. Entre sus funciones, además de la reproducción de sus miembros, se contarían las educativas, recreativas, religiosas y económicas. En contraposición, la familia moderna sería reducida en cuanto al número de miembros, con predominio de las relaciones horizontales y democráticas entre ellos, que encontrarían así, mayor libertad para el ejercicio de sus intereses. Sus funciones se reducirían básicamente a las afectivas y de socialización primaria (además de las reproductivas) en tanto que el Estado asumirá las siguientes.²⁴

La alta tasa de natalidad fue vista, desde esta perspectiva, como indicador de tradicionalismo, en una sociedad cuya población crecía, además por la disminución de la mortalidad. Esta “falta de adecuación” entre el número de nacimientos y el número de muertes, acarrearía problemas educativos, por un lado, y escasez proporcional de recursos, por el otro.

La primera, a su vez, se traduciría en falta de preparación para el matrimonio y la “paternidad responsable”, lo que redundaría en el aumento del madresolterismo, el abandono paterno, la vagancia, el divorcio, etc. y como consecuencia última, la delincuencia juvenil.

²⁴ *Ibid.*

Las estrategias adoptadas fueron diferenciales por clases. Para las medias y altas, la liberación de las costumbres, una mayor libertad sexual, una mayor acentuación del individuo por sobre el grupo familiar, particularmente, con los niños. En las clases bajas, el proceso fue en cierto sentido, inverso: un mayor control tendiente a evitar la promiscuidad, el madresolterismo, la vagancia.

Estudiando este problema (hace referencia a los cambios e inestabilidad de la vida familiar) el Consejo Canadiense de Bienestar Social hace ver entre las causas que provocan dificultades matrimoniales: escasez de vivienda; alto costo de la vida; necesidad de trabajar de la mujer; presencia en el hogar de parientes de edad madura; falta de madurez emocional en uno u otro miembro de la pareja. En el informe a que nos referimos en Consejo concluye: "que no considera que la familia está en quiebra, sino en proceso de evolución, y que debe aprender a vivir en el mundo del mañana."²⁵

El énfasis fue puesto en una apelación al varón: desde entonces, ya no fue la mujer la única responsable de la educación y el control de los hijos; el papel del padre fue también reivindicado en estos aspectos y en el compromiso afectivo con los mismos, sin desmedro de su rol como principal proveedor, por lo menos desde el discurso especializado.

El esfuerzo se dirigió, pues, a difundir las pautas de la modernidad familiar, evitando el "tradicionalismo", considerado inadecuado y contraproducente en una sociedad moderna.

²⁵ *Ibid.* Pág. 71.

Las relaciones tradicionales se están desintegrando en todos los aspectos y en todos los niveles de la sociedad; hay un desplazamiento constante de líderes, surgen nuevas imágenes de lo que es deseable y se buscan otras fuentes de seguridad. En esta atmósfera de cambio, el grupo familiar parece el más afectado y, junto con él, cada uno de sus miembros. Se supone que el objetivo del desarrollo es elevar el nivel de vida de todas las familias, pero esto sólo puede lograrse si la familia en sí contribuye a este esfuerzo en forma adecuada. La familia se ve seriamente impedida de actuar como agente del progreso porque aumentan sus cargas: más hijos; necesidades más numerosas y complejas de sus miembros y de la familia misma, y con frecuencia menos empleos para los miembros adultos. Además, están cambiando las relaciones de la familia en sí. (...) Los miembros de la familia reaccionan contra las presiones recurriendo algunas veces a prácticas antisociales como el abono, el abandono y el descuido de los hijos; en otras ocasiones se desintegran por completo los vínculos familiares.²⁶

Todo el aparato estatal (de control tanto como de represión) se dirigió a esos objetivos: las instituciones de bienestar social, los tribunales de menores y de familia, etc.²⁷ La metodología y las

²⁶ PARAÍSO, V.: *op. cit.* Págs. 82-83.

²⁷ "... debe entenderse por política de población, el conjunto coherente de decisiones que afrontan una estrategia racional adoptada por el sector público, de acuerdo a las necesidades y aspiraciones de la colectividad, para desarrollar, conservar y utilizar los recursos humanos, influyendo sobre la magnitud y el crecimiento probable de la población, su distribución por edades, la constitución y composición de las familias, la localización regional o rural-urbana de los habitantes y la incorporación a la fuerza de trabajo y a la educación, con

técnicas variaron sustancialmente. El caso social se hizo inadecuado y las técnicas de grupo y de desarrollo de la comunidad se tomaron las herramientas más útiles para los técnicos sociales. En el primer caso, la psicología brindó los insumos básicos, en tanto que en el segundo, lo hicieron las ciencias sociales. También en esta área la planificación fue propuesta como el principio de adaptación a la modernidad. La “planificación familia” y la “paternidad responsable”²⁸ fueron las armas con que el modernismo se enfrentó al tradicionalismo, en el ilusorio ámbito de lo privado.

Como resultado de la experiencia en este campo, durante los últimos años se ha desarrollado más y más la convicción de que es necesario poner mayor énfasis en las tareas educativas familiares, como un proceso para fortalecer las relaciones entre sus miembros, estimular su mutua cooperación, y mantener los lazos afectivos que unen a todos sus integrantes. De esta convicción ha salido una mayor integración con las técnicas del trabajo de grupo, combinando el trabajo familiar con programas de educación de adultos, asociaciones de padres de familia, grutas de discusión integrados por parejas jóvenes, clubes de madres.²⁹

Pero la posibilidad de “modernizar” a la familia, pasaba por incentivar a las mujeres al cambio,

el fin de facilitar los objetivos del crecimiento económico y posibilitar la participación de la población en las responsabilidades y beneficios del progreso”. Declaración de la Reunión sobre Políticas de Población en relación al Desarrollo de América Latina. Caracas. 1967.

²⁸ PARAÍSO, V.: *op. cit.*

²⁹ CAMPOS JIMÉNEZ, C. M.: *op. cit.* Pág. 94.

sacarlas de los límites de “lo privado” y hacerlas participar del “desarrollo”.

Si bien el movimiento feminista de la década de los 60 de Europa y Estados Unidos, repercutió hondamente tanto en la conciencia de muchas mujeres como en los propios organismos estatales y organizaciones intergubernamentales, para que tomen en cuenta a este sector de la población, las propias condiciones estructurales de América Latina, constituyeron el marco propicio para que las políticas sociales orientadas en la ideología desarrollista, incorporaran a las mujeres, tanto como instancia de adecuación de la familia, como por el papel jugado por éstas en la problemática comunitaria. Se encuentra consenso en que son las mujeres las que están más dispuestas a trabajar en aquellos aspectos de la vida comunitaria que afectan la vida cotidiana de la familia.

Por otra parte, más allá del esfuerzo por comprometer al padre en la socialización de los hijos, seguía siendo la mujer la principal responsable en ese sentido. Definido su papel como conservador dentro de la familia, aún por las propias feministas, la preocupación estaba dirigida a “motivarlas” a modificar pautas “tradicionales” que pudieran operar como inadecuadas frente a los cambios sociales.³⁰

³⁰ Una revisión histórica de los estudios de la mujer en América Latina, de su desarrollo, del papel jugado por los organismos internacionales, etc. merece realizarse detalladamente, tomando en cuenta tanto los aspectos estructurales en los cuales se desarrollaron, como las

3. EL DESARROLLO DE LA COMUNIDAD Y LOS AGENTES DE CAMBIO

La Unión Panamericana y la propia ONU, fueron las usinas generadoras de planes y de expertos; allí se generaban las consignas, a partir de las cuales se capacitaba a los técnicos de base. La influencia de estos organismos fue decisiva en la formación de amplias camadas de trabajadores sociales latinoamericanos, a los que, por sus características profesionales y su lugar en las instituciones, se consideró “agentes de cambio” por excelencia.

El asistente social, por la naturaleza de su profesión, está dedicado a los principios de organización de la comunidad y capacitado para efectuarlos. Además, está situado en uno o varios puestos que le constituyen en un elemento estratégico para la iniciación o facilitación de esfuerzos de mejoramiento comunal. Tiene la responsabilidad de contribuir a dichos esfuerzos con toda su capacidad.³¹

Dos o tres nombres fueron a su vez, los orientadores del desarrollo de la comunidad entre los trabajadores sociales: Virginia Paraíso, funcionaria de CEPAL; Caroline Ware, experta técnica de la ONU sobre el desarrollo de la comunidad y bienestar social (entre otros antecedentes en organismos internacionales); Ezequiel Ander Egg (consultor técnico de la OEA).

variables internas al movimiento feminista latinoamericano, y su propia influencia sobre las políticas estatales.

³¹ UNIÓN PANAMERICANA: *op. cit.* 1964. Pág. 189.

Hasta entonces, el acercamiento de los L s. latinoamericanos con las ciencias sociales y humanas, había sido escaso y parcial, si descontamos la influencia de Mary Richmond y su “método de caso”. El período desarrollista ofreció otras perspectivas, no sólo en lo concerniente a un mayor reconocimiento y legitimación de su espacio laboral —sobre todo en los organismos internacionales— sino también en cuanto al objeto y objetivos de su trabajo y la consiguiente capacitación, para las nuevas funciones técnicas de promoción de aquellos que, sin embargo, al ser “promocionados”, eran, al mismo tiempo, “neutralizados”, sobre todo en lo que de resistencia o contra-hegemónico, podían tener sus prácticas, las que en muchos casos fueron también funcionalizadas. Los líderes de la comunidad, cuya detección aparecía como fundamental en todo programa de promoción comunitaria, no eran más que aquellos individuos que más fuertemente internalizaran, no los valores de su clase o cultura, sino los de la modernidad (los de la cultura hegemónica). Ello garantizaba cierta ascendencia y confianza como para asegurar el consenso con el programa en cuestión.

Todos los líderes deben ser seleccionados a base de su interés y devoción para el programa de la comunidad, no a base de sus propias ambiciones o ventajas que puedan derivar de sus puestos. Por falta de líderes que poseen una actitud de devoción a la comunidad, un programa será un fracaso.³²

³² *Ibid.* Pág. 159.

En la medida que el desarrollo dejaba de ser una cuestión de economía exclusivamente, para constituirse en un problema de carácter integral, que comprometía a los distintos aspectos de la sociedad y por lo tanto a las diversas disciplinas de las ciencias sociales, y siendo considerados los asistentes sociales los técnicos del desarrollo por excelencia, su formación debía ser polivalente.³³ Estos profesionales se familiarizaron por primera vez con la psicología, la sociología, la economía y la antropología. Esta última (fundamentalmente la antropología culturalista norteamericana) no solo proporcionó modelos de interpretación de las diversas comunidades y su concepción relativista y holística de la cultura, sino también sus técnicas de campo.

Caroline Ware propone, para “un estudio sistemático” de una comunidad, una detallada etnografía, que incluye desde la situación geográfica, hasta la estructura familiar, social, económica, sistema de valores, relaciones entre los sexos, etc. Entre las técnicas para la obtención de la información necesaria, incluye la entrevista con líderes representativos o con personas del pueblo, la observación cuidadosa y detallada de acuerdo a objetivos precisos y la observación participante.³⁴

³³ “Los asistentes sociales son los profesionales más adecuados para este trabajo (el de campo) en cuanto poseen un método apropiado para que el individuo, el grupo o la comunidad desarrollen determinadas potencialidades que por falta de orientación y estímulo han permanecido latentes” (Ander Egg: *op. cit.* Pág. 130).

³⁴ UNIÓN PANAMERICANA: *op. cit.* 1964. Págs. 16 a 26.

El asistente social necesita especialmente conocimientos antropológicos sobre las distintas culturas y sub-culturas y sobre las distintas actitudes, costumbres, y hábitos que se encuentran dentro del mismo ambiente. Las culturas de las diferentes regiones del país son distintas y las personas de unas regiones vienen a otras trayendo sus propios hábitos y sus propias costumbres y viceversa. También la cultura de las diferentes clases en una ciudad es muy distinta. El asistente social necesita un entendimiento de estas diferentes culturas, para poder interpretar las acciones y actitudes que se encuentran, y además, para reconocer la persona que está mal adaptada y distinguirla de la persona conforme.³⁵

La preocupación por la metodología y por las técnicas se hizo constante, así como la crítica a la deficiente formación recibida por las asistentes sociales tradicionales.

Si antes las asistentes sociales se habían ocupado del individuo con problemas y a partir de él llegaron a su familia, la impronta de esta época fue llegar a la familia desde la comunidad y por lo tanto, el trabajo social con ésta y con grupos. El aspecto asistencial es dejado de lado y reemplazado por la “acción preventiva”, que más allá de atender los “desajustes”, buscaba evitar los mismos a partir de motivar a la comunidad a modificar pautas y actitudes, adecuándolas a los nuevos tiempos. Es decir, lo que se pretendía, implícitamente, era neutralizar aquellas prácticas que pudieran significar, más allá de su contenido, formas de resistencia a la expansión de la cultura hegemónica.

³⁵ *Ibid.* Pág. 131.

El desarrollo de la comunidad requería de “planificadores” y de “ejecutores” de campo, entre otros expertos. Como decía Ander Egg, “los graduados de economía, sociología, ciencias políticas y administración, suelen tener buenos conocimientos en este campo”. No obstante, este autor no descartaba el desempeño, a este nivel, de asistentes sociales siempre que “posean adecuada formación sociológica, antropológica y económica; y en especial, cualidades de dirección, relaciones humanas y ejecución, que no son ciertamente exclusivas de ninguna carrera o especialidad”,³⁶ pero que no obstante era bueno recordarlas y verificarlas, a la hora de pensar en asistentes sociales que “con muy pocas excepciones en América Latina (...) son mujeres”.³⁷

Sin embargo, “los asistentes sociales son los profesionales más adecuados para el trabajo de campo, en cuanto poseen un método apropiado para que el individuo, el grupo o la comunidad, desarrollen determinadas potencialidades que por falta de orientación y estímulo, han permanecido latentes”.³⁸ Latencia que los trabajadores sociales tenían por misión poner en acto, al motivar a las comunidades para hacerse responsables de su conducta, a partir de lo cual se crearían las condiciones para que los individuos desarrollen sus potencialidades y talentos. Principios que, como reconoce Caroline Ware, eran

³⁶ ANDER EGG, E.: *op. cit.* pág. 130.

³⁷ PARAÍSO, V.: *op. cit.* pág. 91.

³⁸ ANDER EGG, E.: *op. cit.* pág. 130.

los mismos que básicamente sustentaban la historia de la asistencia social profesional y que dejaba en el individuo la responsabilidad última de su condición, escamoteando así la estructura de las relaciones de clase, las que encuentran un mecanismo de reproducción en la interiorización subjetiva de determinadas características, que a su vez contribuyen a reforzar y mantener las condiciones objetivas.³⁹

Pero además, fue en la cotidianidad donde nuevamente los trabajadores sociales resultaron irremplazables.

La imposibilidad de la familia para satisfacer debidamente las responsabilidades que le impone una sociedad que cambia rápidamente es por sí sola la causa más importante del servicio social.⁴⁰

A partir de aquí, el problema del cambio social se constituyó también en una preocupación de los trabajadores sociales y fueron ellos los que se ocuparon de su traducción cotidiana.

En ese sentido, y en cuanto a las condiciones de estos renovados profesionales, acorde a las nuevas exigencias que le imponían las condiciones históricas de América Latina, hay dos vertientes que en última instancia se complementan y que permiten eslabonar la historia propia de esta disciplina y encontrar de qué manera, desde ella, se retraducen tales exigencias propias del sistema, pudiendo, cada vez, cumplir con

³⁹ Bourdieu y Passeron desarrollan el concepto de "interiorización subjetiva" en *La Reproducción*. Ed. LAIA. Barcelona. 1981.

⁴⁰ PARAÍSO, V.: *op. cit.* pág. 84.

las funciones objetivas, aunque varían las funciones técnicas, manteniendo, al mismo tiempo, una impronta particular, que más allá de aparentes imprecisiones en cuanto al espacio y los roles, permita delinear un perfil definido, en última instancia, a partir de lo emocional más que de lo técnico.

Si para Virginia Paraíso la profesionalización del trabajo social implicaba “relegar los componentes religiosos y caritativos a segundo plano y considerar al servicio social sobre la base de una asociación más racional y objetiva de las necesidades, los recursos disponibles y los beneficios esperados”, reconoce, sin embargo, que “esta tendencia no es predominante, ya que muchas escuelas de servicio social son dirigidas por instituciones religiosas, fuertemente orientadas hacia éticas religiosas y caritativas... (y que) el servicio social en América Latina todavía es una actividad inspirada en gran medida en el principio de «ayudar con hechos»”.⁴¹

Para Ander Egg, sin embargo, si bien la información ocupaba un lugar importante para los trabajadores sociales que hicieran desarrollo de la comunidad, lo eran más cualidades como

a) Mística y vocación de servicio. La primera cualidad que ha de poseer un trabajador social —sin lugar a dudas la cualidad capital para cualquier tarea dentro de su profesión— es la mística y el sentido de vocación de servicio hacia los demás. La persona, que no es un “cliente” sino un hermano, ha de ser una preocupación constante.

⁴¹ *Ibid.* Pág. 80.

b) Convicción y confianza en que los hombres tienen capacidad para levantarse de su situación. (...)

c) Capacidad para vencer dificultades. ... deben tener verdadera vocación y consagración para su trabajo: perseverancia (...) y empuje. (...)

d) Don de gentes. (...) amabilidad y simpatía hacia otras personas, buen humor y capacidad para saber escuchar, palabra fácil y convincente, facilidad de comunicación con las otras personas, es decir, habilidad para crear una relación personal de confianza y comprensión.

e) Madurez emocional e intelectual. (...)

f) Habilidad para motivar. (...)

g) Sentido común.⁴²

Y para Caroline Ware

El papel del asistente social es muy difícil porque requiere disciplina profesional y precisa que éste encuentre sus satisfacciones profesionales no en su propio prestigio ni en el reconocimiento que merece individualmente, sino en el éxito de su trabajo y el desarrollo de otras personas. Cualquiera sean sus motivos: humanitarios, religiosos, etc., siempre el asistente social tiene que sacar satisfacciones de lo que experimentan otras personas y no de lo que él experimenta en forma de prestigio y poder.⁴³

La capacitación técnica exigida para actuar a nivel comunitario, no resultaba, entonces, incompatible con las exigencias ya tradicionales en esta profesión. Exigencias que, como se vio, son esencialmente compatibles con la "condición

⁴² ANDER EGG, E.: *op. cit.* Págs. 131-132.

⁴³ UNIÓN PANAMERICANA: *op. cit.* 1964. Pág. 191.

femenina” definida socialmente y subjetivamente asumida por las mujeres. De ahí que a la hora de pensar en “planificadores” debieran hacerse observaciones especiales para asistentes sociales. Ellos han sido siempre cargos en los que la competencia profesional por ocuparlos, fue lo suficientemente fuerte como para que no basten “la mística ni la vocación de servicio”, sino para los que se requiere precisamente, vocación de éxito, prestigio y poder personal. Cualidades asociadas y valoradas en el varón, más no en la mujer.

No obstante, para las corrientes desarrollistas del trabajo social, la capacitación técnica se tomó una exigencia que debía estar acompañada por estos valores, pero que no podía ser reemplazada totalmente por ellos. Sumado a esto, el cambio en los objetivos explícitos de la profesión, la jerarquización del rol profesional y la apertura de espacios laborales (incluso a nivel de los organismos internacionales) atrajo varones, lo que a su vez se propició fuertemente desde algunos centros de formación, sobre todo para el trabajo en áreas rurales o alejadas de los centros urbanos.

Las exigencias técnicas y las nuevas funciones, no derivaron, sin embargo, en una sólida formación académica. En última instancia, la “ideología del amor” primó convertida, a lo sumo, en “pedagogía democrática, participativa y antiacadémica”, sin cuestionar auténticamente el academicismo universitario —de donde egresaban los “planificadores” e intelectuales orgánicos del desarrollismo— y mucho menos, los contenidos

funcionalistas de la educación. Esta tendencia derivó nuevamente en otra de las constantes de esta profesión: una formación superficial, que finalmente garantiza su auxiliaridad, por un lado, y por otro, su funcionalidad social.

La profesión encontró así su variable de ajuste, y fue capaz de interpretar las exigencias externas, para poder seguir cumpliendo su función objetiva en el control y la legitimación del sistema.

No obstante, es necesario recordar que de las filas desarrollistas surgieron luego los grupos que dieron forma a lo que se conoció como el “movimiento de reconceptualización”, y que incorporó la variable ideológica-política como aspecto clave de su acción profesional.

B- EL PARADIGMA DESARROLLISTA EN ARGENTINA

Era necesaria esta referencia al paradigma desarrollista en América Latina y sus orígenes, para comprender las características más generales de la asistencia en nuestro país y particularmente, los conflictos y luchas en el interior del propio campo profesional del trabajo social argentino.

Sin embargo, a nivel de la política asistencial estatal, no basta este marco general, que no obstante servirá como trasfondo sobre el cual la misma adquirió características singulares. Tales singularidades hay que explicarlas nuevamente a partir de la situación coyuntural en la Argentina, de las luchas entre proyectos políticos diversos, del estado

del movimiento popular, después de su derrota en 1955, y de la capacidad de propuestas técnicas que los intelectuales orgánicos de cada uno de los sectores sociales en pugna, eran capaces de hacer.

1. Un poco de historia⁴⁴

a. *Fronzizi llega al gobierno*

En 1955 un golpe militar derrocó al Gral. Perón del gobierno, siendo reemplazado, en primera instancia, por un militar “conciliador”, el Gral. Lonardi, que no se proponía ir más allá de “moralizar” el país y controlar las masas peronistas. No obstante, las pugnas en el ejército provocaron su pronto reemplazo por el Gral. Aramburu, representante de los sectores sociales más retrógrados de la Argentina, “restauradores” en lo ideológico y “liberales” en economía, lo que no significó otra cosa en este país, que poner decididamente al Estado al servicio de las

⁴⁴ Los datos de carácter histórico utilizados en esta parte son tomados de los siguientes autores: LUNA, Félix: *Argentina: de Perón a Lanusse. 1943-1973*. Planeta. Buenos Aires. 1973. ROMERO, José Luis: *Breve historia de la Argentina*. Huemul. Buenos Aires. 1984. FAYT, Carlos: *El político armado. Dinámica del proceso político argentino. 1960-1971*. Ed. Pannedille. Buenos Aires. 1971. CIMILLO, Elsa y otros: *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina*. Ed. Tiempo contemporáneo. Buenos Aires. 1973. *Historia viva*. Publicación del Diario *La Razón* con noticias periodísticas año por año, desde 1816 a 1966. Buenos Aires. 1966.

clases agro-exportadoras y facilitar el ingreso del capital monopólico.⁴⁵

No parece haberles importado demasiado a Aramburu y su vicepresidente, el Almirante Rojas, la legitimidad de su gobierno, por lo que la represión política fue —incluidos fusilamientos— el mecanismo de control y de mantenimiento del consenso puesto en práctica con mayor énfasis.

Un reacomodo de las relaciones de clase se venía dando en el país, en el cual, la alianza entre los sectores ligados a las industrias surgidas durante el llamado proceso de sustitución de importaciones — con la protección automática primero, y del propio Estado, después— y la clase obrera crecida conjuntamente con ella, se iba haciendo cada vez más inviable. Las condiciones externas (políticas de expansión del capital norteamericano) y las propias (necesidad de renovación tecnológica en un mercado mundial altamente monopolizado) explican los desplazamientos que quedaron claramente definidos con el golpe militar de 1955.

En este contexto, el gobierno militar cumplió la función de reconstruir el consenso y legitimar las nuevas relaciones de clase, controlando básicamente

⁴⁵ Ver el análisis que de las leyes de radicación del capital extranjero de 1953 y 1958 hacen Cimillo y otros, *op. cit.* cap. II, y la evolución de éste desde 1955, sus formas de operar y sus efectos sobre las industrias de baja concentración técnica y sobre la explotación obrera y la evolución del salario y la productividad.

aquellos sectores que, por su condición de explotados, podían alterarlo.

Por esta época, la Argentina se incorporó al FMI y la intervención estatal (en cuanto a inversiones y definición de políticas económicas) no cesó (más allá del discurso), sino que se dirigió a garantizar el traspaso de divisas al tradicional sector agropecuario —donde la producción alcanzó las cifras más altas—⁴⁶ y hacia la industria monopólica.

Sin embargo, la situación socio-económica y política del país había variado lo suficiente como para que los planes restauradores de la Revolución Libertadora pudieran consumarse sin tropiezos. La represión política (encarcelamiento de dirigentes, prohibición de todo símbolo o referencia a Perón o a Eva, etc.) podía lograr el retroceso táctico de las masas populares, pero no podía hacer desaparecer por decreto a un amplio sector de población (una clase obrera numerosa y políticamente definida) ni hacerles olvidar los derechos sociales conquistados.⁴⁷

⁴⁶ LUNA, F.: *op. cit.* Págs. 105-106.

⁴⁷ El tema de la prohibición del uso de símbolos y de toda referencia en este carácter al peronismo, que aparece como una reacción fóbica de aquellos sectores sociales que habían visto disminuido su poder e invadido su espacio social en la década anterior, merece una mayor atención.

Detrás de ello está, no solamente el “odiado tirano prófugo”, sino que se expresa la lucha de poder de las clases en un plano a veces descuidado: el de la cultura.

Bourdieu hace referencia a que cualquier universo simbólico es una “arbitrariedad cultural”, cuya legitimidad

Es más, el propio Luna señala que los principales beneficios laborales alcanzados en la década anterior, no pudieron ser suspendidos en este período

o no depende de la relación de fuerzas entre las clases que expresa cada uno.

Por otra parte, la reproducción cultural que implica el reconocimiento de “una cultura legítima” y de “culturas ilegítimas” (desde el punto de vista de la que ejerce la hegemonía) tiene por función la reproducción social, al reproducir la desigualdad en la distribución del capital cultural y al reafirmar la “ilegitimidad” y el “no valor” del capital cultural de los sectores dominados, lo que a su vez es sancionado socialmente.

El momento expresaba la lucha por reconstruir el espacio de valoración de la cultura hegemónica, cuya legitimidad había sido puesta en duda, al mismo tiempo que adquirían ese estatuto las formas simbólicas de expresión cultural de las clases subordinadas.

Los símbolos partidarios se habían convertido en parte de ese universo y además operaban como medio a través de los cuales se legitimaba esa cultura.

Los retratos, los escudos, los altares de Eva, todas esas expresiones del “mal gusto popular” debían recibir las sanciones correspondientes. La cultura de las clases dominantes que recuperaban el poder, debía volver a reforzarse como “cultura legítima”, remarcando el “no valor” de la cultura dominada. Ser peronista pasó a ser una categoría vergonzante; manifestarse públicamente era de “mal gusto”. Toda la simbología referida a ella debía ser negada. Ni siquiera los nombres podían pronunciarse, como en una conjura mágica: “el General” de las clases populares pasó a ser “el tirano prófugo”, el cuerpo embalsamado de Evita fue secuestrado. La cultura “cultura” se recuperaba como “cultura legítima”, pero a ella no tenían acceso los sectores dominados, sino como en el espejo que les devolvía la imagen de su propia exclusión.

de dictadura militar. De la misma manera, el desarrollo de la industria liviana, que incluía a aquellos obreros, era un hecho insoslayable, que el Estado “restaurador” no podía dejar de reconocer. Una serie de obras de infraestructura, encaradas o inauguradas por el gobierno de facto, dan cuenta de un Estado que ya no podía dejar de invertir.⁴⁸

Si la filosofía de la libre empresa y el antiestatismo campeaban el discurso, de hecho, como lo recomendaba Prebisch, “el Estado conservaba los resortes superiores de la intervención”,⁴⁹ solo que desde entonces variaron los intereses a custodiar.

En el plano social, ya señalamos que la Revolución Libertadora se caracterizó por la represión política del peronismo, que en términos reales, significaba el movimiento popular. Sin embargo, quiso buscar su legitimación en las “clases decentes”, expresadas en los tradicionales partidos políticos, que habían permanecido con poco espacio de expresión durante el período anterior.

El presidente Aramburu conformó una Junta Consultiva, de la que participaron los “partidos democráticos”. Es decir, quedaron excluidos el peronismo y los partidos considerados de “extrema izquierda” y “extrema derecha”. Más tarde, en la búsqueda de una salida electoral que aliviara las tensiones políticas y las presiones sociales, se

⁴⁸ LUNA, F.: *op. cit.* Págs. 106-107.

⁴⁹ ROMERO, J. L.: *op. cit.* Pág. 207.

convocó a una Convención Constituyente para reformar la Constitución sancionada en 1949 por el Congreso con mayoría peronista, de la que resultó una restitución de la sancionada en 1853.

Ambos hechos políticos permitieron el reacomodo de los partidos tradicionales, de lo que resultó la división de la Unión Cívica Radical en UCR del pueblo y UCR Intransigente, liderada esta última por Arturo Frondizi.

Frondizi apostó a un programa que lograra reunir a la Argentina dividida y que expresó intereses de muy diversos sectores, pero básicamente de aquellos “industrialistas” esperanzados en que el capital externo viniera a favorecer la capitalización del país y la remoción industrial, para lo que consideraban insuficiente el ahorro interno.

Ese programa se expresaba, sin embargo, en un discurso de corte nacionalista y moderno, por lo que logró capturar a la intelectualidad de izquierda y buscar una alianza con los sectores populares, a través del peronismo.

Si bien los sectores más conservadores del ejército (clericales y anticomunistas fervientes) no vieron con buenos ojos el triunfo frondicista de 1958, la inviabilidad de un proyecto basado únicamente en la fuerza de la represión, permitió asumir al nuevo presidente, quien se jugó a legitimar nuevamente al Estado, apostando a la industrialización y al apoyo popular.

Sustentado fuertemente en una ideología desarrollista, reclamó a los países centrales el apoyo para lograr el desarrollo de los países más pobres y evitar así la insubordinación popular, al mismo tiempo que se esforzó en mantener una política de amistad con los países no capitalistas (Cuba era entonces el nudo más conflictivo de la política exterior), después de declarar a la Argentina como parte del “mundo occidental” y en el marco de la propuesta de “coexistencia pacífica” entre los dos bloques, que caracterizó a la época.

En esta misma materia, impulsó el acercamiento con los países latinoamericanos (Brasil, principalmente) y confió en el capital internacional como medio para alcanzar el ansiado desarrollo.

Frondizi asumió con demasiados compromisos: las bases peronistas, los jóvenes progresistas, los nacionalistas de izquierda, más la mirada atenta de un ejército que buscaba mantenerse como un “poder detrás del trono” y controlar fundamentalmente, los desbordes del movimiento popular (esa “chusma” que había ganado las calles y ocupado la ciudad durante el peronismo).

La propuesta frondicista se resumía en “promoción y desarrollo” sobre la base de la conciliación y la paz social. Frondizi aparecía como un político de nuevo tipo, moderno, ilustrado⁵⁰ que se congeniaba con la época y con los ideales de

⁵⁰ Félix Luna le atribuye un “aire de scholar”.

“progreso” lanzados desde los triunfadores de la II Guerra Mundial.

Su pretensión de legitimar el proyecto desarrollista sobre una diversidad de apoyos (su programa era, según sus palabras, para los “20 millones de argentinos”)⁵¹ no logró consumarse. Los intereses en pugna eran muy diversos y poderosos para un Estado no consolidado. Esta inviabilidad se expresaba cada día en las concesiones — contradictorias entre sí— que el gobierno debía hacer a sus aliados. De izquierdista laico, termina concediendo la enseñanza “libre” (privada). Del programa industrialista de su Ministro Frigerio, debe pasar al ultraliberal Alsogaray, que, entre otras cosas, congeló salarios y suprimió subsidios a industrias nacionales, lo que le valió el descreimiento de los sectores populares que lo habían votado.

Pero más allá de las presiones sociales de los distintos sectores que lo apoyaron y del propio movimiento popular —que ya no se conformaba con políticas de “promoción social” sino que pretendía una más efectiva participación en el poder— el peligro del retorno del peronismo, un discurso “moderno y progresista” y una política internacional que se inclinaba por la coexistencia pacífica⁵² fueron los

⁵¹ LUNA, F.: *op. cit.* Pág. 115.

⁵² Los hechos sobresalientes que precedieron a la caída de Frondizi fueron su entrevista con el Che Guevara en Buenos Aires, su negativa a romper relaciones con Cuba y el triunfo del peronismo en las elecciones provinciales de 1962.

detonantes de su derrocamiento, consumado por aquellos sectores ideológicamente instruidos en los principios del “antiguo régimen”. Racistas, clericales y autoritarios en el discurso político, sostenían, sin embargo, una política liberal a ultranza en lo económico, lo que no constituía sino una fachada que les permitió hacer del Estado el garante del capitalismo monopólico, acallando por la fuerza toda oposición.

En síntesis, Frondizi fue en la Argentina el representante del desarrollismo con democracia, aunque las particulares circunstancias políticas y sociales de nuestro país no le hayan permitido ser un “ortodoxo” ni completar su mandato.

b. Del liberalismo de Illia al desarrollismo autoritario del general Onganía

Derrocado Frondizi en 1962 y confinado en la isla Martín García, fue reemplazado por José M. Guido, por entonces Presidente provisional del Senado, a quien se le exigió, al decir de F. Luna “una firme actitud anticomunista y antiperonista”.⁵³

El proyecto desarrollista democrático había resultado inviable, por un lado, porque no logró garantizar la “paz social”, que en términos más pragmáticos, era la neutralización del movimiento popular, expresado entonces en el peronismo, proscripto o “semi-proscripto”, desde el exilio de su

⁵³ LUNA, F.: *op. cit.* Pág. 148.

jefe. Pero por otro lado, porque entre las propias clases dominantes, las tensiones de intereses eran lo suficientemente fuertes como para que la propuesta industrialista no se tornara hegemónica.

El derrocamiento de Frondizi significó de hecho una mayor acción represiva contra el movimiento popular, que si bien se había iniciado durante su presidencia mediante la aplicación del “plan Conintes”, y la intervención de las provincias en las que había triunfado electoralmente el peronismo (la mayoría de ellas debió elegir, en marzo de 1962, nuevos gobernadores y la Cámara de Diputados renovar la mitad de las bancas), se agudizó significativamente en el período presidencial del Dr. Guido, llegándose a anular las elecciones celebradas y a iniciarse una indiscriminada persecución de dirigentes peronistas, que alcanzó su punto culminante con el asesinato del obrero metalúrgico Felipe Vallesse.

La intencionalidad expresa de estas medidas era “mantener el orden”, lo que significaba neutralizar la acción política y la participación popular.

Por su parte, en el seno mismo de las fuerzas armadas, se expresaban las contradicciones de los diversos modelos de desarrollo capitalista y de acción política que movilizaban a sus miembros. Sin embargo, coincidían en una ideología antipopular, aunque cada uno se jugara a propuestas consensuales distintas. Estratégicamente, ambas terminan coincidiendo, sin embargo, en la doctrina de

la Seguridad Nacional que finalmente se materializó y oficializó en la dictadura de 1976-83.

Los enfrentamientos entre “azules” y “colorados”, en 1962, que culminaron en el triunfo de los primeros, era el enfrentamiento, también, entre dos modelos de incorporación del país al capitalismo mundial: el primero recuperaba las propuestas intervencionalistas del desarrollismo, tanto en lo económico como en el plano social, aunque complementado con una ideología fuertemente autoritaria y represiva, materializada luego, durante el gobierno de facto del Gral. Onganía. Los “colorados” expresaban al país agroexportador, del liberalismo económico y represivo en lo político.

El discurso nacionalista de los “azules” hizo pensar en elecciones sin exclusiones. No fue ese, sin embargo, el resultado, sino una fórmula alternativa que si bien no basaba el consenso mayoritariamente en la fuerza, como hubiera sido un golpe militar desembozado, condicionaba fuertemente éste, pero bajo una fachada de legalidad. Legalidad condicionada, que apareció como solución de compromiso y condujo a elecciones con el peronismo proscripto.

En 1963 fue elegido presidente el candidato radical Dr. Arturo filia, en elecciones en que se contabilizaban 1.700.000 votos en blanco.⁵⁴ Ellos constituyeron la marca de ilegitimidad del corto gobierno radical. A los tres años de asumir, el

⁵⁴ *Ibid.* Pág. 166.

presidente fue derrocado por un golpe militar que llevó al gobierno al jefe de los “azules”, Gral. Onganía, sin que en la sociedad civil se adviertan signos de conmoción frente a la ruptura del orden democrático.

Mas allá de las interpretaciones políticas acerca de las dificultades de conducción del presidente electo, tan precaria legitimidad de su gobierno, expresada en tan alto porcentaje de votos en blanco, constituyó un impedimento, en un sistema de democracia burguesa, para elaborar un discurso y una política legitimadores de un Estado “para todos los ciudadanos”, cuando un amplio sector de ellos no tuvo oportunidad de votar por sus candidatos a la conducción del mismo.

Tampoco representaba Illia a ninguno de los dos modelos político/económico que pugnaban por imponerse. Su liberalismo ideológico, por otra parte, era incongruente con formas consensuales autoritarias y represivas. Todo ello contribuyó a impedir la consolidación de una propuesta que estabilizara políticamente la conducción del Estado argentino.

El gobierno de facto de Onganía se caracterizó por su carácter autoritario, tecnocrático y represivo. El mismo era, al decir de F. Luna⁵⁵... un autoritarista, un anticomunista obsesivo, un católico preconiliar”.⁵⁶

⁵⁵ *Ibid.* Pág. 187.

⁵⁶ “Venimos en nombre de la Revolución Argentina a ofrecer a todos la histórica oportunidad de participar en la realización del país, de una Argentina soñada con

Sin embargo, un lenguaje “tecnificado” y “modernizante” le permitía combinar un supuesto objetivo de “cambio de estructuras” y “participación comunitaria”, con la represión ideológica, las campañas “moralizadoras” y las “erradicaciones violentas”.⁵⁷

Onganía se propuso reconstruir el consenso y reordenar la economía. Y lo hizo por las vías usuales:

nostalgia e impotencia por tantas generaciones y que ahora y para siempre, será nuestra Argentina” (Discurso pronunciado en Tucumán, por el Pte. Onganía, en conmemoración del 150 aniversario de la Independencia Nacional).

“La proclamación de la libertad y del derecho a un auténtico ser nacional, iniciada en 1810 y formalizada en 1816, se extiende y se proyecta hoy en esta oportunidad histórica de que los argentinos se realicen plenamente como personas, sobre la base de la autoconducción en la persecución y el logro de los objetivos sociales” (“La participación social en el proceso de desarrollo de la comunidad”. Ministerio de Bienestar social de la Pcia. de Buenos Aires. 1968).

⁵⁷ “Debemos partir de los valores esenciales de nuestra nacionalidad para comprender la profunda significación de una tradición primero cultural y luego histórica que sustenta nuestra estructura social, determinando un peculiar estilo de vida, una particular vocación de realización y una particular también conciencia de nacionalidad y de participación dentro de un encuadramiento valorativo de lo argentino. (...) Esta fórmula, que constituye a la vez un objetivo postula un cambio dirigido hacia el mejoramiento de la condición integral del hombre, mediante la participación de todos en una tarea comunitaria” (“La participación social en el proceso de desarrollo de la comunidad”. *Op. cit.*).

en el primer caso, la represión y la política social. En el segundo, a través de un modelo económico monetarista, que redujo la intervención del Estado en la protección de las industrias y actividades competitivas,⁵⁸ mayormente de capitales racionales, devaluó el peso argentino e hizo bajar la demanda interna, con el objetivo de reducir el nivel de inflación y el déficit fiscal.⁵⁹

Conjuntamente, se mantuvieron fuertes inversiones en capital social, que permitieron terminar la represa hidroeléctrica del Chocón-Cerros Colorados, del complejo de diques El Nihuil (Mendoza), el túnel sub-fluvial Santa Fe-Paraná y comenzar a construir la primera usina atómica en Atucha (Pcia. de Buenos Aires).

Finalmente, el capital monopólico se afianzaba en el país, de la mano de políticas de control social fuertemente estructuradas, con la finalidad de contener el impacto social del mismo, y acompañado también por un discurso ideológico que privilegiaba el “eficientismo” de la técnica y que se presentaba como el progreso, adecuando éste a los “tradicionales valores” del nacionalismo oligárquico.

El desarrollismo de Frondizi había sido inviable en democracia, porque el control resultaba insuficiente en un país donde los sectores populares habían conocido una inédita cuota de participación en

⁵⁸ Los conceptos de “industrias competitivas”, “industrias monopólicas”, “capital social” y “gasto social” utilizados acá son desarrollados por O'Connor: *op. cit.*

⁵⁹ Ver CIMILLA, Elsa y otros: *op. cit.*

el poder y en la riqueza. El discurso “izquierdizante”, por su parte, conmocionaba a los sectores ideológicamente conservadores.

El gobierno de Onganía aparecía como una propuesta de “gobierno fuerte” y preservador de “valores nacionales” (catolicismo incluido).

Finalmente, la economía del país se subordinaba a la lógica de la acumulación capitalista a nivel internacional, cuya expansión monopólica se había iniciado en la década del 50, junto a la política militarista como método para controlar, no sólo a los competidores, sino también (o básicamente) a los movimientos de signo nacionalista en los países de su área de influencia.⁶⁰

Pero las consecuencias de dicha expansión tuvieron un carácter más grave para nuestra sociedad. Si, como señala Adriana Marshall, en los países industrializados el aumento de la productividad del trabajo permite asegurar aumentos en el salario real de los trabajadores del sector monopólico, que a su vez repercute en los otros (Estado, industrias competitivas)⁶¹ en nuestro país intervienen otras variables que, más allá del aumento de la productividad en las industrias de alta concentración tecnológica, ésta no repercute de igual manera sobre el salario. A largo plazo, Marshall identifica un aumento en el salario nominal, pero acompañado del deterioro del salario real. Ella atribuye esta

⁶⁰ O'CONNOR, J.: *op. cit.* Pág. 186.

⁶¹ *Ibid.*

circunstancia a la sobre-oferta relativa de mano de obra, que en el período 1950/70 se expresa en una sostenida migración rural-urbana.⁶²

⁶² Las siguientes cifras dan una idea de las consecuencias de la concentración del capital internacional y su consolidación en el período post-peronista:

Tasa de crecimiento según grado de concentración: 1953-63

Industrias altamente concentradas	Industrias medianamente concentradas	Industrias escasamente concentradas	Total crecimiento industrial
7,5	5,7	0,35	4,6

En el mismo período, los salarios de los obreros de las empresas menores, sufrieron un descenso del 12,5%, mientras el salario promedio de la industria crecía en 6,6% y la productividad media de la industria creció en 62,2%. Estos datos implican un fuerte aumento en la explotación del trabajo, en las industrias de baja concentración, por la disminución del salario y en las monopólicas, por el aumento de la productividad (muy superior en relación al salario).

Por otra parte, el ingreso de capital monopólico significó que las empresas menores, que en el período anterior habían absorbido gran cantidad de mano de obra, entre el 53 y el 70 expulsarán ésta en un 23%, aunque tal expulsión se concentró durante la crisis de 1961/62. Sin embargo, la absorción de esa mano de obra por las nuevas industrias altamente concentradas fue relativamente baja, en virtud del empleo de tecnología avanzada. Esta tendencia se mantuvo hasta 1970, aunque el número de obreros industriales no aumentó sustancialmente.

En conclusión, la desocupación se mantuvo relativamente alta, afectando básicamente los salarios de las industrias menores, en las que el reemplazo es más fácil y la

La relativamente escasa demanda de mano de obra por otra parte de las industrias monopólicas, convirtió al Estado en uno de los más grandes empleadores,⁶³ razón por la cual la preocupación por su “racionalización” se transformó en una constante. Todo esto explica, además, la preocupación del Estado local por las “cuestiones sociales”. Es decir, cómo controlar los efectos de aquella lógica en una sociedad con las particularidades políticas de Argentina.

Control, legitimación y consenso, aunque aparecen como de segundo orden en los análisis que privilegian lo económico, constituyen conceptos de alto valor explicativo de la inestabilidad política del Estado argentino. Cómo garantizar el consenso, cómo legitimar el Estado y el sistema, cómo controlar a las amplias masas de población que ven deteriorarse cada día su nivel de vida: ello está detrás de las alternativas dictadura/democracia, represión/participación, policía/ asistencia.

2. Las preocupaciones de la hora

sindicalización menor. Sin embargo, Marshall sostiene que igualmente juega un relevante papel en los salados de las industrias monopólicas, ya que si bien el reemplazo es más difícil, no es imposible que ocurra (MARSHALL, Adriana: “Mercado de trabajo y crecimiento de los salarios en la Argentina”. Revista *Desarrollo Económico*. N° 59, Vol. 15. IDES. Octubre-Diciembre. 1975).

⁶³ CANITROT, Adolfo: “La experiencia populista de redistribución de ingresos”. Revista *Desarrollo Económico*. N° 59, Vol. 15. 1975.

Hasta ahora, se viene planteando cómo los contenidos de las políticas de asistencia y sus objetivos explícitos, revelan, para cada coyuntura histórica, las necesidades que se le plantean al Estado, de intervenir en la vida de las clases populares, particularmente, de los más pobres.

Los años posteriores de la caída del peronismo no fueron una excepción, sino que por entonces variaron las preocupaciones, porque variaron las condiciones sociales y políticas que las inspiraban.

Fueron años de búsqueda y de construcción de un paradigma nuevo en materia de “acción social”. Los avatares políticos y la orientación de las sucesivas administraciones de gobierno, desde 1955, hasta principios de la década del 70, fueron marcando la línea general de esa búsqueda, que se inspiró finalmente en el paradigma desarrollista, dominante entonces en América Latina. La expresión de éste, sin embargo, no fue unívoca y más allá de los contenidos de la política asistencial “bajados” desde los poderes del Estado (que fueron variando a lo largo de este período) fue también dando espacio a la conformación de planteos que evolucionaron luego hacia posturas más radicales.

En este sentido, es la diversidad más que la unicidad lo que caracterizó la época en lo que a asistencia social se refiere.

Desde los planteos más tradicionales en esta materia —preocupados todavía por la moral— hasta las más radicales propuestas de cambio de estructuras, a partir de las cuales se rompe finalmente

el paradigma desarrollista, convivieron y se enfrentaron en estos años.

El signo de la época fue, sin embargo, el tema de la “politización”, en torno a la cual giraron los más virulentos enfrentamientos entre las diversas corrientes.

Es que sumado a la influencia tenida por la Revolución Cubana en este aspecto, el panorama local daba suficientes razones para esta preocupación. Las masas ya eran parte de la ciudad y no constituían un “peligro potencial”, sino real: tenían mayoritariamente identidad política y podían decidir los destinos de la Nación. El problema no se planteaba entonces en tomo de la moral,⁶⁴ sino de la educación.

Desde el sistema de clases dominante, que había reconstituido su poder en el Estado después del 55, la preocupación en todos los órdenes se planteaba en términos de qué hacer con los pobres. ¿Votan o no votan?. Si votan, ¿cómo delimitar o neutralizar su influencia? Masas incultas e ignorantes, en su “falta de educación” y no en su pobreza, radicaba, desde esta perspectiva, su mayor peligrosidad. Solamente “educándolos” podría

⁶⁴ Por entonces, las costumbres se habían liberalizado bastante, sobre todo en los sectores medios. La educación centrada en el “libre albedrío” de los niños, el atender a sus intereses; una mayor flexibilización de los roles masculinos y femeninos; la “liberación sexual”, etc. fueron temas que se procesaron durante estas dos décadas de la vida argentina.

garantizarse que no vuelvan a ser “manipulados”. Debían aprender a votar, como a usar las viviendas.

El concepto de “educación”, como nunca, estuvo tan cargado de arbitrariedad. Tras el discurso se velaban sus contenidos ideológicos y culturales, y el carácter de clase de los mismos.

El prejuicio étnico —forma que asumió buena parte de la lucha de clases en nuestro país— se expresaba desembozadamente. En estos términos volvía a enfrentar a la Argentina “rubia” con el “cabecita negra”, por entonces convertido en “villero”. Geográficamente, seguirá siendo Buenos Aires versus el interior, el centro y la periferia, los viejos y los nuevos habitantes de la ciudad. Pero la verdadera esencia de esta dualidad era el enfrentamiento entre las clases ligadas al bloque en el poder y los amplios sectores de trabajadores —morenos y rubios— que no sólo fueron desplazados del poder político, sino también de las fuentes de trabajo y de la riqueza. La expansión del capital requería una enérgica acción a nivel de la disciplina social. La racionalidad capitalista aparecía como lo moderno y lo eficiente, y legitimaba así su hegemonía. Educar —para el cambio o para la defensa de valores esenciales— significaba, en última instancia, tanto la legitimación de la cultura hegemónica (la del bloque de clases ligadas al poder) como ilegitimar y desvalorizar los contenidos ideológico/culturales de las masas populares. Contenidos que incluyen tanto sus formas de vida, de comunicación, de relación, como las formas de hacer política. Los mitos echados a rodar, como el del

“perejil en la bañera” o el “parquet para el asado”⁶⁵ no hacían más que reforzar esta ilegitimidad.

La educación no era entonces más que la imposición arbitraria de unos contenidos ideológico/culturales, sin que ello signifique la inclusión real de las masas a las que se dirigía tal acción en esa “cultura moderna”, sino de manera subordinada.⁶⁶ El (los) modelo(s) cultural(es) hegemónico(s) se conformaban con y venían a reproducir el sistema de relaciones sociales que por entonces se articulaba como dominante. Y desde ellos se valoraba y desestimaba otros. Ser peronista y de origen migrante se transformó en una “indignidad” a la luz del modernismo; siempre lo había sido para la sociedad oligárquica.⁶⁷

La subordinación cultural contribuía así a reproducir un sistema de clases en el cual, los intereses de aquellas dominantes se ligaban al capital monopólico, portador de la industria y la tecnología modernas. Y de unas relaciones laborales basadas fundamentalmente en la sobre explotación de la

⁶⁵ Ver RATIER, Hugo: *Villeros y Villas Miserias*. CEAL. Buenos Aires. 1985.

⁶⁶ “El modo de vida de sus ocupantes (villas miserias) crea problemas de constitución familiar, de abandono moral de los hijos, de promiscuidad y facilita un ambiente proclive al delito de todo tipo” (Informe presentado a la X Conferencia Internacional de Servicio Social —Roma, 1961— por la Dirección Nacional de A. S. y la Coordinación de Entidades Privadas).

⁶⁷ RATIER, H.: *op. cit.*

fuerza de trabajo y la desocupación como formas de acumulación y garantías de la paz social.

No se trataba entonces, de moralizar sino de educar. Si bien el contenido moralizador no dejó de estar presente, sobre todo en las diversas modalidades de la asistencia social, el énfasis a nivel de la política global se puso en este otro aspecto, porque entonces los riesgos no devenían de un peligro potencial de “marginados sociales”, sino básicamente de una masa politizada, capaz, por lo tanto, no solo de cuestionar el orden político y social, sino además de disputar mayor espacio en ese orden y aún de alterarlo.

Como nunca, bajo un discurso “moderno” que por períodos confundió y asustó a sus propios beneficiarios, el control social se extendió a todos los ámbitos de la vida popular. La “comunidad” desplazó provisoriamente a la familia en la preocupación oficial, y su “desarrollo” (extensión de los valores de la sociedad industrial y moderna) fue el instrumento a través del cual se efectivizó aquel.

a. Promoción y represión en dosis alternativas

La represión política y la asistencia social son anverso y reverso de un mismo fenómeno: formas a través de las cuales el Estado ejerce control social sobre los ciudadanos y al mismo tiempo se legitima como representante de todos ellos y legitima un

determinado sistema de relaciones sociales.⁶⁸ Ambas alternativas están siempre presentes en el estado capitalista, aunque varíen sus formas de acción y el énfasis puesto en una u otra.

El control por la pura fuerza debilita la legitimidad del Estado, que para mantenerse como tal, debe responder a las necesidades y reclamos que plantean los diversos sectores sociales y acudir a paliar las consecuencias de un modo de producción basado en la explotación del trabajo.

Al mismo tiempo, la represión política (ejercida por los órganos monopolizadores de la violencia, pertenecientes al Estado: policía, fuerzas armadas, Poder Judicial) viene a garantizar en última instancia tal sistema de relaciones, toda vez que el consenso social se deteriora lo suficiente como para poner en cuestión a dicho sistema y al propio Estado.

El período histórico que se está viendo es rico en cuanto a alternancia de estas dos formas de control social, que sin reemplazarse nunca una por la otra, van mostrando el estado de la lucha de clases y la eficacia relativa de los métodos para su contención.

Los sucesivos gobiernos se plantearon diversas modalidades de cómo controlar a los pobres: desde el escarmiento de la represión más violenta (los fusilamientos de la Revolución Libertadora) hasta la promoción comunitaria que garantizara el consenso a

⁶⁸ Sobre este tema se pueden ver O'Connor (*op. cit.*), DONZELOT, Jacques: *La policía de las familias*. Pre-Textos. España. 1979, entre otros.

partir de la difusión de los valores de la sociedad dominante hacia los sectores subordinados del sistema.

Las diversas alternativas que se fueron dando, parecen haber encontrado su síntesis durante el gobierno de Onganía, que retomó las propuestas de promoción, desarrollo y participación, pero desde la óptica de la rígida disciplina militar.

La Revolución Libertadora de 1955 fue un intento restaurador que se expresó en los más diversos niveles. Negada a ver la realidad de un país diferente al de una década atrás, pretendió acallar a las masas populares con una política básicamente represiva. A nivel de lo asistencial, donde en el período anterior se habían producido las transformaciones más caras al sentimiento del pueblo, se buscó eliminar por decreto todo vestigio de la “ayuda social” de Eva Perón, para volver a las formas asistenciales y moralizadoras más tradicionales.

La Fundación Eva Perón fue liquidada y transformada en un Instituto Nacional de Acción Social, pasando a depender, con sus institutos, de la Dirección Nacional de Asistencia Social. Allí fue designada directora de asistencia social la asistente social María Ezcurra, representante de aquellos tradicionales sectores de esta disciplina, formados bajo la orientación filantrópica del “consejo moral” antes que el donativo, el peligro de la mentira de los

pobres, un rancio moralismo católico y una enfermiza fobia anticomunista.⁶⁹

Sin embargo, ni la situación política local, ni la propia coyuntura internacional, permitían mantener inmune las estructuras asistencialistas. No bastaban ellas, más allá de los desvaríos individuales de algunos de sus sostenedores ideológicos, para controlar el “potencial subversivo” de la amplia masa de trabajadores, que habían crecido junto a la industria desarrollada por las condiciones vistas antes, y que además, habían accedido a niveles de vida e influencia política cuya pérdida resultaba significativa.

Ya antes de asumir Frondizi el gobierno había solicitado el asesoramiento técnico de las Naciones Unidas para la formación y capacitación de asistentes

⁶⁹ Marta Ezcurra había sido presidenta de las Hijas de María del Sagrado Corazón, del Consejo Superior de la Asociación “El Centavo” y el Consejo Superior de las Jóvenes de Acción Católica; delegada Nacional de la rama femenina de Acción Católica para los asuntos económico-sociales; Directora de la Escuela de Servicio Social del Instituto de Cultura Religiosa Superior; Presidenta fundadora de ALPI, etcétera.

Como representante de la UCISS en Argentina, en 1969, envía al Secretariado de ese organismo una circular (N° 2/69 del 19 de febrero de 1969) en la que denuncia al Grupo ECRO como cabecera del movimiento comunista en la Argentina y un dramático pedido de apoyo para “ser útiles al Servicio Social cooperando a que los y las profesionales de inspiración cristiana lleguen a ser una fuerza organizada que ejerza su influencia la disyuntiva que el comunismo quiere presentarle”.

sociales. Como consecuencia de ello, llegó al país Maidagán de Ugarte, cuya figura resultó relevante durante el gobierno democrático.

Frondizi alcanzó el gobierno con los votos peronistas, entre otros. Su política hacia los pobres debía ser otra entonces. Además su discurso político, “progresista” y “moderno” imponía nuevas reglas de juego. Su postura en las contiendas políticas internacionales, se traducían en forma similar internamente. Si la única garantía de evitar la sublevación de los países pobres era con la contribución de los países desarrollados, en lo interno, el paradigma asistencial desarrollista, que incluía la propuesta de superación de los “obstáculos al desarrollo”, encontró en el frondicismo un campo fértil.

El pedido de ayuda externa no solo incluía a las inversiones del capital, sino también a las formas de garantizar la reproducción del mismo. El eficientismo del modelo desarrollista, derivado del concepto empresarial de eficiencia técnica (mayor producción a más bajo costo) se trasladó al campo de la política social.

Las condiciones económicas y la crisis del propio Estado ya no permitían una asistencia intensiva, como durante el peronismo. Además, estaba de por medio la estrategia educativa, a través de la cual garantizar el consenso con el nuevo modelo de industrialización del país. Pero los recursos humanos capaces de llevar adelante la nueva propuesta, eran tan escasos, como el ahorro

interno para una economía desarrollista. De ahí que fue durante su gobierno cuando se produjo el mayor enfrentamiento entre distintas concepciones de la asistencia, dentro del campo profesional de los asistentes sociales.

La misión de Maidagán de Ugarte culminó en un informe muy poco optimista acerca de la capacitación profesional de las asistentes sociales argentinas,⁷⁰ para las nuevas tareas que se le pedía cumplir. Seguían formándose en la vieja tradición para-médica y para-jurídica, como auxiliares de los profesionales

⁷⁰ “En cumplimiento del programa enunciado, estudié y comparé los programas de las Escuelas de Servicio Social de Buenos Aires, La Plata, Santa Fe y Rosario y tuve entrevistas y reuniones con los Directores y Profesores de estos establecimientos docentes. (...) Pude comprobar que, en general, todas las Escuelas de Servicio Social tenían programas de enseñanza teórica mucho más extensos que los destinados al adiestramiento práctico y se daba mayor importancia y tiempo a las disciplinas afines al Servicio Social que a las propias de la profesión. En algunas escuelas no se dictaban como asignaturas fundamentales, los métodos de Servicio Social (Caso Social Individual, Servicio Social de Grupo, Organización de la Comunidad, Organización y Administración de Obras de Bienestar Social e Investigaciones Sociales) y, en consecuencia, los conocimientos de los alumnos eran insuficientes para asumir las tareas que incumben a los asistentes o trabajadores sociales” (Informe final acerca del asesoramiento y colaboración prestados por la experta de operaciones de asistencia técnica de Naciones Unidas, Valentina Maidagán de Ugarte, durante la misión en “Servicio Social” desarrollada en el Ministerio de Acción Social y Salud Pública de la Nación, Argentina, del 10 de octubre de 1957 al 14 de septiembre de 1960).

de estos campos y con un fuerte contenido moral, que ya no correspondía con las transformaciones que se venían produciendo en la disciplina y las relaciones familiares.

Todavía en 1957, la Escuela de Visitadoras de Higiene de la Facultad de Medicina, formaba a sus alumnas con un plan de 12 materias, distribuidas en 3 años, que incluía, además de aquellas específicamente médicas, otras como Nutrición, Higiene, Primeros auxilios, Puericultura. Esta orientación fue tan persistente, que todavía a finales de la década del 70 se mantenían estas materias, más otras como Economía del Hogar.

En cuanto a la Escuela de Asistentes Sociales de la Facultad de Derecho, situación no era más destacada. Dependiente del campo del Derecho, incluir básicamente materias específicas de esta área y hasta 1965 el plan era de 11 materias, también distribuidas en 3 años, y dirigidas al derecho individual, de menores y de familia. La Escuela del Museo Social Argentino no había tenido mejor suerte.⁷¹ Pero las exigencias que entonces se hacían a las asistentes sociales eran otras. Su acción debía trascender lo individual y familiar, debía extenderse a la comunidad, debían ser capaces de coordinar acciones de promoción, detectar líderes, etc. Ello requería de mayor independencia personal y capacitación profesional acorde.

⁷¹ ALAYÓN, Norberto: *Hacia la historia del trabajo social en la Argentina*. CELATS. Lima. 1980.

Estas necesidades no satisfechas a partir de las instituciones del sistema educativo —las cuales se mantuvieron como valuartes de aquellas corrientes tradicionales— fueron suplidas con la creación, en 1959, del Instituto de Servicio Social, de nivel terciario, pero fuera del ámbito universitario,⁷² dependiente del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública.

La formación en el Instituto no desatendió los aspectos domésticos. Incluyó materias como Maternología y Puericultura, Nutrición y Dietética. Pero sí enfatizó dos aspectos nuevos, tendientes a cubrir las necesidades que se le planteaban a las asistentes sociales: la inclusión de materias del área de las ciencias sociales y la capacidad técnico-práctica. Antropología, Sociología, Economía Política, Investigación Social, formaban parte del currículum de la carrera, que abandonó el nombre de asistencia social, para otorgar títulos de trabajadores sociales.

Sin embargo, esta nueva orientación duró apenas hasta 1963. Hasta entonces, los enfrentamientos en el campo profesional entre las corrientes tradicionales y las nuevas desarrollistas, asumieron la forma de un conflicto ideológico en el cual, quienes tenían como misión mejor asegurar la legitimidad del sistema y el control social, fueron acusados de comunistas desde el campo mayoritario.

⁷² Universidad donde existían dos carreras similares: en la Facultad de Derecho y en la Facultad de Medicina.

Coincidentemente con estos enfrentamientos y en el más amplio campo de la lucha política, se procesaban contradicciones similares, producto del estado de la lucha de clases.

Pero además de los planes de promoción social, ayuda mutua y desarrollo comunitario, fueron necesarios el plan Conintes, la represión y la anulación de elecciones. El papel de una ideología nacionalista autoritaria, que se expresaba en un anticomunismo fóbico y en cierto catolicismo fundamentalista, no debe descartarse a la hora de entender los conflictos tanto dentro como fuera del campo profesional.

Con la caída de Frondizi, los sectores profesionales en ella inspirados volvieron a los cargos políticos de relevancia. En 1963 fue designada como interventora del Consejo Nacional de Asistencia Social, la asistente social María C. Trillo (Secretaria, a su vez, de la Escuela de Asistencia Social de Derecho) quien inmediatamente reemplaza al Dr. Tarsitano, Médico Psiquiatra que dirigía el Instituto, por la asistente social Beatriz Arcuri, que compartía su orientación profesional. El Instituto cerró finalmente en 1969.⁷³

⁷³ Ya en su discurso de asunción Trillo puso de manifiesto su vocación contraria al Instituto de Servicio Social, cuando señaló: "Entendemos también, con las autoridades del Ministerio y los demás asesores, que no debemos asumir tarea docente que corresponda a las Universidades" (María Catalina Trillo. 10 de diciembre de 1963).

El gobierno de Illia no logró consolidar el consenso. En materia asistencial, la tónica fue la ruptura con el desarrollismo. Así lo expresaba incluso la revista DAS, en su editorial del N° 9: "DAS aparece hoy renovada en su aspecto y también en su contenido"⁷⁴ donde además llama a la colaboración de las entidades privadas de asistencia social y mantiene un discurso que si bien se apropia de algunos temas impuestos desde el desarrollismo (la comunidad, etc.) lo hace desde una óptica fundamentalmente moralista, donde las técnicas son nada más que enunciadas. Aunque los planes de acción comunitaria ya no han de desaparecer de la acción social, al igual que sus modalidades de implementación (la ayuda mutua, el esfuerzo propio) no es la superación del subdesarrollo lo que preocupa, sino que la característica es una clara acción paliativa, dentro de la cual la pobreza tiene connotaciones vergonzantes.

b. Autoritarismo y desarrollo

El tecnicismo que caracterizó al paradigma desarrollista, volverá remozado en sus principios, con la dictadura del Gral. Onganía. La ruptura del orden constitucional implicó una nueva búsqueda con relación a las políticas de control.

⁷⁴ DAS, Revista oficial del Consejo Nacional de Acción Social del Ministerio de Acción Social y Salud Pública, N° 9. Diciembre. 1965.

Liberados de ciertos contenidos ideológicos “progresistas”, los principios del desarrollismo en la acción social, se adecuaban a las necesidades que proponía el nuevo gobierno y al espíritu eficientista y pragmático que le imprimía el nuevo presidente de facto.

Era propósito del gobierno militar “encarar el retardo del país que es carencia de modernización de estructuras”,⁷⁵ ya que en ellas radicaba la causa de una probable “rebelión de las clases marginadas, al tomar conciencia de su injusta situación y del potencial que le otorga su número”.⁷⁶ Para evitar esto, se consideraban como necesarios “cambios por evolución, que impidan la revolución”, lo que en términos prácticos implicaba la colaboración entre “la comunidad organizada” y el gobierno que la representa.⁷⁷

Los planes de erradicación de villas de emergencia (“focos de desajustes sociales”⁷⁸), la formación de Consejos de la Comunidad y el contenido autoritario de estos planes, caracterizaron la acción social durante el gobierno de Onganía.

Los objetivos que lo orientaban eran claros y en algunos casos explícitos: disciplinamiento social y legitimación del nuevo gobierno.

⁷⁵ Ministerio de Bienestar Social: *Villas de Emergencia*. Buenos Aires. 1968. Pág. 6.

⁷⁶ Gobierno de Entre Ríos: Promoción de la Comunidad. Paraná. 1968.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ *Villas de Emergencia: op. cit.*

Basado en los principios de la “falta de educación de las masas marginales”, se imponía una actitud de “riguroso control” junto a la labor de “los técnicos sociales (...) orientada a inducir un proceso de motivación para el cambio”.⁷⁹

Esta orientación se materializaba en la existencia de dos organismos estatales, que constituían la base del Sistema Nacional de Planeamiento y asistían al presidente: el CONADE (Consejo Nacional de Desarrollo) y el CONASE (Consejo Nacional de Seguridad). La existencia de ambos organismos tenía por función “armonizar la seguridad con el desarrollo”.⁸⁰

Lo cierto es que la política de Onganía puso en marcha todos los dispositivos de despolitización de las masas populares e ideó planes tendientes a asegurar el consenso, al mismo tiempo que garantizaba el control de los mismos. Los Consejos de la Comunidad, integrados por los Intendentes comunales —funcionarios del Estado— y “los miembros más destacados de estas” (de la comunidad), venían a cubrir los baches de legitimidad del gobierno militar, pretendiéndose que eran la forma en que aquellos miembros más favorecidos de la comunidad, colaboraban solidariamente con los que se encontraban en situación de desventaja,

⁷⁹ *Ibid.*

⁸⁰ FAYT, C.: *op. cit.* Pág. 154.

conjuntamente con el gobierno, que los representaba a ambos.⁸¹

La búsqueda de la armonía entre “desarrollo y seguridad” (es decir, legitimidad y control) se expresaba con total claridad en el autoritarismo de estos planes de “asistencia, bienestar y desarrollo comunitario”. Pero fueron los planes de erradicación de villas de emergencia los que se constituyeron en el paradigma de esta política controlista y autoritaria.

Partiendo del principio de la falta de adecuación de los villeros a las pautas modernas de la “urbanidad”, se propuso una erradicación en etapas: de la villa (de donde eran desalojados violentamente, pues el primer objetivo era “erradicar”,⁸² es decir, desestructurar todo posible núcleo de organización política) pasaban a los llamados “núcleos

⁸¹ “De tal manera, promover la comunidad implica, necesariamente, una acción que fortalece el sistema democrático de vida, ya que la propia comunidad, respaldada por el Gobierno, se autodesarrolla y concurre a la solución de los problemas más diligentes de la misma como así el de las clases marginadas, superando factores de perturbación social que pueden conspirar contra este estilo de vida (Gobierno de Entre Ríos: *op. cit.*).

“...he insistentemente expresado a Ministros y Secretarios la necesidad de que, con cierta celeridad, se vayan creando en los sectores condiciones para una mayor participación de la comunidad en el Gobierno. (...) En un primer tiempo y en forma oficiosa, se deberá llamar a las organizaciones que den mayores garantías al proceso en esta etapa,... para luego extenderlo a otros sectores” (Discurso de Onganía de marzo de 1968).

⁸² Ver *Villas de Emergencia: op. cit.*

transitorios”. En ellos “los programas sociales previstos facilitarán el proceso de cambio, especialmente en las pautas habitacionales, necesarios para el tránsito a la vivienda definitiva”,⁸³ que constituía el segundo paso del plan, luego de este periodo de “promoción hacia nuevas pautas de vida”, o sea “la adaptación al medio urbano-industrial”.⁸⁴

Un sistema de “premios y castigos”, explícito e implícito, coronaba los planes. Los núcleos transitorios fueron, en realidad, nuevas villas controladas, algunas de las cuales aún continúan existiendo. Por lo demás, “sus moradores debían sentirse allí de paso, no pudiendo introducir me joras, para que las incomodidades los acucien a esforzarse para obtener las ventajas que ofrecen las viviendas definitivas...”.⁸⁵ Expresión de un “chantaje” hacia aquellos miembros de la comunidad considerados inferiores, infantiles, inadaptados, en el cual, en gran medida y por diversas causas, las “recompensas” no llegaron a otorgarse.⁸⁶

⁸³ *Ibid.* Pág. 9.

⁸⁴ *Ibid.*

⁸⁵ “Es una manifestación más del paternalismo que el colonizador ha aplicado siempre al colonizado: el colonizado es inferior, es un niño al que hay que «educar primero» antes de permitirle el goce de algo. Se ignora que impedirle el acceso a ese algo retarda innecesariamente el aprendizaje que dista de ser tan difícil como se pretende hacer creer” (Ratier: *op. cit.* Pág. 31).

⁸⁶ *Villas de Emergencia*: *op. cit.* Pág. 11.

Cada núcleo debía contar con un jefe o director y dos trabajadores sociales por cada 120 familias, además de los técnicos sin dedicación completa, para los programas de acción social, cuya función era real “colaboración técnica, debidamente programada y coordinada, para estimular los cambios y la adaptación al medio urbano-industrial”.

Los fines que se esperaba lograr eran los siguientes:

1) Eliminación de una situación marginal y de focos propicios a los desajustes sociales.

2) Mejoramiento del estado sanitario de las familias y con él, la reducción de gastos de internaciones y asistencia médica.

3) Aceleración del proceso de integración comunitaria de un considerable número de personas.

4) Reducción de los altos costos sociales que implicaban las inundaciones y los incendios que frecuentemente se producen en las villas de emergencia.

5) Recuperación de tierras para dedicarlas a otros fines previstos y demorados, en parte, por consideración a quienes las ocupan.

6) Introducción de nuevas técnicas de construcción, con la consecuente reducción de costos y abaratamiento de las viviendas.⁸⁷

⁸⁷ *Ibid.* Pág. 9.

No son fines loables ni altruistas, sino dictados por las necesidades que planteaba la supervivencia de un Estado y de un sistema de relaciones sociales basado en la desigualdad de las clases.

El plan expresaba sin eufemismos el interés de los sectores dominantes y básicamente, del propio Estado, quien no hacía más que dar muestras de su disposición a eliminar todo posible foco de tensión social, proveniente de las clases subordinadas. Las villas de emergencia tienen esa particularidad: su presencia inequívoca, más allá de las dificultades académicas para definir las, ponen en evidencia las bases sobre las que se asienta el sistema capitalista y cuestiona la legitimidad de un Estado que se dice para todos. Por su parte, las características de los gobiernos más ilegítimos es ocultar tales evidencias de disfuncionalidad social, aunque la “eliminación se tome arbitraria y violenta”.

Los dispositivos de control aparecen en esta época en toda su evidencia. Se dirigen a organizar toda la vida de los sectores populares.

A estos principios “técnicos”, finalmente, le daba sustento una ideología nacionalista católica, de tradición oligárquica, que daba forma al proyecto ordenador del Estado militar: una comunidad organizada bajo los principios del régimen castrense.

3. Los avatares en el campo profesional

a. Se quiebra la armonía

Es quizás el largo y complejo periodo que abarcan estas dos décadas, la época en que al mismo tiempo que se consolida el campo profesional de los trabajadores sociales, se delinearon las tendencias internas, y que pugnan desde entonces, por el dominio y la supremacía en la profesión.

Las alternativas que configuraron la política social del Estado por esta época, tuvieron amplia influencia en la conformación de tales líneas, pues si la “relativa autonomía” de esta profesión puede explicar parte de sus particularidades, su íntima relación con el Estado, en tanto ejecutores de sus políticas, hace imposible analizar los acontecimientos internos al campo, sin partir de comprender el papel jugado por el Estado y las variaciones en el cumplimiento de sus funciones de legitimación y control.

La presencia de Maidagán de Ugarte con la misión de asesorar acerca de la “enseñanza del servicio social en la Argentina”, constituye la primera gran ruptura dentro del campo profesional y el punto de partida del surgimiento de líneas internas divergentes. Esta ruptura se ha de consolidar con la creación de un centro de formación “paralelo”, como el Instituto de Servicio Social del Ministerio, que resultó de una evaluación muy poco halagüeña por parte de la asesora de la ONU, hacia las escuelas existentes en el país.

Los puntos de divergencia eran múltiples, porque en realidad se trataba de formar un técnico de distintas características: capaz de actuar como

profesional autónomo en planes que se proponían más abarcativos y que se orientaban a organizar la vida comunitaria de los sectores populares.⁸⁸

Ello requería, en términos de la capacitación, mayor énfasis en el área socio-antropológica y una actitud personal que le permitiera liderar y manejar situaciones sociales en las que se hallaban implicadas comunidades y no solamente personas o familias.

Por lo demás, situar el problema de la pobreza a nivel del funcionamiento social, más allá del propio individuo, implicaba el uso de categorías de análisis que, a pesar del encuadre teórico-epistemológico predominante conducía hacia una visión de totalidad, ausente hasta ese momento en la profesión.

Ese fue un primer nivel de competencia que enfrentó a los profesionales que se proponían “para el nuevo tiempo del país”⁸⁹ con aquellas señoritas ayudantes del médico o del abogado, que daban lecciones de higiene, de moral o de economía doméstica, a quienes no contaban con agua, con vivienda ni con dinero para administrar.

Formadas en el miedo a “los falsos pobres”, la moral católica y el terror al comunismo “inmoral y ateo”, estas señoritas, muchas de ellas damas

⁸⁸ “Los egresados de la enseñanza secundaria tienen una brillante oportunidad: intervenir en la estructuración de una sociedad científicamente organizada, ejerciendo una profesión jerarquizada” (Afiche de propaganda del Instituto de Servicio Social).

⁸⁹ Folleto del Instituto de Servicio Social.

victorianas, pero ligadas a círculos de poder político por tradición o parentesco, encontraron en la supuesta “infiltración comunista” de los desarrollistas, el arma de ataque al nuevo paradigma. Al mismo tiempo, para estos nuevos técnicos, aquellas pasaron a ser “las viejas”, casi objetos de museo, cuyas posturas profesionales supuestamente desaparecerían con ellas en corto tiempo.

En síntesis, dos grandes líneas se configuraron entonces, las que si bien disentían en las propuestas tácticas y aún en los objetivos explícitos, estratégicamente se tocaban en un punto de coincidencia: el control de los pobres y su adecuación (subordinada) al sistema de relaciones sociales dominante.

La una, era católica y anticomunista,⁹⁰ conservadora en lo ideológico, veía en los desarrollistas los gérmenes del comunismo, en tanto éstos querían “cambios en las estructuras”. Para esta corriente, no había estructuras que cambiar, sino solamente reforzar los valores tradicionales (Dios, la patria, la familia) como alternativas de contención al comunismo, al mismo tiempo que encontrar las formas de incidir en los poderes políticos para hacer comprender la necesidad de la atención asistencial para evitar resentidos. En tanto, los beneficiarios debían entender que “ellos son los verdaderos agentes de su propio progreso”, ya que “su deseo urgente de cambios materiales”, no les permite ver

⁹⁰ “Las doctrinas marxistas con sus falsas reformas sociales y realidad de sangre y opresión, hallan fácil presa en el hombre hambriento, en el joven incomprendido, en la mujer abandonada, en el hogar necesitado. (...) La literatura moderna, el cine, los bailes, se distinguen por su esencia carente de la más elemental armonía. Las asociaciones culturales son muchas de ellas de tendencia “izquierdista”. (...) Quien ama a su patria y a su familia no se deja arrastrar por las falsas doctrinas de Carlos Marx, ya que el Comunismo no reconoce patria ni hogar. Es preciso por ello exaltar nuestras tradiciones, el fervor patriótico. (...) Es preciso enraizar las bases de la familia, luchando contra todo aquello que intente destruir la célula más vital de la sociedad. (...) Es por ello que la asistencia social juega un papel muy importante en el momento crucial que vive la Humanidad” (asistente social Magda Paganini: “El resentido social y su camino hacia el comunismo”. En: *Cuadernos de Sociopatología y Servicio Social*, N° 8. Diciembre. 1964. Buenos Aires).

“que el progreso es un complicado proceso en el cual ellos desempeñan un papel irrenunciable”.

La segunda línea se inscribe en el modernismo y en la propuesta de transformación de las “estructuras del atraso en América Latina”. Para ella, la preocupación central se ajustaba a la problemática planteada por el desarrollo en América Latina. Cómo adecuar los principios organizativos de los sectores populares a los cambios que se proponían como alternativa para lograr el desarrollo, cómo adaptarlos e incorporarlos a la racionalidad del capitalismo moderno.

A diferencia de aquellos, era la movilidad y no la inmovilidad, el cambio y no la conservación de las estructuras, lo que impediría la eclosión y el enfrentamiento social. La eficiencia técnica y el racionalismo científico se imponían como maneras adecuadas de “conducir tales cambios”, para “una sociedad científicamente organizada”.⁹¹

⁹¹ “El acontecer humano resulta así un verdadero mosaico dinámico, donde subsisten creencias milenarias, junto con adquisiciones recientes de la ciencia, la técnica y la cultura, pero el mecanismo de su funcionamiento debe ser un proceso coherente que no puede ir contra la ley de desarrollo natural ni contra la libertad individual como condición del ser humano. (...) El servicio social hace viable el mejor funcionamiento de este delicado y complejo mecanismo. (...) La sociedad ha cambiado fundamentalmente... Muchos de nuestros semejantes resisten con éxito las nuevas condiciones, pero muchos otros se encuentran en el mundo moderno como extranjeros en su tierra. (...) Esta ambivalente situación se resolverá como se han resuelto otras contradicciones a

Entre estas dos posturas, que permiten visualizar la lucha entre clases dominantes, se encuentran también una serie de expresiones intermedias y una progresiva-adopción, por parte de las líneas más conservadoras, del discurso moderno y de los nuevos parámetros de legitimación que se iban desarrollando a partir de ella. Así, el desarrollo de la comunidad, fue incorporado por todos; las técnicas de grupo e incluso la idea de “reconceptualización” —que es elaborada desde los sectores “modernos” y que implicara originalmente una revisión y una reelaboración de los contenidos, métodos y objetivos del servicio social— fue absorbida por aquella línea, en un intento por despojarla de su contenido rupturista.⁹²

Estas diferencias no ocultaban, sin embargo, la lucha por el control de los sectores populares y por garantizar su consenso con el proyecto político de las

medida que la sociedad reajuste sus pautas. Y en esa actividad, el Servicio Social tiene un ineludible papel, desde la solución del caso individual del sujeto en dificultades, hasta la racionalización de los recursos comunitarios; desde la formulación de planes de bienestar para la tarea de recuperación de un convaleciente hasta la profilaxis de los comportamientos anómalos juveniles” (Discurso del Ministro de Acción Social y Salud Pública, Dr. Héctor Noblía, en la inauguración de los cursos del Instituto de Servicio Social de 1961).

⁹² Marta Ezcurra propone organizar un Seminario de “evaluación y reconceptualización del Servicio Social” con la finalidad explícita de elaborar estrategias frente a la penetración de la “ideología comunista” en la profesión (Circular N° 2/69. UCISS. Buenos Aires).

clases o sectores que disputan su hegemonía en el poder.

En este período se suscita otra novedad relacionada a las demandas que se hacían: el ingreso de varones, en número significativo y a instancias de las propias autoridades del Instituto y de la asesora de la ONU. Los principios de legitimación profesional empezaron a pasar por parámetros distintos: no se requerían auxiliares, sino técnicos capaces de trabajar para el cambio de estructuras. Esta posibilidad, difundida en una amplia campaña dirigida a los colegios secundarios atrajo efectivamente a jóvenes con motivaciones políticas. Las facilidades brindadas por las instituciones estatales de bienestar social a su personal para estudiar la carrera, fue otra fuente en este sentido.

Este ingreso resultó significativo, porque de allí salieron los nombres que años más tarde lideraron el Grupo ECRO, que, desde una base desarrollista en sus inicios, evolucionó hacia posiciones más radicales y aunque numéricamente poco numeroso, disputó con energía la representatividad en el campo profesional.

La experiencia desarrollista del Instituto de Servicio Social no duró mucho, pero sirvió para inaugurar los más fuertes procesos de lucha interna en la profesión.

La denominación de la carrera y de sus profesionales, fue también cuestión de disidencia, ya que la propia Maidagán de Ugane, propuso llamarla de Servicio Social y otorgar títulos de trabajadores

sociales, para “diferenciarlos de las tradicionales asistentes sociales”. Ninguno de los demás centros de estudio existentes en Buenos Aires adoptó esta denominación, que se agotó con el Instituto en 1969.

No obstante, la denominación de trabajador social quedó ligada a lo considerado renovador, más aún cuando es con esta denominación que se la reconoce en gran parte de América Latina. Si bien las explicaciones técnicas acerca de los diferentes nombres con que se identifica a estos profesionales, resulta más o menos triviales⁹³ o esquemáticas, cada una de ellas está ideológicamente cargada. Pero fundamentalmente, da cuenta hoy de la inespecificidad que aún mantiene esta disciplina y que se explica por la función que viene a cumplir, de intermediaria entre las instituciones de asistencia y sus usuarios.

Todavía hoy circulan una diversidad de títulos (Visitadoras Sociales, Visitadoras de Higiene, Asistentes Sociales, Licenciados en Servicio Social, Trabajadores Sociales, Lic. en Trabajo Social) y no hay uniformidad tampoco en aquellos que aún se otorgan. Cada uno refiere a los contenidos ideales que se le asignan a la profesión y a un perfil determinado de profesional.

⁹³ Ver al respecto: BARREIX, Juan: “Historia del Servicio Social”. En: *Revista Hoy en el Servicio Social*. N° 19/20. Enero-marzo de 1971. ECRO. Buenos Aires. O también: ANDER EGG, Ezequiel: *Qué es el Trabajo Social*. Hvmantas. Buenos Aires. 1985.

Los modelos del trabajo social desarrollista o el “reconceptualizado” del Grupo ECRO, lograron convulsionar internamente a la profesión, más no a los funcionarios institucionales, ni a las estructuras de éstas, que siguen reclamando asistentes sociales “buenas y colaboradoras”.

b. La radicalización del Grupo ECRO

Del seno del Instituto nació una tercera línea interna, que en realidad se fue constituyendo como tal, a través de diversas etapas.

En enero de 1965 apareció el primer número de la Revista “Hoy en el Servicio Social”, que era el canal de expresión de los sectores disidentes dentro de la profesión. Impulsada por ex-alumnos del Instituto de Servicio Social, los cuales en 1966 se constituyen en el denominado Grupo ECRO.

Es interesante destacar que los miembros más reconocidos y que marcaron la línea editorial, fueron todos varones, muchos de los cuales habían sido dirigentes del Centro de Estudiantes del Instituto y habían encabezado las luchas contra las autoridades designadas a partir de 1963.

La revista nació con orientación desarrollista y paulatinamente fue cambiando. En realidad, ella expresaba las influencias que esta disciplina iba recibiendo, básicamente ahora desde las ciencias sociales, como asimismo las rupturas que la propia realidad social producía en los nuevos modelos elaborados a partir de las propuestas desarrollistas.

No obstante, el editorial del N° 8 (agosto/sep. 1966) expresaba el entusiasmo ante la revitalización del desarrollismo que dejaba interpretar el nuevo gobierno. La creación del Ministerio de Bienestar Social y las propuestas del desarrollo comunitario, hicieron creer a estos profesionales que encontrarían un espacio de aplicación de sus modelos.

Pero la apertura, tanto hacia el Trabajo Social de otros países (Uruguay, Chile, principalmente) como hacia las propias ciencias sociales y la inviabilidad del modelo autoritario de desarrollo social, tanto como los acontecimientos políticos de la época, fueron conduciendo al Grupo ECRO hacia posturas cada vez más radicalizadas.

El educador brasileño Paulo Freire y su llamado “método de la concientización”, la Escuela de la Dominación y Dependencia, y en alguna medida las corrientes marxistas, fueron dando nuevos contenidos y fundamentos a esta corriente.

Ya desde 1965 se hablaba de Trabajo Social “reconceptualizado” haciendo referencia a los contenidos teóricos y técnicos opuestos a la tradicional Asistencia Social. La Reconceptualización fue oficializada en el continente como un “movimiento” dentro de la profesión. En un principio adhirió a la idea de que el trabajo social era un “agente de cambio”, aunque rápidamente se orienta hacia posiciones antimperialistas. A ella adhirió el Grupo ECRO en la Argentina, aunque luego fue

definiendo una línea propia, que culminó en posturas basistas e incluso indigenistas.⁹⁴

El editorial de la revista N° 10/11 de junio de 1967, marca ese primer tránsito, reconociendo que el problema del bienestar social no es solo una cuestión instrumental, y que los conceptos de “cambio de estructuras”, “desarrollo”, etc. no tenían un contenido unívoco. El número 15 refiere expresamente a la inviabilidad del desarrollo “sin participación popular”.

Si bien hasta acá los contenidos de la revista no profundizaron en estos cuestionamientos, el enfrentamiento con los sectores tradicionales era a esa altura público y habían sido objeto de una infundada acusación de la representante de la UCISS (Unión católica Internacional de servicio social), según la cual el Grupo ECRO era “cabeza de puente”

⁹⁴ “El telón acaba de caer en la República Argentina al momento de entrar en máquina esta entrega de la revista, dando por finalizado el último capítulo de la «Gran Tragicomedia Nacional» interpretada durante muy angustiosos años por el Elenco Estable de la Dictadura Militar: el triunfo del Frente Justicialista de Liberación Nacional en las elecciones del 11 de marzo próximo pasado significa la reanudación visible de un proceso histórico profundo que ya suma a su favor más de cuarto siglo y que es el proceso real de un pueblo interpretado en su ancestro indo-americano. (...) El «proceso peronista» y su secuencia de triunfos históricos, escapa y trasciende visiblemente todas las categorías de análisis occidentales, las rompe y les deja al descubierto sus profundos huecos y falencias para interpretar la realidad profunda de indo-américa...” (Editorial Revista Hoy en el Trabajo Social. N° 26, abril de 1973. ECRO. Buenos Aires).

de “la infiltración marxista-leninista en el servicio social”.⁹⁵

A esta altura, los criterios internos de legitimidad profesional habían variado, despinzando aquellas viejas concepciones que se centraban en el amor, a tal punto que no parecían quedar alternativas intermedias: o reconceptualizado o asistencialista.

El compromiso profesional —entonces era con el desarrollo, luego será con las clases explotadas y la liberación de América Latina— reemplazan al amor como motorizador de la acción.

No obstante, fuera del ámbito estrictamente profesional, las instituciones demandantes no lograron transformar tan profundamente sus estructuras como para constituir un real espacio de implementación de las propuestas técnicas y metodológicas surgidas a la luz del desarrollismo.

Si bien estos profesionales se formaron a instancias del propio Estado y en condiciones político-estructurales que hacían explicable su demanda, ésta no se hizo masiva y los antiguos criterios siguieron primando en la acción social. Pero desde entonces se inició la búsqueda de nuevos espacios profesionales y se generalizó el cuestionamiento al rol pasivo y auxiliar, que hasta entonces se esperaba, por parte de los profesionales.

En ese momento se produjo también el desplazamiento de la profesión desde el campo de

⁹⁵ Circular 2/69. UCISS. Buenos Aires.

las ciencias médicas o jurídicas hacia el de las ciencias sociales.

c. Los profesionales varones y la Reconceptualización

Si la asistencia había dirigido su atención fundamentalmente a la vida doméstica y cotidiana de los pobres, separándola, sin embargo, de la política pública al presentarse en la forma del amor y los buenos sentimientos; si ha sido la mujer la que tradicionalmente ha asumido a éstos como parte de “su naturaleza”, se entiende el por qué de la demanda de mujeres para ejercer, desde el llamado “ámbito público”, una función que se dirige a la cotidianidad del “ámbito privado”. Las mujeres, como sujetos de la acción social, o como objetos de esa acción en tanto figura central en torno a la cual se articula la vida familiar, han ocupado siempre un lugar de relevancia en el campo asistencial.

Pero las circunstancias que hacían viable este modelo —que con variantes coyunturales fue dominante— pierden vigencia en el momento en que el Estado debe rearticular su estrategia de acción hacia los pobres, para ampliar las bases del consenso y hacer más creíble su imagen de “árbitro” de las relaciones entre las diversas clases.

Ello planteaba un problema distinto al de la pura moral familiar, a la que se apelaba como responsable única de sus miembros. Si bien estos factores de ninguna manera se descuidaron, no parecían

suficientes. Se hizo necesario trascender sus límites, para garantizar una acción más amplia, que al tiempo que ponía en funcionamiento los dispositivos de despolitización de las clases populares, reemplazando (o tratando de hacerlo) la organización política por una “solidaridad” que se agotaba en sus propios límites, pudiera llevar más ampliamente el mensaje acerca de las “bondades” de un sistema, cuya expansión parecía ilimitada, a condición de que no encontrara “obstáculos” en su desarrollo.

Virtudes y conocimientos han de variar en la demanda que, para cumplir funciones de promoción, se le hacían a los profesionales. Más que condiciones para “ganarse la confianza” de los pobres y “conocer sus secretos privados”, ahora se requerían capacidad dirigente, sagacidad para captar a los líderes naturales, conocimientos técnicos para trasmitírselos y para comprender el papel de la cultura en la adhesión o no a los modelos de desarrollo capitalista.

Por su parte, una importante cantidad de jóvenes encontró la posibilidad de canalizar así su sensibilidad social y política. Si las condiciones sociales y la escasa transformación de las estructuras institucionales, diluyeron finalmente la alternativa de una práctica de promoción o la redujeron a experiencias aisladas, en favor de las formas asistenciales tradicionales, la lucha encarnizada contra ellas que mantuviera el Grupo ECRO⁹⁶ se

⁹⁶ A lo largo de su historia el Grupo va cambiando parte de sus miembros o éstos se van disgregando, persistiendo un

puede entender, en parte, en la necesidad de mantener vigentes aquellas demandas que habían interesado su “vocación”.

Resulta llamativa la ausencia de figuras femeninas relevantes dentro de lo que constituiría finalmente el Movimiento de Reconceptualización en la Argentina. No quiere decir esto que no hubiera mujeres que adhirieran a él, sino que el liderazgo corrió por parte de los varones.

Es que si una práctica asistencialista podía no satisfacer las expectativas profesionales e ideológicas de una asistente social, no resultaba, sin embargo, contradictoria con su propia condición de mujer. Ese no era el caso de los varones, para quienes además de oponerse a su propia concepción ideológica de la profesión, esa práctica violentaba la “condición masculina” socialmente aceptada.

El hecho de que gran parte de los pocos varones trabajadores sociales no hayan ocupado cargos en la base, sino fundamentalmente hayan dirigido su trabajo hacia la docencia o los escasos cargos en promoción o puestos jerárquicos, muestra tanto una selección preferencial desde los demandantes por los varones, como de los varones por tales cargos.

Lo cierto es que de la corta experiencia del Instituto de Servicio Social surgieron consecuencias que conmocionaron hondamente a la profesión,

núcleo muy reducido de sus fundadores hasta los primeros años del último proceso militar en Argentina.

modificaron sus criterios de legitimidad internos y pusieron en crisis aquellos a través de los cuales se expresaba la identidad profesional.

La historia posterior —hasta nuestros días— no mostró más un campo uniforme, sino que se fueron articulando una serie de tendencias que muestran un espacio aún no estructurado definitivamente, que se expresaba en la supervivencia de varias denominaciones, pero también en una importante variabilidad en lo que hace al objeto, objetivos y mecanismos de intervención, definidos éstos desde las corrientes profesionales internas.

Otra parece ser la situación de las instituciones demandantes de asistentes sociales, donde se mantiene fuertemente la “ideología del amor”, a través de la cual se explica tanto la función como la presencia femenina.

CONCLUSIONES PRIMERA PARTE

Este recorrido por la historia de la asistencia social en nuestro país permite arribar a dos tipos de reflexiones:

1) La primera, referida a la hipótesis que, inesperadamente, nos llevó a dedicar gran parte del tiempo de esta investigación a la búsqueda y análisis de material histórico. Esta decía: “las condiciones que justificaban la presencia de mujeres para el ejercicio de la beneficencia, se mantienen vigentes como aptitudes necesarias para el desempeño profesional en el campo del trabajo social actual”.

Desde el inicio podía advenirse que lo que por ese camino podía hallarse, superaba las modestas expectativas iniciales de saber qué “virtudes” y “aptitudes” se requerían de aquellas mujeres que a lo largo de la historia independiente de nuestro país, se dedicaron a la asistencia a los pobres.

Y las primeras preguntas, más allá de “cuáles” virtudes, nos llevaron a “por qué” éstas. Así, fuimos tropezando con temas toles como la familia, la vida doméstica y cotidiana, el Estado y el poder político, la producción y la reproducción social... y la problemática específica de la mujer y la asistencia se iba haciendo más compleja y cada vez más inexplicable si no se la insertaba en este gran contexto que es el Estado y su papel en la producción y la reproducción social (en el sentido más amplio y abarcativo de estos conceptos). Esto en términos

generales. La especificidad nos la iba dando la relación mujer-familia-vida cotidiana y su lugar en aquel contexto mayor.

En síntesis, encontramos que la presencia femenina en la asistencia y la beneficencia, no se explicaba solamente en virtud de unas características que socialmente se le demandan a la mujer tanto como a la asistente social (por la prolongación del rol doméstico). Si bien desde el inicio esto nos parecía claro, y por lo tanto nos preocupaba la función de la asistente social en una sociedad de clases y desde allí el por qué mujeres, vimos que eran ambas circunstancias las que había que imbricar para entender el problema en su especificidad e ir más allá de planteamientos generales o de descripciones más o menos fenoménicas o funcionales del tema.

Teniendo el Estado entre sus funciones las relativas a la reproducción social, ellas implican a su vez, las del consenso y la legitimación, tanto con relación al propio Estado, como al sistema de relaciones sociales.

A su vez, éstas no se limitan a ejercerse por la pura fuerza o por la trasmisión de la ideología de la clase dominante exclusivamente o por ambas alternativas combinadas. Hay que entender al Estado, no sólo como el “representante de las clases dominantes”, sino como un espacio de poder y lucha, entre las clases dominantes y dominadas, que lleva al Estado a tomar medidas en relación con las clases dominadas, que le permitan mantenerse como “representante legítimo de todos los ciudadanos”. Ese

carácter tiene la asistencia y la seguridad social, campo en el cual se desempeñan básicamente mujeres, a nivel de la ejecución de las mismas.

Pero dentro de ese marco general, la asistencia social se dirige a un ámbito particular de la vida de los hombres, desde el cual crear ese consenso, y por lo tanto, en el cual crear un orden, una disciplina. Ese ámbito es el de la vida familiar y cotidiana y nos refiere al hecho de que el poder político del Estado trasciende aquello que podemos llamar “lo público”, para imbricarse con el espacio llamado eufemísticamente “privado”.

Es en ese ámbito donde las mujeres se constituyen en centro ordenador, para lo cual han internalizado una serie de características que, aprendidas culturalmente, “naturalizan”, sin embargo, su función.

Por su parte, el Estado, si se pretende “legítimo”, debe presentar su intervención como producto de esa legitimidad: en tanto “representante de los intereses de todos”, interviene allí donde los ciudadanos menos favorecidos lo necesitan. Y lo hace como regulador de los intereses de toda la sociedad, en la cual los más favorecidos deben ir en auxilio de sus semejantes desprotegidos. “Por amor al prójimo”.

Siendo la mujer la “encarnación” del amor, no habiendo en ella otros intereses públicos que sus buenos sentimientos, siendo éstos expresión de su “instinto maternal”, nada más “natural” y “naturalizante” que sea ella la que se ocupe de estos

menesteres. Posee además, muchas otras virtudes “naturales” que la hacen adecuada en tales funciones: dulzura, comprensión, paciencia, etcétera.

En términos generales, esto está en los fundamentos del discurso rivadaviano al crear la Sociedad de Beneficencia, en el de los filántropos, cuando se proponen crear carreras de asistencia social y de visitadoras de higiene, en el de Eva Perón y, por oposición, en la propuesta desarrollista, que sin embargo no logró imponer las nuevas tácticas a nivel de las instituciones estatales.

Cada una de estas coyunturas tiene particularidades que permiten identificarlas como toles y entender las estrategias cambiantes de cada momento. Lo que no varía es su anclaje en el papel del Estado en la constitución misma de las relaciones sociales.

De manera que para pensar si las “virtudes” demandadas hace un siglo son las mismas o se han modificado, hay que hacerlo en el contexto global de las transformaciones de las relaciones sociales y de las que se van produciendo en la estructura familiar y en la cotidianidad de los pobres. Lo cierto es que, salvo la corta experiencia en la cual tomó forma el paradigma desarrollista a nivel de la asistencia, la presencia de mujeres a nivel de la implementación de políticas asistenciales, ha sido ampliamente justificada.

Lo desarrollado hasta aquí explica en parte también, otra de las hipótesis que guiaron la investigación: “el hecho de tratarse de una profesión

ejercida mayoritariamente por mujeres, si bien no constituye una variable que permita acceder a comprender su naturaleza, sí contribuye a definir su perfil". Es decir, la naturaleza social de la asistencia social se explica por su rol en la legitimidad y el consenso, en el control de la vida cotidiana. Y el escamoteo de estas funciones objetivas, explica la presencia de mujeres. Pero al mismo tiempo, esta presencia ha delineado un perfil profesional caracterizado por la dominancia de lo afectivo.

2) La segunda parte de estas reflexiones tiene que ver con el tema más global del Estado, el poder político y los sectores populares.

Este no ha sido el tema específico de la investigación, pero sí el encuadre general en el cual la ubicamos. Por lo tanto, esta reflexión tiene más bien la finalidad de ser punto de partida de investigaciones posteriores, más que culminación de la presente.

Lo visto en esta parte muestra, en última instancia, como el Estado en nuestro país no llega a lograr nunca suficiente consenso. Los esfuerzos y las medidas que se fueron tomando no han sido originales, pero la complejidad de la sociedad es tal que la fragilidad del poder político se expresa en una constante inestabilidad. Eso conlleva una permanente alternancia en cuanto a formas de legitimación y disciplinamiento social, que van desde la represión política, predominante, a la búsqueda del consenso por vías no represivas. Aunque ambas alternativas, obviamente, están siempre presentes en un Estado

capitalista, el énfasis en una u otra ha ido variando significativamente, según el carácter del gobierno que cada vez había asumido la administración del Estado.

En ese sentido, la combinación más original parece haber sido la de Onganía, que buscó combinar “promoción y violencia” como forma adecuada de control social en su cruzada anticomunista.

Sin embargo —y esta era la reflexión de este punto— hasta acá venimos refiriéndonos al Estado y sus diversas estrategias, pero, aunque queda enunciado —incluso cuando definimos al Estado como un espacio de confrontación y lucha— no se ve claramente de que manera, además de las grandes movilizaciones, los sectores populares presionan cada día sobre el poder del Estado, aceptan o establecen transacciones, obligan a éste a dar respuestas hacia ellos y a cambiar permanentemente sus estrategias de legitimación.

Estos sectores no son espectadores pasivos, sino que, aunque subordinados o dominados, sus luchas se expresan también en el seno del propio Estado. Pero no solamente aquellas que alcanzan trascendencia pública, sino inclusive las que se expresan en forma de “resistencia pasiva”, cotidianamente y que explican la necesidad de políticas que, como la asistencia, se dirigen al ámbito mismo de su vida doméstica.

Esas formas quedan por verse. ¿De qué manera las políticas públicas son redimensionadas en estos sectores? ¿Qué fenómenos son aquellos que llevan

al Estado a implementar políticas específicamente dirigidas a lo cotidiano? ¿Qué cosas cuestionan o pueden poner en cuestión?. Pero además, quienes deben concretizar esas políticas —las asistentes sociales— ¿están imbuidas de su espíritu?. ¿Qué papel cumplen en la transacción e incluso en la presión sobre el Estado?.

Estas son preguntas que solo pueden responderse a partir de una investigación empírica, pero que han surgido como producto de lo avanzado hasta aquí. La asistencia social es uno de los ámbitos que prueban que la dinámica de la dominación es más compleja que el uso de la sola fuerza o del engaño ideológico.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO V

AUTONOMÍA PROFESIONAL Y DEFINICIÓN DEL ROL

INTRODUCCIÓN

En la elaboración de este capítulo se utilizó información proveniente de diversas fuentes y a través de distintos procedimientos. En lo formal, se realizaron entrevistas a asistentes sociales y funcionarios de instituciones empleadoras. En el primer caso, se construyeron 15 historias de vida, sobre la base de información obtenida en entrevistas guiadas, de profesionales de diversas instituciones, experiencias y edades, teniéndose en cuenta, en la selección de las personas entrevistadas, que estuvieran trabajando como asistentes sociales y que tuvieran, por lo menos, cinco años de egresadas.

En el caso de los funcionarios, seleccionados de forma aleatoria, se realizaron entrevistas cortas, sobre la base de un cuestionario estructurado, con miras, fundamentalmente, a recoger las expectativas y la imagen que ellos expresaban en relación a las asistentes sociales.

Los nombres que se utilizan son ficticios y algunas de las características secundarias tampoco se ajustan al caso real. No así la información

considerada relevante y los párrafos entrecomillados, en los cuales se transcribe textualmente lo expresado en las entrevistas, salvo datos que puedan ser identificatorios, los que se obviaron o modificaron.

Pero la base fundamental de la información la constituye aquella acumulada a lo largo de mi participación en este campo profesional, la que en algunos casos, fue precisada en las entrevistas y casos tomados.

Como se recuerda al inicio del texto, la primer hipótesis —general, por cierto— que orientó la investigación empírica, hacía referencia a que la presencia de mujeres en el trabajo social debería ser un elemento decisivo en la definición del perfil profesional. En esa búsqueda, dos elementos se presentaron como relevantes: el primero refiere a la autonomía en el ejercicio de su actividad profesional; y el segundo, estrechamente ligado a éste, tiene que ver con la definición del rol. A lo largo de este capítulo y a partir de estos elementos emergentes, se busca definir qué espacio es el ocupado por mujeres, dentro de las políticas de control de la vida cotidiana de los pobres.

La autonomía es un bien muypreciado por las asistentes sociales. Esto es, poder ejercer su profesión sin el control y las indicaciones de superiores y jefes (generalmente profesionales de otras disciplinas o funcionarios políticos). No parece haber correspondencia entre lo estudiado durante la carrera (cualquiera sea la calidad y orientación de la formación recibida) y la práctica concreta como

profesionales, puesto que esta responde, en última instancia, a criterios institucionales preestablecidos, y/o a los particulares del funcionario de turno.

Parecen ser más de una las causas que mantienen bastante inalterable y extendida esta situación, salvo escasísimas —y a veces encubiertas— excepciones. Esas causales pueden separarse (a los efectos analíticos exclusivamente) en:

a) estructurales o relativas a la naturaleza misma de la profesión y a la condición de mujeres de quienes la ejercen, de quienes no se espera ni se estimula una conducta autónoma; y

b) coyunturales, es decir, a una diversidad de circunstancias como podrían ser: ideología predominante entre los agentes intervinientes (institución, asistentes sociales), características de la institución, nivel de formación académica, años de ejercicio de la profesión y experiencia particular en ese campo, etc.

A- LAS CAUSAS ESTRUCTURALES

1. La domesticidad y el rol profesional

Un primer aspecto está referido a las imbricaciones entre el rol profesional y la ideología de la domesticidad. Lo primero que cabe observar es que desde la institución se fijan políticas y especifican tareas (en gran medida de manera implícita y no orgánica) para las asistentes sociales, que se espera

que las cumplan sin reclamos y con “eficacia, buen humor, calidez”.¹ Como habitualmente estas expectativas no resultan satisfechas (la no coherencia entre los hechos y lo que desde la institución se espera puede ser explícita o implícita, tomar formas positivas o expresarse en prácticas negativas), suele describirse a las asistentes sociales como con “dificultades para ajustarse a equipos multidisciplinarios” o imbuidas de la “competitividad natural de la mujer”, etc. La creatividad y la eficacia pasa por la adecuación al rol fijado, que en general se define más por su imprecisión que por su claridad.

Estas expectativas en relación con la mujer-profesional-asistente social, son extensiones de aquellas referidas a la mujer-ama de casa-madre, en tanto se valora positivamente a aquella mujer que “con firmeza de carácter” e “indulgencia” al mismo tiempo, satisface el rol predeterminado socialmente: atender a los avatares que cotidianamente le impone la vida, sin quejas, asegurando, de ese modo, el bienestar de los hijos, del marido o de otros familiares. Esta mujer, que “es dinámica”, “capaz de prever los mínimos detalles para que el hogar funcione adecuadamente”, lleva adelante su tarea con abnegación, no esperando otro premio que la felicidad de los hijos y del marido. “Las mujeres nacimos para sufrir”, reafirma el mito.

¹ Todas las frases y/o expresiones entrecomilladas que de aquí en adelante aparezcan en el texto, corresponden a opiniones recogidas durante el trabajo de campo.

“La mujer debe ser el «interior» de una casa, la calidez, las plantas, las cortinas... el hombre es el techo...”. La originalidad y la inteligencia encuentran sus límites en el espacio que le impone lo cotidiano. La forma más eficiente de convalidación del mito, pasa por “naturalizar” el rol y sus atributos, y definirlo como biológicamente determinado.

En cuanto a la profesional del servicio social, surge que se espera lo mismo: asegurar que los demás agentes de una institución desempeñen tranquila y eficientemente sus tareas, libres de las preocupaciones cotidianas, de ellos y de los usuarios de la misma. Quizás la empresa sea la institución que con mayor nitidez permite el paralelo: encargarse de alivianar las angustias cotidianas de los empleados y obreros y al mismo tiempo, evitar que estos conflictos turben la labor de los directivos y ejecutivos de la empresa. “La empresa es una gran familia”, se definió. Tratándose de una familia, alguien debe garantizar que sus miembros encuentren afecto, comprensión, amparo. Ese rol lo cumple la asistente social, apoyada eventualmente por alguna secretaria que viene a poner la nota de calidez y buen gusto, cuidando las plantas o poniendo flores en los escritorios. El “instinto de madre” fue el argumento invariablemente utilizado por los funcionarios para acreditar dicha función. En todas las instituciones visitadas se manifiesta de una y otra manera el ejercicio de este rol, o más precisamente, la expectativa de este rol, de manera explícita (“la gente necesita que se la escuche en su problema”) o implícita. Es decir, el rol se ejerce de hecho, como si

se tratara de un complemento de otro definido como más propiamente profesional. Cualquiera sea la institución de la que se trate, las asistentes sociales tienen que ver con las enfermedades, los nacimientos, las muertes, las rencillas familiares, la falta de trabajo, los problemas entre vecinos, los conflictos generacionales, la vacante en la escuela o en la guardería, la conducta de los chicos, la jubilación del abuelo, etc. Muy excepcionalmente y por circunstancias particulares, una asistente social puede quedar al margen de estos episodios. Sólo algunas, sin embargo, los nombraron a la hora de hablar del rol profesional. No obstante, a lo largo de las entrevistas, surgen como constituyendo “tareas informales”, pero casi obvias, “naturales”.²

Los empleadores, sin embargo, pueden definir qué es o qué hace una asistente social, a partir de ellas, cualquiera sea la institución en la que se desempeñan. Consultados acerca de qué tipo de problemas encaran las instituciones visitadas, indicaron los siguientes:

- Indigencia.
- Fuga de menores.
- Internaciones por “conductas desviadas”.

² Si bien estas tareas forman parte, incuestionablemente, de la “rutina” de la asistente social, en su presentación, éstas las ocultan de hecho, lo que está mostrando que no son esas las cosas que ellas quisieran hacer. Como se irá viendo, la búsqueda por modificar la “fachada” (en términos goffmanianos) es permanente y también sintomática.

- Abandono y desprotección de menores.
- Problemas familiares en general.
- Problemas derivados de la atención de la salud.
- Gestorías.
- Vivienda.

Y más particularmente, las tareas que forman parte de la rutina de las asistentes sociales, definida desde la perspectiva de sus empleadores, son las siguientes:

- Solución de problemas legales (documentación, deudas con la justicia).
- Visita domiciliaria (de verificación, ante el eventual otorgamiento de un beneficio).
- Encuestas socio-económicas con el mismo fin.
- Administración de los beneficios.
- Atención de problemas familiares, laborales, etcétera.
- Solución a problemas de salud, minoridad, escolaridad, etcétera.
- Detección de desviaciones sociales (drogadicción, alcoholismo).
- Orientación, consejo, asesoramiento.
- Organización de eventos sociales (fiestas para los beneficiarios, envíos de regalos u ofrendas ante acontecimientos vitales, etcétera).

– En un solo caso se hace referencia a “investigación, supervisión, capacitación, elaboración de planes”.

– En casi la mitad de los casos se dan respuestas generales o imprecisas, del tipo: “todo lo que hace a la atención de la persona humana y su problemática”; “asistirlos en general”; “hacen la asistencia social”; “atienden la incapacidad socio-económica”, etcétera.³

Ante la pregunta de por qué son mujeres las que se ocupan de este tipo de problemas o llevan adelante estas tareas, casi la totalidad de las personas consultadas hizo referencia al “instinto maternal”, “la sensibilidad y la ternura inherente a su sexo”, o a la “menor sensibilidad del varón”.

Decía un informante:

Tradicionalmente han sido mujeres las que se ocuparon de los problemas de la gente. Es por un instinto de mujer y madre. Son más proclives a atender problemas y la gente se siente más amparada por una mujer.

Este tipo de respuestas, como las referidas en el punto anterior, vienen a confirmar la vigencia de las explicaciones biológicas y naturalistas de la conducta humana, que forman parte de la mitología de nuestra sociedad.⁴

³ Estas respuestas “imprecisas”, como se muestra más adelante, son, en realidad, las que más dicen acerca de lo que se espera que haga una asistente social.

⁴ Es interesante atender a las fundamentaciones de los antidivorcistas, en este momento del debate sobre el tema: lo que no puede justificarse por el mandato bíblico de “no

El resto de las respuestas pasan por interpretaciones de carácter sociológico: “razones culturales”, “bajos salarios”. Los dos casos que hicieron este tipo de interpretaciones, fueron mujeres.

2. El espacio profesional

La otra variable estructural que interviene en la determinación de la autonomía profesional, se refiere a la naturaleza misma de esta disciplina.

Una preocupación vívida de las asistentes sociales tiene que ver con el hecho de ser un personal disponible para “tareas varias”, para que les llegue todo aquello que el resto del personal de la institución no sabe cómo encarar, o con la posibilidad, siempre presente, de que funcionarios y empleados opinen y/o decidan acerca del rol, las funciones y las tareas que deben cumplir.

Esta no es una preocupación caprichosa. Cotidianamente es posible registrar situaciones en las cuales, problemas insolubles en el marco de la institución —y aún en el contexto de esta sociedad— son derivados a las asistentes sociales con la consigna de que “ella debe solucionarle su case”. Hasta es probable que tal derivación sea por escrito, con lo cual se desliga a la institución de toda

desuna el hombre lo que Dios unió”, no válido para los no cristianos, se justifica por el Derecho natural y se hace referencia a que “siempre fue así, la indisolubilidad del matrimonio forma parte de la naturaleza humana”. La “naturalización” inmuniza frente a los probables cambios.

responsabilidad, haciendo que lo insoluble del problema se tome una cuestión de mala voluntad de la asistente que recibió el caso.⁵

En esta situación se pone de manifiesto de qué modo la sola presencia de asistentes sociales permite evitar el cuestionamiento de la institución —y del Estado mismo, en su condición de representante “legítimo” de todos los ciudadanos— al depositarse en una instancia individual (la ineficacia o mala voluntad de alguien) la responsabilidad de toles situaciones.

Se explica así el por qué de una supuesta indefinición del rol profesional, y de la falta de autonomía de las asistentes sociales para delimitar éste. Es que en ella radica, precisamente, la funcionalidad de estos técnicos en las instituciones asistenciales del Estado, que de esa manera “resuelve” —parcial y siempre inacabadamente— parte de las contradicciones y luchas que se procesan en su seno, devenidas de su condición de Estado de clases.

⁵ Esto no está negando la situación inversa, en la cual es la asistente social la que presenta el beneficio otorgado como producto de su gestión especial para lograrlo o, complementariamente, los casos en los cuales gestiones o servicios son demorados deliberadamente. “Que venga otra vez, que se moleste...”, decía Juanita, luego de haberle negado a un usuario del servicio, la información para tramitar una silla de ruedas, porque “no está la persona que maneja eso”.

Tratándose de una sociedad de clases, donde el acceso a los recursos (alimentación, educación, salud, etc.) es desigual, gran parte de los problemas que enfrenta cotidianamente la asistente social son insolubles, en tanto son estructurales. Sin embargo, su papel es “crear la apariencia”, evitar que estas “fallas estructurales” se manifiesten en toda su dimensión. Ocuparse, preocuparse —aunque no los solucione— de los problemas que en el ejercicio de su vida cotidiana, enfrentan los pobres.

De ahí la exigencia de cualidades morales extraordinarias que se reiteran desde sus orígenes como profesión. No es capacidad intelectual lo que se espera de ella (“no importa si fue buena alumna o no”, decía un funcionario), sino aquello que, en el imaginario colectivo, constituyen virtudes inherentes a la condición de madre: “que sepa brindarse, aunque con firmeza de carácter, que sea agradable, simpática, abierta, capaz delio escatimar horas de esfuerzo”. Exagerado requerimiento que pone en desventaja a quienes deben dar —y darse— cada día, prueba de que se acercan al “ideal”. Pero además, en condiciones que atentan contra esa alternativa: la frustración cotidiana ante la evidencia “de lo poco que puede hacerse”, la falta de herramientas adecuadas para aproximarse a comprender la naturaleza de los problemas sociales, una formación anclada en lo afectivo y —muchas veces— doctrinaria y prejuiciada, moldean finalmente una imagen anodina de la asistente social. Adecuada, sin embargo, a las “funciones objetivas” que vienen a cumplir.

a. La búsqueda del espacio profesional

Esta situación de indefinición no encuentra pasivas a estas profesionales, a las que la complejidad de los “problemas sociales” con los cuales cada día deben lidiar, las empuja a buscar espacios más acotados para su trabajo y con mayores posibilidades de reconocimiento y gratificación.

La década del 60 habla ofrecido la alternativa del desarrollo comunitario, en un contexto político-ideológico en el cual el progreso aparecía como una meta al alcance de las manos. Pero después del descrédito del desarrollismo y pasada la marcada politización de los años 70, que en general desdibujó los profesionalismos, la restauración oligárquica llevada a cabo por la última dictadura militar, que empujó al conjunto de la sociedad a refugiarse en lo “privado”, dejó pocas alternativas de acción profesional en espacios más amplios que los límites de la familia. Fue ella, sus relaciones, la “normalidad” de los vínculos entre sus miembros, etc. la que ofreció la posibilidad de recrear un rol alternativo al de gestor de trámites o de dador de “certificados de pobreza”.

En el marco de una ideología autoritaria, que bregaba por reforzar la vigilancia y la disciplina familiar, que reactualizaba a ésta como “célula básica” de la sociedad, al mismo tiempo que la hacía responsable de todos los males (desde la delincuencia hasta la “subversión”), la terapia familia resultaba viable, al mismo tiempo que permitía no

volver al “caso individual”, caído en el desprestigio desde el desarrollismo.

La apertura democrática permitió otra vez la alternativa de volver a la “comunidad”, con propuestas ancladas en los principios del desarrollo comunitario, adecuados ahora a la escasez de recursos. La promoción, la educación y la participación popular, la animación socio-cultural, etc., encuentran otra vez a los asistentes sociales buscando allí un espacio en el que definir un rol más preciso.

En relación con la terapia familiar, de alguna manera representativa de toda una corriente cercana al campo de la psicología, una asistente social escribe:

Porque siempre el servicio social, en el discurso geográfico de la institución, tiene un lugar de no privilegio, de depositación de los casos irreversibles o le adjudican un rol que el servicio asume de administrador de recursos, de trámites, etc.

.....
.....

Entonces, un buen análisis de la organización, un análisis institucional puede posibilitar una mejor inserción. Además, una posibilidad de pelear para tener un mejor espacio dentro de la organización.

.....
.....

Eso lo veo como una línea, ya sea para que hagan terapia familiar o para que el asistente social, ya sea en la prevención primaria o secundaria, se desempeñe como un educador familia. Para eso debe tener una buena formación en familia, conocer qué es el modelo de salud

en una familia, cuál es, por ejemplo, una familia sana y qué es lo que hay que preferenciar, cuales son los vínculos que hay que fortalecer como una cosa preventiva.

La teoría de la comunicación, unida a la teoría de los sistemas y a la cibernética conforman lo que se llama el modelo sistémico de abordaje familia.⁶

Son numerosas las propuestas que apuntan a una redefinición del rol profesional y a la búsqueda de mayor reconocimiento y autonomía. Algunas, desde una perspectiva crítica (trabajo de base, con movimientos sociales), aunque estas no han logrado consolidarse como una corriente en Buenos Aires, constituyen un movimiento importante en América Latina y han alcanzado un considerable nivel de producción teórica.⁷ Otras, como el modelo sistémico, tomado acriticamente, montado sobre una ideología funcional y adaptativa, que abreva fundamentalmente en el trabajo social de Estados Unidos, en la Escuela de Palo Alto y en corrientes similares de Europa.

La ilusión de independencia y de tránsito hacia la conversión en profesión liberal, no está ausente en estos reacomodos y búsquedas: en los últimos tiempos, producto del acercamiento a la psicología

⁶ CONTRERAS, Marily: "Desafío profesional". En: *El asistente social*. Publicación periódica. Año I. Nov. 1983. Buenos Aires.

⁷ Estas líneas tienen, sin embargo, amplia base en otros países de América Latina (Brasil, Chile, Perú, etc.) donde han alcanzado un nivel de producción importante. Ver revistas: *Apuntes para Trabajo Social* (Chile); *Servicio Social y Sociedad* (Brasil); *Acción Crítica* (Perú).

social, pero de la real influencia de la clínica, han hecho su aparición “consultorios privados” y más recientemente, en una ciudad del interior, una “clínica privada de servicio social”. Obviamente, esta es la alternativa con menos posibilidades reales de masificarse, no sólo por la naturaleza de la profesión, sino además, por que materialmente es inviable: los sectores medios van al psicólogo y los pobres no pueden pagar.

B- LAS CAUSAS COYUNTURALES Y SUBJETIVAS

Otras variables que influyen en la menor o mayor autonomía en el ejercicio profesional y en las formas del reclamo, tienen que ver con cuestiones más coyunturales y particulares, específicas en cada caso. Entre ellas aparecen como fundamentales las siguientes:

1. Posición ideológica de los agentes intervinientes
2. Tipo y características de la institución

1. Ideología de los agentes intervinientes⁸

⁸ En tanto “lo ideológico” y “la ideología” constituyen, para las ciencias sociales, problemas lejos aún de ser resueltos, al solo efecto de este trabajo y teniendo en cuenta su objetivo, me referiré a la “posición ideológica” de los agentes, desde los dos problemas que en esta investigación se relacionan: la problemática de la mujer y la problemática social en su conjunto.

En primer lugar, hay que identificar a los agentes que interactúan con las asistentes sociales, para luego establecer una jerarquización en términos de la importancia que cada uno tiene en la definición del rol de ésta y su grado de autonomía relativa. Aparte, obviamente, de la propia asistente social, hay tres tipos principales de agentes. A saber a) los funcionarios de la institución; b) los otros profesionales; y c) los usuarios. Este mismo resulta ser el orden de importancia en términos de su influencia en tal definición.

Se verán separadamente cada uno de estos cuatro agentes interactuantes y de qué manera participan en el problema que nos ocupa.

a. Las asistentes sociales

Si se toman en cuenta las historias de vida de estas 15 profesionales, resulta que para casi todas ellas la “condición de mujer” fue, de una u otra

En relación al primero, tendré en cuenta el tipo de rol que cada agente define para la mujer y con el cual él se adscribe. Y en cuanto al segundo, partiré de su postura frente a los problemas sociales, es decir, desde qué perspectiva se ubica frente a éstos: desde lo estructural o desde lo coyuntural y casuístico. En ambos casos tendré en cuenta el discurso y la práctica, en la medida en que haya sido posible observar su actuación. Reconozco la dificultad que tiene este tipo de análisis y el amplio margen de error a que da lugar la imposibilidad de neutralizar la subjetividad de quien observa e interpreta, pero no puedo obviar la importancia que aquí tiene lo ideológico, en tanto se hace visible por su propia fuerza.

manera, determinante de la elección de carrera. De allí no se deriva necesariamente una visualización crítica frente a la discriminación del sexo femenino. Igualmente, el reconocimiento, en algunos casos, de las limitaciones que impone a los individuos su desenvolvimiento en condiciones de pobreza, por propia experiencia, no implica la posibilidad de trascender hacia una explicación estructural de la desigualdad social. Circunstancias que nos reiteran la pregunta acerca de los procesos a través de los cuales los seres humanos construyen sus visiones de la sociedad.

Marité, enfatizando la necesidad de apelar al esfuerzo personal y al protagonismo de los individuos en la superación de sus condiciones individuales de existencia, imaginaba este diálogo con un hipotético usuario de los servicios de la institución:

Usuario : – Yo tengo este problema...

A.S.: – ¿Y usted qué hizo para solucionarlo?

U.: – Y... bueno... vengo acá.

A.S.: – Pero usted este problema lo tiene desde siempre y ahora viene acá... ¿qué cosas hizo usted antes?

U.: – Y... yo... no me alcanza el sueldo...

A.S.: – ¿Y usted dónde vive?

U.: – En la provincia.

A.S.: – ¿Y qué tiene?

U.: – Un lote de estas características...

A.S.: – ¿Qué tiene en el lote? . ¿Está sembrado?

U.: – Y... no

A.S.: – ¡Cultívelo!

U.: – ... No me queda tiempo...

A.S.: – Bueno, vamos a ver ¿tiene hijos?

U.: – Sí, pero ellos estudian

A.S.: – Claro... pero también pueden trabajar! Que trabajen la tierra, que ayuden en la casa. El protagonista principal es usted mismo, usted y su familia. ¡Mueva eso!

En cuanto a la discriminación de la mujer específicamente, cuatro de ellas expresan en su discurso, un reconocimiento a que la mujer está discriminada en la sociedad y que ocupa un lugar subordinado en relación al varón.

La educación que recibe la mujer desde chica tiene que ver con roles de servicio... Pero esa educación orientada hacia el servicio, es siempre al servicio del varón... Cuando aparece un varón en esta profesión... es el secretario general de la asociación profesional, aunque no trabaje como asistente social (alude a una circunstancia real que se da en la actualidad) o es el presidente del Centro de estudiantes (circunstancia real también) aunque no haga las prácticas... y son las minas las que los cubren... ¡para que vengan a salvarnos y salvar la profesión! ¡Cómo Batman!... Entonces sacan ventajas por ser varones, porque se les está haciendo un lugar, no solamente a un mal profesional, sino además para que pueda ejercer libremente la dirección de todas las mujeres que tiene a su alrededor (Adriana).

Haydée me decía:

En esa época a las mujeres se las criaba nada más que para que fueran excelentes amas de casa, y de la tutela del padre, se pasaba a la tutela del mando.

Sin embargo, solo dos asumen una posición definidamente activa frente a esta circunstancia, tanto a nivel de su vida cotidiana, familiar y de relación, como en su campo laboral. En éste último han asumido el problema como una tarea concreta a desarrollar y han elaborado planes específicos, o

incorporado el tema como tal junto a los demás problemas que tratan.

No así en los otros casos, donde si bien se condena en el discurso, con convicción y elocuencia, la discriminación de la mujer —y particularmente la que han sufrido ellas— en su práctica se han resignado a frustrar su carrera profesional en nombre del bienestar de la familia.

Cada una de ellas responde, a su vez, a una historia particular, donde hay que tener en cuenta factores como la edad, la sumatoria de frustraciones y de constantes enfrentamientos en busca de su identidad como personas.

Me sentía muy sola —confesaba Haydée—. No quería ser como las mujeres de mi familia. Me angustiaba la perspectiva de futuro que me esperaba. Quería ser otra cosa... Estudiar fue muy difícil, significó el enfrentamiento con mi viejo... Durante mucho tiempo ni me preguntaron cómo me iba. Y ahora mismo, si no fuera mujer y encima asistente social, el lugar de mi jefe sería mío...

Por su parte, Inés recordaba:

Yo trabajaba sin hacer ruido, tratando de no molestar, de que no se alterara nada, de que no se notara...

Otras dos profesionales, si bien reconocieron explícitamente el hecho de que una cantidad de alternativas les había sido vedadas en función de la definición de roles socialmente aceptados, asumen esta circunstancia sin cuestionamientos, y aún más, reafirmando la división tal como está. En el caso que ya se ejemplificó, esta circunstancia se complementa

con las carencias económicas durante la infancia y la adolescencia, que combinadas, le impidieron —por ausencia de alternativas— imaginarse, proponerse o siquiera suponer la existencia de otras posibilidades que las que le alcanzaba su experiencia cotidiana.

Entre estos dos casos, donde lo ideológico es coincidente (desde la perspectiva desde la cual estamos aludiendo a este tema) pero cuyas historias son divergentes, se adviene claramente cómo la contradicción de género atraviesa las clases sociales, pero al mismo tiempo, cómo la contradicción de clase condiciona aquella. Así, para la mujer pobre “... no había nada que me permitiera dar cuenta qué era lo que a mí me gustaba, no tenía información... Yo decía, “yo no soy capaz de hacer nada... de hacer otra cosa... yo voy a ser mucama... —sirvienta se decía en esa época— porque yo no sé, no creo que sepa nunca para ser otra cosa” (Marité).

En cambio, en los sectores medios, el Colegio Normal o el religioso de maestras, era la alternativa obvia para “una señorita” de las que ahora se acercan a los 50 años. Para muchas mujeres de esos sectores, “el magisterio era la alternativa más válida, porque si no quería trabajar, no trabajaba... y si lo hacía, solo estaba fuera cuatro horas por día... tenía tres meses de vacaciones... el sueldo no era mucho, pero para sus gastitos daba...”. Esto recordaba también Haydée con amargura, haciendo referencia a sus tiempos jóvenes, que eran los mismos que los de Marité y los de María Rosa.

Para las tres, la asistencia social resultó ser una alternativa a esos “destinos”: una carrera corta, con salida laboral cierta.

Teniendo en cuenta este grupo de informantes —y obviamente sin ninguna pretensión de inferencias o generalizaciones indebidas— encontramos que solo una proviene de sectores pobres. El resto pertenece a sectores medios, en su mayoría acomodados, ideológicamente conservadores, tanto en lo político como en lo sexual. Solamente dos personas (Adriana y Gabriela) rompen con esta característica, ya que ambas tienen padres con militancia social. Son también las más jóvenes del grupo y las únicas que han elegido seguir la carrera por decisión, motivadas fundamentalmente por vocación política. Al iniciar sus estudios, ambas tenían asumida una posición ideológica contestataria, que les permitió llevar adelante una autoformación profesional al margen de las instituciones que les otorgaron los respectivos títulos.

Para Marité y María Rosa, quienes reconocieron explícitamente que se les “negaron muchas posibilidades” por ser mujeres, esta circunstancia de sus vidas no es suficiente para que propugnen igualdad de oportunidades entre los sexos. Monté, que atribuye la pobreza a “falta de esfuerzo personal”, en relación a la problemática de la mujer, no ve a esta dificultad en términos de acceso al mercado laboral, sino más bien en relación a la imposibilidad de desempeñar a cabalidad el rol tradicional. Al mismo tiempo que ambas reconocen que “esas concepciones han limitado a la mujer”, insisten en que

no son “feministas”. “Ese feminismo mal entendido no va conmigo”, dice María Rosa, mientras que Marité afirma que “... su rol fundamental (el de la mujer) es, para mi manera de pensar, el de ser madre y esposa primero que nada... después puede proyectarse... hoy creo que la mujer sale a trabajar de cualquier cosa para no lavar los pañales o para no atender la casa... y eso es muy grave... a mí me parece que la quiebra de la sociedad pasa por la mujer en ese sentido”.

Por lo tanto, el trabajo profesional de las mujeres es entendido, en estos casos, como consecuencia de alguna “disfuncionalidad” en la carrera principal de la mujer (la soltaría o el divorcio). Y el reclamo de autonomía no se corresponde con una búsqueda de modificación sustancial del rol y de los objetivos de la acción profesional.

En los casos de Julieta y Mariana, la situación es distinta. Si de la narración de sus biografías puede desprenderse la sobredeterminación de las aspiraciones familiares y sociales sobre la elección de la carrera finalmente hecha, esos acontecimientos — no obstante— no son contabilizados como condicionantes o por lo menos no constituyen un elemento vivenciado como frustrante. Es más, en el caso de Mariana forma parte de un recuerdo emotivo ligado a una particular relación con algún familiar.

También en estos casos el origen social se entrecruza con la condición de género. Dos respuestas son posibles: por un lado, un encuentro con la vocación a través de la asistencia social (“...cuando me entrevistaron me felicitaron, porque

por lo que yo decía , el servicio social era lo que estaba buscando...”), y en la práctica, la búsqueda de un espacio y el abandono del rol de mandadero. Mariana dice:

Por primera vez tengo la oportunidad de demostrar que es cierto que estamos capacitadas para otra cosa y que estamos desaprovechadas... porque para mucha gente es importante que estemos desaprovechadas, porque así podemos tapar agujeros.

Por otro lado, una historia de desencuentros — profesionales y laborales— y el cotidiano enfrentamiento con la miseria, conducen a sobrellevar un último tiempo de espera para, ya jubilada, dedicarse exclusivamente al trabajo doméstico. Coincide en este caso (el de Julieta) que a nivel de su vida privada no sólo debió ocuparse de las tareas cotidianas de atención de la familia, sino que por ella pasan aquellas responsabilidades más típicamente cumplidas por el varón: ingreso principal, administración del dinero, decisiones de compra y venta, etcétera.

Cuando empecé a estudiar servicio social no sabía de qué se trataba. Sólo me interesaban el tipo de materias, y ya había iniciado antes otras tres carreras. (...) Nos formamos con la imagen de que teníamos la varita mágica para superar todos los problemas, pero al empezar a trabajar nos golpeamos con la realidad: no se puede cambiar tanto ni hacer tantas cosas. Además llega un momento en que ésto a uno lo harta; enfrentarse todos los días con la gente sin poder lograr nada. Porque ¿qué hago?, ¿consigo una pensión?... y nada más... Si pudiera estar a otros niveles, de planificación por ejemplo, no tanto en campo, eso me revitalizaría.

Para Julieta y Mariana la definición causal de la problemática social aparece más o menos indefinida o contradictoria. Por lo menos en el discurso no hay referencias claras, salvo en la propuesta de definición del rol profesional. En relación al mismo, Mariana insiste en que “el servicio social tiene por función interconectar necesidad y recursos”, sin cuestionar, por los menos explícitamente, que las necesidades sobrepasan significativamente a los recursos. La preocupación por la educación, las pautas de convivencia (“normas de urbanidad”, para Julieta) está presente permanentemente en ambas.

En relación a la mujer, coinciden en señalar que si hubiera más varones en la profesión la situación de ésta sería menos crítica, porque “los varones no se dejarían mandonear, hubieran hecho algo; además, en una sociedad machista es una manera de dar mejor imagen”.

Por último, para algunas de estas profesionales, como Gregoria, ni el estudio de la asistencia social, ni el trabajo estaban en sus planes. Si esta circunstancia es común en varias de ellas, sólo Gregoria lo expresa claramente.

Mirá, yo te soy sincera, yo soy una mujer que la vida me obligó a ser una mujer de trabajo, pero no era mi aspiración... Me hubiera gustado más ser una buena madre de 8 chicos... no tenía aspiraciones de trabajo.

En síntesis, si bien esta amplia variabilidad de circunstancias conducentes a la elección de carrera y su posterior elaboración, puede ser común a otras disciplinas, la diferencia fundamental está dada por el

hecho de la dimensión que tales circunstancias adquieren en el contexto de una disciplina cuya función aparece como diluida y con un rol imprecisamente definido.

Por otra parte, siendo mayormente mujeres sus miembros, se entremezclan ambas problemáticas y se vuelcan en la profesión frustraciones que en la realidad tienen más que ver con la condición misma de mujer.

No reconocidas como personas plenas, en tanto mujeres; no asimiladas como profesionales universitarias, en tanto asistentes sociales; desempeñándose en un espacio impreciso; exigidas a solucionar lo insoluble y al mismo tiempo estigmatizadas como sensibleras, muchas asistentes sociales sobrellevan una labor rutinaria, carente de toda creatividad y al mismo tiempo ardua y frustrante. Igual que el ama de casa, que cada día cocina y friega sabiendo que al día siguiente —o dentro de algunas horas— todo comenzará de nuevo, el tema de la pobreza es igualmente reiterativo: cada día se renovarían los “casos”, en general similares a los del día anterior, que como las cacerolas sucias de cada día, parecen reproducirse al infinito.

b. Los funcionarios de la Institución

Los otros agentes que participan en la definición del rol de la asistente social y en la determinación del espacio dentro del cual —con mayor o menor autonomía— se manejan, son los funcionarios de las

instituciones. Se trata, en general, de cargos políticos y/o administrativos de mando, cuyo acceso, a veces depende de la carrera administrativa y otras, es un cargo puramente político. De hecho, se suelen combinar ambas variables. En todos los casos, toles funcionarios “representan” a la institución y sus acciones, sean ellas innovadoras o no; se coaligan con los intereses de aquellas y participan en la determinación de sus políticas.

También en este caso dos son los puntos desde los cuales puede esperarse que favorezcan y faciliten la labor autónoma de las asistentes sociales, o que, por el contrario, la limiten y obstaculicen. Esto tiene que ver con la posición de estos funcionarios acerca del rol de la mujer, por un lado; y del origen de los problemas sociales que encara la institución, por el otro.

En cuanto a la mujer, de los doce funcionarios entrevistados y consultados sobre este tema, tres coinciden en señalar que el trabajo con mujeres se dificulta porque “conspiran entre ellas, por la naturaleza misma de la mujer”; además, según ellos, la mujer resulta ser “muy competitiva”, muy sensible a que le “hagan sombra”, “se pasan esforzándose en demostrar que son más hábiles que los varones”. Pero a pesar de estas desventajas —y otras, como su falta de objetividad, su mayor nivel de ausentismo, etc.— la ventaja de trabajar con mujeres radica, para algunos de ellos, en el hecho de que “son muy agradables” y de allí, la exigencia de “simpatía”, como una cualidad que estos funcionarios tendrían en cuenta en la admisión de asistentes sociales para su

institución. Otros hacen referencia a la necesidad de contar con asistentes sociales varones para los casos que requieren “mano dura”, porque la mujer “se deja llevar por las emociones” y tiene “una visión intrafamiliar, afectiva del mundo y le falta ejecutividad”. Solamente dos de ellos admitieron que el exceso de trabajo redundaba en una baja de la calidad de la labor profesional, y que además, se trata de una actividad agotadora, agobiante.

Cae por su peso que quienes así piensan sobre las cualidades de las mujeres, deben presionar sobre el espacio profesional de las asistentes sociales, a fin de evitar que conspiren, que falten, que se pongan muy sensibles, etc. De la información con que cuento surge que efectivamente esto es así en muchos casos, lo que no significa que se imponga de manera absoluta este criterio. Ello depende, a su vez, de las propias asistentes sociales y de la institución misma.

El tema más importante de los que acá surgieron, es el de la “conspiración”. La situación de estos jefes (me refiero a los funcionarios varones que expresaron este tipo de preocupación) es ambivalente: al mismo tiempo que ponen de manifiesto la condición de “minusválida” de estas mujeres, temen su “conspiración”; junto al hecho de un trabajo supuestamente “ineficiente”, se expresa que son “agradables” y “simpáticas”. Una amplia sonrisa en una cabeza hueca, parece ser el ideal, que a su vez les permite contrastar la propia superioridad desde la cual se juzga y califica.

Pero si la cabeza no es hueca —es decir, si desde una visión ideológica determinada, se está en condiciones de reconocer, por un lado, el derecho a la autonomía de la mujer y de la profesional; y por otro, de valorar y dimensionar el espacio de poder con que cuentan las asistentes sociales— efectivamente, algunas de estas mujeres “conspiran”. Con esto queremos decir que pueden fijarse objetivos diversos a los que le impone la institución y que van más allá de la función de control y reproductora de la misma.

Formalmente, tenemos asignado un rol de casi auxiliares. Más allá de eso, piden que se solucione todo tipo de problemas con la gente, algo así como la mujer orquesta”, comentaba Gabriela.

– ¿Y lo hacen así efectivamente?

Hay una parte que se hace porque forma parte de la negociación. Pero hay otra que se hace que no tiene nada que ver con lo que ellos esperan, pero que les hacemos creer que sí. Concretamente lo que hacemos es que, bajo una convocatoria absolutamente familiar, estamos buscando que las mujeres encuentren aquí el espacio de poder y decisión que les corresponde por derecho. Lo explícito, es el tema de la familia. Lo no explícito, lo subrepticio, lo que en última instancia está en cuestión, es el tema del poder.

Por su parte, Adriana reflexionaba:

Por un lado está la conciencia de que vos, trabajando desde lo institucional Y lo profesional, tal como está orientado el servicio social en la Argentina, no sos más que un adecuador al sistema, no hay que olvidarse de eso... Y por otro está el tema de cómo vos hacés el juego de que sos del sistema y al mismo tiempo jugás para los sectores populares.

Este ejercicio de su restringido espacio de poder que hacen las mujeres (y en el que se entrenan) se refleja también en rebanes populares y en múltiples prejuicios que hacen referencia a lo “engañoso” que resultan las mujeres, a lo que estas pueden lograr con sus “encantos”. Como dice la antropóloga Juliano, “hay una parcela del mundo total a la que quedan limitadas las posibilidades de actuación femenina”.⁹ De la misma manera que del indígena explotado se dice que es “ladino” y “traicionero”, puede decirse que cualquier grupo sojuzgado apela a formas de presentar resistencia “no formales”, no reconocidas socialmente, pero que son las únicas posibles en tales circunstancias. Bajo una aparente pasividad, pueden registrarse múltiples conductas que son producto y expresión de un particular lugar en la estructura social.

Una forma de definir estas conductas es, siguiendo a Juliano, como “subcultura” o cultura dominada de las mujeres y atender a estas formas de ejercicio de poder restringido, como “mecanismos adaptativos”, antes que formas “características femeninas”. Entiendo que las mujeres no han tenido oportunidad de desarrollar sus “formas características” o “su propia visión del mundo”, sino como grupo subordinado de la sociedad y en tanto que “los elementos constituyentes de su subcultura son fraccionarios, desarticulados y no suficientemente

⁹ JULIANO, Dolores: *op. cit.*

integrados en sistemas".¹⁰ Parafraseando a la propia Dolores Juliano:

Por una parte se les niega su capacidad de elaborar una visión propia del mundo, y por otra (se) les asigna una cosmovisión (incluyendo escala de valores y tipificación de roles) que aunque impuesta desde afuera, se pretende generada en el seno del grupo dominado. Más aún, se pretende que constituye "su propia naturaleza", más que su cultura.¹¹

Probablemente, esta "conspiración" no vaya más allá de los "pequeños secretos" de los que habla Goffman¹² y que son vistos como tales por sus protagonistas, mientras que para sus interactuantes (el "auditorio" de jefes y empleadores) aparecen como "misterios y secretos" sobredimensionados.

Ni tanto, ni tan poco. En el hogar, como en el ámbito laboral que ofrece la profesión de servicio social, la mujer encuentra —y usa— un espacio de poder Separado del de los varones, y dentro del cual ha generado una serie de mecanismos, que siendo adaptativos, se los pretende como "naturales o propios de la mujer".

Ambos espacios arrastran consigo la misma carga de mistificación y su "utilidad social" permanece oculta tras la modalidad del amor y del servicio a los demás. En ambos casos, el problema de la reproducción (social y de los sujetos) los explica, al

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*

¹² GOFFMAN, Erving: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu. Buenos Aires. 1981. Pág. 80.

mismo tiempo que la confinación de la mujer a ella, se legitima por el amor.

c. Los otros profesionales

En este punto habría que establecer una cierta diferenciación entre los profesionales de distintas disciplinas que interactúan con las asistentes sociales en las instituciones de bienestar social. Pero la información con la que cuento no es suficiente para establecer tales especificaciones, de manera tal que me referiré exclusivamente a aquellos profesionales que más comúnmente tienen relación con las asistentes sociales y con quienes además, comparten algunos aspectos de su historia. Me refiero a los médicos, abogados y —últimamente— psicólogos.

Si bien se puede ubicar al trabajo social como dentro del campo de las ciencias sociales, por su evolución hacia estas disciplinas, de las que recoge hoy su arsenal teórico, en sus inicios como profesión aparece íntimamente ligada a la medicina y luego al derecho. Dos líneas paralelas le dan contenido en sus orígenes: una que la definía como carrera paramédica y otra como para-jurídica. Ambas líneas tuvieron su correlato institucional en la Universidad de Buenos Aires: la primera, en lo que fue el curso de Visitadoras de Higiene, luego Licenciatura en Servicio Social en Salud, en la Facultad de Ciencias Médicas, y la segunda, en la Escuela de Asistentes Sociales de la Facultad de Derecho. A partir de 1981 ambas se fusionaron manteniendo la dependencia de la Facultad de Derecho, hasta 1985, en que la carrera

pasó á depender del Rectorado, para ser integrada en una proyectada Facultad de Ciencias Sociales.

Esto es importante de destacar porque, a pesar de haberse producido importantes cambios en el interior del campo del servicio social, tanto médicos como abogados ven en las asistentes sociales a un auxiliar suyo, situación que genera constantes reclamos y conflictos. En general, estos profesionales esperan que las asistentes cumplan todas sus indicaciones, tendientes a allanarles el trabajo a ellos. En los últimos tiempos un conflicto similar se presenta con los psicólogos, agravado por el hecho al que nos referíamos antes, de que en la búsqueda de un espacio más acotado y de mayor reconocimiento, se produjo un mayor acercamiento —por parte de las asistentes sociales, y sobre todo en los últimos años— a las teorías y al campo de la psicología. Esta situación produce, incluso, confusión de roles y objetivos que merece un análisis particularizado.

El problema no es con la institución, sino con los equipos psicológicos, porque está estereotipado un rol de cadete, reconocía Adriana.

Por su parte, Gabriela recordaba que

formalmente, tenemos asignado un rol de auxiliares del médico; estamos permanentemente disputando con ellos si nos mandan o no.

En una investigación llevada a cabo entre profesionales de un centro de salud por el Lic. Jorge Pustilnick, y a cuyos resultados tuve acceso por gentileza de su autor, se puede observar que médicos y psicólogos atribuyen a las asistentes sociales

funciones tales como: “promover un medio social adecuado”, “resolver los problemas laborales”, “asistir a las dificultades económicas”, entre otras menos pretenciosas como “facilitar la re-inserción de ex pacientes a su familia o comunidad” y “orientar en cuanto a costumbres y modos de vida que puedan perjudicar la salud mental”.

Como resulta obvio, ninguna de estas pueden ser “funciones” de una profesión, en tanto constituyen problemas estructurales de la sociedad. A lo que hay que agregar que en países con relativamente escaso desarrollo de sus fuerzas productivas y en períodos de crisis económica como la actual, ni siquiera existen recursos que permitan paliar, por lo menos, las situaciones individuales.

Estas exigencias desmedidas frente a las posibilidades reales de estas profesionales, contribuyen a reforzar, como se dijo antes, la imagen de ineficiencia que caracteriza a las asistentes sociales.

d. Los usuarios

Dos puntos importantes son necesarios tomar en cuenta en la relación asistente social-usuario. Por un lado, la relación de poder que se establece entre ambos; y por otro, la percepción, por parte de los usuarios, del poder relativo del espacio profesional de la asistente social. Otro aspecto a considerar, complementario de éstos, refiere al simbolismo del informe social y la visita domiciliaria.

1) En cuanto al primer aspecto, el usuario se encuentra en una situación de mayor indefensión, frente a la institución y la profesional. Hecho que se agudiza por la parcialización y la clasificación que se hace de los problemas sociales, lo que conduce, como señala Faleiros, a dificultar la relación de éstos con un sector o clase social determinada y a impedir, por lo tanto, la asociación entre los que padecen los problemas.

Así, para las instituciones de bienestar social hay problemas de salud, de vivienda, de ancianidad, de delincuencia, etc. Por otra parte, cada individuo se presenta solo a plantear *su* problema, a una institución cuyo funcionamiento no conoce y que generalmente está estructurada de acuerdo a pautas que le son ajenas.¹³ Esto coloca al usuario en

¹³ En su libro *Servicios de salud y sectores populares* (CEDES. Buenos Aires, 1984) Juan J. Llovet hace referencia a que “La reburocratización (de los servicios de salud) está «cargada» de ingredientes que acentúan disparidades y distancias de otra índole (por lo que) bajo ningún punto de vista, la reburocratización puede considerarse un hecho neutro, avalorativo. (...) La posibilidad de actuar con fluidez frente a esos requisitos depende del grado de eufonía entre el código institucional y el código mental con que se obra en la vida cotidiana. (Sin embargo) corrientemente los expertos que preparan los planes y las reformas en el sector salud parecerían no tener en cuenta las características socio-culturales de sus destinatarios, ni mucho menos sus opiniones (...) estos organizadores tienden a transferir a la organización los parámetros mentales de sus clases de pertenencia”. Consigna luego el ejemplo de una usuaria que había visto los carteles indicativos en el hospital, pero que para ella

situación de dependencia, que se manifiesta en la demanda a la asistente social, quien opera como mediadora y gestora entre él y esa organización burocrática, cuyos códigos no conoce y por tanto, no puede manejar. Esta actitud de indefensión, común y reiterada por cada usuario, es confundida, muchas veces, por las asistentes sociales —sobredemandadas y desprovidas ellas mismas de un bagaje teórico suficiente como para interpretar el carácter discriminatorio de la mayor parte de las normas institucionales— que creen ver en ella cierto infantilismo, pereza o simplemente abuso. Julieta decía:

A la gente le gusta más cuanto más le estás encima, cuanto más mamá y papá sos.

2) El otro punto que merece ser resaltado en relación con los usuarios, tiene que ver con la percepción, por parte de éstos, del grado de poder de las asistentes sociales y con las estrategias que, en consecuencia, elaboran.

Vengo sosteniendo que, aún tratándose de una actividad depreciada, las asistentes sociales manipulan un espacio de poder tal, que las lleva a tomar o a hacer tomar, decisiones importantes acerca de las vidas de las personas que requieren su atención. Y esto es así, porque más allá de cómo en definitiva se recorte ese espacio, quedan en manos del servicio social una serie de tareas —aparentemente menores e intrascendentes— pero no inocuas. De qué

no tenían ninguna utilidad ya que “yo no sé leer. Es lo mismo que no hubiera nada... (pág. 125).

y cómo informe depende la decisión de un juez, el acceso eventual a una vivienda de una familia pobre, el otorgamiento de préstamos y subsidios, la consecución de un documento, etc. Es por esto que insisto en la importancia fundamental que tiene la dimensión ideológica en esta actividad, pues es esta dimensión la que en última instancia determina los criterios con los cuales las asistentes sociales conducen su quehacer: qué y cómo se informa no tiene que ver con criterios puramente técnicos, sino básicamente con una visión determinada en la problemática social. La reflexión de Julieta es ilustrativa:

Hay cosas que me dan bronca, porque la gente especula con uno: no vienen acá por el programa, sino por la leche.

Sin embargo, sobre el mismo tema, Gabriela opinaba:

Aún con la asistencia en sí se hace justicia. Uno no tiene porque renunciar a la asistencia, sino estimular, al mismo tiempo, la participación, el cuestionamiento, etcétera.

Es probable que el usuario no discrimine (o no le interese) entre estas distintas posiciones ideológicas, pero sí sabe de la capacidad de decisión de las asistentes sociales y que la misma puede volverse a favor o en contra suyo. Parecería que la imagen que más habitualmente moviliza a los usuarios es aquella del control, de las “visitadoras” portadoras de normas y valores cuya observancia permite el acceso a la institución en cuestión o al beneficio esperado. Imagen heredada de aquellas señoras que premiaban

al “pobre vergonzante” o a la “mujer más sufrida y pobre”, pero también reactualizada por quienes tratan de “integrar correctamente al individuo al medio social en el que deben vivir”,¹⁴ o por quienes hoy “conocen” el modelo de “familia sana”¹⁵ o se proponen enseñar “normas de urbanidad y pautas de convivencia”.¹⁶

Esta percepción se pone en evidencia en una serie de estrategias puestas en práctica por los usuarios, a través de las cuales, los más hábiles en el manejo institucional, buscan representar un papel ajustado a estas expectativas. Algunas de estas representaciones resultan paradigmáticas, en tanto resaltan los valores del trabajo, la familia, la higiene, de manera suficientemente precisa, como para poder confeccionar un listado de los valores dominantes en la sociedad.

Roque, un vendedor ambulante, padre de 5 hijos de entre 1 y 7 años, cuyo caso llegó a un Tribunal de Menores a partir de una denuncia efectivizada por las autoridades de un hospital público, donde estuvo internado uno de los hijos con diagnóstico de desnutrición, acusado por su mujer de alcoholismo y de malos tratos con ella y sus hijos, al ser entrevistado por la asistente social e indagado acerca de estos problemas y de su actividad laboral, presentó una historia según la cual debió dejar de trabajar para ayudar a un vecino, y estuvo al borde del llanto para probar su arrepentimiento por el trato dado a su mujer y sus hijos.

¹⁴ Revista *Vosotras*: art. cit.

¹⁵ CONTRERAS: op. cit.

¹⁶ Asistente social Julieta.

Otra estrategia que es habitual en los usuarios de instituciones de acción social ante la asistente social, es la del “pobre vergonzante”, confirmatoria también de las expectativas y concepciones acerca de la pobreza y del carácter de “beneficio otorgado” y no de “derecho conseguido” que sigue teniendo la asistencia.

Los usuarios de larga experiencia suelen, por su parte, “facilitar” la tarea indagatoria de la asistente, acercándole la información de manera detallada. Este es el caso de la señora que debía renovar un subsidio para un hijo minusválido y que confeccionó una lista de los gastos diarios donde se incluían hasta la cantidad, marca y precio de los cubos de caldo utilizados.¹⁷

Impactar a la asistente social con cuadros patéticos es otra alternativa: una abuela que esperaba un préstamo para vivienda, se quitó el ojo de vidrio y lo mostró con la mano extendida como prueba de su accidentada historia.

Pero estas estrategias no siempre se resuelven en resultados positivos para el usuario. Suele ocurrir que la asistente social mantenga ventaja y controle la situación de interacción, particularmente por el uso de técnicas e instrumentos que le permiten corroborar la actuación del usuario: una indagatoria exhaustiva, una visita no programada al domicilio, la interconsulta con colegas de otras instituciones por las que ya haya pasado la persona, etc. O simplemente, por gestos,

¹⁷ El ejemplo se lo debo a la Lic. Claudia Danani.

actitudes y expresiones, que quedan fuera de su control.

3) La visita domiciliaria y el informe social. En la relación entre asistente social-usuario, tienen importancia fundamental dos recursos técnicos: la visita domiciliaria y el informe social. Postulo que tanto una como el otro han sido (son) instrumentos de control. La actitud de los usuarios frente a la visita, particularmente, delata este contenido.

Tanto la visita como el informe aparecieron como los elementos adecuados para evitar que las instituciones de beneficencia fueran “engañadas” por los “falsos pobres” y ejercieran, así, “una influencia desmoralizadora, que apartara al hombre de la senda de trabajo y de obrero honesto y emprendedor”.¹⁸ Y también como una forma de acercar valores y modelos de comportamientos a estos sectores.¹⁹

Ante los posibles engaños, nada más conveniente que comprobar con los propios ojos lo que el usuario cuenta, porque además, permite acceder a una cantidad de información adicional obtenida no solo de la observación, sino también por los vecinos, los maestros, etc. Aún hoy un formulario de Historia Social registra los siguientes ítems: descripción del mobiliario; alimento y bebidas (tipo y cantidad); presencia de delincuentes o “desadaptados” en la familia; tipo de familia: nuclear,

¹⁸ Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. 1934. Tomo III. Págs. 5-7.

¹⁹ Ver capítulo II de este informe.

extensa o residual; presencia de padrastro o madrastra; historia jurídica; historia laboral; historia educacional; tipo de relación con los vecinos, etcétera.²⁰

De la visita y el informe respectivo, depende en muchos momentos, la resolución de los casos. Eso explica, entre otras cosas, la insistencia de mucha gente en que lo visite la asistente social, “para que usted vea que nosotros somos pobres, pero tenemos la casita limpia”.

Don Eustaquio, miembro de una familia de paraguayos, padre de tres hijos y con la esposa cardíaca, insistía permanentemente en que la asistente social fuera a conocer sus frutales, sus verduras y su casa. Finalmente se sinceró: “Venga a ver que lo que le cuento es cierto, somos gente de trabajo, mi casa está limpia y mis hijos son honestos”. Su gesto de asombro fue elocuente cuando la asistente le dijo que nunca había dudado de la veracidad de sus afirmaciones.

Sin embargo, la “visita” goza de gran prestigio entre estas profesionales y es difícil que alguna ensaye una crítica sin ser tildada de “asistente social de escritorio”.²¹ Analía manifestaba su preocupación

²⁰ Formulario tipo de Historia Social de una institución del área de salud.

²¹ Esta calificación tiene su origen en la época en que el servicio social era definido como una “actividad científica” que implicaba el análisis de la información recogida por la visitadora social.

acerca de que no se puede comprender la pobreza si no se pisa el barro de las villas.

La visita tiene, por un lado, una “función objetiva”, y por otro una significación simbólica. Esto es, que la visita al hogar de los pobres representa un gesto de humildad y de “igualación simbólica” de los polos de una interacción objetivamente asimétrica. Por otra parte, aparece también como signo de compromiso con éstos.

Finalmente, suele ocurrir también que los usuarios perciban los esfuerzos de la asistente social por resolver su caso, como cierto tipo de favores personales que merecen ser recompensados. La asistente suele recibir, de parte de sus asistidos, pequeños presentes que constituyen la demostración, por parte de aquél, de que su esfuerzo le fue reconocido. Situación difícil para una asistente social, por cuanto rechazar el regalo puede ser interpretado como una ruptura del vínculo afectivo creado a lo largo del proceso de interacción. En tanto que su aceptación constituye una forma de convalidación de la relación de asistencia como un intercambio de favores de tipo personal. Lo cual no hace más que consolidar el mito de la parcelación y la individualización de los problemas sociales. Este tipo de percepción se pone de manifiesto en expresiones como las de Juan: “Usted sí que es mi ángel de la guarda”.

Faleiros dice al respecto:

Sin poder tener decisión a nivel global, se utiliza la manipulación de pequeños recursos para reforzar su

propio poder personal. Así, las relaciones personales con la clientela esconden una relación de poder mucho más amplia en que el asistente social se inserta frente a una población dividida y carente de poder sobre su vida. La obtención de beneficios, de leche, de un par de anteojos o de un préstamo, puede significar la sobrevivencia emergencial de personas en situaciones específicas.²²

Un fenómeno importante de destacar es que en la relación asistencial, el poder de clase se impone sobre la relación de poder entre los sexos. Julieta hacía alusión a que uno de los planteos más habituales de las mujeres de la comunidad en la cual trabaja, tiene que ver con la violencia de que son víctimas por parte de los maridos. Interrogada acerca de qué hacía frente a tales circunstancias, comentaba lo siguiente:

Primero hablo con las mujeres, porque seguramente el hecho de que vengan a contármelo, es un signo de mejoría, porque ya no aguantan más esa situación, que generalmente arrastran de hace tiempo. Eso les hago ver... y que es el marido el que tiene problemas, ya sea porque se quiere hacer el macho o porque es alcohólico. Después hablo también con los maridos. Al principio tenía recelo de que me sacaran con un "y a usted que le importa, para qué se mete", y que después le dieran una paliza más grande a la mujer, que vino a decírmelo. Pero sin embargo no fue así, siempre tuve buena recepción.

Cualquiera sea la imagen de la asistente social, depreciada o no, desacreditadas por sus jefes y por los demás profesionales, frente a los sectores

²² FALEIROS: *op. cit.* Págs. 19-20.

usuarios ellas representan también el poder del Estado.

2. La institución

Otro factor que aparece importante en la definición del rol de la asistente social y en la mayor o menor autonomía de su función, es la institución en la cual trabaja.

En relación a éstas, es necesario diferenciar entre los objetivos y funciones explícitas y “los intereses objetivos” de las instituciones de asistencia. Aquellos son los manifiestos, los que aparecen en las actas fundacionales o a nivel de lo obvio. Así, una institución de menores, por boca de sus funcionarios, se propone “dar protección y asistencia a los menores que no la poseyeran”; una de ancianos, deberá “ocuparse de la ancianidad desprotegida”, etc. En cuanto a los “intereses objetivos”, hacen a la función “objetiva” que vienen a cumplir las instituciones de bienestar social en la reproducción y el control social. Esta función adquiere características específicas en cada una, y se lleva adelante por una diversidad de mecanismos, uno de los cuales, como se dijo antes, tiene que ver con la presencia, dentro de ella, de asistentes sociales. Los primeros contribuyen a que esta verdad objetiva no se haga evidente y a legitimar la autoridad de la institución en cuestión. No obstante, cada una de ellas goza de cierta autonomía relativa, que tiene que ver con la particularidad de cada una y que se constituye en el espacio específico de la lucha

de clases, por el control del poder dentro de las mismas.²³

La información con que cuento no es suficiente para determinar qué características de éstas son importantes, qué tipo de estructura favorece o desfavorece la autonomía o cuáles son más o menos permeables a los cambios en la definición del rol de las asistentes sociales. Por el momento sólo puedo señalar que la naturaleza de la institución es una variable relevante, que además, está sobredeterminando las expectativas y la interacción de los agentes intervinientes. Las marcadas diferencias que se observan entre el espacio profesional en una empresa y en un organismo de derechos humanos, como extremos opuestos de un imaginario *continuum*, puede orientar la pesquisa en ese sentido.

²³ Ver Bourdieu y Passeron: *op. cit.* y también: FERNÁNDEZ, Arturo: "Análisis genético de las ideologías y formación del trabajador social". En: Revista *Acción Crítica*. N° 18. CELATS, Lima. Dic. 1985.

CAPÍTULO VI

SISTEMA EDUCATIVO, AUTOSELECCIÓN Y REPRODUCCIÓN DE LA DESIGUALDAD DE GÉNERO

INTRODUCCIÓN

El presente capítulo tiene por objetivo centrarse fundamentalmente en los aspectos subjetivos que confluyen para dar una explicación objetiva a un fenómeno social que, en tanto tal, trasciende lo individual.

Esto en la medida que entendemos que una explicación acabada de la problemática de la mujer — y particularmente, en este caso, de las asistentes sociales— debe enmarcarse en los aspectos estructurales, pero también bucear en aquellos particulares y subjetivos, que permitan entender a la mujer como sujeto social y, por lo tanto, en condiciones de realizar elecciones y plantearse opciones, y no como mera “víctima” y objeto de manipulación por parte de “hombres complotados” para sojuzgarla

En el capítulo anterior se vio a las asistentes sociales en sus lugares de trabajo, ocupando determinados espacios dentro de los cuales sus conductas asumen una diversidad de formas, que definimos como “respuestas adaptativas”, lo que en nuestra concepción no significa ni pasivas ni

reproductivistas, sino de transacciones con el poder institucional y sus representantes.

Vimos también que el propio espacio profesional de las asistentes sociales no es ni inocuo, ni intrascendente, sino que ella misma ejerce y representa al poder, lo que es percibido desde los usuarios de la institución y además ejercido por estas profesionales, en un interjuego institucional, donde las contradicciones sociales, ideológicamente expresadas por distintos sujetos intervinientes, juegan un papel definitorio.

El desarrollo de este capítulo, que fundamentalmente fue el producto de indagar acerca de las motivaciones de las mujeres que eligen ser asistentes sociales y de las características que en esta área particular asume el sistema de enseñanza, se utilizó una metodología que, en principio, ubica el análisis particular en la generalidad estructural, y que combinó técnicas estadísticas y de encuestas con la observación y la participación, a través de la labor docente y de diversas actividades ligadas a ella.

Con relación a los aspectos técnicos, ha sido elaborado un cuestionario de encuesta que fue respondido por alumnos ingresantes a la carrera de servicio social de la UBA, el primer día de clase y antes de recibir ningún tipo de información o comentario por parte del equipo docente acerca de la carrera que habían elegido, orientación de la cátedra, etc. La precaución apuntaba a limitar al máximo la incidencia de variables ligadas a la institución de la que comenzaban a formar parte.

No obstante, es importante señalar que muchos de ellos ya habían mantenido contacto con alumnos de años anteriores, de quienes habían recibido cierta información sobre la carrera, su proceso, sus cambios, y de la propia cátedra de la que formo parte, la que había generado especiales expectativas. Algunos de ellos, inclusive, ya habían accedido al manejo de alguna bibliografía del propio titular de cátedra.

A pesar de ello —o por ello— los resultados son más significativos. El cuestionario fue respondido por 69 alumnos, de los cuales 4 son varones (el 5,8%). El total de ingresantes en ese año fue de 346, 23 de ellos varones (es decir, el 6,64%). Sesenta y nueve alumnos representan el 19,95% del total de ingresantes.

En cuanto a los datos a relevar, estaban organizados en 5 bloques. El primero de ellos, dividido a su vez en cuatro partes, requería, en la primera, datos personales (no identificatorios); la segunda buceaba acerca de la familia de origen del alumno (trabajo de ambos padres, situación económica), la tercera era exclusivamente para aquellos que tuvieran pareja estable y la cuarta para quienes la hayan tenido alguna vez (viudos, divorciados, separados de hecho).

El II bloque refería a la infancia del encuestado y a su educación primaria; el III a la adolescencia y educación secundaria; el IV era exclusivamente para quienes tuvieran hijos y el V incluía preguntas específicas acerca de la elección de la carrera. El

análisis de estos datos fue complementado con la observación y la información surgida del trabajo conjunto a lo largo de un año.

Pero además se toman en cuenta fenómenos ligados específicamente a la institución, como contenidos y calidad de la enseñanza, niveles de exigencia, grado de integración en el contexto universitario, expectativas del alumnado en relación con la formación y expectativas docentes en relación al rendimiento del estudiantado, etcétera.

Cabe aclarar, por último, que mi participación como docente, no está ligada a la necesidad de contar con esta información —si bien el hecho de que se diera esta posibilidad fue altamente positivo para el desarrollo de la investigación— sino fundamentalmente a mi compromiso con una disciplina de la que participan una mayoría abrumadora de mujeres y que —como se intenta demostrar con este trabajo— brinda una importante alternativa de superar las acciones manipuladoras dirigidas a los sectores populares, al mismo tiempo que pone al descubierto el rol político jugado por la mujer en la producción y la reproducción social. Esto a condición de que dentro de la profesión —y entre estas mujeres— se genere un profundo debate sobre estos temas, no sólo en términos puramente ideológicos y apasionados, sino además —y fundamentalmente— desde una perspectiva teórica sólida y clara. A esa perspectiva pretendo contribuir con este trabajo, con la convicción de que serán las nuevas generaciones de estudiantes las que llevarán

adelante cualquier alternativa superadora del control y la manipulación.

A- QUIÉNES ESTUDIAN TRABAJO SOCIAL¹

Algunos datos ya se adelantaron en la introducción, y en realidad, ellos no confirman más que lo obvio: los estudiantes de trabajo social son en su mayoría mujeres. Concretamente, en el momento en que se llevó a cabo la investigación, el 93,36%. Datos más actuales señalan cifras similares: el 92,31% de los ingresantes a la carrera en 1987, son del sexo femenino.

Hay, sin embargo, otro tipo de información que registra cambios que se van produciendo en la profesión, pero que se ligan con transformaciones operadas en la situación social de la mujer.

En el capítulo anterior vimos que, de las profesionales, muchas de quienes habían seguido la carrera, lo habían hecho después de algún (o algunos) fracaso anterior en otra carrera universitaria, como alternativa ante la presión familiar o, ya adultas, como una forma de reemplazar el tradicional magisterio —que les permitía seguir siendo en primer lugar, madres y esposas— por otra profesión corta,

¹ Se vienen utilizando indistintamente las denominaciones “servicio social”, “trabajo social” o “asistencia social”, aunque la tendencia actual apunta a unificar la misma en “trabajo social”. En 1987, la carrera de la UBA, junto con el Plan de Estudios, cambió la denominación y pasó a ser “Carrera de Trabajo Social”.

fácil y con rápida salida laboral, que le brindara similares alternativas. Ambas, además, le permitían aprovechar sus “características femeninas”. Esto parecía tener más vigencia entre las profesionales de mayor edad que entre las jóvenes.

Las nuevas alumnas, sin embargo son muy jóvenes en su mayoría y un bajo porcentaje tiene alguna profesión anterior (de las entrevistadas, 8 son maestras y 1 tiene una profesión técnica auxiliar. En total, 13,859% de las mujeres de la muestra. Además, 26 alumnos (el 37,68%) tenían en ese momento entre 18 y 19 años; 21 de ellos (30,43%), entre 20 y 21 años; 9 (13%) entre 22 y 23 años. Es decir que el 81,11% tenía al ingresar menos de 23 años. El resto se repartía entre los 24 y 29 años (13%); entre 35 y 39 años (4,36%) y hay una que no contesta.

Estos datos están indicando que ya no se trata de la única opción después de la oposición de la familia a que estudiaran o de reiterados fracasos, sino que ha sido una elección hecha entre otras opciones. Más aún, en algunos casos se pudo saber que la familia se oponía a que estudien una carrera “de la que no iban a poder vivir”. Es decir, ya no se espera “un marido que mantenga” sino que, más allá de posiciones, la realidad indica a estos padres que también las mujeres deben “asegurarse el futuro” por sí solas.

CUADRO 1			
Edad	Trabaja	No trabaja	Total

SISTEMA EDUCATIVO, AUTOSELECCIÓN Y REPRODUCCIÓN DE LA DESIGUALDAD DE GÉNERO

	Casos	% ^(*)	Casos	% ^(*)	Casos	% ^(*)
18-19	13	50,00	13	50,00	26	37,70
20-21	16	76,19	5	23,80	21	30,45
22-23	8	88,80	1	11,10	9	13,00
24-25	4	100,00	–	–	4	5,80
26-29	5	100,00	–	–	5	7,25
30-34	–	–	–	–	–	–
35-39	2	66,66	1	33,33	3	4,35
N/c edad	1	100,00	–	–	–	1,45
Total	49		20		69	100,00
% del total	71		29			100,00

(*) obtenido sobre el grupo de edad

Los datos que se obtienen del último bloque (cuándo decidió estudiar servicio social) confirman la apreciación de que la carrera ha sido elegida: 42 alumnos (60,87%) tomaron la decisión durante el transcurso del secundario, en el último año de éste o mientras cursaba el Ciclo Básico Común en la Universidad. Pero además, hay 9 (13%) que decidieron hacer la carrera 2 ó 3 años después de finalizar la escuela media, si haber hecho antes otros intentos. Es decir, se tomaron un tiempo y esta fue la primera opción. Sólo 1 abandonó Bioquímica y otra el segundo año de enfermería.

CUADRO 2	
Ocupación	Casos
Docencia pre-primaria	3
Empleo administrativo	21
Cuenta propismo	3
Instrumentadora quirúrgica	1
Pequeña empresa familia	1
Docencia primaria	6
Baby sitter	2
Alfabetización	1
Docencia primaria con adultos	1
Empleo en comercio	1
Publicidad	1
Técnico de laboratorio	1
Empleo doméstico	3
Enfermería	1
Ad-honorem	1
Total	49

No obstante, de las 9 “con profesión anterior” hay que señalar que todas vienen de profesiones consideradas “femeninas”. Pero igualmente la elección fue “libremente” hecha y no como último recurso o por imposición y/o prohibición familiar. Esto se corresponde con una serie de cambios que se han venido operando en nuestra sociedad en relación con

la mujer y las relaciones de género, por las cuales la exclusión aparece como “auto-exclusión” en una sociedad que, en lo formal, no discrimina. Todos los datos que siguen vienen a confirmar esta hipótesis.

El estado civil² se corresponde, en proporción, con las edades, ya que 62 (89,86%) son solteros; 5 (7,25%) tienen pareja; hay una persona divorciada y una no contesta. Coincidentemente sólo 2 del total tienen hijos.

Un dato interesante se refiere a la actividad laboral: 49 (71%) alumnos trabajan, entre ellos una importante proporción de los más jóvenes. El cuadro 1 lo muestra claramente.

En cuanto al tipo de actividad, el empleo administrativo es el que absorbe a la mayor parte de estos trabajadores: 20 (40,82%) de los que están ocupados. La distribución se ve en el Cuadro 2.

El alto porcentaje de estudiantes jóvenes que trabajan, podría hacer inferir la existencia de una situación económica familiar más o menos crítica, de la misma o parecida proporción. Sin embargo, si se comparan estos datos con “actividad del padre” y “tipo y cantidad de bienes poseídos por la familia”, esta inferencia se desvirtúa. Así, para el primer caso, sólo 8 padres son ubicados en la categoría “obreros”, 6 como “empleados administrativos” y 1 “desocupado”. El cuadro 3 muestra los resultados.

² No se toma en cuenta acá la formalización del vínculo, sino solamente su existencia como relativamente estable.

Pero esos datos son más relevantes si se comparan con otros indicadores, que señalan que de los 69 casos, 37 (53,62%) poseen automóviles (7 de ellos más de uno); 56 (81,16%) poseen vivienda propia; 24 (34,78%) tienen además otros bienes, como campos, casas de veraneo, departamentos en alquiler, negocios, etc. y 18 (26,09%) cuentan con servicio doméstico (ver cuadro 4).

CUADRO 3	
Ocupación del padre	Casos
Obrero	8
Empleo administrativo no jerárquico	6
Empleo jerárquico	6
Jefes de personal	4
Pequeña empresa	2
Comercio	9
Técnicos	4
Profesional universitario	6
Militar (no se especifican grados)	2
Docente secundario	1
Periodista	1
Contratista rural	1
Transporte privado	1
Ganadero	1
Jubilado (sin especificar)	1
Fallecidos –Docente	1

– Empresario	1
– No aclara	6
Desocupado	1
Total	62

Nota: Se toman en cuenta el caso de los entrevistados solteros, en tanto se presupone como más probable que sean asistidos económicamente por la familia.

Estos datos desvirtúan otras de las suposiciones corrientes acerca de estos estudiantes: de que se trata de jóvenes provenientes de familias de muy escasos recursos en su mayoría.

En las entrevistas a profesionales ya encontramos que en general no se trataba de “mujeres pobres”, sino más bien la relación podía estar dada, sobre todo en los casos de mayor edad, con la pertenencia a una familia cuya ideología se correspondía con ciertos valores inspirados en el tradicionalismo oligárquico, aunque en términos materiales se traten de sectores medios o medios altos. La presencia paterna en tales familias aparecía como fuerte y con perfiles autoritarios.

La situación económica familiar de estos estudiantes es suficientemente diversa como para hacer inferencias “economicistas”. No puede apreciarse, sin embargo, el papel jugado por el universo ideológico familiar, en tanto no se trabajó en ese sentido. Lo cierto es que no se expresan presiones concretas por parte de la familia, a lo que hay que agregar que ya no se trata de “carrera corta”,

puesto que requiere de por lo menos 5 años de estudio, igual que la mayoría de las carreras universitaria. Además, el hecho de que buena parte de ellas trabaje, garantiza también su independencia frente a la familia.

CUADRO 4		
Situación económica familiar		
Bienes	Casos	%
Vivienda propia	56	81,16
Automóvil	34	49,27
- Más de 1 automóvil	7	
- Modelo 80 en adelante	12	
- Modelo 76 a 79	10	
- Modelo 70 a 75	5	
- Anteriores al 70	3	
- No informan	11	
Casas de veraneo y otros bienes inmuebles	24	34,78
Servicio doméstico	18	26,09

Nota: Sobre 69 encuestas

Esto viene a confirmar nuevamente la hipótesis de la “autoselección” y de que estas jóvenes eligen la carrera libres de presiones inmediatas.

El problema de la “victimización” de las mujeres tiene más asidero como explicación, si se la refiere a aquellas generaciones mayores, donde las prohibiciones eran explícitas y la autoridad paterna y el control social se expresaban abiertamente en forma de sanciones. Recordemos aquella anécdota de la colega que en su acto de graduación fue testigo involuntaria de la preocupación del padre por su futuro matrimonial “si ganaba tanto”.

Hoy la Universidad, los centros de estudiantes, los colegios profesionales, etc. no muestran disposiciones discriminatorias. Sin embargo, en una carrera donde cursan más del 90% de mujeres, el Centro de Estudiantes cuenta con una alta representación masculina y hasta las elecciones de 1986, venía siendo presidido por varones.

Volviendo a la tradición de “carrera corta, fácil y con rápida salida laboral” (para mujeres) ésta se mantiene como presupuesto que juega negativamente —como uno de varios elementos— en la posibilidad de elevar los niveles de excelencia académica a la altura que un ámbito universitario debería exigirlo. Esto se manifiesta en las diferentes instancias del sistema educativo. Para los alumnos, está descontado que no tardarán un solo día más de los 5 años para graduarse. El docente, a su vez, se ve condicionado a no trabar esta posibilidad con exigencias consideradas “desmedidas” para

asistentes sociales. El egreso de todos en el tiempo estipulado por el plan seda esperable solamente en óptimas condiciones de funcionamiento del sistema educativo. Como esto no es así, tanto a nivel de la universidad en su conjunto, como de la carrera en particular el cumplimiento de aquella expectativa indica la incidencia de factores que van más allá del sistema educativo, ligados a las propias concepciones acerca de esta profesión.

A estos factores se suman otros, como la concepción acerca de “práctica” que es dominante (concreto versus abstracto) y que coloca a ésta como alternativa real de aprendizaje (algo así como “la escuela de la vida”] sin asumirse cabalmente que “h práctica” tiene objetivos y contenidos variables que deben ser teóricamente definidos. El concepto de “praxis”, como síntesis de teoría y práctica, guiada por un objetivo consciente de transformación, es tomado asiduamente en el discurso, pero no asimilado como base para el funcionamiento del sistema educativo, en el que se ponen grandes expectativas en unas “prácticas” que en realidad se asimilan al “practicismo” dominante en la profesión. Históricamente, argumentos anclados en “la voluntad de hacer” (por amor o por compromiso) han servido de justificación a la intervención autoritaria en la vida de los pobres.

Finalmente, toda la institución educativa está condicionada por esta tradición de “lo rápido y lo fácil” que, entre otros factores, conduce a que los alumnos no cursen las materias que sus condiciones de tiempo le permiten para lograr un buen aprovechamiento de

las mismas, sino “todas las que se dictan” y que corresponden al año de estudios en que se halla, con la consiguiente disminución en el aprovechamiento y en el rendimiento.

A esto se suman problemas de índole estructural (tanto de la universidad como de la carrera) y coyunturales (también de ambas) que en conjunto conforman un cuadro desalentador y expulsor de docentes, sobre todo de aquellos que no tienen compromisos particulares con la profesión — como es el caso de los propios trabajadores sociales— y que por sus antecedentes profesionales tienen fácil acceso a espacios laborales más gratificantes. Es habitual recoger opiniones del tipo “esto es una falta de respeto, en la facultad de... no pasan estas cosas”; o “yo a esto me lo voy a tomar con calma”, queriendo decir “sin tanta dedicación”; o “esto es poco serio”, etcétera.

En cuanto a los propios trabajadores sociales su misma experiencia educativa y la falta de comparación con otros ámbitos universitarios, los conduce a actitudes de “lamento” sin correspondencia con acciones consecuentes para transformar las bases estructurales del que debería ser el centro educativo más trascendente de la profesión. Se establecen canales informales de negociación (individuales o por cátedras) tanto con el alumnado como con el poder político de la institución, sin lograrse estructurar acciones colectivas con objetivos comunes.

La amplia diversidad tanto en “lo que es”, como en “lo que debería ser” la profesión, que se viene registrando desde la experiencia desarrollista, y la indefinición que le impone su “función objetiva” en el control social y la legitimación del sistema, son factores que deben tenerse en cuenta en el análisis de esta realidad.

La diversidad de enfoques no se expresa hasta ahora de manera explícita; domina si un discurso común sumamente general a través del cual no se manifiestan tales diferencias, las que sin embargo, están presentes en forma de “desconfianzas negadas” entre los colegas profesionales.

El otro elemento a atender para la comprensión de esta actitud, es esa “cultura adaptativa” que desarrollan las asistentes sociales y que las lleva a no enfrentar directamente el poder, sino a transgredirlo en sus prácticas cotidianas.

B- ¿ELECCIÓN LIBRE O AUTO-SELECCIÓN DETERMINADA?

1. Proceso formativo

a. La madre como modelo femenino de identificación

En la primer parte del cuestionario se inquirió acerca de la historia real laboral de las madres de este grupo de estudiantes. Los resultados son sumamente significativos y merecen verse en el cuadro 5. Como se observa en él, la mayoría de estas madres no poseen trabajo remunerado. De las que sí

lo tienen, la mayoría son docentes primarias; hay una sola profesional universitaria y la única empleada pública es también la única que tiene un cargo a nivel gerencial.

CUADRO 5		
Trabajo de la madre		
Tipo de trabajo	Casos	%
Ama de casa	37	53,62
Actividad remunerada	19	27,54
- Docente	7	
- Empleo Administrativo	2	
- Comerciante	5	
- Empleo doméstico	1	
- Artesana	1	
- Psicóloga	1	
- Empleo público	1	
- Obrera	1	
Jubiladas (no especifican)	3	4,35
Fallecidas	4	5,80
- Ama de casa	2	
- No informan	2	
No contesta	6	8,70

Total	69	100,00
-------	----	--------

Es interesante señalar que en tres de las encuestas se consigna “ama de casa” como profesión, aún tratándose de casos con trabajo remunerado. Podemos inferir que para estas jóvenes la condición de “ama de casa” es primordial e inmanente a la condición de mujer casada. Al mismo tiempo, otras tres encuestas definen como “trabajo” a las tareas domésticas, dejando explicitado que el hecho de no ser pago no le quita su condición de tal.

De las 19 que trabajan actualmente, 10 lo hacen desde antes de casarse sin interrupción; 3 comenzaron a trabajar luego de que sus hijos fueron grandes; 4 dejaron el trabajo para casarse y lo retomaron después de criar a los hijos; una comenzó a trabajar cuando quedó viuda y la última, que también había dejado el empleo al casarse, lo retomó antes de que naciera su último hijo.

De las que se definen como “amas de casa” exclusivamente, encontramos que 24 alguna vez trabajaron y luego dejaron y 9 nunca tuvieron trabajo remunerado (cuadro 6).

CUADRO 6		
HISTORIA LABORAL DE LA MADRE		
		%
Alguna vez tuvo trabajo remunerado	24	64,87

Nunca tuvo trabajo remunerado	9	24,32
No contesta	4	10,81
Total	37 ^(*)	100,00

(*) Total de las madres que actualmente son únicamente “amas de casa”.

Cabe apuntar que de las 4 madres fallecidas, por lo menos 2 de ellas no tenían trabajo remunerado, pero no se consigna más información.

En relación a las 24 que alguna vez trabajaron, encontramos que 21 dejó su empleo antes de casarse (70,83%) y sólo 4 de ellas (16,67%) lo abandonaron con los embarazos o nacimientos de los hijos (cuadros 7 y 8).

CUADRO 7		
MOMENTO DE SU HISTORIA VITAL EN QUE DEJARON EL TRABAJO REMUNERADO		
Momento	Casos	%
Antes de casarse	17	70,83
Al embarazo o nacimiento del primer hijo	3	12,50
Al embarazo o nacimiento del segundo hijo	1	4,17
Después de casarse, sin especificar cuándo	2	8,33

Otros	1	4,17
Total	24	100,00
CUADRO 8		
ABANDONO DEL TRABAJO REMUNERADO		
Causa	Casos	%
Atención de los hijos	9	37,50
Casamiento	8	33,33
Atención de tareas domésticas	4	16,65
Otros	2	8,34
No contesta	1	4,17
Total	24	100,00

En resumen, puede señalarse que la mayoría de las madres de estos alumnos no tienen trabajo fuera del estrictamente doméstico, o por lo menos no tienen una actividad que visualicen como tal. De las asalariadas, la mayoría son docentes (profesión tradicionalmente femenina); hay una sola universitaria, en una disciplina también de carácter humanístico y de “servicio” y también una sola tiene un empleo jerarquizado. Varias de ellas nunca trabajaron fuera del hogar y son más las que dejaron su empleo frente a la alternativa del casamiento y los hijos. Circunstancia que hoy sus hijas consignan con

naturalidad: “dejó porque se casó” o “para atendernos a nosotros” o “para dedicarse a las tareas del hogar”.

De tal manera, el modelo de identificación que gran parte de estas jóvenes han tenido, se corresponde mayormente con las expectativas sociales en relación al rol de la mujer, ligado a la presencia de la madre en el hogar, en cuyo altar se ofrendan inteligencias, capacidades y virtuosismos.

La naturalidad de las respuestas “porque se casó” expresa casi una obviedad, que no se pone en duda, que no se discute, porque “así debe ser”. En las conversaciones cotidianas, sin embargo, esto se percibía muy relativizado, lo que puede tener que ver con una adscripción no absoluta a ese modelo y con cierta desestructuración a partir incluso de la relación docente establecida y de la inclusión periódica de esta temática en las clases.

Igualmente, la joven que eligió la carrera “porque también quiero algo que me permita casarme y tener hijos”, muestra que la “domesticidad” juega un papel relevante en la planificación del futuro y el desarrollo de habilidades y cualidades. ¿Acaso los varones dejan de casarse y tener hijos por dedicarse a la electrónica? La experiencia no les permite siquiera imaginar la necesidad de tal opción. Esto no es así para las mujeres, para quienes su experiencia como grupo humano, les presente lo profesional y lo afectivo como esferas dicotómicas.

b. La educación formal

Al inquirir acerca del tipo de colegio en el que han cursado la enseñanza primaria, se obtienen los resultados del cuadro 9, según el cual, el 50,73% hizo la primaria en colegios religiosos, de los que más de la mitad no eran mixtos.

A los efectos de contrastar este dato, es interesante consignar que la matrícula nacional³ de alumnos primarios entre 1980 y 1983, indica que el 82,04% de la misma corresponde a colegios estatales y sólo el 17,96% a escuelas privadas, entre las que se encuentran religiosas y laicas.

En cuanto a la educación media, cursaron en colegios religiosos el 49,28% de la muestra el 42,03% en escuelas estatales (cuadro 10), en tanto que la matrícula nacional para el período 1980/83 da el 70,03% en colegios estatales y 29,97% en colegios privados (religiosos y laicos).⁴

Los datos para la década del 70 no son significativamente variables, pero además, por las edades, gran parte de nuestros entrevistados ha debido terminar la escuela secundaria por esta época.

A los datos que se consignan en los cuadros 9 y 10, conviene hacerles algunas observaciones. En primer lugar, las escuelas religiosas a las que concurrieron estos alumnos, son —salvo una— todas

³ "Evolución de la matrícula 70/83". Ministerio de Educación. Dirección Nacional de Investigación, Experimentación y Perfeccionamiento Educativo. Serie: Situación Educativa Argentina, N° 15

⁴ *Ibid.*

católicas.⁵ En segundo lugar, según surge de las encuestas, en la promoción de la primaria a la secundaria, hay 10 alumnos que habiendo hecho los primeros estudios en escuelas del Estado, pasaron a cumplir el ciclo medio en colegios confesionales. A su vez, 8 hicieron el proceso inverso. Una pasó de escuela laica a otra religiosa y otra más de escuela estatal a un Colegio dependiente de Institutos militares, con servicio religioso. De manera que si además de los porcentajes de alumnos que se mantuvieron en la misma categoría (31 de ellos no cambiaron) tenemos en cuenta aquellos que en algún momento pasaron por escuelas confesionales o con enseñanza religiosa, el número se aumenta, porque si en la primaria, de los 31 que iban a escuela estatal, lo pasaron a un secundario religioso y una a otro con servicio religioso, allí hay 41 alumnos que por lo menos recibieron una parte de su formación en colegios de este tipo.

El otro dato que hay que destacar es el de los colegios no mixtos. En lo que hace al área del Estado, 4 alumnas hicieron la escuela primaria en colegios de mujeres y en la secundaria esta cifra aumenta a 10. Por su parte, los colegios religiosos para niñas albergaron a 18 de estas alumnas (los 2 de diferencia con los datos del cuadro 9 corresponden a 2 varones

⁵ Algunos de los consignados son: Orden de San José; Divina Pastora; Dominicas de la Misericordia; Hermanos Lasalleanos; Salesianos; Carmelitas Descalzas; Misioneros del Sagrado Corazón; Pasionistas; Hermanas Cabrinianas; Hermanas del Socorro; Hermanas de la Misericordia; Hermanas de la Caridad; Franciscanos; etcétera.

que se mantuvieron en colegios religiosos no mixtos durante toda su formación) y en el secundario a 23. Es decir que, en el caso de las escuelas religiosas para ambos niveles, el caso de las “no mixtas” es superior a las “mixtas”, a las que hay que agregar los “colegios de señoritas” del propio Estado, que en caso de la escuela medir alcanza una cifra por lo menos significativa.

Es importante asociar las expectativas educativas (a nivel formal) de estas jóvenes con las concepciones que sustentan las mismas y con las características de este particular campo profesional.

CUADRO 9										
Educación Primaria										
Alumnos	Tipo de Colegio									
	Estatales			Privados						
	Mixto	No mixto	Total	Religiosos			Laicos			Total privados
				Mixto	No mixto	Total	Mixto	No mixto	Total	
Casos	27	4	31	15	20	37	3	–	3	38
%	39,1	5,8	44,9	21,7	29,0	50,7	4,4	–	4,4	55,0

CUADRO 10										
-----------	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Educación Secundaria										
Alumnos	Tipo de Colegio									
	Estatales			Privados						
	Mixto	No mixto	Total	Religiosos			Laicos			Total priv
				Mixto	No mixto	Total	Mixto	No mixto	Total	
Casos	19	10	29	9	25	34	3	–	3	
%	27,5	14,5	42,0	13,0	36,3	49,3	4,4	–	4,4	5

(*) Acá se incluye un caso que tuviera varios pases por tres tipos de colegio a Colegios Mixtos de Institutos Militares, con servicio religioso.

El papel de la Iglesia en lo que se refiere a la caridad es de larga data y si bien desde el Estado liberal, paulatinamente, su intervención fue cada vez más decisiva, en todo lo que se refiere a legitimación y educación, la idea de la caridad se mantiene como base doctrinal de la Iglesia y con ella, la de ayuda al prójimo (del que puede hacia el que no) y la de humildad, como medios de amor a Dios y salvación de la propia alma.

La labor de la Acción Católica a nivel internacional es ampliamente conocida y sigue siendo reforzada en documentos actuales de la Iglesia Católica.⁶ Ella se ha enmarcado, como señala

⁶ "Iglesia y Comunidad Nacional". Conferencia Episcopal Argentina. XLII Asamblea Plenaria. Mayo 1981.

Manrique⁷ en el proyecto de recuperación de la hegemonía y en la permanente recreación de sus argumentos de poder.

En “Iglesia y Comunidad Nacional”, la Conferencia Episcopal Argentina decía en 1981:

Fortalecer y perfeccionar las asociaciones de alto valor formativo y de acción que existen en el seno de nuestra Iglesia, en particular la Acción Católica, las cuales tienen un gran significado en esta contribución evangélica de la que venimos hablando.

Inclusive, considerar la oportunidad y conveniencia de crear otras que sirvan para el cumplimiento de esta vocación específica de los laicos.

Y agregaba refiriéndose a la educación:

No puede ello limitarse a la formación científica, por buena que ella sea, sino que implica también una formación física, psicológica, moral, doctrinal y espiritual.⁸

Entre las experiencias que consideran significativas en la posterior elección de la carrera, varios alumnos recuerdan su participación como voluntarios en las acciones que el colegio hacía a través de la parroquia, en orfanatos, cotolengos, etcétera.

Manrique recuerda que:

Como parte de la estrategia destinada a la recuperación de su hegemonía ideológica, tanto la jerarquía católica como los legos, valoraron en mayor medida la acción social, así como la participación activa y

⁷ MANRIQUE CASTRO, Manuel: *De apóstoles a agentes de cambio*. CELATS. Lima. 1982.

⁸ “Iglesia y Comunidad Nacional”: *op. cit.* Pág. 58.

organizada del laicado en la vida social, creándose para ello los soportes de tipo legal e institucional que le dieron viabilidad. Dentro de estos canales se destacan la enseñanza católica, las universidades, los sindicatos católicos, nuevas formas de acción de las parroquias, etcétera.⁹

En cuanto al rol de la mujer y la organización de la familia, se ha hecho extensamente pública la defensa que la jerarquía eclesial hace de los valores anclados en el patriarcalismo con respecto a éstas, confirmada en documentos doctrinales fundamentales, como la propia Encíclica “*Laborem Exercens*”,¹⁰ en el más alto nivel jerárquico; o en el citado documento de la Conferencia Episcopal Argentina, donde se hace referencia al “derecho inalienable a una educación que responda al propio fin, al propio carácter, al *diferente sexo...*”¹¹ (cursiva mía).

El énfasis puesto en la educación religiosa responde a la indudable incidencia que ésta tiene en

⁹ MANRIQUE C., M: *op. cit.* Pág. 42.

¹⁰ “La experiencia confirma que hay que esforzarse por la revalorización social de las funciones maternas, de la fatiga unida a ellas y de la necesidad que tienen los hijos de cuidado, de amor y de afecto para poderse desarrollar como personas responsables, moral y religiosamente maduras y psicológicamente equilibradas. (...) El abandono obligado de tales tareas, por una ganancia retribuida fuera de la casa, es incorrecto desde el punto de vista del bien de la sociedad y de la familia, cuando contradice o hace difícil tales cometidos primarios de la misión materna” (El trabajo humano. Encíclica de Juan Pablo II “*Laborem Exercens*”).

¹¹ “Iglesia y Comunidad Nacional”: *op. cit.* Pág. 58.

esta profesión y que surge de los datos arriba consignados. Más allá de ello, la experiencia confirma las inferencias estadísticas, así como algunos otros datos objetivos, como la cantidad de Centros de formación profesional, de carácter confesional o bibliografía de esa orientación, dirigida mayormente a la enseñanza en tales centros.¹² Entre ellos podemos enumerar la Carrera de Asistente Social de la Obra Cardenal Ferrari (Capital Federal); la Escuela de Servicio Social de la Universidad del Salvador (ex escuela del Instituto de Cultura Religiosa Superior) (Capital Federal); Escuela Diocesana de Servicio Social de Morón, adscripta a la Universidad de Morón; Escuela de Cáritas de la Plata; Escuela de Servicio Social “Camila Rolón”, dependiente del Instituto San José, dirigido por religiosas (Muñiz, Provincia de Buenos Aires). La lista, obviamente, es más extensa, pero nos interesa citar sólo las más cercanas a nuestro universo de estudio.

Si además comparamos esto con las de carácter universitario estatal, los datos son elocuentes. Además de la UBA, puede seguirse la carrera en la Universidad del Centro (Facultad de Humanidades, Tandil); en la Universidad Nacional de Mar del Plata; y en la Facultad de Medicina de La Plata, donde además, se halla fatalmente subsumida a esta carrera.

¹² Ver, por ejemplo: ROCHI; Nora: *El servicio social y el hombre*. Ed. Melisa. Buenos Aires. 1983; o FABRI, Enrique: *Alegría y trabajo de hacerse hombre. Ser persona*. Latinoamérica Libros. Buenos Aires. 1984.

Sin embargo, si en la educación religiosa se puede anclar parte de la “vocación” de muchas mujeres por la asistencia social, la escuela pública no es ajena a su “vocación” femenina. Recién el 23 de Abril de 1987, el Consejo Deliberante de la Municipalidad de Buenos Aires aprobó un despacho de la Comisión de Educación, por el cual deberán eliminarse “todas las formas de discriminación contra las mujeres en los textos de uso común en las escuelas comunales”. Este porque siguen utilizándose textos en los que las lecturas hacen referencia a que “mamá plancha” y “papá trabaja”. Aún en la más tierna edad, en el ciclo pre-escolar de una escuela privada laica, los niños y niñas seguían ejercitándose en la adquisición de habilidades y hábitos diferentes. Debían unir con líneas de colores, una variedad de juguetes, según “correspondieran” a una nena o un nene. La corrección de la tarea dependía de que hayan unido las cacerolitas, la muñeca, las ropitas y la cocinita a la nena; y los autos, la pelota y el robot al nene.

En una investigación llevada a cabo por Gloria Bonder y Estela Rodríguez Giles,¹³ comprueban, entre otras cosas, las expectativas diferentes que las maestras ponen en niños y niñas y la “naturalidad” con que asumen la indisciplina de los varones, que es justificada por “una naturaleza más activa” y cómo las prácticas docentes estimulan diferencialmente a niños y niñas, incluso a través de las sanciones disciplinarias. Solo para citar un ejemplo, estas

¹³ *Modelos sexuales en la escuela primaria*. CEM. 1986.

docentes encuentran inaceptable que las niñas sean egoístas.

De más está recordar que en la educación informal se sigue estimulando diferencialmente a niños y niñas. Juguetes de todo tipo que reproducen cada vez más sofisticadamente los electrodomésticos, figuritas perfumadas, el álbum de “Querido Dios”, ositos cariñosos, fideos y coquetos Ponys, instan a las niñas a desinteresarse del universo galáctico, de los “transformer” y de los robots. Y cuando en las series televisivas sobre estos complicados mundos de naves extra-terrestres y guerras intergalácticas, participan mujercitas al lado del “súper héroe” del taso, siempre tienen la posibilidad de hacer el ridículo, hasta por una simple brisa que les levanta las polleras, cuando se deciden a contradecir la autoridad masculina.¹⁴ De esta manera, niñas y niños van formando un modo de ser, unas características de personalidad, en las cuales se enmarcan sus decisiones, sus expectativas de vida, sus esperanzas subjetivas de éxito o fracaso, etc. Es decir, se va conformando lo que Bourdieu y Passeron llaman un sistema de “*habitus*”,¹⁵ que conforma

¹⁴ La serie de dibujos animados Mazinger fue prototípica en ese sentido.

¹⁵ Tomamos el concepto de *habitus* de Bourdieu y Passeron, como “la información duradera, producto de la interiorización de los principios de una arbitrariedad cultural, capaz de producir prácticas conformes a la misma”. Sin embargo, no lo entendemos nosotros como inalterables, sino que por el contrario, éste va modificándose a lo largo de la vida del individuo, al ritmo

conductas objetivamente diferentes. La “educación” se demuestra más eficaz, cuanto menos requiere de prohibiciones y sanciones explícitas.

2. Formación y consolidación del *habitus*

a. Autoimagen y aspiraciones

En el bloque II se pidió que “califiquen” a la niña/niño que fue y que recuerden qué querían ser cuando grandes en esa época. Es ilustrativo separar acá las respuestas de varones y mujeres y clasificar los adjetivos de la siguiente manera: a) calificativos que denotan limitaciones de la personalidad; b) calificativos que hacen referencia al área de los sentimientos; c) calificativos que refieren al área del intelecto; d) calificativos que denotan valores positivos; y e) calificativos que denotan valores negativos. De los cuadros 11 y 12 se obtiene lo siguiente: entre los 4 varones se contabiliza el uso de 9 calificativos, 3 de los cuáles refieren a a); otros 3 ab); 2 a c); y 1 a d). No hay ningún calificativo con contenidos negativos.

En cuanto a las 65 mujeres, se encuentran 158 calificaciones. De ellas, 46 (29,11%) refieren a a); 57 (35,08%) se pueden ubicar en b); sólo 7 (4,43%) en c); 31 (19,62%) en d); y 17 (10,76%) en e).

de las diversas experiencias y situaciones sociales en las que se vea inmerso.

CUADRO 11	
Autocalificación de los varones	
Tipo de calificativos	Casos por cada uno
Calificativos que denotan limitaciones personales:	
- Tímido	2
- Solitario	1
Hacen referencia al área de los sentimientos:	
- Cariñoso	1
- Inquieto	1
- Alegre	1
Hacen referencia al área del intelecto:	
- Inteligente	1
Denotan valores positivos:	
- Maduro	1
- Responsable	1

Nota: Se trata de 4 varones

CUADRO 12

Autocalificación de las mujeres

Tipo de calificativos	Casos por cada uno
<p>Calificativos que denotan limitaciones personales:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Tímida - Introversa - Silenciosa - Sobreprotegida - Solitaria - Triste - Conflictuada - Apática - Depresiva - Aislada - Melancólica - Reprimida - Insegura - Inmadura - Arisca 	<p>20</p> <p>6</p> <p>5</p> <p>2</p> <p>2</p> <p>2</p> <p>1</p> <p>1</p> <p>1</p> <p>1</p> <p>1</p> <p>1</p> <p>1</p> <p>1</p> <p>1</p> <p>1</p>
<p>Hacen referencia al área de los sentimientos:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Alegre - Inquieta 	<p>15</p> <p>7</p>

ESTELA GRASSI

- Buena	5
- Tranquila	5
- Sensible	4
- Mimada	4
- Soñadora	4
- Cariñosa	3
- Inocente	2
- Llorona	1
- Celosa	1
- Traviesa	1
- Juguetona	1
- Emotiva	1
- Vehemente	1
- Sentimental	1
Hacen referencia al área del intelecto:	
- Estudiosa	4
- Observadora	2
- Aplicada	1
Denotan valores positivos:	
- Solidaria	5
- Responsable	4
- Obediente	2
- Compañera	2
- Extrovertida	2
- Sociable	2

SISTEMA EDUCATIVO, AUTOSELECCIÓN Y REPRODUCCIÓN DE LA DESIGUALDAD DE GÉNERO

- Independiente	2
- Segura	1
- Capaz	1
- Líder	1
- Deportista	1
- Ordenada	1
- Colaboradora	1
- Pujante	1
- Dispuesta	1
- Vigorosa	1
- Imaginativa	1
- Enérgica	1
- Activa	1
Denotan valores negativos:	
- Caprichosa	4
- Sumisa	2
- Dócil	2
- Egoísta	1
- Liera	1
- A-crítica	1
- Exigente	1
- Individualista	1
- Desordenada	1
- Dominante	1
- Mandona	1

- Insubordinada

1

Esta información plantea la siguiente pregunta: ¿estos calificativos, corresponden a una descripción o son respuestas a las expectativas sociales acerca de las niñas?; ¿es que tan pocas eran aplicadas y estudiosas?; ¿ninguna inteligente? ¿O desde la calificación social previa acerca del género, estas cualidades corresponden a un segundo término de importancia o incluso pasan desapercibidas? La hipótesis más acertada parece ser la segunda, por cuanto en general los datos sobre rendimiento escolar apuntan a señalar a las niñas como más aplicadas y estudiosas que los varones. Faltaría conocer más particularmente el contexto en el que se produce esta ruptura con las condiciones intelectuales.

A la inversa, el área de los sentimientos es el que brindó a estas jóvenes el mayor encuadre dentro del cual calificarse como niñas, al tiempo que es significativamente alto el porcentaje que reconoce en sí limitaciones en el desarrollo de una personalidad vigorosa. La timidez —producto, a su vez, de la falta de seguridad en sí mismo— es la calificación más utilizada: 20 casos.

CUADRO 13	
Alternativas profesionales que se proponían en la infancia	
Profesión	Casos que la refieren ^(*)

SISTEMA EDUCATIVO, AUTOSELECCIÓN Y REPRODUCCIÓN DE LA DESIGUALDAD DE GÉNERO

Maestra	27
Veterinaria	6
Medicina	5
Pediatría	3
Asistente Social	2
Policía	2
Psicóloga	2
Escritora	2
Deportista	2
Para-psicóloga	1
Maestra de matemática	1
Maestra de piano	1
Profesora de francés	1
Azafata	1
Actriz	1
Bailarina	1
Arquitectura	1
Arqueología	1
Bioquímica	1
Marina	1
Agronomía	1
Piloto aeronáutico	1
Carrera bien remunerada y con matemáticas	1
De todo	1

No contesta	9
-------------	---

(*) Hace referencia a todas las alternativas señaladas, debiéndose tener en cuenta que varios señalan más de una.

Esta autovisualización se corresponde perfectamente con las expectativas profesionales futuras y con el hecho de que las figuras femeninas que se ofrecían como modelo de identificación, no brindaban demasiadas alternativas: la madre o la maestra.

Esto se refleja en las respuestas a la otra pregunta de esta parte (cuadro 13). La docencia ganaba las preferencias de estas niñas, a lo que deben sumarse profesiones como “azafata”, “bailarina”, “actriz”, “asistente social”, etcétera.

Hasta acá todo indica que un determinado sistema de *habitus*, con contenidos de bondad, belleza, servicio, timidez, capricho, falta de independencia, emotividad, va tomando forma y expresándose en expectativas acerca de sus propias vidas y —lo que es muy importante con relación a la disciplina que nos ocupa— que se alejan del campo intelectual y se aglutinan alrededor de lo afectivo.

De esta manera, toda la educación (formal e informal; familiar e institucional) va poniendo en movimiento mecanismos por los cuales se van consagrando como “naturales”, aptitudes, inaptitudes, habilidades, incapacidades, etc. que a lo largo de un complicado proceso cuya función es la “reproducción

natural” (es decir, por autoselección y auto-exclusión) de toles desigualdades.

Seguir todo el proceso, hasta la “definición vocacional” y las expectativas puestas en ella por estas jóvenes, permite descubrir la falta de correspondencia entre la ideología de la equidad entre los géneros y los procesos de selección que sucesivamente se operan, para finalmente hacerse presentes en este ámbito educativo universitario como producto de una libre elección vocacional —y por tanto confirmatoria de particulares características femeninas— al mismo tiempo que la democracia del sistema educativo queda fuera de toda sospecha. Y si no ahí está el poco más del 5% de varones para confirmarlo.

b. La auto-exclusión y la confirmación “experta” de la misma

Señalábamos al principio que tanto las edades, como el momento de la decisión vocacional, nos estaban indicando la ausencia de factores externos de represión explícita o manifiesta, como encontramos en algunos casos de profesionales adultos o en declaraciones públicas de algunas de ellas (“Quise ser médica, pero no me dejaron...”).

La matrícula de 1987 arroja también porcentajes muy similares: el 64,11% tiene entre 18 y 21 años de edad. La oposición familiar frente a una elección que implicará sacrificios y poca remuneración para algunos casos, es otra prueba de la firme voluntad de

seguir aquello que “la vocación manda” (“Esto es de mucha exigencia, no en el estudio, sino después, por los problemas que hay que enfrentar”).

Hay tres preguntas del cuestionario cuya combinación permite cerrar el círculo de un largo proceso, cuyo broche finalmente lo pone, en muchos casos, un “experto”. Estas preguntas hacen referencia a las alternativas que cada uno jugó y entre las que finalmente eligió el servicio social; cuál o qué fue el detonante decisivo, según su percepción y si recibió o no orientación vocacional y con qué resultados.

En la segunda de las preguntas consignadas — para la cual la técnica de encuesta no es necesariamente la más adecuada, ya que no permite acceder más que a aquellos condicionantes que operan a nivel consciente o, incluso, elaborados más a partir de supuestas expectativas acerca de ellos y de la propia carrera— si bien la lista de “razones objetivas” por las cuáles se decidieron finalmente a seguir la carrera, es tan larga como alumnos encuestados, se puede hacer la siguiente síntesis:

- Necesidad de ayudar (material o espiritualmente).

- Para prestar servicio (al prójimo, a los que necesitan, etc.).

- Por tomar conciencia de la realidad y por la necesidad de comprender la injusticia social.

- Para contribuir a producir cambios en la sociedad.

- Por la necesidad de ser útil.
- Por el impacto de descubrir la miseria, a los carenciados, etcétera.
- Por necesidad personal.
- Por alguna experiencia personal traumática.
- Para manejar la situación social.
- Por experiencias de ayuda comunitaria hechas en colegios y/o parroquias.
- Porque esperaba rendir más que en otra carrera.
- Porque conocía asistentes sociales o estudiantes de la carrera.
- Para poder modificar pautas culturales.
- Otras (refiere a respuestas muy puntuales: ver un niño solo y llorando, no me motivaba otra carrera, me interesaban las materias, se ajustaba a mis necesidades horarias).

Ayudar, servir, asistir, ser útiles, son las razones más aludidas. Y también, la intencionalidad más pragmática de producir transformaciones para superar las situaciones de injusticia. Entre éstas, hay expresiones (y actitudes y prácticas) más definidas en esa orientación, posiblemente como consecuencia de cierto nivel de politización previo, que es evidente en algunos sectores de estos alumnos. Para otros, es una expresión más ingenua, aunque constituyó una buena base para un análisis más objetivo y con mayores posibilidades de profundización teórica

sobre el funcionamiento social y el papel esperado de la asistente social dentro del mismo.

Para muchos, como se ve, se trataba de una “vocación de servicio”, inspirada en gran parte en sentimiento de carácter religioso, valores altruistas, etcétera.

Dos tipos de observaciones es necesario hacer aquí, que si bien se refieren específicamente al grupo que participó de la encuesta, es posible extenderlas a la generalidad del alumnado de la carrera. La primera se refiere a lo que vienen a buscar estos alumnos a la universidad; concretamente, a la carrera de servicio social. Y la segunda, que se liga a la anterior, tiene que ver con la ideologización.

En general —y esto se observa en las propias motivaciones— no se busca el conocimiento, sino que hay una ansiedad manifiesta por actuar. “Salir a terreno”, “hacer práctica”, “no teorizar alejado de la realidad”, “ir a lo concreto”, son reclamos siempre presentes y pre-concepciones que se implican en la suposición, más o menos general, más o menos consciente, de que “a la realidad ya se la conoce”, o porque se la “vio”, o porque se participó de ella, o porque se hizo una opción ideológica previa, que se expresa en las motivaciones: “ayudar”, “asistir” o “cambia estructuras”.

Por lo tanto, no se viene en busca de conocimientos o teorías para elaborar éstos, sino de *técnicas para actuar*, sobre situaciones sociales que se suponen conocidas y cuyo criterio de verdad pasa por lo ideológico. Así, la teoría se convierte en algo

superfluo, que puede llegar a ser abrumador, cuando la ansiedad por la acción no deja percibir la complejidad de la estructura social, dentro de la cual, como venimos viendo, la asistencia social encuentra su razón de ser y tiene “funciones objetivas” más allá de la buena voluntad y de los buenos sentimientos de sus ejecutores.

La teoría es vista como un producto de laboratorio, de disquisiciones puramente abstractas, sin ningún criterio de validación y hasta con un contenido espurio (“es un teórico”, es un epíteto descalificante en esta profesión), sin entender que práctica y practicismo no son sinónimos y que precisamente en el practicismo, como expresión y producto de sentimientos supuestamente generosos, se asentó tradicionalmente la funcionalidad de esta disciplina y fue el que, adecuándose a las demandas históricas cambiantes, ha permitido cumplir con la “función objetiva” que la profesión tiene en el contexto de las relaciones sociales en una sociedad de clases.

No obstante, en relación particularmente al grupo que participó de la muestra, se fueron produciendo modificaciones a este nivel, al ritmo de los descubrimientos que la “teoría” les permitía hacer.

En relación con las alternativas que manejaron antes de decidirse a seguir la carrera (cuadro 14) se puede observar un nivel decreciente desde aquellas disciplinas consideradas “femeninas” hacia las que menos mujeres atraen y que se suponen que exigen mayor dedicación y una elaboración conceptual de alto nivel de abstracción. En ello hay que considerar

que 23 casos señalaron al servicio social como única opción en la que pensaron, así como la variedad del rubro “otras áreas”.

CUADRO 14					
Alternativas de elección de carrera					
Área	Carrera	Casos por carrera	%	Total casos por carrera	%
Servicio Social como única opción		23	33,33	23	33,33
Docencia	Magisterio	17	24,63	28	40,59
	Otros profesorados	11	15,94		
Ciencias Sociales y Humanas	Psicología	17	24,64	26	37,68
	Sociología	4	5,80		
	C. Políticas	1	1,45		
	Historia	1	1,45		
	Geografía	2	2,90		
	Arqueología	1	1,45		
Profesiones liberales tradicionales	Medicina	8	11,59	23	33,33
	Odontología	1	1,45		
	Abogacía	4	5,80		
	Arquitectura	3	4,35		

SISTEMA EDUCATIVO, AUTOSELECCIÓN Y REPRODUCCIÓN DE LA DESIGUALDAD DE GÉNERO

	Ingeniería	2	2,90		
	Veterinaria	5	7,25		
Profesiones basadas en las llamadas "ciencias duras"	Química		1,45		
	Bioquímica		4,35		
	Farmacia		1,45	7	10,14
	Ciencias Económicas		2,90		
Otras áreas	Marina				
	Programación				
	Azafata				
	Actriz				
	Escritora				
	Diplomacia				
	Arte escénico				
	Cartografía			13	18,84
	Analista de Sistemas				
	Parapsicóloga				
	Policía				
	Terapia Ocupacional				
Nutricionista					
N/C		2			2,90

Finalmente, el cierre del proceso decisorio se produce, para una parte de los casos, con la opinión “experta” de los orientadores vocacionales. De este grupo, más de la mitad (52,17%) recibió este tipo de apoyo, de los cuáles, a su vez, 19 dicen que le ha sido útil para tomar la decisión y 17 señalan que la tomaron al margen de los resultados obtenidos en los test (27,54% y 24,64% respectivamente).

Pero más allá de estos números, lo interesante es ver cuáles fueron algunos de esos resultados y entonces se obtiene la siguiente síntesis:

– A 10 casos le confirmaron su decisión de estudiar servicio social.

– Por lo menos dos descubrieron allí “la vocación” y las ansias de ayudar.

– A otra le mostró que “esta carrera se acercaba más a sus necesidades de servicio”. Ella había pensado en Pediatría, Psicología u Odontología.

– A una le permitió orientarse hacia “el área de carreras humanísticas”, siendo que ella se interesaba por Veterinaria.

– También una joven se “identificó allí con la asistencia social”, porque antes quería seguir Bioquímica o la carrera diplomática.

– Otra joven que se orientaba hacia la Medicina, pudo aclarar, con la ayuda de los orientadores, cuáles eran los “los fines y campos de la asistencia social”.

– También hubo quien pudo descubrir cómo queda vivir en el futuro y se alejó de sus pretensiones iniciales de dedicarse a la Química o a la Ingeniería.

– Finalmente, hay dos que no explican por qué o en qué medida les ayudó a tomar la decisión.

En conclusión, si bien la mayada no hizo ningún tipo de orientación vocacional, porque no tuvo oportunidad, porque entendía que no daba resultado o porque ya tenía la decisión tomada, de los que hicieron y consideran que les fue útil, a la mayoría le confirmaron su inclinación por la asistencia y al resto los volcó a ella.

Esto permite formular la hipótesis de que la “orientación vocacional” puede actuar como otro mecanismo confirmatorio de la selección diferencial, presentada, sin embargo como auto-selección (que es también auto-exclusión: de la biología, de la química, de la veterinaria, etc.) y de las expectativas sociales, al mismo tiempo que constituir la culminación de un proceso que comenzó en el ámbito doméstico y se formalizó en la escuela, hasta traducirse en prácticas sociales adecuadas.

c. La “Mujer Maravilla”

En el capítulo sobre definición del rol y espacio profesional, encontrábamos que desde los funcionarios estatales, se requiere de una “mujer maravilla” que “sepa brindarse totalmente, con cariño, sea agradable, simpática, firme de carácter, etc.”, lo que se valora más que “si fue buena alumna o no”.

Señalábamos también que una exagerada exigencia pone en desventaja a personas comunes y corrientes, con virtudes y defectos, tal como son —igual que todo el mundo— las asistentes sociales.

Pero lo sorprendente es que este exagerado virtuosismo forma parte de la autoexigencia que se hacen estas mujeres, tal como se expresa en la manifestación de expectativas, que van más allá de las alternativas reales, no solamente de esta profesión, sino de cualquier disciplina.

Esto es evidente en las “aptitudes y virtudes” que se supone que deben tener las asistentes sociales, y que además, son parte de la mitología profesional, que eleva a sus miembros a la categoría de “seres especiales”, tanto en lo que se refiere a sus “dotes espirituales”, como a sus características psicológicas.

En principio es dable suponer que toles exigencias se emparentan con la mora cristiana, materializada en la caridad, donde sacrificio, amor al prójimo y desinterés por los asuntos terrenales, por lo menos en la doctrina, conforman principios básicos.

Pero también tiene que ver con la figura materna, donde solo se cambia el amor a los hijos y al marido, por el amor al prójimo o a los necesitados. También a la madre se le exige —y se auto-exige— renunciamiento “por los demás”.

Ello escamotea a la conciencia su papel en la reproducción, el valor del trabajo doméstico, etc. Y ello mismo origina frustraciones y culpas, cuando por

razones perfectamente humanas, no pueden satisfacerse tantas exigencias, ni cumplir tantas expectativas.

Cuánto de esto hay en la frustración de profesionales que descubren, no solamente las dificultades de actuar en su espacio contradictorio, la falta de recursos, el nivel insoluble de los problemas sociales, etc. sino además, que también pierden la paciencia, la sensibilidad, el altruismo, etcétera?

Estas futuras profesionales arrancan con la exigencia de ser especialmente virtuosas y en muchos casos, con la proposición de “cambiar las estructuras” (carrera fácil, para un trabajo difícil, para el que “se nace”, más que “se hace”, como para la maternidad...).

A un médico se le morirán algunos pacientes y se le curarán otros. Ello es parte de las reglas del juego y como tal podrá elaborar los “fracasos” de su vida profesional; pero nunca se propuso eliminar la muerte, aunque pretenda salvar vidas. De ningún profesional se espera —ni esperan ellos— que sean espiritualmente virtuosos, sino simplemente capaces de hacer aquello para lo cual se forman en la universidad: curar, construir casas, investigar, etc.

Este no es el caso de la asistencia social, para cuyo ejercicio se supone que hay que tener características especiales, para hacer algo que no está precisado.

Esta exigencia, traducida en auto-exigencia que opera como requisito a nivel de la elección (saber que

se va a la universidad a prepararse para ejercer una carrera sacrificada, sin reconocimiento social, mal remunerada, y reconocer en ello una virtud) es el punto de arranque hacia futuras frustraciones. Si a esta concepción subyace la idea de que una asistente social (mujer, además) se verá compensada con la felicidad ajena, en favor de la cual debe operar, las escasas oportunidades que tendrá durante su vida profesional, de ver resueltos “felizmente” “los casos” emergentes de situaciones que son estructurales, le dejan muy pocas alternativas compensatorias.

Sin embargo, estas jóvenes llegan ya con una larga lista de virtudes con las que debe contar una asistente social. De las 69 encuestas, se pueden listar más de 70. El mayor número se inclina por la “sensibilidad” y la “comprensión”, la “vocación de servicio”, el “desinterés económico”, la “humildad”, la “paciencia” y el “amor al prójimo”. El “poder de convencimiento”, la “capacidad de comunicación”, la “valentía”, el “sentido práctico”, son otras tantas aptitudes ligadas a una personalidad que se espera “fuerte y equilibrada”. Pero además, hay aquellos valores referidos a la conciencia social, como el “deseo de justicia”, el “interés hacia la comunidad” o el “compromiso social”. Muchas menos son las aptitudes ligadas al intelecto: sólo un cuestionario registra “estudioso” como virtud necesaria; otro hace referencia a la “claridad de objetivos y al conocimiento de la realidad” y un tercero a la “inteligencia y al espíritu de iniciativa”.

d. “Y el príncipe vendrá a salvarnos...”

¿Qué y cómo pensamos de nosotras mismas las mujeres?. No parece que tengamos de nuestro género una muy buena imagen, si bien es cierto que reaccionamos indignadas si algún varón pretende descalificarnos públicamente.

Sin embargo, asumimos como “natural” una supuesta mayor capacidad afectiva (y de ella nos vanagloriamos) y le reconocemos al varón, también “naturalmente”, tener mayores ambiciones personales. Pero también se reconoce que aquello que es socialmente desvalorizado, es “cosa de mujeres”, o viceversa, aquello donde las mujeres entran se deprecia.

Pero éstas no son creencias sin correlato objetivo en la realidad. Efectivamente, las disciplinas auxiliares, poco prestigiosas y mal remuneradas (las paramédicas, por ejemplo) reúnen mayormente a mujeres. El problema radica en la “naturalidad” con que se acepta tal fenómeno y que se correlaciona con lo que venimos viendo de la “autoselección”. En última instancia, las prácticas sociales se generan socialmente y al mismo tiempo son la materialización del marco valorativo, que expresan, confirman y recrean cada vez.¹⁶

¹⁶ Como se ve en el punto siguiente, el término “recrear” no está usado como reproducción idéntica, sino que precisamente en esa práctica se van dando las alternativas modificatorias de dicho marco valorativo.

El cuestionario contenía dos preguntas sobre este tema: una dirigida a recabar la opinión que cada uno tenía acerca de por qué más mujeres estudian esta carrera; la otra preguntaba si consideraba importante el ingreso de varones.

Las respuestas se pueden clasificar según a) las que acuerdan con el modelo consensual; y b) las que no se identifican con este modelo. Entre las primeras, a su vez, hay aquellas que consideran que es una carrera “que se ajusta a las características y habilidades de las mujeres”; las que ponen el acento en las condiciones laborales, que parecen aceptables para las mujeres, pero no para los varones; y las que combinan ambas alternativas.

La mayoría (el 62,32%) se ubican, en general, en la aceptación de la situación dada, poniendo el acento, mayormente, en las condiciones laborales. Se encuentran respuestas del tipo: “es una profesión poco remunerativa y no alcanza para mantener una familia” o “la profesión está poco jerarquizada”, básicamente. Se acepta, entonces, que esas no son preocupaciones de las mujeres, y si lo son, no tienen, para ella, tanta trascendencia.

Son también varios los casos que consideran a la mujer mejor dotada para desempeñar funciones de asistencia, “porque son más sensibles” o porque “las mujeres, al ser madres, se interesan más por los problemas de los demás”. Otras relacionan las condiciones en que se desenvuelve la profesión (poca remuneración, por ejemplo) con “cualidades” (“por eso se ajusta más a la mujer”].

En cuanto a las respuestas que se podían clasificar como no ajustadas al modelo convencional (12 casos), varias de ellas utilizan un lenguaje impersonal, poniendo en “el afuera” o en “el otro” la respuesta, lo que deja la duda acerca de cual es la propia opinión. Por ejemplo: “porque la considerar carrera de mujeres”. Son pocas las que establecen una conexión entre la condición social de la mujer y las condiciones de la profesión (“por tradición, se coloca a las mujeres a hacer beneficencia con un titulito casi universitario”), y en general, tienen un contenido irónico (“se cree que es para chicas tontas”) o encierran una crítica a las propias mujeres (“las siguen por comodidad de horario y porque creen que es fácil”].

Pero estas respuestas tienen más sentido leídas a la luz de la esperanza puesta en el ingreso de varones, lo que pone sobre el tapete la auto-depreciación de la imagen y la visualización del varón como aquel príncipe que despertó a la Bella Durmiente.

En principio, hay 41 respuestas (59,42%) afirmativas con relación al interés por el ingreso de varones.¹⁷ A 21 (30,43%) les resulta indiferente y 6 no responden.

Muchas de las justificaciones para el ingreso masculino merecen citarse textualmente:

¹⁷ Conviene tener en cuenta que 4 corresponden a los propios varones, de quienes es esperable, en principio, que así sea (“porque así me sentida menos perdido”).

- “El varón proporciona más objetividad”.
- “En algunos campos son más respetados y merecen más confianza”.
- “Para dar más empuje y fuerza a la carrera”.
- “Porque promocionaría a la carrera”.
- “Porque es más apto para algunas situaciones”.
- “Porque se producirían más rápidamente los cambios en la profesión”.
- “Para que cambie el concepto sobre el Trabajo Social”.
- “Porque son menos sentimentaloides y tienen menos vueltas”.
- “Porque se rompería la imagen de beneficencia”.
- “Porque tienen más aptitudes para el trabajo”.

Hay otras fundamentaciones, del tipo “no veo por qué no puede haberlos”, o “los problemas sociales atañen a todos” o “para que se entienda que la carrera no se define por el sexo”, pero no superan las 8 respuestas claras en ese sentido.

En cuanto a los casos en que les resulta “indiferente” la presencia de varones, podría presumirse que esto es así porque consideran que las condiciones sociales de la profesión no pasan por el sexo de quien la ejerza. Sin embargo, esto no necesariamente es así, porque en varios casos la “indiferencia” frente a la presencia masculina coincide

con una definición de la profesión como adecuada para mujeres por “las características propias de éstas”.

Estos resultados concuerdan con lo que acontece a nivel de las egresadas —entre las cuales los varones logran fácil liderazgo— y con las expectativas de algunas de las profesionales entrevistadas que, con matices, veían en la presencia masculina, una alternativa de superación del desprestigio social de la profesión.

Sin embargo, entre este grupo de alumnos, no se dieron marcadas diferencias entre varones y mujeres en términos de conductas, rendimiento, aptitudes para el estudio, capacidad de liderazgo, etc., lo que coincide con el tipo de respuestas al cuestionario, entre las que —salvo en casos específicos— no fue posible establecer cortes comparativos entre ambos. No se observó ningún tipo de liderazgo por parte de estos varones, ya que la militancia estudiantil corrió por parte de algunas de las alumnas.

Hay que señalar, no obstante, que esto no es así a nivel del alumnado en general, donde sí la actuación de los varones es relevante en relación a su bajo número. Tienen importante presencia en el Centro de Estudiantes e inclusive en el Consejo Asesor de la carrera.

e. Acuerdos y disonancias: el éxito relativo del proceso pedagógico

La posibilidad de contrastar información, obtenida de diferente manera y en momentos distintos, permite resaltar la falta de cohesión y univocidad del “*habitus*” y la posibilidad de desestructuración de éste a partir de mecanismos que operan como disparadores y que habilitan a prácticas disonantes con aquel.

En el cuestionario pedíamos que se dijera que “creía cada uno que es o hace una asistente social”. Simultáneamente, desde la cátedra, se solicitó que “elaboraran una definición de la asistencia social”. Analizando las respuestas se advierte que en ambas situaciones se pusieron en funcionamiento mecanismos diferentes: en el primer caso afloraron los sentimientos y los contenidos no conscientes del *habitus*. En el segundo, se activaron dispositivos que pusieron en juego la capacidad de elaborar una respuesta racional, a partir del uso de categorías conceptuales,¹⁸ que lograron neutralizar, en parte, los contenidos internalizados a lo largo de un extenso proceso formativo.

Así, en el primer caso, son relativamente pocos (12) los que ubican al asistente social como un técnico o un profesional que “estudia, investiga, interviene” en la problemática social y 8 lo definen como un militante del cambio social. Todos ellos lo hacen desde la perspectiva del “deber ser”; es decir

¹⁸ Esto no significa que tales categorías hayan sido siempre utilizadas correctamente, pero sí indican la ubicación en un plano diferente desde el cual pensar la profesión que eligieron.

que no necesariamente creen que así sea, sino que eso esperan poder ser ellos mismos.

La mayoría de los casos, sin embargo, (36) en sus respuestas están connotados por lo más tradicional de los contenidos de la asistencia. Resulta, entonces, que la asistente social es una especie de consejero social (ayuda, guía, visita, sirve, asiste) o de monja laica (apoya espiritualmente, busca que la persona humana se realice, rescata al hombre para Dios).

Nueve respuestas se ajustan a una “descripción objetiva” de la asistente social como agente estatal, llamada a “solucionar problemas por medio de leyes”, a “promover cambios de pautas”, a “motivar a los pobres para que solucionen sus problemas” o a “ser el nexo entre los que tienen y los que no tienen”. Esto es tanto lo que se tiene por real, como lo que se aspira como ideal.

Finalmente, hay los definitivamente críticos (4) que reconocen esta intermediación objetiva, pero que se proponen como ideal militar por la renovación de la carrera. El resto no responde a la pregunta.

Pero las “definiciones elaboradas” hacen variar estas proporciones. En su mayoría refieren al “deber ser” y expresan un esfuerzo de elaboración conceptual, donde es posible identificar, como elementos comunes, referencias a la “estructura social”, como “causal de los problemas sociales”; a la necesidad de “herramientas técnicas” para operar en dirección al “cambio social”.

Esto último es un elemento distintivo, porque ya se trate de una visión más o menos humanista, más o menos mesiánica o más o menos radical, la preocupación por comprender las desigualdades sociales y poder intervenir para superarlas, está presente en gran parte de éstos estudiantes.

Si bien se reitera, en algunos casos, la inquietud por “lo espiritual” o por la salvación individual que caracteriza el compromiso cristiano, hay, no obstante, una clara tendencia a superar al voluntarismo y la resignación, que los lleva a plantearse, en términos generales, la búsqueda de “conocimientos y métodos”, la que se fue generalizando y consolidando a lo largo del año.

Esta base, en un principio embrionaria y en ocasiones contradictoria, permitió un trabajo intelectual intenso y de gran criticidad, que se expresó finalmente en una revalorización de los contenidos teóricos y del trabajo racional y metódico, tradicionalmente subestimados en favor del sentimentalismo, el amor al prójimo o a un supuesto contacto puramente “sensible” con la realidad.

Hay que tener en cuenta, como un elemento a considerar, el paso por el Ciclo Básico Común de estos alumnos, que a pesar de ser duramente criticado por la mayoría de ellos, permite aventurar la hipótesis de que constituyó un primer acercamiento con el pensamiento científico y, en muchos casos, la puesta en duda por primera vez, de “verdades fundantes” sobre las que se asienta la “naturalización”

de las relaciones sociales, tanto de género como de clase.¹⁹

En la activación de estos distintos mecanismos se puede enmarcar, entonces, los desfasajes entre estas “definiciones” pensadas y elaboradas conscientemente y aquellas respuestas donde la subjetividad no encontraba obstáculos.

En éstas se expresa el contenido del *habitus*, los resultados del proceso formativo y la autoselección confirmada por la orientación vocacional. En aquellas, se ponen en movimiento mecanismos de transformación en los contenidos del sistema de *habitus*, como consecuencia de la participación en un espacio diferente, que si bien, en general, confirma la autoselección, sin embargo pone también en funcionamiento, dispositivos capaces de generar la duda sobre verdades establecidas.

Si el sistema universitario en su conjunto reproduce la discriminación, al mismo tiempo constituye “la posibilidad de un ejercicio cooperativo de la búsqueda de la verdad”. Sólo así puede llevar a cabo, con legitimidad, su función objetiva. Pero al mismo tiempo, en esa búsqueda reside su “talón de Aquiles”, pues “reaviva un dinamismo capaz de cuestionar y superar todas las distorsiones, pues su

¹⁹ Esto no es válido únicamente para este grupo de jóvenes, sino que seguramente puede extenderse a gran parte de los ingresantes a la universidad. Quienes han pasado por la docencia en ese ámbito, sobre todo en relación con las ciencias sociales, podrán testimoniar acerca de esta observación.

fuerza no reside en un conocimiento, en una cosmovisión, en un valor dado, sino en la razón, en el ejercicio cooperativo e irrestricto de la búsqueda de la verdad”.²⁰

La actitud de asombro que al final del año pusieron de manifiesto estos alumnos, al comparar lo que esperaban encontrar en el curso y el profundo cuestionamiento a que los obligó la lectura y el trabajo crítico, es una prueba de ello.

Si bien no comulgamos con el racionalismo científico, que niega en forma terminante el papel de la subjetividad y de la ideología en la generación de conocimientos, en esta disciplina en particular, se hace necesario partir de una reivindicación de la razón y el intelecto, como condiciones que también las mujeres —en tanto seres humanos— comparten con los varones, y que junto a la sensibilidad que por su condición social han podido desarrollar, deben ponerse en práctica si se quiere crear una alternativa crítica al modelo dominante de “asistente social = mujer buena = resignación”. Y esto es doblemente importante por el papel mistificador que, como se vio, han jugado y juegan los sentimientos y lo afectivo en general, de la función objetiva que la asistencia tiene en la legitimación, el control social y el logro del consenso.

²⁰ GORLIER, Juan Carlos: “Notas sobre producción de consenso”. En: *Revista Espacios*. N° 3. Facultad de Filosofía y Letras. UBA. 1985.

CONCLUSIONES SEGUNDA PARTE

En este punto se tratarán de resumir algunas de las características más salientes del campo profesional del Servicio Social y de las que particularizan la parte del sistema educativo universitario dedicado a la formación de asistentes o trabajadores sociales.

Si Karsz¹ dice que la materia prima del trabajo social es la dimensión ideológica de los problemas sociales, por lo que toda política social es suficiente por definición, en tanto su función es restablecer el consenso allí donde éste está en peligro, de lo dicho antes se desprende que la sola presencia de asistentes sociales es eficaz (desde la perspectiva de las instituciones sociales), si se acepta que constituyen el mecanismo por el cual “el Estado (y la sociedad) se ocupan de los problemas sociales”. Falerno brinda una pista de interpretación en ese sentido, cuando señala que las instituciones, con su función de control, logran cierta distensión social tanto por la “sectorización y clasificación” de los problemas —con lo cual no se hace manifiesta la pertenencia de todos ellos a un mismo sector o clases sociales— como por el ofrecimiento de soluciones simbólicas o parciales, que permiten “la esperanza dentro del sistema”.²

¹ KARSZ, S.: *op. cit.*

² FALEIROS: *op. cit.* Pág 35.

Las funciones —desarrolladas en el marco teórico— de control de la vida cotidiana y de legitimación y afianzamiento del consenso, que explican a la asistencia social en el marco de una sociedad capitalista, son también las que permiten entender por qué el encuadre teórico ideológico con el que tradicionalmente se han formado las asistentes sociales, fue básicamente el funcionalismo, al que se accede, además, no con un predominante interés por el descubrimiento de la verdad científica, sino desde lo que acá se llamó la “ideología del amor”. Ello implicó, además, un acercamiento acrítico muchas veces mal asimilado.

Tales funciones requieren del empleo de formas de acción que no permitan trascender la imposición que significa, sino bajo la forma de una relación de carácter afectivo (el amor a Dios, el amor al prójimo, el amor a los humildes, etc. son expresiones que siguen matizando el lenguaje oral y escrito, formal e informal, de las asistentes sociales).

Ese modo de acción contribuye a impedir que los propios agentes aprehendan el carácter arbitrario de su acción. A desconocer, en última instancia, la naturaleza histórica de su práctica profesional.

El elemento fundamental de ocultamiento es el amor, porque implica desinterés. Conjuntamente, la depositaria social del amor es la mujer, la que aparece libre (socialmente) de toda sospecha de interés político y de saber.

A partir de un proceso de auto selección, por el cual llegan a esta carrera tan abrumadora mayoría de

mujeres, el sistema educativo también ofrece una capacitación claramente diferencial, acorde, en última instancia, con las necesidades del campo laboral, donde se demanda un técnico (o mejor dicho una técnica) funcional, en tanto sea capaz de poner en práctica las políticas dirigidas a los sectores populares y a aquellos grupos considerados marginales, que en conjunto, ponen en cuestión al sistema de relaciones sociales y son un “peligro potencial” permanente para su mantenimiento.

Esta función objetiva de la Asistencia Social (y de las asistentes sociales) es la que ha sido y es presentada con el ropaje del amor y los buenos sentimientos, lo que constituye un intento de encubrimiento de la intencionalidad pragmática de toda política de asistencia.

Ante la complejización, tanto de la crisis del propio Estado, como de los problemas sociales, el amor y las técnicas tradicionales han ido perdiendo eficacia, y cada vez más la tendencia es hacia la formación de “expertas técnicas” en vistas a similares funciones. Ello sin que la ideología del amor desaparezca, sino que ésta va asumiendo diferentes connotaciones formales —tal como el lugar subordinado que tradicionalmente ocupó la carrera en el contexto de la UBA, y que entre otras cosas significaba que, hasta 1985, en que pasa a depender del Rectorado, los profesores de la institución no cobraban sus sueldos según la categoría en la que estaban designados, sino de acuerdo a las remuneraciones de auxiliares docentes— hasta otros

que son constitutivos y constituyentes de esta disciplina.

Esto tiene que ver con dos aspectos: la menor exigencia docente relativa, si se compara, por ejemplo, con las otras carreras de las ciencias sociales, ya que en esta proyectada facultad se integraría Trabajo Social; y el practicismo.

En cuanto al primer aspecto, son las aulas de las carreras de servicio social, las que, en general, aparecen como “más democráticas, no autoritarias y sin jerarquías”.

Los textos —algunos— suelen presentarse con “palabras fáciles” y hasta pueden aparecer con ilustraciones, en un máximo esfuerzo por “concretizar” lo expuesto. Profesores y alumnos parecen confundirse en una relación simétrica, y, a juzgar por las actas de exámenes, es un ínfimo porcentaje el que reprueba. Materias de orientación y contenidos muy disímiles, logran resultados similares.

Dentro de un modelo universitario, que en lo esencial, ni es democrático, ni igualitario, al que sigue habiendo un acceso diferencial por género y por clase, estos resultados parecen, por lo menos, dudosos.

Esta global depreciación de los contenidos formativos, se proyecta, frente a situaciones “atípicas”, en expresiones del tipo “por qué se utiliza un lenguaje tan académico, que no me va a servir para comunicarme con el pueblo?”.

En esta frase no sólo se encierra una desconsideración de lo académico como necesario sinónimo de elitismo, sino que también es una forma de cargar a costa “del pueblo” una supuesta incapacidad para comunicarse con quienes pasaron por las aulas universitarias. Es la misma suposición del médico que no explica al paciente las características de su enfermedad o las razones de un tratamiento, “si total no entiende”. Mientras, se reserva el poder de decidir sobre el otro y de conservar su conocimiento.

Lo que estas expresiones no permiten advertir, es que a la universidad, precisamente, es a quien se le debe exigir las herramientas teóricas y conceptuales que habiliten a estos estudiantes a entender el lenguaje de aquellos con los que va a trabajar, más allá de la palabra hablada.

Sin embargo, esta capacitación claramente diferencial que el sistema educativo ofrece a los alumnos de esta carrera, y que en principio no es cuestionada por lo menos en la medida de la diferenciación y depreciación que garantiza, se hace contradictoria con las reivindicaciones por parte del alumnado, de hacer del servicio social una carrera universitaria, exigiéndose la eliminación de aquellas de carácter terciario que aún existen en número importante. ¿Cómo se compatibiliza aquella postura frente a lo académico con la esperable exigencia de excelencia que debe caracterizar a la universidad?

Es que en realidad, el sistema educativo ha venido “certificando” con un título expedido por la

UBA, capacidades afectivas y técnicas e incapacidades académicas, con posterioridad a una autoselección que hace creer en el carácter “natural” de estas aptitudes e ineptitudes. Al mismo tiempo, disimula la desigualdad de género, al colocar en la “vocación” la selección que el sistema social hace y la universidad consagra.

El sistema educativo se presenta así “formalmente” irreprochable, pues no hace más que traducir las propias expectativas subjetivas de éxito, que obviamente no son independientes de las probabilidades de éxito real que caracteriza a un sector auto-seleccionado sobre estas bases. “Elegí esta carrera porque pensé que podía rendir más acá” o “porque también quiero que me quede tiempo para casarme y tener hijos”, son límites que el sistema consagra y generaliza; reproduciendo desigualdades.

Pero al mismo tiempo, su pertenencia a la UBA asegura su legitimidad, y ello implica un necesario intercambio con otros espacios de la misma, sobre todo, de parte del estudiantado, que se traducen en inequívocos signos de cuestionamiento.

En principio, fue el movimiento de los estudiantes lo que provocó, en 1985, que se transformara en carrera independiente de la Facultad de Derecho, que se separaran a las antiguas autoridades ligadas a esa orientación, que se renovara el plantel docente, se celebraran concursos y se promoviera un nuevo plan de estudios.

El mantenimiento de su neutralidad en la selección depende también del espacio que deje a la

reflexión colectiva, a la introducción de nuevas corrientes en el análisis de la problemática social, y a exigencias que abren a estos alumnos, dimensiones de la propia personalidad que no habían sospechado.

De ahí el éxito relativo de su función social. Para cumplirla debe, al mismo tiempo, habilitar espacios de reflexión y activar formas de racionalidad, que relativizan su eficacia reproductora de la desigualdad de género y de la depreciación técnica y académica.

En relación con el segundo aspecto (el practicismo), en el imaginario del campo profesional, predomina un principio pragmático-empiricista según el cual la “práctica” (entendida como mera acción) es elevada a la categoría de “rito sagrado”. Según este principio, “el contacto con la realidad”, el “patear el barro”, etc. fueron convertidos en criterios de verdad absoluta, que por un lado, como señala Okada³ ha producido un “largo inventario de depredaciones e insensateces”; y por otro, se interpuso a la posibilidad de conocimiento teórico, generó una actitud de rechazo hacia éste e impidió a los asistentes sociales conocer que su “acercamiento a la realidad” nunca fue inocente, ni aséptico, ni desprovisto teóricamente, sino que estuvo siempre, por la propia naturaleza de su práctica, mediatizado por concepciones y principios éticos e ideológicos generados a la luz de

³ OKADA, Carlos: “Las relaciones entre el servicio social y las ciencias sociales”. Mimeo. Escuela de Servicio Social. UNNE. Posadas. 1973.

la ideología dominante y de las necesidades coyunturales de las clases en el poder.⁴

Este “mito de la práctica”, que tuvo su origen en la necesidad de contar con mujeres técnicamente equipadas y teórica e ideológicamente inconscientes, hizo estragos a lo largo de la historia profesional y se mantiene aún hoy como uno de los elementos de identificación que prácticamente unifica a las variadas corrientes que pugnan dentro del campo profesional.

Ese mismo principio sirvió (y sirve) para disputar los espacios ocupacionales con otros profesionales y para motejar de “cientificista”, “teórico” o “academicista” a los intentos de teorización acerca de

⁴ A pesar de los cambios habidos en la carrera desde 1985, todavía estos alumnos se ven obligados a hacer materias cuyo sustento ideológico no deja lugar a dudas en relación con esta apreciación. Uno de los apuntes que deben estudiar, dice lo siguiente: “Por lo dicho precedentemente, la familia se encontraba constituida sobre la base de la autoridad paterna. Esta se ha ido perdiendo paulatinamente, quedando solo la posición de estado de marido —esposo— o padre. Pero asimismo ha ido perdiendo terreno por falta de autoridad, debido al debilitamiento de su imagen. *Toda mujer de mentalidad sana se inclina ante el hombre y desea sentirse cobijada por él.* Está dispuesta a subordinarse al marido, pero éste no se encuentra en *condiciones de dirigirla.* También el hombre ha perdido su imagen de padre por enfrascarse en su oficio o profesión, por preferir lo material a lo espiritual, perdiendo la jefatura de la familia, y por ello se siente inseguro en ésta, incapaz de manejada y de educar” (Cátedra: Elementos de Derecho. “La familia: cambios estructurales”. Ficha del Profesor Adjunto. 1986. Cursiva mía).

la práctica profesional. Reafirmado una y otra vez a lo largo de la historia profesional y de sus distintas tendencias, impide ver que allí reside la máxima debilidad de estos profesionales.

Es importante resaltar la génesis del “practicismo” y de la deficiente formación académica, porque en ellas —y en la imagen de una profesional provista de cualidades especiales (amor, simpatía, capacidad de relacionamiento, etc.)— se involucra una concepción acerca del rol de la mujer. Rol utilitario, en última instancia. De ariete entre el Estado y la vida cotidiana de los pobres, pero no sin fisuras.

Si el espacio doméstico permite a la mujer un ejercicio (restringido) de poder y le da alternativas de redefinir las formas y los contenidos de ese espacio, una posibilidad semejante y alternativas similares, se le presentan a las asistentes sociales.

La posibilidad de que esa práctica sea efectivamente contestataria y contra-hegemónica y no quede a nivel del puro disenso, depende de los niveles de conciencia alcanzados por estas mujeres y de la posibilidad de recuperar para sí una historia tradicionalmente construida desde el nivel de lo hegemónico, lo suficientemente edulcorada como para dificultar niveles críticos de comprensión.

COROLARIO

Si lo postulado en esta investigación —tal como se sostiene— es cierto, los sectores del campo profesional del Trabajo Social que propongan para su práctica una función realmente alternativa, deben tomar en cuenta los siguientes factores:

a) Rehabilitación de lo cotidiano como el ámbito básico en el que se operan los mecanismos de reproducción de las relaciones sociales, en tanto en él los sujetos internalizan subjetivamente las prácticas sociales a través de las cuales se mantienen y reproducen las relaciones de clase.

b) Tal internalización de las prácticas dominantes no necesariamente es absoluta, sino que el grado de coherencia o insubordinación con las mismas está en función de la correlación de fuerzas entre las clases, lo que permite a los individuos de una clase subordinada, plantearse alternativas prácticas diferentes a aquellas estadísticamente mayoritarias y aún la alternativa de resignificación de éstas.

c) La identificación con los valores y la cultura de la sociedad dominante, por tanto, nunca es absoluta, sino que se operan transacciones que aparecen con toda evidencia en la relación asistencial.

d) El trabajo social opera básicamente en el ámbito de lo cotidiano, cuya transformación (las

relaciones en su interior) es indispensable si se quiere pensaren una sociedad más igualitaria y democrática. La práctica en la que cada individuo aprehende la cultura y la ideología, lo conforma como un sujeto con tales o cuales características.

e) Por lo tanto, operar con criterio transformador a este nivel implica promover una cotidianidad igualitaria y democrática, expresada tanto en las relaciones en el interior de la familia como fuera de ella y en la relación con las instituciones del Estado.

Las relaciones entre los nexos, entre padres e hijos, entre vecinos, con los maestros, médicos, asistentes sociales, etc., pueden y deben ser revisadas, no desde la perspectiva de la modernidad, que deposita en la familia toda la responsabilidad de las llamadas “desviaciones sociales”, sino en el sentido de proponer un modelo en el cual primen la solidaridad, junto al respeto por la realización plena de los individuos. La violencia con niños y mujeres, el alcoholismo, etc. que suelen verse como “valores auténticos” por cierto populismo, no son más que la expresión de la violencia social dominante en la sociedad entre los sectores dominados, y por lo tanto no pueden ser ni reivindicados, ni soslayados, sino a condición de contribuir a reproducir la ideología de la violencia y la dominación cotidiana, a partir de la cual se “legítima” y torna “normal” la violencia y la dominación de clase.

Lo mismo es válido para las relaciones cotidianas entre profesionales y usuarios, las relaciones dentro de la institución, etc. cuya

jerarquización deriva de una sociedad estratificada por sexos, clases, edades, etnias, etcétera.

f) La presencia de mujeres dentro de la profesión, no debe verse ni como obstáculo ni como un privilegio. Debe, si, pensarse críticamente en la función objetiva cumplida hasta ahora, detrás de unas cualidades socialmente atribuidas como propias de la naturaleza femenina y subjetivamente internalizadas por las propias mujeres. El conjunto de esas cualidades —que acá llamamos la ideología del amor— debe, siguiendo esta lógica, ceder espacio a la razón como una forma de acceder a desentrañar tal función y a contribuir con los sectores populares, a elaborar un modelo alternativo de relaciones entre los hombres.

g) El uso de la razón, de la inteligencia y del pensamiento científico, no es más que la puesta en práctica de cualidades y potencialidades humanas, que junto a las emociones, la mujer comparte con los varones, en tanto miembros de la misma especie humana.

La capacidad de emocionarse, de sufrir o de indignarse ante la injusticia, son también cualidades que ambos comparten y que pueden conducir a esforzarse en un pensamiento y en una práctica dirigidos a la construcción de una sociedad verdaderamente humana. La parcialización de estos atributos y su “distribución” por sexos, no conducen más que a obstaculizar el cabal e íntegro desarrollo de las potencialidades de ambos.

h) En ese sentido, aquellos sectores de esta profesión auténticamente preocupados por los efectos de su práctica, necesitarán de una profunda autocrítica que incluye su formación profesional. La necesaria excelencia académica no debe confundirse con “academicismo” inocuo. Esta interesada “tara” de la profesión, la relegó a un tradicional papel de auxiliar, desde el cual se la mantuvo bajo control, sin advertir la importancia estratégica de su campo de intervención.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL CONSULTADA

ALAYÓN, Norberto: *Hacia la historia del Trabajo social en la Argentina*. CELATS. Lima. 1980.

——— *Perspectivas del Trabajo Social*. Ed. Hvmánitas. Buenos Aires. 1985.

——— *Reflexiones sobre Trabajo Social*. Ed. Hvmánitas. Buenos Aires. 1986.

ALAYÓN, N. y GRASSI, E.: *El Trabajo Social de hoy y el mito de la asistente social*. Ed. Hvmánitas. Buenos Aires. 2a. ed. 1986.

ALTHUSSER, Louis: *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires. 1984.

ANDER EGG, Ezequiel: *Metodología y práctica del desarrollo de la comunidad*. Ed. Hvmánitas. Buenos Aires. 1965.

——— *Qué es Trabajo Social*. Ed. Hvmánitas. Buenos Aires. 1985 .

BALÁN, Jorge y otros: *Las Historias de Vida en Ciencias Sociales. Teoría y técnica*. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires. 1975.

BONDER, Gloria: "El estudio de la política desde la perspectiva de las mujeres". En: *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. Vol. XXXV, N° 4. UNESCO. 1983.

BOURDIEU, Pierre: *Campo de poder y campo intelectual*. Folios Ediciones. Buenos Aires. 1983.

- BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean-Claude: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Ed. LAIA. Barcelona. 1981.
- BONFIGLIO, Giovanni: *Desarrollo de la Comunidad y Trabajo Social*. CELATS. Lima. 1982.
- BRUZZONI, Alicia: "La mujer y su participación en la vida política del país. Hilda Navas de Cuestas, un testimonio". Ponencia presentada al "Segundo Congreso Nacional de Antropología Social". Agosto de 1986.
- BUXÓ REY, María Jesús: *Antropología de la Mujer*. Ed. Promoción Cultural. Barcelona. 1978.
- CANITROT, Adolfo: "La experiencia populista de redistribución de ingresos". *Revista Desarrollo Económico*. N° 59, Vol. 15. IDES. Buenos Aires. 1975.
- CREATIVIDAD Y CAMBIO: "Verdades y mentiras sobre la mujer". Mimeo. Lima. s/f.
- CIMILLO, Elsa y otros: *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina*. Ed. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires. 1973.
- CUCCORESE, Horacio Juan y PANETTIERI, José: *Argentina: Manual de historia económica y social*. Ed. Macchi. Buenos Aires. 1971.
- DONZELOT, Jacques: *La policía de las familias*. Ed. Pre-Textos. Valencia. 1979.

- “Espacio cerrado, trabajo y moralización”. En: *Espacios de Poder*. Ediciones de la Piqueta. Madrid. 1981.
- DEMITRÓPULOS, Libertad: *Eva Perón*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1984.
- De IPOLA, Emilio: *Ideología y discurso populista*. Folios Ediciones. Buenos Aires. 1983.
- FAYT, Carlos: *El político armado. Dinámica del proceso político argentino. 1960-1971*. Ed. Pannedille. Buenos Aires. 1971.
- FALEIROS, Vicente de Paula: *Saber Profesional e poder institucional*. Ed. Cortez. Sao Paulo. 1985.
- FERNÁNDEZ, Arturo: “Análisis genético de las ideologías y formación del trabajador social”. En: *Revista Acción Crítica*. N° 7. CELATS. Lima. Julio 1980.
- FERRER, Gustavo: *Los partidos políticos*. CEAL. Buenos Aires. 1971.
- FOUCAULT, Michel: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI. Madrid. 1985.
- FRIEDAN, Betty: *La mística de la feminidad*. Ed. Júcar. Madrid. 1974.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor: *Las culturas populares en el capitalismo*. Nueva Imagen. México. 1982.
- “Desigualdad Cultural y poder simbólico. La sociología de Pierre Bourdieu”. *Cuaderno de*

Trabajo. N° 1. Escuela Nacional de Antropología e Historia. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México. 1986.

GARCÍA, Juan César: "La medicina estatal en América Latina/1 (1880-1930)". En: *Revista Latinoamericana de Salud*. N° 1. Ed. Nueva Imagen. México. 1981.

——— "Crecimiento y transformación de la medicina estatal". En: *Revista Latinoamericana de Salud*. N° 2. Ed. Nueva Imagen. México. 1982.

GERMANI, Gino: "El surgimiento del peronismo: El rol de los obreros y de los migrantes internos". En: *Revista Desarrollo Económico*. N° 51. Vol. 13. Buenos Aires. Oct-dic. 1973.

GIBERTI, Horacio: *El desarrollo agrario argentino*. Ed. Universitaria de Buenos Aires. 1970.

GISSI B., Jorge: "Mitología de la feminidad". *Promoción Cultural Creatividad y Cambio*. Serie Mujer N° 14. Lima. s/f.

GONZÁLEZ, Ricardo: "Caridad y filantropía en la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XX". En: *Sectores populares y vida urbana*. CLACSO. Buenos Aires. 1984.

GOFFMAN, Erving: *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1981.

- *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1981.
- *Ritual de la interacción*. Ed. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires. 1970.
- GRAMSCI, Antonio: *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Juan Pablo editor. México. 1975.
- GRASSI, Estela: *Antropología y Mujer*. Ed. Hvmánitas. Buenos Aires. 1986.
- “Estado, Familia y Mujer: de las damas de beneficencia a las asistentes sociales”. En: GRASSI, E. (comp.): *La Antropología Social y los Estudios de la Mujer*. Ed. Hvmánitas. Buenos Aires. 1987.
- HALPERIN, Leopoldo: “El peronismo”. *Revista Transformaciones*. N° 32. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1972.
- HELLER, Agnes: *Sociología de la vida cotidiana*. Ed. Península. Barcelona. 1977.
- *La revolución de la vida cotidiana*. Ed. Península. Barcelona. 1982.
- IAMAMOTO, Marilda y CARVALHO, Raúl: *Relaciones sociales y trabajo social*. CELATS. Lima. 1984
- ISUANI, Ernesto: “Universalización de la Seguridad Social en América Latina: límites estructurales y cambios necesarios”. *Revista Desarrollo*

Económico. N° 97. Vol. 25. IDES. Buenos Aires. Abril/junio 1985.

JELIN, Elizabeth: *Familia y Unidad Doméstica: mundo público y vida privada*. Estudios CEDES. Buenos Aires. 1984.

JELIN, Elizabeth y FEIJOO, Ma. del Carmen: *Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino: el caso de los sectores populares de Buenos Aires*. Estudios CEDES. Buenos Aires. 1980.

JULIANO, Dolores: "La cultura popular en el ámbito doméstico". Mimeo. 1983.

KARSZ, Saúl: "Explicar la «normalidad»". Diario *Clarín* de Buenos Aires. 13 de Agosto de 1985.

——— "Para un análisis científico del Trabajo Social". Mimeo. s/f.

KUDO, Tokihiro y TOVAR, Cecilia: *La crítica de la religión. Ensayo sobre la conciencia social según Marx*. Centro de Estudios y Publicaciones. Lima. 1980.

LEFEVBRE, Henri: *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Alianza Ed. Madrid. 1984.

LEGUIZAMÓN, Hugo: "Argentina: el 17 de octubre de 1945". *Historia del Movimiento Obrero*. N° 63. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1973.

- LUNA, Félix: *Argentina: de Perón a Lanusse: 1943-1973*. Ed. Planeta Argentina. Buenos Aires. 1972.
- LLOVET, Juan José: *Servicios de Salud y sectores populares. Los años del proceso*. Estudios CEDES. Buenos Aires. 1984.
- MAGUIÑA LARCO, Alejandrino: *Desarrollo capitalista y trabajo social. Perú 1896-1979*. Ediciones CELATS. Lima. 1979.
- MANRIQUE CASTRO, Manuel: *De apóstoles a agentes de cambio*. CELATS. Lima. 1982
- MARSHALL, Adriana: "Mercado de trabajo y crecimiento de los salarios en la Argentina". *Revista Desarrollo Económico*. N° 59. Vol. 15. IDES. Buenos Aires. Oct.-dic. 1975.
- MARTIN, Kay M. y VOORHIES, Barbara: *La mujer: un enfoque antropológico*. Ed. Anagrama. Barcelona. 1978.
- MENÉNDEZ, Eduardo: *Poder, Estratificación y Salud*. Ed. de la Casa Chata. México. 1981.
- MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Ed. Siglo XXI. 2da. edición. Buenos Aires.
- NISBET, Robert: *La formación del pensamiento sociológico*. Vol. I. Amorrortu. Buenos Aires. 1969.
- OAKLEY, Ann: *La mujer discriminada: biología y sociedad*. Ed. Debates. Madrid. 1977.

O'CONNOR, James: *La crisis fiscal del Estado*. Ed. Península. Barcelona. 1981.

OKADA, Carlos: "Las relaciones entre el servicio social y las ciencias sociales". Mimeo. Escuela de Servicio Social. UNNE. Posadas. 1973.

——— "Problemas de ciencia e investigación en servicio social". Facultad de Ciencias Sociales. UNNE. Posadas. 1974

PARAÍSO, Virginia: "El Servicio Social en América Latina: sus funciones y sus relaciones con el desarrollo". En: *Boletín Económico de América Latina*. Vol. XI. N° 1. CEPAL. 1966.

PERELMAN, Ángel: *Cómo hicimos el 17 de Octubre*. Ed. Coyoacán. Buenos Aires. 1961.

PERÓN, Eva: *La razón de mi vida*. Ed. Peusser. Buenos Aires. 1953.

——— *Discursos completos. 1949-1952*. Ed. Megafón. Buenos Aires. 1986.

POULANTZAS, Nicos: *Estado, Poder y Socialismo*. Siglo XXI. México. 1986.

RAMOS, Jorge A.: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. Ed. Plus Ultra. Tomo II. Buenos Aires. 1965.

——— *Adiós al Coronel*. Ed. Época. Buenos Aires. 1976.

RAMOS, Silvina: *Las relaciones de parentesco y de ayuda mutua en los sectores populares*

- urbanos*. Estudios CEDES. Vol. 4. N° 1. Buenos Aires. 1981.
- *Maternidad en Buenos Aires: la experiencia popular*. Estudios CEDES. Buenos Aires. s/f.
- RATIER, Hugo: *Villeros y Villas Miserias*. CEAL. Buenos Aires. 1985.
- REVISTA "DAS". Consejo Nacional de Asistencia Social y Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública. N° 1 al 9. Buenos Aires.
- REVISTA del Instituto de Investigaciones y Docencia Criminológicas. Ministerio de Gobierno. La Plata. 1965-1966.
- REVISTA "Hoy en el Servicio Social". Ed. ECRO. Buenos Aires. N° 1 al 34, 1965/1977 (colección completa).
- ROMERO, José Luis: *Breve Historia de la Argentina*. Ed. Abril. Buenos Aires. 1984.
- SELECCIONES del Social Work. N° 1 al 8. Ed. Hvmantas. Buenos Aires, marzo 1968 a mayo de 1970.
- UNIÓN PANAMERICANA. Organización de la Comunidad para el Bienestar Social. OEA. Washington, D. C. 1964.
- URRUTIA, Carlos: "Notas sobre la democracia y lo cotidiano". En: *Revista Acción Crítica*. N° 18. CELATS. Diciembre 1985.
- URRUTIA, Carlos; BOGGIO, Ana y MAGUIÑA, Alejandrino: *Al encuentro de la salud popular*.

Nuevos Cuadernos CELATS. N° 5. Lima. 1985.

UTRIA, Rubén: *Desarrollo Nacional, Participación popular y Desarrollo de la Comunidad en América Latina*. CREFAL. México. 1969.

VARIOS AUTORES: *El peronismo en el poder*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1972.

VEZZETTI, Hugo: "Viva 100 años: algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina". En: *Revista Punto de Vista*. Año IX. N° 27. Agosto 1986.

VILAS, Carlos: "Política Social, Trabajo Social y la Cuestión del Estado". En: *Revista Acción Crítica*. N° 6. CELATS. Lima. Diciembre 1979.

VILLAREAL, Jaime: "Similitudes y Contrastes psicológicos entre lo masculino y femenino". *Promoción Cultural Creatividad y Cambio*. Serie Mujer N° 6. Lima. s/f.

ÍNDICE	
INTRODUCCIÓN	
PRIMERA PARTE	
CAPÍTULO I: TRABAJO SOCIAL, VIDA COTIDIANA Y CONTROL SOCIAL	
A- EL TRABAJO SOCIAL	
Formas asistenciales precedentes: la caridad y la filantropía	
B- EL CONTROL SOCIAL	
C- VIDA COTIDIANA	
D- EL CONTROL DE LA VIDA COTIDIANA	
E- LA MUJER Y EL CONTROL DE LA VIDA COTIDIANA	
1. Género y biología	
2. La mujer como objeto de intervención	
3. La mujer como sujeto de la intervención	
CAPÍTULO II: LA MUJER, LA IDEOLOGÍA DEL AMOR Y LA LEGITIMACIÓN DE LA INTERVENCIÓN EN LA VIDA COTIDIANA DE LOS POBRES. UNA RECORRIDA POR LA HISTORIA	
INTRODUCCIÓN	
A- LIBERALISMO Y ASISTENCIA LAICA	
B- LOS FILÁNTROPOS HIGIENISTAS, LA ACCIÓN DEL ESTADO Y LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA ASISTENCIA	

1. Situación socio-política (1850-1930)	
2. Los cambios en el Estado y las nuevas estrategias filantrópicas	
<i>a. La centralización y el control de la asistencia</i>	
<i>b. El problema de la eficiencia y la construcción de un nuevo saber</i>	
<i>c. La restauración de la vida familiar en los sectores populares</i>	
3. Áreas de problemas	
<i>a. El problema de la salud y la higiene</i>	
<i>1. La higiene pública</i>	
<i>2. La higiene privada</i>	
<i>b. La Asistencia Social y el Derecho</i>	
C- EL LUGAR ESTRATÉGICO DE LA MUJER EN LA ASISTENCIA	
1. La mujer como “objeto” de intervención	
2. La mujer como sujeto de la intervención	
CAPÍTULO III: LA ASISTENCIA SOCIAL Y EL LUGAR DE LA MUJER EN LA POLÍTICA. LA FUNDACIÓN “EVA PERÓN”	
INTRODUCCIÓN	
LA ASISTENCIA SOCIAL Y EL ASCENSO POLÍTICO DE LAS MASAS POPULARES	

A- LAS CONDICIONES INTERNACIONALES Y LA ECONOMÍA NACIONAL	
B - LA SITUACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA	
C- DEL ESTADO LIBERAL OLIGÁRQUICO AL ESTADO SOCIAL	
D- LA REORIENTACIÓN DE LA ASISTENCIA DENTRO DE LA ESTRATEGIA GLOBAL DEL ESTADO	
1. Las funciones de la asistencia	
2. El rol de la mujer	
CONCLUSIONES	
CAPITULO IV: PARTICIPACIÓN Y DESARROLLO: UN NUEVO PARADIGMA	
INTRODUCCIÓN	
A- LA COYUNTURA INTERNACIONAL Y LA DIFUSIÓN DE LA IDEOLOGÍA DESARROLLISTA	
1. La “modernización” de la familia	
2. Familia tradicional versus familia moderna	
3. El desarrollo de la comunidad y los agentes de cambio	
B- EL PARADIGMA DESARROLLISTA EN LA ARGENTINA	
1. Un poco de historia	

a. Frondizi llega al gobierno	
b. Del liberalismo de Illia al desarrollismo autoritario del Gral. Onganía	
2. Las preocupaciones de la hora	
a. Promoción y represión en dosis alternativas	
b. Autoritarismo y desarrollo	
3. Los avatares en el campo profesional	
a. Se quiebra la armonía	
b. La radicalización del Grupo ECRO	
c. Los profesionales varones y la Reconceptualización	
CONCLUSIONES PRIMERA PARTE	
SEGUNDA PARTE	
CAPÍTULO V: AUTONOMÍA PROFESIONAL Y DEFINICIÓN DEL ROL	
INTRODUCCIÓN	
A- LAS CAUSAS ESTRUCTURALES	
1. La domesticidad y el rol profesional	
2. El espacio profesional	

a. La búsqueda del espacio profesional	
B- LAS CAUSAS COYUNTURALES Y SUBJETIVAS	
1. Ideología de los agentes intervinientes	
a. Las asistentes sociales	
b. Los funcionarios de la Institución	
c. Los otros profesionales	
d. Los usuarios	
2. La institución	
CAPÍTULO VI: SISTEMA EDUCATIVO, AUTOSELECCIÓN Y REPRODUCCIÓN DE LA DESIGUALDAD DE GÉNERO	
INTRODUCCIÓN	
A- QUIÉNES ESTUDIAN TRABAJO SOCIAL	
B- ¿ELECCIÓN LIBRE O AUTO-SELECCIÓN DETERMINADA?	
1. Proceso formativo	
a. La madre como modelo femenino de identificación	
b. La educación formal	
2. Formación y consolidación del habitus	
a. Autoimagen y aspiraciones	
b. La auto-exclusión y la confirmación “experta” de la misma	

c. La “Mujer Maravilla”	
d. “Y el príncipe vendrá a salvarnos...”	
e. Acuerdos y disonancias: el éxito relativo del proceso pedagógico	
CONCLUSIONES SEGUNDA PARTE	
COROLARIO	
BIBLIOGRAFÍA GENERAL CONSULTADA	